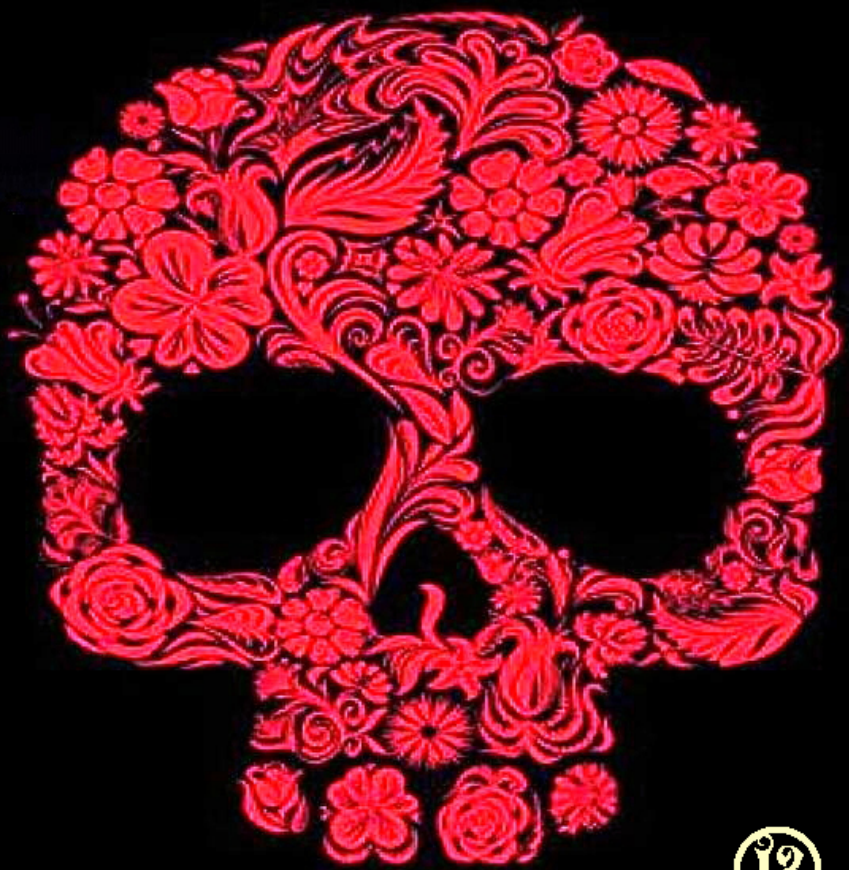
GUILLERMO FADANELLI

Hotel DF



Algo extraño sucede en el Hotel Isabel. Varias personas están involucradas y ninguna de ellas parece tener la vida asegurada. Los visitantes extranjeros no se enteran de lo que sucede en este sitio. Ellos también han sido absorbidos por el movimiento de una ciudad que sobrepasa su imaginación. Los delincuentes se pasean a sus anchas y nadie puede detener su sonrisa. Y aún así se sobrevive sin pausas. Pareciera que los huéspedes de este modesto hotel se encuentran unidos por una misma desgracia. El DF se ha concentrado en un edificio de piedra y muchas vidas están en riesgo. El drama crece de forma silenciosa y continuada ante la mirada de Frank, el Artista Henestrosa, un hombre sin ambiciones y carente de temas y opiniones importantes. A él le ha tocado contar la historia. Muchas voces se abren paso en la novela, y si prestamos un poco de atención a lo que aquí sucede nos daremos cuenta de que en este hotel también existe un cuarto para cada uno de nosotros.

Guillermo Fadanelli

Hotel DF

Título original: *Hotel DF*
Guillermo Fadanelli, 2010

-

Revisión: 1.0

18/09/2023

PRIMERA PARTE

1
Frank Henestrosa

La vida ha sido puerca conmigo y esta vez no me quejaré. Durante una buena parte de esa vida he viajado en un lento tren sin ventanas. Ésta y no otra es la sensación. Cuando cumplí 20 años el futuro me tundió con un manazo en la nuca, y me dijo: «No sonrías, que te espera lo peor». Y ahora, después de haber fracasado en proyectos en los que cualquier persona normal tiene derecho a fracasar, me pregunto: ¿cómo es que el tiempo se ha consumido de un día para otro sin ofrecerme siquiera un prólogo más o menos digno? No tengo dudas de que soy inestable e invisible a los ojos de quienes buscan vidas interesantes para, al compararse con ellas, sentirse fracasados, pero me reconforta saber que la gente estable es asesina en potencia. Si me dan oportunidad soy capaz de escribir buenos artículos, ahora mismo se me ocurre uno sobre las señoras que empujan carriolas con niños dentro mientras hacen ejercicio en un parque público; ése sí que sería un tema interesante, más que el tema manoseado y salvaje de la corrupción, la miseria y el placer de los estúpidos. A ver, yo pregunto: ¿qué siente el pobre niño que viaja dentro de la carriola mientras su madre trota para recuperar el cuerpo que se deformó después del nacimiento de su bebé? El verdadero vértigo de la vida. Una pausa: si lo pienso bien, el tema es bastante pacato porque en el Distrito Federal no se ven tales escenas, acaso la de un ladrón que se ha robado una carriola con todo y criatura dentro para luego vender ambas cosas en el mercado negro.

Puedo afirmar que soy dueño absoluto de mi tiempo, yo, Frank Henestrosa, periodista de a ratos, poeta como todos, holgazán a cambio de nada. Y ahora me pregunto: ¿dónde está el prólogo a la madurez? Frente a los cristales de una dulcería de abolengo en la transitada calle 5 de Mayo observo mi rostro: los pómulos no crecen, acaso se hinchan un poco a causa del alcohol. ¿Cuál alcohol? Si ni siquiera soy un borracho de novela. Cuánto daría por volver al vientre de mi madre. Y no quiero quejarme, pero los biólogos podrían avanzar y volvemos gametos de nuevo en vez de clonar. En efecto, escribir sobre las señoras empujando carriolas es una ocurrencia idiota porque ni siquiera a mí me interesa el tema. El periodismo no me permitirá las ridiculeces que se toleran en la literatura. Así me veo: como un hombre sin temas deseando regresar al vientre de mi madre, qué definición tan exacta y, al mismo tiempo, ¡cuánta cobardía en un solo ser! Si tuviera que definirme no tendría que darle más vueltas al asunto: soy un hombre carente de temas importantes, un ser humano sin temas.

¡No permitiré que el desorden se instale dentro de mí! Si lo hace, todo volverá a perderse. No soy un hombre joven, mis músculos duermen la siesta, no se me considera apuesto en casi ningún continente y nunca le he importado a nadie lo suficiente como para que ese alguien sacrifique parte de su vida amándome. *Amar*, qué palabra tan sosa y carente de elegancia; en definitiva, no permitiré que el desorden se instale dentro de mi cabeza. Son cientos las razones para enloquecer en este tiempo y no estoy dispuesto a concentrarme sólo en una. Un cuarentón es campo de cultivo para los tormentos inútiles. A la chingada. Ojalá sólo hubiera una causa para enloquecer y desbordar el cráneo, pero estoy soñando porque en unos cuantos meses llegaremos a esa fecha que desde adolescente me despertó una angustia nórdica y religiosa: el año 2010. Nórdicos hay en todas partes, chingados. Expulsar de mi mente el calendario, vaya, si eso no fuera sabiduría de la buena pero ¿a quién se engaña con eso? Por el contrario, antes de desterrar el conteo de los días habré de sumar nuevas metas que llevar a cabo el famoso e irrespirable *día de mañana*.

La buena noticia es que la calma ha vuelto a mis manos, mi cabeza se mantiene intacta después de un repentino mareo y mis pies se hallan dispuestos a emprender de nuevo el sendero. Ahora que estoy frente a la dulcería Celaya saco a cuentas que no conozco a una sola persona malvada a la que no le guste comer dulces. Si estuviera frente a un tribunal que me acusa de haber sido un pésimo ser humano, respondería: «No, señores jueces, una de las pruebas de mi inocencia estriba en que a mi boca nunca ha entrado un polvorón o un dulce de nuez, vamos, ni siquiera un piñón desabrido». La vida ha sido puerca conmigo y no se me ocurre ahora una buena idea para aumentar la pequeña fortuna que cargo en el bolsillo. ¿Qué clase de lector cuerdo y avezado invertiría su tiempo en la lectura de un artículo escrito por el mediocre redactor y bohemio trasnochado Henestrosa? Un artículo que seguramente jamás iría al grano. Nadie ha visto mi rostro en televisión, nadie sabe quién es Frank, *el Artista* Henestrosa; púdranse, hijos de puta. Ya me imagino la reacción de los lectores cuando lean sobre la señora que para bajar unos kilos corre empujando la carriola de su bebé alrededor del Parque Hundido. «Lo ha inventado, el tipo escribe acerca de estupideces cuando en tiempos de crisis es necesario volcar la imaginación en asuntos más importantes», dirá el lector que no ha visto mi rostro en televisión, arrepentido de haber puesto sus ojos sobre la nota. Basta. Debo tomar una decisión en este momento: decisión impostergable porque contra mi mala suerte ¡llevo cinco mil pesos en el bolsillo!, cinco mil pesos en billetes tiesos y pedantes, un dinero que he ganado a pulso escribiendo artículos repugnantes, es cierto, pero que algún extraño valor deben tener si un periódico suelta unos cuantos pesos por ellos. Vuelvo a perder la cabeza: ¿qué sé yo lo que significa la palabra *valor*? Carezco de teorías al respecto.

Me repugna escribir artículos que serán publicados en periódicos de escasa reputación o que serán puestos en internet para rellenar el espacio, pero considero honesto aclarar que el único dinero bien habido es el obtenido después de acometer un trabajo desagradable. Lo contrario no es meritorio. ¿Cuándo se me quitarán tales manías? Abomino dar rienda suelta a mis opiniones: una absoluta monserga

esto de opinar aun sin desearlo. ¿A quién puede importarle? A las personas les tiene sin cuidado lo que opine Frank, *el Artista* Henestrosa, sobre la manera de ganarse el dinero. Si algún día despertara y renunciara a dar opiniones sobre cualquier tema tendría una mínima oportunidad para conocer un mundo diferente; en cualquier caso, sería más apropiado para mi salud explicar las razones por las que he llegado a tener la cara que tengo. ¿Por qué justamente esta maldita cara? La culpa no es mía porque los actos —los actos estúpidos y los más estúpidos— tienen como única y absoluta finalidad declararme culpable y pedir clemencia a los niños y a los perros de todos tamaños (excepto a los Rottweiler), es decir, a los seres animados en los que descubro a mis mejores aliados. Niños y perros. Los demás que se vayan al caño. Sí, tal cosa es entendible, me creo, pero ¿por qué justamente tengo esta cara?

2
Hotel Isabel

Mi único privilegio: abrir los ojos a la hora que se me venga en gana; a cambio he tenido una vida de perros, una más en este planeta. Y mantengo mi palabra de que nada en esa vida cambiará, ni siquiera tomando de vez en cuando alguna decisión arbitraria o jugando a las cartas y comportándome como un jodido adolescente. Y sé que uno inventa razones para justificar lo que de todas maneras hace o está a punto de hacer, lo sé bien y no me importa seguir el guión. Durante muchos años estuve en busca de una mujer que no conocía y con tal de encontrarla hice de todo menos buscarla, quiero decir que me acerqué a los árboles en espera de que una manzana cayera sobre mi cabeza, mezclé mi humilde persona entre hampones de baja ralea y caminé mucho por todas las aceras céntricas de la ciudad. El lugar donde el encuentro se llevó a cabo se llama lugar común y nada cambiará ese hecho. El nombre del lugar común es Hotel Isabel, y si pregunto: «¿Quién conoce el Hotel Isabel?», casi nadie responderá afirmativamente. Todos los habitantes de la ciudad han pasado alguna vez frente a su fechada, y sólo unos cuantos recuerdan su nombre. La memoria es el misterio. El Hotel Isabel no va a caerse a pedazos, basta echar una ojeada a su cuerpo compacto y sin grietas para cerciorarse de que los colmillos del elefante durarán tanto como la humanidad. Es un hotel más o menos corriente y si algo posee de particular son los huéspedes: la mayor parte son extranjeros. Así es. Los turistas tienen un talento especial para pasarse la voz entre sí y esa voz dice: «El hostal es barato, está en el Centro y los huéspedes

son turistas como tú. Si están allí por algo será, ¿o no?».

¿Qué pasa en este hotel a las ocho de la mañana? Es bueno saberlo. Yo a esta hora continúo clavado en la cama, sí, en la cama de mi minúsculo departamento en la colonia Álamos. Pero en el hotel es distinto. El sol sonríe sobre la nuca de los madrugadores y muchos ojos en las entrañas del Centro se hallan abiertos y curiosos. En un sillón amplio y esponjado de la sala de estar dos hombres conversan como si las raíces de su amistad se hallaran entrelazadas desde su nacimiento. Se notan a gusto. Conozco a uno de ellos porque hemos coincidido haciendo trabajos sucios, lo que sea que esto signifique. Al otro lo apodan *el Nairobi* y nadie sabe por qué lo han embadurnado con un sobrenombre tan extraño. ¿Por qué no *Mombasa*? Es verdad que posee ciertos rasgos africanos, pero *el Nairobi* no sabe cuál es la capital de Kenia ni que ésta fue fundada sobre un pantano. Hace esfuerzos e intenta recordar al causante de su apodo y no lo encuentra. «¿Quién fue el ojete que me llamó así por primera vez?», se pregunta a menudo y mejor se olvida. *El Nairobi*, como me enteraré más tarde, es un señor en el mundo de los pantanos y ronda también los 40 años, como su compañero de sillón, el otro, mi camarada, o viejo colega, *el Boomerang* Riaño quien no va a quejarse de su apodo, a él sí le gusta, le suena sofisticado, *Boomerang*, es como el nombre de un superhéroe, maldita sea, Riaño, pero si eres un pinche guarro de pantano igual que *el Nairobi*, ¿de dónde viene ese orgullo? (Lo más destacado acerca de la naturaleza del boomerang: se tira con todo el cuerpo y al momento de lanzarlo se debe imprimir con la muñeca un movimiento de rotación, la rotación es lo que hace que vuelva).

—Cuando se muera *la Señora* nos vamos todos a la chingada. Se va a desatar la envidia. Nadie va a poder controlar el desorden y de todos los agujeros van a brotar parientes. Ya lo veo venir —balbucea *el Nairobi*. Tener un periódico y un puro en las manos sería ideal para darle lustre a esta refinada conversación.

Allí están mi antiguo amigo y su acompañante, la recepción del hotel frente a ellos es modesta —un mostrador, un libro de registros, cajoneras, alcatraces erguidos dentro de un florero— y el

recepcionista parece un sonámbulo que se resiste a aceptar que ya ha despertado. El ruido de los platos y la cubertería en el comedor contiguo al recibidor es alegre, y los meseros toman café porque son diligentes y han decidido estar despiertos para cuando asomen su cara los primeros clientes.

—Los jefes no se mueren nunca —pontifica *el Boomerang*. Hoy ha despertado agobiado por un carácter de matiz sombrío. ¿De qué se queja este delincuente letrado?—. Y cuando se mueren salen más jefes, hasta de las coladeras salen jefes. Es de nunca acabar.

—Yo hubiera sido periodista, como tú, si supiera qué es eso, el periodismo, ¿escribir mentiras y andar de chismoso? —Quien habla es *el Nairobi*. Se lamenta de no haber estudiado, pero no se vería en toda la tierra una figura más ridícula que la del *Nairobi* envuelto en una toga y coronado por un birrete. Sus carencias son tantas.

—Es pura pendejada, ni desearlo vale la pena. Hay mucha envidia en el medio y los que tienen éxito son los más corruptos —dice. Típica postura del *Boomerang*.

—La verdad, yo me envuelvo las pelotas con los periódicos.

—Haces bien, *Nairobi* —dice, se rasca la barbilla y mira hacia la barra, mira sin ver.

—Ojalá todos en el negocio fueran como tú. ¿Sabes qué es lo bueno de ti? No tengo que amenazarte como a los demás. Evitas que se me pudra el pinche estómago. ¿No tienes hijas? Preséntame a una y te hago mi suegro. Ya es hora de aumentar la familia.

—¿Hijos yo? No. Si quieres tengo un perro, te lo presto y luego me lo devuelves.

—La verdad, Riaño, en serio, güey, me gustaría que conocieras a *la Señora*, te conviene, es un sabio el cabrón, tiene más años que la calaca. Es huraño, mamón, pero cuando te toma confianza ya la hiciste. Si todo va bien en unos meses lo conoces, pues qué chingados. Yo voto por ti. Los policías no me creen, el Gaxiola sobre todo, me dicen que *la Señora* es una invención mía, pinches tarados. Una orden de *la Señora* es suficiente para enterrarlos vivos. Culeros. Tengo que irme, ¿a qué horas llega el maricón? —*el Nairobi* pregunta por el recepcionista del primer tumo.

—Entre ocho y nueve. Es el más puntual de todos, se imagina que está administrando el Sheraton —Riaño sonríe, a su pesar. Sobre su cabeza una lámpara colgante refleja su cabellera negra. La lámpara pende del techo a cuatro metros de altura.

—Muy bien, puede imaginarse lo que quiera; el muchacho se entretiene con los turistas, ¿no?, ni mandado a hacer. Te encargo el negocio, *Boomerang*, me voy a mi castillo, en la colonia Escandón, y si me necesitas no me llames, que precisamente para eso te pago, para no estar jodiendo.

—No te preocupes. ¿Y qué hago con el perro? Es muy cariñoso el animal. No va a defraudarte.

—Cómetelo.

El Nairobi se ha marchado, y su empleado, el periodista de baja ralea y ministro plenipotenciario dentro del Hotel Isabel, enciende un cigarro en aras de comenzar el día, disfruta las mañanas pese a su insomnio, y suspira cuando recuerda que veinte años atrás elegía las mañanas para escribir poemas. Cuánto nos parecemos este hombre y yo. Quizás es por eso que su presencia me causa tanta desazón. Las sorpresas se avecinan y nadie las presiente, es demasiado temprano, y en las calles el escándalo de una cortina metálica deslizándose en sus rieles anuncia que un día más se ha puesto en marcha: el dinero no está en el piso y la comida no puede esperar. En dos horas llegaré al hotel dispuesto a gastar mis cinco mil pesos. ¿Y quién va a detenerme o a darme un sermón? Nadie; a la pobreza se le pega donde más le duele, tirando al aire lo poco que se tiene en la bolsa. Me acercaré al hotel y me buscaré la suerte, he ganado lo suficiente para entrar por la puerta principal, eso haré, un rubio corpulento y desgarbado acaba de darme la magnífica idea.

3
El sueño del *Artista*

Me gusta andar por 5 de Mayo, recuerdo a mi padre, vestido siempre de saco y mirando de reojo a las personas, de reojo y con desprecio. Ahora yo soy mi padre y tomo el papel con resignación. Hatos de personas pasan a mi lado y en casi todas encuentro un detalle capaz de llamar mi atención. ¿Qué detalle? No sé, puede ser una rodilla huesuda o una mancha en el dorso de la mano. Si de repente estas personas se desnudaran para formar una montaña con sus ropas, la montaña carecería de valor. Es probable que ni siquiera la Cruz Roja aceptaría hacerse de tanta prenda corriente o desteñida. El cerro creado con la ropa de las personas que viven en el Distrito Federal rebasaría en altura al mismo monte Everest, aunque sería una imagen triste de tan modesta. Me pregunto si alguien como yo podría ser objeto de estudio, un tipo cabizbajo que anda sin parar y que posee talento para no chocar de frente con los peatones, una habilidad singular, sin duda alguna. De inmediato me distinguiría de los demás. ¿Se puede sacar dinero de eso? ¿De mi habilidad para no estorbar a los peatones? No lo creo, aunque a veces me encuentro monedas en el piso que apenas alcanzarían para comprar cinco o seis tortillas de maíz (una vez me encontré un sol peruano). ¿Triste? Para nada, por qué voy a estar triste cuando he ganado cinco mil pesos haciendo unos cuantos garabatos. Y además nadie me dice cómo gastarlos. Ya verán. ¿Triste *el Artista*? Eso lo dejo para quienes en este momento tienen menos dinero que yo en la cartera.

Apuesto un riñón a que ese anciano de cabellera ensortijada y piernas de madera, recargado en una jamba de piedra, que me escudriña de forma maliciosa, no tiene más de quinientos pesos en la bolsa. Yo no me arredro ante la ojeada de los carcamanes, aunque les siga creciendo pelo. Qué calamidad la mirada de los viejos, ¿por qué no se sacan los ojos cuando el cabello se les pone blanco? Siento mucho pensar de esta manera, no sé qué me sucede. Hace más de treinta años paseaba por esta misma calle, 5 de Mayo, al lado de mi padre, pero tengo la impresión de que entonces las personas se comportaban de un modo distinto y no lucían este semblante de ovejas recién trasquiladas tan común en el siglo XXI. Los extraños se han hecho hoy mucho más extraños. ¿Es eso bueno? Por entonces mi padre me invitaba a comer tacos en una taquería de nombre Spartacus, comíamos de pie, sin prisa, frente a una barra donde emanaba el olor a brasa de la carne. No es de extrañar comer de pie en una ciudad donde la especialidad es comer tacos en la posición más incómoda, sobre las ramas de un árbol, a horcajadas o hincados, no importa. Mi padre era un hombre bueno, sin profesión precisa. Leer unos pocos libros era su orgullo y se ufanaba de que su mujer le era fiel. Leía novelas de Ricardo Garibay y se conmovía tanto que no se le notaba, y por eso lo descubría yo. Cuando terminó la lectura de *Fiera infancia* comenzó a comportarse más amable e indulgente conmigo, seguro su mente maquinaba: «Si sigo tratando mal a este tarado mañana va a escribir una novela en contra mía». Basta de hablar de mi padre. Está claro que siendo lampiño no usaré mi dinero para comprar crema de rasurar, ni una caja de puros Hoyo de Monterrey, mucho menos la bufanda de lana con estampado inglés, cuadriculada y solemne, esto último jamás.

¿Cómo gastarme el dinero? Comer durante cinco días seguidos en El Danubio o en Los Girasoles, dejar propinas abundantes, invitar un plato de langostinos a los vecinos de mesa y disfrutar de su agradecimiento. «No se preocupe, señor, ha sido para mí un honor invitarlo, ¿desea usted tomar vino blanco?, ¿qué le parece un Chardonnay? El ambiente no sólo lo permite, sino que lo exige de personas como nosotros. Yo lo invito, faltaba más». Sí, cabe la

posibilidad de dar un gran concierto despilfarrador en el restaurante pero ¿a quién engaño?, no soy un sibarita, ni un hombre de mundo. Si no tuviera ojos sería un sabio, pero mientras tanto me conformo con ser un mediocre como todos esos badulaques que pasean por la acera con cara de importantes. ¡Cuántas caras importantes en una acera colmada de tantos desgraciados! Tienen miedo, eso es lo que sucede. Miedo. Es entonces cuando descubro a ese hombre rubio y desgarbado del que hablaba antes, transita muy orondo entre los paisanos, como si su cabellera dorada no lo pusiera en el centro de todas las miradas. Este rubio es su propia estrella de Belén. Carajo, si yo tuviera una melena así. El extranjero es alemán y su figura me empuja a tomar una decisión: me hospedaré en el Hotel Isabel. Basta ya de darle de comer a la misma puerca, abriré el corral y a ver qué pasa. Europa está a unos pasos sin necesidad de pasaportes, aviones, fronteras y demás ridiculeces. Por fin una idea se queda atorada en mi cabeza, una buena idea. Ya me había tardado.

Nunca he estado en Europa. ¿Yo, *el Artista* Henestrosa cruzando el mar? Ni pensarlo. Sin embargo, hoy más que nunca necesito rodearme de personas educadas, ecologistas, refinadas, y olvidarme de vivir dentro de un sartén manipulado por el diablo. No soy tan idiota como para pensar que todos los europeos son tal y como los he descrito, pero me conviene pensar así, ¡me conviene! Y no iré a su continente sólo para decepcionarme. Aquí me quedo. Dentro de mi cabeza suceden misteriosos acontecimientos, las imágenes se desplazan sin muletas a velocidades desquiciadas y nada puede estar tan podrido en mi vida si a unas cuadras existe un hotel como el Isabel. Invadiré Europa sin subirme a un avión, gastaré a razón de quinientos pesos diarios, quinientos morlacos cada noche, y no me importa que dicha cantidad apenas cubra el importe de la habitación, una comida corrida en el restaurante y dos copas de un modesto *brandy*. Mi ánimo despierta, no me importa que la papada haya comenzado a expandirse o que nadie lea mis artículos en los periódicos o que mi fecha de caducidad se aproxime a velocidades extremas. Por el solo hecho de imaginarme compartiendo las escaleras, el comedor con una de esas jóvenes blancas que vienen a

México a tomar vacaciones, mis testículos se inflaman como croquetas de maíz, cuestiones de la física, algo que se calienta bajo los pantalones y requiere de un termómetro para ponerse en números y causar un diagnóstico. No necesito más. De hecho, cuando me he llegado a masturbar observando a las lectoras de noticias en la televisión brinco de felicidad sobre la cama. ¡La felicidad montada sobre el lomo de la caballería! Cómo no van a acicalarse y a ponerse hermosas las lectoras de noticias si saben que millones de personas se concentran tras sus aparatos electrónicos para admirarlas. ¿Han invadido Gaza? Sí, pero comunicada en boca de una bella joven incapaz de señalar en un mapa dónde está Palestina la noticia pierde su escándalo.

El asunto está más que resuelto: si no hay rubias ni mediterráneas en el hotel encenderé la pantalla en el noticiero de las tres de la tarde y con suerte veré a esa norteña de senos grandes que comenta pícaramente cada acontecimiento. ¿Nadie le ha dicho que es sólo una lectora de noticias y debe olvidarse de dar comentarios acerca de todo como si fuera una experta? ¡Y qué importa!, lo puede hacer porque es bella. En efecto, la norteña, el político, el escritor, el señor camotero, todos ansían participamos sus opiniones. Para eso tienen boca y experiencias. En este momento, lo presiento, dos lindas francesas de nariz respingada se hallan en la recepción contratando una habitación junto a la mía, ¡uyuyuy! Y la lectora de noticias en la televisión volverá a confundirse, dirá Irán cuando debe decir Iraq, pero es que son tantas las notas que debe recitar, cientos de fechorías esperando su turno para ser contadas. No hay por qué ponerse pedantes y molestarse cuando ella sonría mientras anuncia al mundo la más reciente tragedia. La estrella de Belén se ha puesto de mi parte y me guiará, cinco mil pesos en la bolsa, en el camino hacia la esquina que forman Isabel la Católica y República de El Salvador.

4
Stefan Wimer

El miedo a vivir con una mujer y a formar un hogar debe tener un nombre que no recuerdo ahora. Tal vez sea una enfermedad como la meningitis, pero no deseo enterarme. ¿Más enfermedades? Yo padecí ese mal, ¿o debo decir *ese bien*? No trastocar la paz del sepulcro donde habitan los solteros ha sido para mí una ley divina. ¿Y por qué voy a gastar el poco dinero que tengo en un hotel? Es un presentimiento, *una corazonada*, se dice. Y no hay que echar las campanas al vuelo porque de esas corazonadas tengo cuatro o cinco a la semana, apenas miro a una mujer que me atrae, la emoción me transforma en un canalla. Imagino su ombligo y trato de adivinar si en su pensamiento podría caber un hombre como yo. No sé si la palabra *pensamiento* sea correcta, quizás es más certero preguntarme si en su geografía podría sobrevivir un hombre como yo. Continúo mi camino y por un momento titubeo, me detengo y cavilo en la posibilidad de entrar al Hotel Gillow que también está en Isabel la Católica. «No seas bruto», me digo, «aquí sólo encontrarás personas que van a mirar tu saco como si fuera el trapo más sucio de la cocina». De modo que avanzo y descubro que el rubio, mi guía involuntario, entra justo a donde quiero llegar, al poco famoso Hotel Isabel, lugar común donde esta mañana se dio el encuentro entre dos malhechores, *el Nairobi* y mi viejo camarada, *el Boomerang* Riaño; en el aire de la recepción todavía pueden rastrearse las huellas de su presencia.

Yo esperaría que en el futuro los seres humanos dejen de ser

reconocidos o clasificados por su nacionalidad, pero en los albores del siglo XXI la barbarie no se ha extirpado ni remotamente y para cuestiones prácticas Stefan Wimer, el rubio desgarbado que me ha servido de inspiración para abordar el Hotel Isabel, es un ciudadano alemán. ¡Y yo qué sé de Alemania! ¿Cómo lo puedo distinguir de un noruego? ¡Y yo qué sé de Noruega! Cuando está borracho el Stefan éste dice que es bávaro, y cuando está sobrio o crudo hace alarde de ser un genuino berlinés: tonterías que se expresan a la ligera para estar en paz con la vida. Stefan es enorme si se compara su tamaño con el de los antiguos mexicanos, es como un ropero cuyas paredes han sido tapiadas con blandas rebanadas de jamón rosado.

—La ciudad está un poco cambiada, soy muy buen observador, no puedo decirle exactamente en qué ha cambiado, pero no es la misma —comenta Stefan. Se dirige al recepcionista del hotel. Es un hecho: Wimer comienza una conversación donde sea.

—Es la misma de siempre. Unos progresan, otros se van a la quiebra, así se equilibran las cosas. Son leyes que no están en nuestras manos, señor.

Pablo Paolo, el recepcionista, se ha despertado hoy insuflado de ánimos reflexivos. Está en su derecho. A él también le gusta conversar, dar su tiempo a cada huésped que solicita su atención. Él también quiere llenarse de experiencias.

—Usted no me recuerda, pero yo estuve en este hotel hace como un año, más o menos —Stefan deja libres estas palabras, lo hace en voz baja, como si contara un secreto. No es lo que podría llamarse un hombre susceptible, aunque le dolería no ser recordado por Pablo Paolo, el recepcionista.

—Me acuerdo perfectamente de usted, claro, pero intento ser discreto y no hacer de este hotel una caja de chismes. Y si viene el año próximo también me acordaré, y así…

—Entonces voy a confesar: el Distrito Federal es mi ciudad favorita, amo esta ciudad y por eso puedo decir que está más fea que antes. Creo que es la ciudad más horrible del mundo. ¿Y sabe qué? Eso me gusta.

—Es la misma de siempre, se lo puedo asegurar, la gente está

más pobre que antes, es cierto, pero no dejan de gastar —responde Pablo Paolo, y hace caso omiso de los juicios de su huésped. «¿Si le parece tan horrenda a qué ha venido?», la pregunta silenciosa se refleja en el rostro del joven espigado. El disfruta parecer un hombre serio. Y claro que recuerda a Wimer: «Si la última vez estuvo aquí más de un mes, sólo un estúpido sin memoria no recordaría a este mastodonte».

¿Lo que ha venido a hacer Stefan al Distrito Federal? Nadie lo sabe. Y las ocasiones que hablé con él no fueron suficientes para hacerme a la idea. A comprar cocaína barata. A llevarse una mexicana a su país. A revivir el expresionismo alemán. A gastar los euros que ganó en una semana podando jardines. A convertirse en el amigo íntimo del *Nairobi*. Todo esto es posible. Y desconcierta darse cuenta cómo este tipo que habla tan bien español puede consumir horas hablando de sí mismo y no decir nada de sí mismo excepto que sí mismo es él. Stefan pasó parte de su infancia en Augsburgo y después su padre, hastiado de vivir en el mismo lugar donde lo habían parido, se mudó con su esposa y único hijo a Schöneberg, un barrio en el oeste de Berlín. «Mi padre odiaba Bavaria, quería que su hijo creciera en Berlín. ¿Alguien conoce aquí la cerveza Augustiner? A él le gustaba, podía tomarse veinticinco en una noche y ahora está muerto y olvidado en un cementerio de la Belziger Strasse. Esas toneladas de cerveza van a nutrir la tierra, la tierra agradece más que entierren a un borracho que a un sano porque los borrachos le dan sabor a esa tierra, y si no que me cuelguen».

5
Krumme Lanke

Cuando tomo decisiones me siento aliviado y algo más ligero. Lo pesado son las consecuencias y la sensación de haber disparado al aire sin palpar con mis dedos la sangre de la presa, de echar unos días más a perder. Es absurdo de mi parte dar por sentado que el rubio Wimer es un talismán que me traerá fortuna. Vaya si mi ingenuidad vale un par de doblones de oro. ¿Existirán todavía los doblones de oro? Quizás en Hollywood. No tenía contemplado encontrarme con *el Boomerang* Riaño y mucho menos caer en medio de los maleantes que han tomado el hotel cautelosamente: *el Nairobi, la Señora*, Samuel y otras sabandijas. Dejo esta rumia para después ya que las desgracias forman la cadena de aminoácidos más elocuente del mundo y yo no tengo suficiente autoridad para gimotear a causa de ello. Por lo pronto, Stefan Wimer, el rubio de bigote ranchero, el alemán que da la impresión de haberse tragado una morsa entera, se ha sentado en los escalones que desembocan en los pisos altos del hotel, sobre los peldaños forrados con una mullida moqueta color sanguíneo, y aguarda a que la recamarera termine de ordenar y limpiar su habitación. Flora, la mucama, sabe reconocer cuando una persona es paciente y el güero venido de la Germania le parece un santo.

Vivir tiene sentido si hay mujeres rondando cerca, y Stefan reconoce que la pasión masculina es la pasión más idiota y elemental del mundo: mujeres, más mujeres y más mujeres. Cada hombre nace con un número más o menos cuerdo de ellas sembrado en la cabeza,

es evidente, pero a los 35 años el número en la cabeza de Wimer ha desbordado el dique de la presa. Si se descuida en este aspecto las mujeres entrarán hasta por las ventanas y romperán las tuberías y el agua inundará los pisos y lo misterioso se volverá penumbra y muerte. Las leonas deberían buscar sombra en la acera de enfrente, cavila Stefan, y recuerda cuando Chloe, la hermana de su padre, lo invitó a pasear a los lagos de Berlín. Nadaron primero bajo el astro amarillo que calentaba las aguas de Krumme Lanke y después comieron una sopa de papa en las mesas de madera a orillas de Schlachtensee. La sopa y las aguas del lago tenían la misma consistencia. El cuerpo desnudo y óseo de Chloe tomando el sol en la orilla le desató una violenta erección que lo obligó a mantenerse más de una hora con la cintura hundida en las aguas del lago. Y allí mismo se masturbó.

La visión de esa mujer lo continúa perturbando incluso en las mismas escalinatas del Hotel Isabel. Stefan se incomoda, es un viajero, no un viejo memorioso y libidinoso atado a su silla de madera; los automóviles tienen un pasado más sólido y preciso que el de los hombres: en el pasado de un Mercedes Benz descapotable encontraremos un Mercedes-Benz 500 K-Spezial-Roadster 1936, y no un Volkswagen Cabriolet 1936. En cambio, una persona no sabe de dónde viene y entre las ramas de su árbol genealógico se esconde un ejército de chinos, gauchos, otomíes y hasta perros.

Así están las cosas, Wimer, y no serán modificadas.

Los días que me hospedé en el Isabel coincidí con Wimer varias veces en el bar del hotel. Yo soy tímido hasta en la médula de la médula y no hablo idiomas, y cuando un extranjero habla español me siento ofendido, o más bien apocado. Mis palabras provienen de la sinceridad más estricta, ofendido porque no puedo responderle con la misma moneda y *el Artista* Frank Henestrosa, como me llamo y me dicen, paga sus cuentas y no va a permitir que nadie lo humille. De modo que conversé en español y de manera frugal con Wimer, escuché sus peroratas esgrimidas todas en voz alta y me enteré de asuntos que no son de mi incumbencia. ¿Qué viene a hacer al Distrito Federal por tercera vez? ¿No se cansa de patinar en las

aceras manchadas de grasa y de aspirar hollín y sangre? Tal parece que no, de hecho Stefan espera encontrar en el Distrito Federal una mexicana que posea los arrestos necesarios para marcharse de la mano de un alemán descapotable a Berlín. No tendrá que aguardar demasiado porque Flora, la joven mucama, lo observa recostado en las escaleras y no puede creer tanta displicencia, aunque sabe por experiencia que los extranjeros se toman las cosas con calma. Reflexiona la mucama: «El señor no siente pena de acostarse en el suelo cuando podría acomodarse en uno de los sillones de la recepción, estas cosas deben ser normales en sus países, pero están en México, donde somos pobres y tenemos modales». Quien se recuesta en unas escaleras manchadas de miles de pisadas debe ser considerado un vago, sin duda, ¿no es eso, Flora?

—Señor alemán, su cuarto está listo —anuncia la recamarera.

Ella se recoge el cabello anudándolo con un listón. De no hacerlo así su larga melena oscura le cubriría el rostro y también la mitad del cuerpo flaco como astilla. ¡Qué flaca es Flora! Al conchudo Stefan no le disgusta que lo llamen *señor alemán*, por el contrario, le causa risa. Hay que tomar en cuenta que Flora no es la mexicana que él espera seducir para treparla en un avión de Lufthansa rumbo a Berlín. Ella es sólo la mucama de su hotel preferido y no pasarán dos segundos antes de que Stefan distinga entre la masa de mujeres a una que habrá de acompañarlo hasta su actual departamento de Prensaluerberg.

Lo dejó muy claro desde nuestra primera conversación en el bar cuando sentados en la barra, hombro con hombro, hablaba mirándome a través de un espejo: él es un idealista con manías de campesino: «Los alemanes tienen ideales y luego los matan trabajando duro. Muchas ideas y mucho trabajo, no, eso va a ningún lado, ¿sabes?, siempre se pierde siendo idealista». Lo dice y su cara de niño, de querubín borracho, se toma adusta. El padre de Stefan trabajó como si fuera a vivir más de dos vidas y se murió cuando recién acababa de cumplir los 60 años. «No quiero vivir un solo día más que mi padre —se había propuesto Stefan en el funeral—, sólo quiero abrir los ojos todas las mañanas y encontrarme con una mujer

que me hable en español, o más bien en mexicano».

—¿Cómo dormiste, güerito? —Flora toca su hombro poniéndole la yema de los dedos tiernos encima y recomienda—: Váyase a su cuarto, señor alemán. La cama está bien tendida, las ventanas abiertas, no se asome demasiado porque usted pesa más de la cintura para arriba. No quiero decir que esté gordo, pero hay gente que es más pesada de aquí para arriba —dice Flora, y se señala el ombligo.

—No he dormido bien. ¿Qué número de habitación tengo, Flora? —Stefan bosteza como hipopótamo.

—¿Todavía no se lo aprende?

—Soy muy distraído. No importa, puedo llegar sin saber el número, ¿a quién le importan los números?

—¿Cómo se dice 21 en alemán?

—Zimmer Einundzwanzig.

—Eso nadie lo entiende, aquí vienen muchos extranjeros, pero a ustedes los alemanes nadie los entiende, deben sufrir mucho aprendiendo esas palabras.

Stefan ha vuelto a su habitación, abre su maleta y coloca en la palma de su mano la onza de cocaína que comprara una noche anterior: «Aquí estás, chula, prieta linda», dice y besa el envoltorio con la misma vehemencia que en el futuro, se imagina, besará a su mujer mexicana. Guarda de nuevo a su prieta linda y se tira como un árbol talado a lo largo de su cama.

6
El Boomerang Riaño

Yo quise ser futbolista cuando joven porque según yo había tenido una iluminación, la misma revelación que anima a aproximadamente cien millones de personas —desde Río de Janeiro hasta Nápoles— todos los días. No me entregué a esa premonición como debía, pues de lo contrario hoy sería conocido como Frank, *el Futbolista* Henestrosa. Demasiado sencillo me pareció a mis 20 años el fútbol: correr y pensar, eso era todo, picar por un extremo, retroceder y tomar un atajo hacia el centro, tirar al arco, centrar o volver a abrir por la banda, ¿cuál es el misterio? El secreto no es secreto y consiste en que nadie sepa cuál será tu próximo movimiento. El defensa cree que vas a encararlo y entonces cambias de ritmo y lanzas el balón hasta el extremo izquierdo y… lástima que mi displicencia es como un tumor que me paraliza las rodillas y que los dos entrenadores que tuve a mis 20 años no confiaron en mis teorías una vez llevadas a la práctica. ¿Por qué siempre tienen que repetir la misma frase: «Este no es un día de campo»? Un fracaso más, en efecto, pero no voy a quejarme, esta vez diré sólo que el pasado se tropezó con un bulto de apellido Henestrosa, se incorporó y siguió muy campante su camino.

A diferencia de lo sucedido conmigo, *el Boomerang* Riaño no parece haber tenido ningún tipo de iluminación y eso puede descubrirse en sus ojos de ciruela negra y podrida.

El Boomerang sufre de un insomnio cruel, sus huesos ya no crujen y en su boca el tabaco es capaz de aniquilar a los microbios más poderosos. Las pastillas de alprazolam lo hacen soñar a menudo

con su madre, así que ha dejado ese asunto de los ansiolíticos por la paz. Sueña por episodios y duerme boca arriba cruzando los brazos sobre el pecho como una momia que no acaba de resignarse a la posición horizontal, una momia ansiosa que sufre estertores. Cuando sube la escalinata que desemboca en las habitaciones del ala norte del Hotel Isabel, se mira la punta de los zapatos de cuero azuloso. Es el tono de sus venas. Y de sus tripas. Dos lámparas han sido retiradas a propósito y el pasillo se oscurece a medida que el interior crece, nadie pasea por aquí, excepto Camila y su gente. Las habitaciones del segundo piso en el ala norte están vetadas a los huéspedes y los postigos color marrón de sus ventanas han sido clausurados. Yo nunca he puesto un pie por esos rumbos y mi intuición me dicta que debo tener mesura y mantenerme lejos. Se han postergado las reparaciones necesarias para hacer los cuartos habitables, aunque en un par de ellos la vida palpita en susurros. Cuánto misterio rezuma el ambiente de esta caverna. Camila Salinas es la única mucama a quien le está permitido atender el ala norte y pocas veces usa el delantal azul cielo, sus dientes lucen sanos y de una patada bien puesta podría quebrar una fila de peronés. A primer ojo no da esa violenta impresión, al contrario, las enfermeras sin sonrisa tendrían en ella a su santa patrona. Le dejarían limosnas jugosas y Camila cumpliría los milagros. *El Boomerang* la encuentra de frente en la boca del pasillo, se sonríen y son espectros, no se conocen a fondo y sólo saben que ambos trabajan para *el Nairobi*. El conoce de memoria y completos los poemas de Salvador Díaz Mirón y ella tiene algunas nociones acerca de granadas de fragmentación y de cremas exfoliantes, cultura general, y nada más.

—Me preguntaba si tú conoces un remedio para el insomnio, algo natural, nada de químicos —dice *el Boomerang*, su perfil afilado parece cortado de tajo por un hacha.

—¿Nada de químicos?

—Plantas, uñas de oso, cualquier pendejada que me haga dormir sin tener pesadillas.

—A mal árbol te arrimas, mi negocio es estar despierta, *Boomerang*. Ya no tomes café, al cuerpo hay que quitarle, no

agregarle más sustancias.

—No, ¿cómo crees?, los vicios son sagrados.

—Los tés de valeriana o flor de azahar sirven para eso. Y los vicios a tu edad son un estorbo.

—Los tés no me hacen nada, lo que necesito es un ataúd y una almohada. En la mañana estuvo el *Nairobi* por aquí. Dice que va a presentarme a *la Señora*, ¿tú conoces a *la Señora*? ¿Lo has visto alguna vez? —*el Boomerang* Riaño se pasa la lengua por los labios, es un movimiento veloz y casi imperceptible. Debe reconocerlo, la idea de que además del *Nairobi* exista un jefe sin rostro lo pone nervioso y lo lleva a perder el control.

—No, yo soy de las clases bajas, de la tropa. He oído hablar de una Señora, sí, a veces, ¿quién sabe? Mientras nos paguen deja que *el Nairobi* invente lo que quiera. Lo hace para damos miedo, el cabrón —Camila baja la mirada y se encuentra con los zapatos azules del *Boomerang*. «Son bonitos», piensa.

—Hay que creerle, por si las dudas. ¿Cómo va todo por aquí?

—¿Por aquí? Nada, sólo aburrición. Voy a ponerme a limpiar los cuartos.

El Boomerang vuelve sobre sus pasos. Una estrofa de Díaz Mirón le viene de pronto a la cabeza: «¿Cuándo echaré toda esta mierda por el caño?», se pregunta. Y la estrofa: «Yo quisiera ser uno de los lazos, con que decoras tus radiantes sienes; yo quisiera en el cielo de tus brazos, ¡beber la gloria que en los labios tienes!». De modo que el delincuente poeta recita versos en la oscuridad, lo que faltaba. Riaño observa de reojo a Pablo Paolo, el joven famélico que atiende la administración durante el día, hojeando el cuaderno de registros detrás del mostrador en la recepción. «Al menos éste es más ridículo que yo», murmura Riaño, y sale del hotel en busca del trago que partirá el día en dos gajos. ¿Cómo pudimos este hombre y yo ser alguna vez amigos? Cualquiera que haya visto a un loro reposando sobre el lomo de un perro conoce bien la respuesta.

7
Laura Gibellini

Soy dado a creer en mi culpabilidad. Si me presento a la escena donde acaba de suceder un robo de inmediato mis ojos, mi temperamento vacío, todo me señala como un fuerte sospechoso del crimen, pese a que ni siquiera esté enterado de lo que ha pasado. Y en las discusiones siempre creo que el otro tiene razón. Y si leo un libro creo en todas las teorías allí contenidas y ni siquiera me atrevería a refutarlas o a descreer de la capacidad de su autor. Y si la mirada de una mujer se encuentra con la mía ella tendrá la impresión de que soy un hombre que jamás podría hacerla feliz, y yo creo lo mismo. Y lo más triste de este asunto es que no hago ningún intento por demostrar lo contrario. Vaya destino el mío. Pero esta vez tampoco me quejaré. Si he decidido pasar varias noches en el Hotel Isabel es porque justo a ese lugar ha llegado Laura Gibellini y pronto nos conoceremos. Yo aún no sé que ella existe, pero lo sepa o no de todos modos sucederá. En la primaria y secundaria las niñas no me miraban con malos ojos, incluso diré que más de una de ellas abusó de mí en el salón 104, un salón que servía para guardar trebejos y pupitres en espera de ser reparados. ¿Qué pasó después? ¿Cómo es que a ninguna mujer se le ha ocurrido abusar del *Artista* Henestrosa? Bueno, está Susana Servín y otra más, pero tuve que hacer grandes esfuerzos para que confiaran en mí, y esa clase de relaciones no cuentan porque no se dan con espontaneidad ni gracia, hay que trabajar, y el esfuerzo es la maldición por antonomasia, y no voy a quejarme esta vez, simplemente no cuentan a la hora de

ponerse exigentes.

Esa Laura Gibellini a la que me refiero pasea ahora por la acera soleada de 5 de Febrero. En la mente de esta hija de católicos andaluces se abren puertas y agujeros de todos tamaños mientras se pregunta si ha sido buena idea viajar al Distrito Federal en vez de haberlo hecho a Buenos Aires, o a las playas de una isla en el mar Caribe. Su flema medio amarga y su mal carácter no le permiten arrepentirse nada más porque sí, sólo que existe un momento de duda en el que comienza a cometer disparates y a dudar de todas sus decisiones. Laura da la impresión, a veces, de no estar en sus cabales, pero ¿quién lo está en realidad? A ver, que se le planten en cara a ella los cuerdos y los prudentes. Viajar sin compañía a una ciudad peligrosa como el Distrito Federal es prodigar mucha fe a los seres humanos, y la ingenuidad se paga más caro que los pecados, así es y no tiene vuelta de hoja. No se puede pasear por el Zócalo de la ciudad de México mientras uno suspira y se pregunta cómo habría sido tomarse una cerveza Quilmes en los boliches de Buenos Aires. ¿Se ha equivocado? Ya se verá.

Todo este vaivén en su temperamento es culpa del calor mexicano, un calor pegajoso que termina formando costras en el cuello. Los vendedores ambulantes le ofrecen su mercancía y más de uno observa descaradamente a la Gibellini, si la señorita nos lo permite estamos dispuestos a almacenar nuestra mercancía en su entrepierna, dicen los ojos de algunos vendedores, y curarla del sol mojando su ombligo y su vientre con nuestras lenguas bien ricas, y raspositas. De esos ojos que la acosan emana una ceniza luminosa, de inocencia muerta, como si los mirones hubieran dejado su alma en las coladeras.

«Señores aztecas, ¿siguen perdiendo ustedes todas las batallas?».

«Sí, es nuestro modo de sobrevivir».

Laura extraña la ausencia de fuentes y bebederos públicos en una ciudad que fue construida encima del agua. Culpa a los españoles: «Ellos acabaron con los canales y levantaron sus estúpidos palacios, ellos jodieron esta ciudad, mis antepasados, nada menos»; de nuevo una culpa ingrata y nebulosa la posee, ¿un arrepentimiento genuino?

¡Qué va! En todo caso la culpa es un modo de odiar aún más a sus paisanos. Y, sin embargo, ¡qué cartas tan compungidas le habría enviado Laura a Felipe II informándole sobre las injusticias cometidas en sus reinos ultramarinos! Le narraría detalle por detalle cada desuello, la historia de cada indio muerto, el olor de las tripas y de la sangre seca.

También escasean las bicicletas, ni agua ni bicicletas, sólo piedras, vendedores callejeros, calor, iglesias españolas, edificios enanos, miradas hipócritas y a veces picaras, plástico, olores en erupción y costras en el cuello. Le hace tanta falta discutir estas cuestiones con una persona, hablar, blasfemar, taladrar en su propio pasado ahora que está a punto de cumplir 30 años de vida. Y llevar siempre la contraria. No es un método, pero marchar todo el tiempo a la contra le aumenta emoción y verdad a las *cosas*. *Joder* es el verbo divino. Laura nació en Cádiz y esto, de entrada, se parece mucho a tener un trabajo, ser gaditana y manejar los cubiertos de manera incorrecta, llevar la contra, untar la mantequilla con el tenedor, usar las copas de vino para beber Coca-Cola, meter el pan en la sopa del vecino, dormirse a mitad del coito, ¿no es esta actitud la prueba más sólida de que en verdad se tiene una vida? Laura cree que si las personas la consideran estúpida está salvada. Estúpida y grosera, he allí su tabla de salvación. Y es real que a cierta edad comience uno a sumar muertos, pues las antiguas veredas del bosque se hacen circulares y una tarde amarilla, luego de mucho andar, te encuentras por primera vez caminando en círculo. ¿Cómo oponerse a ello? Sin embargo, no comprendo la desazón de Laura, carajo, 30 años no es nada, hace apenas cinco siglos una mujer a esa edad se consideraba una anciana, ahora es diferente, hay cantantes de *rock* con tantas arrugas como granos de sal, pinchadiscos de 40 años, las mujeres maduras se visten como barbis, nadie quiere ser vieja: excepto Gibellini.

Laura vio el mar unos pocos días después de nacer, pero no lo extrañó a los 18 años cuando se marchó a Madrid: la gente se mueve de un lado a otro, ni modo. Los provincianos emigran a la capital para hacerse odiosos. «Tengo dos trabajos: uno es ser de Cádiz, el

otro es vivir en Lavapiés». Las pecas en el rostro la hacen ver, bajo cierta luz, como una adolescente, pero no lo admite. «Son residuos de una enfermedad venérea», me dirá unos días más adelante y yo no sabré entonces si reírme o hacer una mueca de asco.

—Cuando era adolescente cogí una sífilis en un prostíbulo, a las afueras de Cádiz. Me la pegó un marinero. Nunca lo volví a ver.

—¿Qué hacías allí?

—Me divertía como enana, Frank. Mi historia no te impresiona, ¿verdad?

—No, mi hermana tiene tantas pecas como tú. Lo que me intriga es saber por qué las mujeres se imaginan siendo prostitutas e inventan toda clase de historias al respecto. Es un poco infantil.

Antes de que esta conversación llegue a darse, Laura atraviesa la muchedumbre que se mueve en tomo a la Farmacia París en la esquina de 5 de Febrero y República de El Salvador, y observa a un hombre en bata blanca, sentado sobre una silla de madera en plena calle, a su lado un letrero en el que se lee «diez pesos la consulta», y también una borrosa copia de su título universitario envuelto en una mica opaca, doctor, señor doctor de barba copiosa, bien rasurada, señor doctor de huesos duros y diploma callejero. «Pero si este hombre es igual a Julio Cortázar», se sorprende Laura. «Julio no ha muerto». De ser necesario este hombre podría hacer una operación quirúrgica allí mismo en la banqueta, enderezarte las vértebras manipulando sus dedos grandes, pero el doctor Cortázar no tiene necesidad de llegar a esos extremos, garabatea algo en una receta amarillenta o él mismo vende pociones en bolsitas de plástico, pociones amargas, «es amarga porque cura», espesas como nata de pantano, «es espesa porque es nutritiva», dice, ¿quién se atrevería a cuestionarlo?

Dentro de la farmacia, liados por una cuerda de plástico penden docenas de juguetes empolvados que no han encontrado un comprador en veinte años, y en los anaqueles a un costado de las estrechas cajas registradoras se exhiben para su venta pomadas milagrosas, jabones de jojoba, nitrato de plata, cápsulas de hígado de tiburón, tijeras cromadas y narices artificiales. Laura no ha visto en

toda su vida colección parecida y se ufana en reconocerlo: «Ya quisieran estar aquí los turistas de la calle Corrientes o los que toman el sol como focas en Varadero, ya quisieran probarse una nueva nariz respingada o tomar una pócima que funciona como un marcapasos», ¿pero es cierto esto? ¿Alguien en verdad desearía zambullirse unos minutos en esas catacumbas medicinales que lleva como ridículo nombre Farmacia París? Por supuesto, «si aquí las épocas están encimadas unas con otras, como capas geológicas». Laura Gibellini se infunde ánimos varias veces al día, principalmente después de una larga caminata, o en las mañanas cuando despierta ansiosa y a la vez oprimida. Unos consumen parte de la mañana trotando en un parque o haciendo ejercicios musculares, pero Laura se levanta de la cama y se hostiga a sí misma, como si estuviera de más en el mundo y diariamente buscara razones para comprobar que Dios no existe. Tiene prisa y no conoce la causa, acaso prisa por lanzar maldiciones y hacerse vieja. En vista de que absolutamente nadie puede vivir sin conflictos lo más sensato es provocarlos uno mismo, así por lo menos se lleva cierta ventaja. Laura atraviesa el Zócalo como una carabela que ha avizorado tierra firme y continúa por 5 de Febrero hasta República de El Salvador. Después de buscar un objeto en su bolsa, cruza la estrecha calle de Isabel la Católica y entra al Hotel Isabel, donde se hospeda desde hace apenas un par de días.

8
La pijama de Einstein

Finalmente he llegado al famoso Hotel Isabel. ¡Ya era hora, carajo! El recepcionista no me ve con buenos ojos. Juzgar a un hombre por su vestimenta, vaya majadería, ¿cómo vestía Einstein cuando se le ocurrió la teoría de la relatividad? Es probable que se paseara en pijama, en calzones o vestido de una manera modesta; el mundo se incuba dentro de la cabeza. Acepto que mi mente es modesta y está condenada a no ofrecer ningún fruto. ¿Cómo puedo vivir así? Debo dejar la autopiedad para los tullidos o los ancianos, no para mí, mula de carga. Mi madre está muerta y Mariana Henestrosa, mi hermana, se ha marchado a provincia para cuidar de su hijo en un pesebre, o en un pantano, en cualquier lugar menos en el Distrito Federal. Es su decisión. No quiere contribuir a que la maldad continúe procreando víctimas, ella no va a cooperar con eso. Quiero a mi hermana más que a nada en el mundo, pero renuncio a pensar en ella, en mi mente todo se envenena, ni siquiera una rata del mercado de La Merced sobreviviría dentro de mi cabeza. ¿Por qué viven tanto tiempo los hermanos? Son ellos con quienes en realidad se comparte la mayoría de la vida.

Repaso mi rostro en el espejo de la recepción y no me avergüenzo, llevo un saco para disimular mi aspecto de vago, mis zapatos son modestos y dignos, los pantalones negros, ¡y cinco mil pesos en el bolsillo! ¿Llevaba Einstein cinco mil pesos en la bolsa cuando se le ocurrió su teoría? Nadie piensa en eso, en el dinero que cargan en la bolsa los científicos cuando descubren lo que sucede en

una estrella a cien años luz de distancia.

Antes de meterme de lleno en la historia cuento una historia algo insípida, pero que me agrada: veinticinco años atrás trabajé como agente de bienes raíces en el sur de la ciudad, en Villa Coapa, allí donde tiraron establos para levantar casas y el olor de la mierda vacuna no terminaba de marcharse. No fui precisamente un *agente de bienes raíces*, era más bien un vulgar vendedor de casas que lo mismo podría haber vendido pasteles o autos usados. En tres meses logré concertar dos ventas. Los clientes se acercaban a la «casa muestra», llegaban en autos deportivos o en carrozas flamantes, pero no contaban con suficiente dinero, necesitaban clamar por un préstamo al banco, meditarlo dos veces, revisar de nuevo sus cuentas, se hacían ilusiones y seguían viviendo; a eso dedicaban los domingos, a buscar y echar una ojeada a las casas que jamás podrían comprar.

Mi compañero de ventas, un joven e inexperto como yo, Gerardo Balderas se llamaba, ponía al asador todo su talento y se desvivía por convencer a los clientes, ¿cómo no iba a intentarlo si ganábamos por comisión el 1 por ciento? El 1 por ciento del precio absoluto de la casa. Diez mil pesos por cada millón. ¡Una fortuna! No está mal para un joven que sabe que no va a permanecer en esa silla por mucho tiempo, ¡con tal cantidad era posible vivir en aquel entonces hasta seis meses! ¡Qué buenos tiempos! Vender casas era parecido a vender historias que apenas van a comenzar. Nadie sabe si en la casa vendida habrá mujeres satisfechas o gemidos, chillidos sicalípticos, orgasmos o zumbidos de cuchillos saliendo y entrando de la carne.

Cierta tarde de un lunes de canícula un viejo se acercó a la sombrilla bajo cuyo resguardo, aburridos hasta las lágrimas, nos protegíamos de un sol hijo de puta, y nos suplicó, el viejo, que le permitiéramos asomarse a la «casa muestra». ¿Asomarse? No, señor, si nuestra obligación es ofrecerle un acucioso paseo por la estancia, las tres recámaras, los cuatro baños, el cuarto de servicio, la cisterna, la cocina integral, mostrarle el catálogo de los tapices, hacerle escuchar el potente chorro de agua que sale de las llaves como la

orina de un becerro. «Ni modo, Gerardo, es tu tumo atenderlo», le recordé a mi colega, vendedor estrella, vanidoso y emprendedor, pero el huevón expandido en su mecedora de madera observó al anciano cliente, su desaliño, su ropa corriente y, para colmo, había llegado hasta nosotros caminando, ¡no tenía auto!, caso perdido en realidad. ¿Cómo quiere el pinche viejo comprar casa si ni siquiera tiene auto? De manera que Gerardo continuó dormitando como un negro sureño en el sillón de su porche después de su dura jornada. «Te lo regalo», me comunicó en susurros: «Frank, no chingues, está bien, que vea la casa, pero vigila que no se robe los focos». ¿Robarse los focos? Si el anciano apenas rebasaba el metro sesenta de estatura. Y dentro de la casa no había sillas. Y los techos se alzaban más de dos metros y medio, ¿robarse los focos? ¿Quién se creía este cretino? Me levanté e hice mi trabajo, porque cuando *el Artista* Henestrosa dice: «¡A trabajar!», no existe persona en el mundo capaz de detenerme. ¿Y después? El anciano no compró una, sino dos casas, para sus dos hijos, y me entregó veinte mil pesos a cuenta frente a la aterrada, desolada mirada de Gerardo, el huevonazo, el pringado de saco y corbata. Firmamos un recibo, el anciano vio cumplido el sueño de proteger a sus hijos y yo me retiré de los negocios un buen tiempo. Aquel comprador era un Einstein, todo lo guardaba en el bolsillo, nada de comprarse un Scappino, o dejarse sobornar por los bancos, ¿acaso no son los bolsillos los cerebros de nuestra época?

Frente al viejo espejo de pared que refleja de un golpe la recepción del Hotel Isabel, observo mi triste imagen. Es como un daguerrotipo cuarteado al que sólo le falta una firma en la superficie. Si no hubiera llevado dinero conmigo probablemente me habría deprimido sólo de contemplar mi cabellera ordenada y modesta. Y quién no va a deprimirse ami edad. En el futuro próximo tengo un lugar reservado y asegurado para las enfermedades, las carreras de caballos, los funerales, el desprecio de las mujeres jóvenes, nunca todo al mismo tiempo, sino en escrupulosa procesión. Y un detalle: el color de mi rostro posee el mismo tono de los barandales de la escalera y del barroco mostrador de la recepción, un ocre aceitoso, mestizo.

—Tiene usted derecho a un desayuno continental todos los días, hasta las once de la mañana, después de esa hora todo el mundo comenzará a pensar en la comida —me recita Pablo Paolo, el joven recepcionista que ha recibido de mis manos el adelanto por tres días de hospedaje.

—No se preocupe, puedo pagar mi desayuno y lo que haga falta.

—Y o cumplo con avisar y usted decide. Siempre es bueno tener opciones.

Continental, qué nombre tan estúpido para un desayuno más bien tacaño. Me incomoda que el joven pálido montado en su esqueleto plástico me haya mirado de un modo suspicaz al enterarse de que el nuevo huésped no lleva equipaje consigo. Si fuera un extranjero no me habría preguntado nada, pero mi cabello no le gusta, brilla, sí, pero como petróleo iluminado por la luna, si fuera extranjero podría venir desnudo, con las bolas hinchadas, con el culo sucio, y no causaría ni un asomo de sospecha. Estoy molesto pero sabré ocultarlo, observo a las personas como el entomólogo que no siente más afecto hacia los insectos que el exigido por la ciencia: y entonces me pongo a salvo. Llamar *continental* a un desayuno magro como un grano de arena, vaya pedantería, eufemismo de ladrones. Tengo la llave de la habitación en mis manos, los requisitos cumplidos. Descansaré como nunca en los últimos meses y antes de tirarme en la cama me tomaré una cuba helada en el pequeño bar del hotel. Adelante, Frank, toma las riendas, muéstrate seguro, ¿quién puede humillarte? No te hospedas en el Four Seasons, mira a tu alrededor, has llegado a un hotel modesto, al disminuido Hotel Isabel.

9
Miedo al *Nairobi*

Viajan dentro de un auto negro, son tres hombres, agobiados por el sol que barrena el metal de los vehículos; el aire acondicionado no es suficiente, las cervezas se entibian y el tráfico se aprieta en avenida Héroe de Granaditas antes de desembocar en Anillo de Circunvalación. ¿Cuál es el nombre de estos animales? No importa, vivirán pocos años y han nacido por equivocación y mala suerte. Su negocio se concentra en una pequeña bodega en la calle Peralvillo esquina con Granada. Ya están sentenciados, pero aún no son conscientes de eso, creen que unidos son el ejército de Corea; idiotas sí son, demasiado jóvenes, pero sobre todo idiotas. Se reproducen por miles, en ambos lados del Rio Bravo, no son hombres sino genes, o ajolotes, el nombre es lo de menos. Celebran su primer secuestro importante, se gana más dinero secuestrando personas que vendiendo cocaína, las nuevas generaciones no se conformarán con migajas, ¿o en qué piensan los padres cuando su semen escurre fuera de sus testículos?

El sol de las dos de la tarde le tuerce el cuello a cualquiera.

—Nos va a chingar *el Nairobi*, no me dejaron acercarme cuando quise hablarle. Le quería ofrecer la mitad de la lana —dice uno. Es el más prudente. ¿Prudencia entre estos zánganos?

—O nos lo chingamos primero, ¿quién se cree el güey? —habla quien se las da de jefe.

—¿Quién se cree? No mames, es *el Nairobi*.

—Dame más cerveza.

—Está caliente, la vas a escupir. Al *Nairobi* no le gustan los secuestros, me acaban de decir, se pone rudo, perro, eso me soplaron. Hay que soltar al pinche escuincle antes de que se sepa.

—Seguro ya lo sabe, pásame el celular. Puto el marica que se culee, ¿eh?

—¿Ya viste a esa vieja, cabrón? —y el maleante niño señala con la barbilla hacia una acera—, mejor hay que levantar viejas, y si sus jefes no sueltan la lana por lo menos nos las cogemos. Somos unos pinches pendejos.

—Nos va a chingar *el Nairobi*.

—Ya cállese, puto.

El tráfico vuelve a fluir, la calle es una nariz congestionada, pero hay que respirar, como sea. El auto negro se abre paso por una orilla, es una hemorragia repentina, sangre negra. En las paredes, postes, ventanas, las pegatinas se reproducen, los políticos prometen cambiar de un día a otro la cara de la ciudad, las aguas serán blancas, los prados verdes y los muertos se alegrarán de haber sido el abono de un nuevo paraíso. El rostro de los salvadores se multiplica. Alabados sean ellos.

—Regrésate a Peralvillo y vamos a soltar al güey ese y luego nos ponemos pedos para bajar el susto, no te hagas el valiente, güey. Aquí traigo unos jales.

—Y o no me bajo, si quieren déjenme solo.

—Te digo que *el Nairobi* no quiso ni verme, ya le soplaron, nos van a poner en la madre.

—¿Y qué? Está bien que nos madreen, así aprendemos, putos.

10
Miguel Llorente

Comienzo a husmear por los alrededores, como el ratón cuando se han marchado los dueños de casa. No está nada mal el barcito del hotel, el sitio es algo sombrío y parece poco frecuentado. Además del cantinero hay en ese momento dos personas más: en la barra, un hombre que esconde su calvicie bajo un panamá y masculla algo para sí mismo, creo escuchar números, fechas, nombres: «Pepe, hijo de puta; María, no puedo creer dónde fuiste a dejar los calzones». Su rostro me parece conocido, también su espalda a medio arquear, está recargado en la barra y fuma un puro delgado cuya etiqueta ha dejado en un cenicero a un lado de las cenizas. Me enteraré más tarde de que su nombre es Miguel Llorente.

La otra persona no puede ser más distinta: es en verdad *otra persona*. Apenas he entrado lo he reconocido, no sólo desde la mirada, sino calibrando mi propio estómago al sentir una punzada en el ombligo: es *el Boomerang* Riaño, nada menos. Me hago el desentendido. No es todo más que una estúpida coincidencia, sin duda, ni siquiera debe, *el Boomerang*, ser huésped del hotel, pero allí está, su quijada de lagarto, sus falanges manchadas, su modo de sentarse abriendo el compás de las piernas como si estuviera a punto de desovar. Siempre fue un tirado, vaya, si no lo conoceré. Mantiene el periódico extendido sobre la mesa cuadriculada y simula leer con atención: un simulador profesional como hay en todos los bares. ¿Quién paga a estos hombres para que finjan no ver a nadie? Me acerco a la barra pegajosa, los moldes de aluminio herrumbrosos, y

pido una cuba con tres diamantes pequeños, «tres», digo, «por favor, deje que se derritan un poco antes de servir el ron, hasta que tomen su tamaño perfecto». Tres, porque las parejas dan mala suerte, son como todo en la vida, vulgaridad: blancos y negros, la misma cosa; Sol y Luna, ¿acaso no existe ya un millón de jodidos astros? Sol, Luna, vaya cursilería, no habrá jamás dos hielos en una copa de Frank Henestrosa, me prometo justo cuando advierto la cercanía de un aliento oloroso a tabaco. Tardo varios segundos en asumir que las siguientes palabras están dirigidas a mí y que pertenecen al hombre del puro, a Miguel Llorente, quien no disimula su repentino bienestar y comienza su intensa perorata. Va a echarme a perder el día. Vamos a ver de qué se trata:

—Buena decisión venir a este bar, vamos, le han construido un hotel alrededor, un lujo sensacional para un bar tan humilde, sí, el hotel es una añadidura, vienen personas de otros países pero ¿usted cree que vienen a tomarse una copa en el bar del hotel?, no, qué va, prefieren las cantinas, ya se sabe, la palabra *cantina* los estimula, después vuelven a Nueva Zelanda y dicen «estuve en una cantina», debe tener su importancia, ¿cómo vamos a enteramos?, no van a venir a este bar deslavado cuando todos sus coterráneos esperan su llegada para que les cuenten los pormenores de *la cantina*. Apuesto a que se desilusionan, en todo el mundo es lo mismo, la cantina, el *pub*, son cuartos donde vemos botellas y gente. Yo he dejado de viajar por esta razón, los mismos vicios en cualquier lado, bueno, el oxígeno, por supuesto hay mejor aire en otros sitios, pero fuera de eso…

Miguel Llorente habla entre dientes y debe desempeñar un cargo de altura para mover las manos con tanta seguridad. La verdad es que me ha impresionado. Lo escucho mientras observo sus dientes pequeños, dientes blancos, ordenados: un dentista ha consumido media vida cuidando de esas ovejas.

—Si abrieran una puerta hacia la calle las personas sabrían que existe un bar tan *ad hoc* como éste, sí, ¿para qué?, es lo que llamo anonimato accidental, lo bueno es que sólo unos cuantos privilegiados como usted y yo venimos a rumiar aquí nuestras penas,

¿eh, amigo?

—No es ése mi caso precisamente, estoy hospedado aquí, pero no soy de Nueva Zelanda —le respondo y, pese a que intento poner en mis palabras un tono misterioso, no causo en el hombre del puro el menor asomo de impresión. Si se ha animado a charlar conmigo es sólo porque estoy a su lado, no porque le parezca un hombre interesante. Si alguien se coloca a un lado tuyo frente a una barra es porque quiere oír tus relatos. La muerte y los lugares comunes llegan siempre puntuales.

—Bueno, es evidente, todos somos un caso especial —me dice —, la historia de la vida, en efecto. Yo mismo soy también un caso especial, mire, mi padre me heredó un negocio de mazapanes y turrones, en la calle de Uruguay, pero desde mi nacimiento todo ha ido cuesta abajo. Mis padres no me culparon, lo hubieran hecho, ¿qué más da? De todas maneras nadie podría ocultar la realidad. Los españoles y la burguesía compraban turrones en nuestra tienda, eso sucedía antes. ¿Y qué sucede ahora? Bueno, la gente prefiere sabores artificiales, plastilina de sabor, las calles están repletas de vendedores comerciando basura, usted puede comprar lo que sea, nadie paga impuestos, los estómagos soportan y las buenas costumbres se marchan. Lo llaman economía informal, pero me gusta más el nombre de economía inmoral, ¿qué le parece?, economía inmoral, en mi opinión la economía más sabia pertenece a los nonatos, nos ahorran su existencia, en verdad los amo, ellos son los ciudadanos más notables de este país —¿cómo podía reírse sin que el puro saliera expulsado de su ordenada dentadura?—. De vez en cuando se aparece un conocedor o un viejo cliente, y si no fuera por ellos estaríamos en la bancarrota, ¿sabe?, entre ese mar de personas que usted ve caminar por las calles puede encontrar hasta un etíope, pero un comprador de mazapanes o buenos turrones nada más no. ¡Hasta un etíope! ¿Me oyó? Lo más conveniente es dejarse de tonterías e irse al hipódromo, al menos en ese tipo de sitios los jóvenes nunca ganan. Y cuando lo hacen se emborrachan como rusos y terminan muertos en cualquier burdel. Por fin un poco de justicia. En el hipódromo las personas van a ser sociables, pero unos cuantos nos

concentramos en las carreras: sólo de esa manera he mantenido el negocio y, claro, con ayuda de mis santos patronos.

—Yo iría más seguido al hipódromo si no lo hubieran puesto fuera de la ciudad. Me habría gustado vivir cuando los caballos corrían en la Condesa —le digo y me sorprendo de mi propia soltura, ¿desde cuando soy tan sociable? ¿Y qué? Puedo hablar, tengo dinero en la bolsa, soy un señor, aunque sea por unos cuantos días.

—¿La Condesa? Allí sólo quedan judíos y payasos que cocinan, los argentinos han hecho también su agosto en esa zona. Tiene razón, estimado amigo, yo también extraño a los caballos de la Condesa y a los de Peralvillo, que no conocí y extraño de todos modos.

Mi cuba se acaba y los diamantes están a punto de desaparecer, lo que menos deseo es escuchar sermones acerca de los jóvenes o teorías sobre las carreras de caballos: en esas carreras sucede lo de siempre, unos cuantos listos, cabrones estafadores, le quitan el dinero a los estúpidos. ¿Y qué me importa la justicia en los hipódromos? Por favor, si lo que busca un buen jugador es perderlo todo. Tendría que haber puesto al tal Llorente en su lugar, pero me ha parecido simpático, su menear de cabeza, sus ojos vueltos hacia adentro, como si no terminara de entender. El señor de los mazapanes es un ser gracioso, ¿por qué tiene que dedicarse a vender dulces? Los dulces son para los niños, para que las ancianas los guarden en una bolsa debajo de la almohada y los mastiquen a media noche, pero los hombres serios no pueden preocuparse por las almendras o por la espesura de la miel.

El Boomerang Riaño me ha reconocido, así que evita sentarse como una rana de ancas dormidas y disimula aún más su presencia tras las hojas del periódico. Acerca a su pecho la taza de café como si fuera a incrustarla en su esternón e introduce un dedo en la oreja izquierda, seguro piensa: «¿Qué carajos hace el Henestrosa en este bar?». Los acontecimientos habrán de acercarnos más tarde pero, entre tanto, es momento de conocer mi habitación. Tengo inmensos deseos de conocer mi cuarto, ¿o el recepcionista me habrá enviado a

la azotea? El primer piso debe estar lleno de francesas, pero a mí me toca subir hasta el punto más alto de la pirámide.

11
Roberto Davison

Mi nueva morada es parecida a una discreta y bella maceta en cuyo interior no hay tierra ni flores, acaso un gusano que se regodea en la amplitud de su espacio; me recuesto e intento imaginar el vuelo de una gaviota cangrejera y en lo que será de mi próxima vida cuando reencarne en un distinguido actor de cine.

Mientras lo hago otras vidas caen del cielo como meteoritos sin fuego. Una de ellas es la de Roberto Davison, quien como yo, Laura Gibellini y Stefan Wimer, se hospedará también en el Hotel Isabel. Él es un actor de comerciales, persona afable, sana en sus vísceras, y con quien no creo tener nada en común, excepto que si sumamos el peso específico y simbólico de ambas personas la suma daría probablemente menos que cero.

—Estoy segura de conocerlo, mamá, es un actor de cine, un famoso, ¿quieres apostar?

La joven no dejará escapar la oportunidad de contar a sus amigas que ella acude a los mismos sitios donde los artistas se reúnen. Hay que buscar el brillo en los corrales, en las piedras, entre los humildes actores que también pelean por una oportunidad para brillar.

—Su rostro no me parece familiar, hija. Y el de ella tampoco. Me pondré los lentes… No, nada más no —dice la madre, escéptica.

Roberto se encuentra acompañado de su mujer en el restaurante Sanborn's, entre Isabel la Católica y Uruguay. Por medio de una señal que sólo las meseras comprenden, el gerente ha ordenado correr las persianas porque los escasos rayos de sol que logran colarse

al lugar calientan las mesas y las transforman en un comal. «¡Cuánta energía desperdiciada!», exclama para sus adentros el joven gerente. El traje que la empresa le ha dado a préstamo le infunde autoridad y deseos de conservar a toda costa la energía.

—¿Y si le pregunto quién es? —insiste la joven. Su lugar está a unos cuantos pasos de la mesa del actor.

—Si haces eso me voy —la madre se pone alerta. No permitirá a su hija hacer el ridículo.

Entre tanto, ajeno a esta conversación, Roberto Davison planea entrar a un baño de la mano de su mujer, pues un repentino deseo de fornicaria lo ha tomado por sorpresa, el deseo que es señal de su ser más vulnerable, un hormigueo que no se ubica precisamente en las bolas velludas o en alguna región física de su cuerpo, sino en una cañada imaginaria y oculta de su cerebro. Coloca su mano sobre la pierna desnuda de Gloria Manson, nombre artístico de María Gloria Manríquez, y le pide que se incorpore, atraviese el salón y lo espere en el baño de mujeres.

—Son las once de la mañana —dice Davison—, estar dentro de ti me traerá suerte, es un día soleado, no vas a negarte, ¿verdad, Gloria?

«Idiota, cuál improvisación, si le ha dicho exactamente lo mismo que la primera vez. ¿No se supone que improvisaría como lo hace cualquier buen actor?».

—¿Cómo crees, hombre de hierro? Nadie te negará nada, y no te desanimes, que el mundo es bastante más estúpido que redondo —le responde ella y da un lento sorbo a su tercera taza de café mientras husmea en las mesas vecinas: son escasos los clientes a esa hora, dos mujeres que la observan de manera insistente y en la esquina al fondo un anciano amarillento leyendo el periódico.

—Me recuerda a alguien. Cuando lleguemos a casa recuperaré la memoria. Te lo apuesto —insiste la joven sin poder dejar ese asunto por la paz.

—La televisión está llena de gente, hija, el mundo entero pasa por allí. Tienes que aceptar que esa clase de personas no es importante, tranquilízate —la madre no parece dispuesta a

reconocer que el rostro sonrojado de Davison comienza a serle familiar.

Sé, por experiencia, que los hombres maduros no deben dar un solo paso atrás en su guerra contra los jóvenes, y Davison hace que estemos orgullosos de él. Los ejércitos se forman así, no por ideales y otras naderías, sino porque dos calvos o cacarizos reconocen en el otro su propio sufrimiento y deciden tomar una bandera y lanzarse juntos a la aventura. De modo que yo, Henestrosa, reconozco en Davison algo que también se encuentra en mí, aunque germine de otra manera, y comparto su bandera y su guerra.

—Vamos a un hotel, a dos cuadras he visto uno bonito que parece museo —le propone Gloria y sus pupilas color de almendra brillan de emoción—, tenemos tiempo hasta las cuatro, ¿a qué hora es tu cita?

—Después de las cuatro. A esa hora se recibe a los perdedores.

—Tenemos tiempo, te quitarás los zapatos y a descansar.

—De acuerdo, Gloria, vamos a ese hotel, cumplo los compromisos esta tarde y mañana regresamos a Cuernavaca, pero no te me escapas, ¿eh? Espérame en el baño, de espaldas y sin subirte la falda, puerca. Voy a apuntarte con una pistola en la nuca, si te mueves demasiado el arma va a dispararse sólita, ya sabes, me pongo nervioso y te mueres. No se te ocurra pedir auxilio, y menos gritar, ¿me escuchas bien?

—Lo que tú digas, Roberto, mi amor, ¿y qué pasa si nos descubren? No sabemos si las meseras van también al baño de los clientes —añade Gloria por compromiso: oponer cierta resistencia es el primer deber de una mujer excitada. A los 42 años se tienen ciertas obligaciones…

Muestra carácter Roberto Davison. Las meseras no frecuentan el mismo baño de los clientes, mantienen su intimidad y la separación entre las clases sociales; por el bien de todos esconderán su propia suciedad en un compartimento privado. El público no recuerda del todo su rostro, el de Davison, pues su trabajo en la pantalla consiste precisamente en impresionar a un público de memoria algo atrofiada. Las personas no han puesto la atención debida a los

comerciales de ropa interior, trajes a la medida, ropa y más ropa que ha realizado Roberto Davison en dos décadas de mostrarse. Y después de una carrera tan esforzada asume papeles en comerciales todavía más secundarios: «¡Qué bien te van los papeles de médico, y más los de dentista!». Lo anima la Manson: ¿si no lo hace ella, quién va entonces a reparar las vigas del tejado?

—Ya sé quién es, mamá. Sale en anuncios, en la tele. ¿Te acuerdas del médico que va montado en una vaca?

—¿Cómo voy a acordarme de esas tonterías? Vámonos ya, hay que pedir la cuenta.

Cuando era un adolescente Davison, sus padres lo llevaron a visitar el Cerro del Mercado, en el estado de Durango donde ellos nacieron. Este Cerro del Mercado es una montaña de hierro y los niños que corretean bajo sus faldas se contaminan de una fuerza mineral increíble. Niños mineralizados, carajo y mil veces carajo. Gloria no ha visitado nunca este monte ígneo (en realidad ella no viaja mucho) y espera a su marido en un apartado del baño, en silencio, agitada como siempre que Roberto le ruega fornicar en lugares públicos. Gloria no comprende por qué él se resistió en su juventud a aceptar papeles pornográficos. ¿No es eso lo que le gusta? Allí había una mina de oro. La razón: Roberto es medroso, tímido y no se imagina desnudo frente a otros hombres, ellos sí vestidos, el camarógrafo, el director de escena, ¡y él desnudo! ¡Davison en pelotas como un perro mientras las cámaras a su alrededor apuntan a su objetivo! No en definitiva. Si aceptara posar desnudo estaría muerto y no podría defenderse de sí mismo. De haber sido un actor de renombre su contrato habría dejado claro que no toleraría hombres en el foro, sólo mujeres, desnudas de ser posible, profesionales, y entonces sí habrían sido las cosas formidables y habría ganado millones. Esto apenas lo entiende Gloria Manson que fue modelo de pasarela, tampoco famosa, pero sí cumplida, firme en carnes, delgada, húmeda como un tallarín en la olla. Y después su cuerpo engrosó un poco: es decir, dejó de ser contemporáneo.

—¿Quién eligió tu nombre artístico? Es bello —le preguntó

Roberto a la Manson cuando se conocieron.

—¿Quién? Un estúpido, el director de la primera agencia donde fui contratada, le pareció interesante, y después me enteré de que Manson es el apellido de un asesino que hizo cosas horribles.

—Lo hubieras cambiado, aún estabas a tiempo…

—No, después de todo salió bien. La verdad, no puedo negarlo, es un nombre interesante y superior a Manríquez. Mi nombre me gusta, sí, me gusta, pero Manson es mejor, un poco de sangre llama la atención de la gente. Así pensaba yo cuando tenía 15, quería ser vampiresa. Estaba loca. No va conmigo. Y para acabar pronto, me acostumbré.

—Gloria Manson, mmm, es excitante.

—Ésa soy yo, nadie más.

—Es hermoso, Gloria.

—Gracias, Roberto. ¿Y Davison de dónde viene?

—Lo inventé, no tiene gracia. Davison es un pueblo pequeño en Michigan, pero eso lo sé apenas.

—No está nada mal, me gustaría vivir en ese pueblo contigo.

Empujado por una mano divina Davison se ha perdido absolutamente de todos los primeros papeles y nadie le ha pedido estampar su autógrafo en uno de los calzones blancos que inundaron la ciudad por más de una década: no le importa, a cambio de tamañas bagatelas posee a una mujer de la manera más anticuada y efectiva posible, trabajando con casco, guantes y zapapico sobre su cuerpo, picando piedra. Es probable que el Cerro del Mercado contuviera hace más de cuarenta años minerales libidinosos capaces de afectar para siempre a un niño tan sensible.

Roberto Davison le responde el teléfono a su agente, Tomás Gómez, presintiendo una vez más que su petición será rechazada: «Y ahora qué me va a decir este pelirrojo hijo de puta», murmura. El celular es invadido durante más de un minuto por la voz odiosa de Gómez, y Davison la acepta sin reclamar, fingiendo desinterés. Como todos los hombres que respiramos, él guarda alguna esperanza en el bolsillo. Después de cortar se levanta de su silla y acude a donde Gloria lo espera hace minutos, dentro de uno de los

compartimentos del baño. Los pies de Gloria están dentro de unas botas de tacón que la hacen casi tan alta como él. Roberto entra libre de miradas en la espalda, ¿quién va a poner atención en un hombre que sólo brilla cuando modela en ropa interior? Corre un pestillo de aluminio para asegurar la puerta, besa a Gloria en el cuello y sus manos despejan el camino para que su pelvis empuje con violencia las nalgas de la modelo retirada. «No tengo armas, Gloria, no te haré daño, el plan ha cambiado y debes aceptarme como soy», lloriquea en su oído e intenta meterse en ella: «No van a recibirme hasta dentro de tres días, no les interesa mi trabajo, se acabó», dice y empuja con fuerza; y ella: «No, Roberto, eres maravilloso, son unos imbéciles, no me hagas daño, no me dispares». El comienza a llorar. «Te dije que no tengo armas, no me recibirán, les vale madres». «Qué nos importan esos animales, vamos al hotel, métemela tres días seguidos, Davison, no descanses, tres días sin parar».

12
El óvulo de Urna Thurman

Estoy instalado en el hotel y tengo la impresión de haber permanecido aquí una semana. ¿Por qué intento relatarme una historia distinta cuando conozco bien el motivo de mi estancia en este lugar? Los cinco mil pesos que gastaré en los días siguientes son el último disparo de un miope que lo ha dejado todo a la suerte. Tal vez habría valido la pena traer conmigo alguna novela para despabilar la imaginación, pero no, me es difícil concentrarme y después de unas hojas leídas el misterio se desvanece y ya no puedo seguir. A las once de la noche de mi primer día suena el teléfono, el volumen del timbre es bajo, un susurro apenas. Levanto el auricular y me encuentro con una voz femenina.

—Hola, señor Henestrosa, ¿cómo se siente esta noche?

—¿Quién habla? No sé quién es usted.

—No me hables de usted, don querido. ¿Has escuchado a los espectros que lloran y a los perros que ladran en el monasterio abandonado? No te dejan dormir, ¿verdad? Mi nombre es Vanesa y no soy un fantasma, tengo carne y huesos y vivo a unas cuadras de tu hotel. ¿Estás solo? Y aburrido, ¿te acompaño o te vas a dormir ya? —es una voz delgada y afectada. «Vanesa», el nombre me pone de buen humor, es tan ridículo. Pero no vine a este lugar en busca de una Vanesa, al menos eso lo tengo claro.

—¿Y cómo te enteraste de que soy Henestrosa? No me confieses lo que todos sabemos… El problema, o más bien el obstáculo, es que formo parte de tu misma gente y como te imaginarás estoy

echado a perder, ¿cuánto te debo por esta breve conversación?

—No te pongas así, sólo te llamé para darte calorcito en tu primera noche, soy como el coctel de bienvenida, nadie me ha contado nada sobre ti, soy adivina y tú eres periodista. Mira, relájate, piénsalo bien y te llamo mañana.

—No, Vanesa, mañana estaré acompañado. Gracias de todos modos.

—Hasta luego, mi amor.

La compañía de una Vanesa me habría costado el importe de dos noches en el hotel, y tal vez un asalto o una aventura inesperada. Al menos sé vivir en soledad y eso es muy cercano a tener una virtud. Recuerdo que hace cinco años el jefe de redacción del periódico *La Crónica* me obsequió un cachorro de Rottweiler que acepté sólo por cortesía. Odiaba esa clase de perros cabezones y monstruosos. «Son magníficos guardianes», me informó el jefe de redacción, «el único defecto es que aunque parecen muy feroces son la raza más homosexual de todas las caninas, no comprenden bien eso de las hembras y los machos, creo que es algo genético, pero no te vas a acostar con él, bautízalo como quieras, su padre se llama Vicente». No transcurrió más de una semana y vendí al pequeño Vicentito en dos mil pesos y me brindé una opípara cena en el restaurante Sep's de la colonia Condesa. Buenos negocios aquellos.

¿Mi vida acabada? Puede ser, yo mismo me he puesto la bayoneta en la espalda, puedo ser hipócrita, pero no estúpido: soy consciente de que nunca comprendí el mecanismo para encender la mecha y de que no he sido programado para avanzar a pasos anchos y marciales. Estoy seguro de que no habría sido un patricio en la época romana o un oficial de la SS en la Alemania nazi, ni nada distinto a un simple observador de lo que sucede a los otros. ¿Observador? Una palabra demasiado seria y rimbombante, curioso sí, chismoso en todo caso. Note pares el cuello, Henestrosa, ¿tú un observador sagaz de la sociedad? Es ridículo. Para eso estoy bueno, para escribir artículos de relleno y colorear el vacío, especular con mi talento mediano, vivir día a día, sin más culpa de la necesaria.

Lo inesperado es que en un par de ocasiones mis artículos

despertaron alabanzas en mis colegas de *La Crónica* y el *Unomásuno*. Como se sabe, la alabanza de un colega es como la cama del verdugo, imposible dormir en ella sin experimentar un poco de miedo y asco. «Es bastante profundo», opinaban los colegas de mi artículo, «le has dado al clavo», «tendrías que ampliar ese concepto», «¡cómo hacen falta en el periodismo artículos razonados y sensatos, felicidades!». ¿Y entonces? Era como haber dado un solitario campanazo sólo para enmudecer de por vida. Después me enteraba de que los aduladores sí que habían profundizado en el concepto retomando mi idea, llenando páginas de tinta e incluso obteniendo reconocimiento, ¿pero qué puede importarme a mí el reconocimiento? Si existe es porque se necesita que un señor esperma encabece la hilera, y yo me encuentro agazapado en la retaguardia: soy como el último esperma, el que ni siquiera tiene permitido echar un ojo al óvulo porque millones antes que él han cubierto el horizonte y ocupado todas las butacas. La masa de los espermas no me deja ver el rostro de Uma Thurman, el óvulo Thurman, ni siquiera la cima de sus cabellos dorados. Cuántos óvulos dorados en Hollywood, cuántas mamacitas, y yo que ni siquiera poseo un asiento en el pasillo del cine.

13
Prenzlauer Berg

Un día después de mi arribo al hotel doy vueltas en la cama. No tengo reloj y el tiempo sigue en las nubes. En unos días volveré a pensar en cómo echarme otros cinco mil a la bolsa. Entre tanto me pasearé por el hotel y sus alrededores, como el duque en los jardines de su finca. Y de la nada me pregunto cuál será la rutina del alemán que me guió a estos pantanos, ¿estará observando piedras en el Museo de Antropología?

Dos de la tarde y las mesas de madera rancia y canto de aluminio están ocupadas, la cantina cabe en un rectángulo y en el muro más lejano a la puerta de entrada un dibujo llama la atención de Stefan: es una india de cabellera negra que sentada a la orilla de un río mira afectada de perversión y malicia hacia el horizonte. Entre la clientela, Stefan descubre rostros sonrojados, camisas blancas, dos mujeres, ¡dos!, que lo observan llenas de curiosidad, no importa que no haya lugar para él, de todas maneras decide quedarse, recargarse en la barra a esperar, no lo acosa ninguna prisa. Unos segundos más tarde un hombre le toca el codo: «Siéntate conmigo, ¿hablas español?, estoy solo, como un anciano», se queja el anfitrión espontáneo, sus mejillas moradas apretándole los labios, la cabellera negra hirsuta, el cuello devorado por un par de omóplatos gruesos cubiertos de grasa. Se trata nada menos que del *Nairobi*, el famoso y ubicuo hombre de negocios sucios y de quien pronto tendré toda clase de noticias. ¿Qué clase de noticias? Malas nuevas, como se lee en los huesos negros en que se han convertido sus pupilas. Stefan

acepta la oferta y después de un rato de permanecer al lado de su anfitrión inesperado comienzan las preguntas: «¿De dónde sacas el dinero para viajar hasta acá? Podrías estar en Miami o en Nueva York», pregunta *el Nairobi* en el momento en que la mesera pone otra cerveza junto a un vaso lleno de caldo de camarón y a un plato de arroz con moronga, una mesera que trata al *Nairobi* con un respeto clerical, lo cual para el extranjero pasa inadvertido.

—… sí, antes tomaba cerveza, como tú, pero nací con una vejiga pinche loca a la que le cuesta trabajo orinar. Stefan me suena a Esteban, seguro es la misma cosa, escucha, la solución es pararse cerca de una cascada o de una fuente, y entonces orino sin esfuerzo, sin médico ni nada, paradito junto a una fuente y el chorro sale como encantado por una flauta, sabía que te reirías, pinche Esteban, pero es serio, ¿no me crees?, ponte al lado de una llave de agua y verás.

Stefan se imagina a aquella mole de pelos tiesos orinando en las fuentes de la ciudad y la repugnancia se toma carcajada, tan elocuente que se contagia a otras mesas, todos celebran las risotadas del rubio. Además de las risotadas, Stefan añade:

—Cuando viajes en avión vas a tener que pasar sobre las cataratas del Niágara para poder mear —eso dice el cretino envuelto en su propia risa.

Sus palabras son comprensibles para todos los oídos, incluso para la mesera que en ese momento se encuentra otra vez con ellos sirviendo unos chiles rellenos en caldo de jitomate, «qué buen español habla este güerito», se entromete ella, una Flora más, una mucama que por el momento es mesera mientras espera ser secretaria, una futura secretaria que no pierde detalle de la conducta del cliente forastero. Después de una hora, *el Nairobi* se siente entre amigos:

—Es un honor conocerte, Stefan. Si necesitas ayuda de cualquier tipo, sólo llámame.

—¿*Nairobi* es tu nombre o es un apodo?

—Aquí es la misma cosa. No vas a encontrar otro *Nairobi* en Mexico —sentencia orgulloso el hombre.

—¿Has estado en África?

—No chingues, pinche güero, ¿cómo voy a conocer África?, el apodo me lo puso algún hijo de puta que ni siquiera sabía si Nairobi era una ciudad o una selva, para ese cabrón Nairobi significaba negro culero pateado en el culo, nada más, no te hagas ilusiones. ¿Tú tienes apodo?

Stefan reflexiona unos segundos sobre la pregunta que le acaban de hacer. Y responde contundente:

—No, pero Stefan significa alemán güero culero pateado en el culo.

Y las risas vuelven a La India. Una pareja de briagos levanta su copa para brindar por las ocurrencias del rubio.

—Pinche Stefan, estás loco, me caes muy bien. Yo invito las cervezas y lo que quieras.

—¿Que de dónde saco el dinero para viajar? De mi padre, soy un junior, en mi familia es así, una generación trabaja, otra no, a mí me toco la suerte. Y en mis tiempos libres hago trabajos de jardinería.

Yo sé poco de los alemanes, pero no creo que sean como Stefan, ellos deben trabajar duro para destruir sus ideales, ¿qué otra explicación?, es una provechosa forma de olvidar y la cerveza apenas si les sirve para eso, beben y no se emborrachan, y mucho menos olvidan el cronómetro y el martillo. Después de que su familia abandonó Augsburgo, Stefan vivió al lado de sus padres en Schöneberg, a unos pasos de la estación Bayerischer Platz, y en cuanto se despabiló y su cuerpo empezó a tomar forma de haba se mudó a Prenzlauer Berg. No lo pensó demasiado: uno se muda para mantenerse en movimiento, menear los músculos, así hasta que las energías se disipan y son aprovechadas por otros cuerpos. Sus raquíticos estudios de arte no avanzaron, su temperamento encontró nuevos estímulos al este de Berlín (descubrió lo que se llama una *atmósfera propicia*) y alquiló una habitación calentada por una chimenea de carbón que usaba también de estufa. Aún conserva la vieja estufa, como un recuerdo de su independencia, y cuando está borracho conversa con el armatoste: «lo que te hace falta, gordita, es un corsé».

En Berlín se trasladó a la calle Dunckerstrasse, a un edificio de cinco pisos y cien años de edad. La construcción se sostiene en pie de milagro: las puertas doblegadas, los escalones de madera podrida, el agua de las tuberías congelada, la capa de musgo en los muros carcomidos y en las baldosas a medio hundirse. Una atracción absoluta irradian las ruinas sobre el alma de Stefan: esta afición malsana lo condujo a Prenzlauer Berg en el primer octubre de los años noventa y una década después nombró al Distrito Federal su ciudad favorita. ¿El Distrito Federal un paraíso romántico, un campo de alegres cadáveres? ¡Puta madre! La semilla germina en el espíritu desolado, es una semilla áspera, que sólo encama en los seres más nobles, personas que se saben tan muertas que no encuentran ningún obstáculo para resucitar, así, de un día para otro.

Stefan donaba algunos marcos a un colectivo de okupas a cambio de la habitación que tarde o temprano sería demolida. El resto de su dinero lo invirtió en comprar carbón, beber cerveza, nadar y hacer días de campo en Wannsee, comer verduras y alimentar a un perro de cola retorcida, el «puerco maricón», como le llamaba Wimer. Dialogaba con los perros aunque en realidad se entrenaba y hacía tablas para hablar con mujeres. En el terreno femenino pisaba precavidamente, pues sólo de husmearlo ellas notaban en sus ojos un brillo algo maníaco y exento de futuro, cierta miopía estrafalaria que podía perdonarse sólo si se estaba de muy buen humor. Sería un exceso denominarlo anarquista, ahora a cualquier holgazán se le llama anarquista, y comunista aún menos, y de la social-democracia ni hablar, no entiende de qué se está hablando. Es un atorrante. Al menos un atorrante por decisión propia, lo prefiere a considerarse un representante del bienestar europeo, no va a defender los bienes históricos, el honor de sus raíces o las tradiciones: «No sé cuál es tu opinión, yo creo que debemos ir a pasear al parque, me tomo una cerveza mientras olisqueas materia orgánica, puerco maricón, ve con la convicción de hacer amigas, preséntate como la mascota de Stefan Wimer, diles que pese a vivir conmigo eres un ser de lo más independiente, feo, maldita axila de rinoceronte, lo sabes, es importante que ellas sepan

que tú sabes, a la edad que tienes ni tú mismo te engañas», así se entrenaba Wimer charlando con su «puerco maricón».

Stefan no se fue a Prenzlauer Berg movido por sus ideales (su sangre no contenía esa clase de vitaminas), pero prefería que sus vecinos fueran anarquistas, monjas, pasotas, okupas o soldados retirados. ¿Algo más que eso? La sopa nunca estuvo ausente, la leña era barata, y no se escatimaba la bebida en los sótanos: se le condenaba a uno a sobrevivir. Después de veinte años, el barrio se convirtió en un criadero de niños y la solidaridad que se propinaban los desencantados cambió. Los pañales se transformaron en la nueva bandera, un lábaro tan imponente como el comunista o el nacionalsocialista. Por eso ha viajado en tres ocasiones al Distrito Federal en busca de nuevas ruinas, ah, «las ruinas tienen vida», suspira ahora que ha dejado atrás Berlín por dos meses para tomarse unas misteriosas vacaciones. La cuestión es: ¿de dónde sacan dinero los alemanes para viajar a México?, le han preguntado a Stefan en La India, una cantina en el centro de la calle Bolívar, a la que ha llegado por olfato recorriendo tan sólo una cuadra de República de El Salvador. Justo a las dos de la tarde ha empujado la puerta, impaciente por beberse una cerveza, no precisamente una Franziskaner, la cual no extraña en absoluto, agua con levadura, «vaya clase de nacionalismo el nuestro», se dice.

14
Gabriel Sandler

Y mientras Stefan hace amigos que el día menos pensado rellenarán de balas su buen humor, un nuevo huésped se entromete al Hotel Isabel. Su nombre es Gabriel Sandler, y llegar a este punto, es decir a la fuga, ha sido su mejor *performance*. Si tuviera un poco más de grasa en el cuerpo probablemente lo habría meditado, pero siendo esbelto la duda carece de lugar. La duda en un hombre delgado revela una conducta ingrata, una verdadera afición por la imbecilidad. Desde su residencia en las Lomas de Chapultepec hasta el Hotel Isabel deben darse miles de pasos, físicos y simbólicos. Gabriel no teme a las distancias y su corta edad no le ha impedido viajar alrededor del mundo con la misma fingida parsimonia que lo haría en los pasillos de un supermercado. En cambio, abomina de las discusiones familiares y no le importa lo inteligentes o proverbiales que sean los discutidores ni la profundidad de sus argumentos. Debe existir un momento en que uno de los discutidores corte la escena y exclame: «¡En mi opinión, lo mejor que pueden hacer ustedes es irse a la mierda!», de lo contrario el cansancio mental, el aburrimiento metafísico, el sopor aparecerá en el diálogo y el odio se convertirá en vacío. El diálogo debe cortarse con tijeras antes de que lo envuelva todo en mentiras. Sandler lo sabe y debido a ello ha renunciado a cobijarse un día más en la opulenta residencia de las Lomas.

Es una afición de la costumbre enfrentar a los padres y a los hijos, las causas son en realidad intrascendentes, son chisme y

literatura, pero el caso es que los machos tarde o temprano se embisten y no logran controlar su afición a la pelea, hijos y padres, madera para una misma hoguera. ¿La madre? No, Gabriel considera que ella posee un derecho sagrado a enloquecer, a matar si quiere, e incluso a patear a sus propios perros cuando los antidepresivos no son suficientes para darle tranquilidad. Sandler no ha visto antes a una mujer propinar tantas patadas a un perro. Maltratar animales, «qué canallada», piensa, le duele y se calla. Los somníferos son la causa de la abrupta cólera de su madre, el miedo a envejecer, pobre mujer, no, en definitiva no ha sido ella la causa de su huida repentina. Las mujeres más sensibles tienen la responsabilidad de enloquecer después de darse cuenta que de su entrepierna ha manado la escoria más repugnante; la complicidad con Dios las hará perder en algún momento la cordura. Hay que tomar asiento y esperar, ¡pobre madre de Gabriel Sandler!

El joven artista visual suele resolver los dilemas asestándoles un inesperado golpe de efecto y esta vez no ha sido la excepción. Él tiene noticias de la existencia de un hotel en donde a nadie se le ocurriría buscarlo. Se hospedó aquí en una ocasión, un marzo, cuando la ocupación de Iraq acababa de comenzar, la estrella del zoológico de Barcelona, Copito, estaba más sano que un toro, y la estrella del zoológico de Berlín, el oso polar Knut, no abría aún los ojos al mundo. Sofía, su prima, y Gabriel ocuparon parte de la noche bebiendo en el Pervert Lounge y a las dos de la mañana, ebrios, buscaron una cama cercana, cualquiera, incluso un colchón abandonado en un basurero habría sido apropiado para los jóvenes drogadictos. Ansiaban tocarse ciertas zonas desconocidas de su cuerpo: los talones, las ingles, roerse las vértebras. En suma, cursar el doctorado en anatomía. «¡Qué buena noche aquella!», alardeaba consigo mismo: MDMA, cocaína y una navaja de afeitar con la que pretendió inútilmente rasurar el pubis de su prima: «Contigo no puede hacerse casi nada, carajo, ¿acabas de salir de la cuna?», se quejaba, navaja en mano, el artista Sandler. «Me rasuré apenas hace dos días». «¿A tu edad?, eres una perversa y una cochina, Sofía».

Ha sido sencillo reconstruir en su memoria el camino desde el

Pervert Lounge hasta el hotel, desde la calle Mesones hasta República de El Salvador esquina con Isabel la Católica, sin problemas: si no es un idiota. Dentro de un par de días, cuando se entere de su ausencia, el padre cancelará las tarjetas de crédito, la dorada, la roja, la platinada y las dos de ahorro, así que Gabriel tiene que extirpar en seguida unos cuantos miles. La ciudad regurgita, gruñe, escancia su esencia en el vetusto Centro Histórico, los peatones se cuidan poco de empujarse unos a otros y las multitudes entran y salen de las tiendas como gusanos en un queso roquefort. Desde un avión tendría que verse todo esto como un suceso extraordinario, pero bajo el sol, sobre la estufa de cemento, incluso los perros de alcurnia se ven ordinarios. El Centro: un mundo nuevo para Gabriel, quien contempla azorado cómo esa extraña ciudad se le revela a cada paso: la flaquita de copete lacio en la frente transportando una charola con platos de comida en plena calle, el mandil de cocinera, la sonrisa de quien se sabe portadora de las deseadas viandas, ¿pues hasta dónde está la cocina? ¿Y a cuántas cuadras el comedor?

El hombre que porta un maletín opaco sólo para darse importancia, pasearse, entregar unos folletos a los peatones y decirles: «Aquí está mi tarjeta, se ha ganado un descuento si dice que va de mi parte». Y las malditas aceras, angostas como tripas, apenas si logran contener a un ejército de hombres empeñados en comerciar. Al Centro acuden los oriundos empujados por una fuerza centrípeta, van lo mismo a una cantina que a comprar una computadora en partes, es una tradición imposible de corromper: descuartizar para más adelante vender en partes, el negocio en plena calle, robar, ofrecer, intercambiar y después encerrarse en una guarida a roer la presa, adaptar el nuevo disco duro, probar las refacciones de segunda clase, una ciudad que no es la que Gabriel Sandler se imaginaba sino otra que respira bajo una coraza de armadillo. Embarga al chico una sensación emocionante, ser un extranjero en su tierra, sí, estar en oriente sin haber dado más que unos pocos pasos, la orfandad repentina que nutrirá su siguiente gran obra: es un afortunado, sin duda.

15
Encuentro con *el Boomerang* Riaño

Contra lo que esperaba, he dormido bien. Una noche extrañamente sosegada, el huésped anterior tuvo que haber sido una mujer, es seguro, una mujer de cuerpo cálido que en la madrugada sueña a su joven novio siciliano, uno de esos novios que más se aman y desean cuando se encuentran lejos, sí, ésta es la causa de que se respire en la habitación un aire de promiscuidad y melancolía; una italiana de pies bellos y ombligo transversal, una italiana a quien le es imposible mantenerse quieta en la cama sin pensar en hombres, y pese a ello sufre por un amor. Me he puesto cursi, pero la cama es amplia, un poco dura, aunque cómoda, y la habitación espaciosa, sencilla, dos ventanas a la calle, un armario, una televisión.

En las mañanas, cuando el olor a café ronda por el hotel, Flora ronda también los pasillos. Está acostumbrada a que los huéspedes nos comportemos como seres anormales y aguarda hasta pasadas las diez de la mañana para tocar en las puertas y hacer el aseo. Sus puños minúsculos pasan inadvertidos y nadie la escucha, entonces usa sus propias llaves y… ¡lo que ha visto Flora en sólo dos años de ser mucama! Cuando salgo del cuarto la observo ocupada doblando unas sábanas que la sobrepasan en estatura. Desciendo las escaleras y me sorprendo de lo que unas cuantas horas de sueño y un baño de agua caliente logran hacer en el ánimo. No durará mucho este buen humor, se irá antes de las tres de la tarde.

La sala de estar y la recepción se ven desoladas, ¿adónde se han marchado todos? Busco un lugar en el restaurante para exigir mi

desayuno continental, ¿qué tontería es ésa? ¿Desayuno continental? ¿Cómo se relacionan los huevos con un continente? Se me ocurre salir y comprar el periódico en el ralo puesto de la esquina de Mesones pero me arrepiento, ¿qué me importa a mí lo que suceda en el país? Narcotráfico, secuestros, crímenes, los mismos titulares de treinta años atrás. «Tres jóvenes muertos a tiros durante un enfrentamiento con la policía». Esta es la noticia impresa en los diarios y que se olvidará apenas se consuman unas pocas horas. No más periódicos para mí. Si cedo a la tentación me encontraré con un artículo que yo mismo podría haber escrito en un par de horas y hacerme de unos cuantos pesos: más dinero perdido, más oscuridad a mi nombre, más terreno ocupado por las cucarachas. ¿Los periódicos? Los abres y sus noticias te transportan al baño de tu casa: el sarro que toma el color de la mierda, el excusado en su lugar, el lavabo intacto, el rollo de papel a veces blanco, a veces rosa o agotado, pero de hecho siempre en el mismo lugar. Probablemente me equivoco y el internet pondrá en circulación nuevamente los periódicos. Mañana hasta los epitafios se leerán de otra manera y los nietos se carcajearán frente a la tumba de su abuelo: «¿Qué quiere decir egregio?, me suena a algo así como gargajo».

Observo a esa mujer pasar las hojas de una libreta, concentrada. Su nombre es Laura Gibellini y su aspecto vulnerable y delicado me devuelve a un sueño adolescente. En menos de media hora todas las mesas han sido ocupadas. Descubro a Stefan Wimer, sentado a unos metros de mí, llevarse una cuchara a la boca. ¿Avena? ¿Cereales como desayuno? Carajo, toneladas de alfalfa para los alemanes. Me animo y le pregunto al mesero: «¿Usted cree que una persona normal puede alimentarse con esto?», y señalo el desayuno continental: «Por favor, quiero la orden de chilaquiles, doble, no chilaquiles continentales, sino dobles».

Estoy decidido a disfrutar de mi libertad pasajera, el primero de unos días memorables; de ninguna manera me entregaré a los lamentos ni a recordar mis deudas. Y el detalle crucial: olvidar el calendario. «¿Año 2010? La puta mierda, eso es ciencia ficción». Y, de pronto, salido de una coladera, cuando entierro sin compasión el

tenedor en el cerro de los chilaquiles, él está junto a mí.

—¿Mister Henestrosa? Siento interrumpir tu desayuno.

De esa forma se anuncia *el Boomerang* poniendo su rugoso dedo índice en mi cuello, igual que en el ejército, cuando el sargento señala a uno para limpiar los retretes o hace un guiño para comunicarte que has fracasado en tus aspiraciones y debes dedicarte a pelar papas. Sospechaba que volvería a encontrarme con él, pero no tan pronto, no justo esa mañana cuando la imagen de Laura Gibellini ha detenido el curso de los planetas y me ha devuelto a la nata cursilería del espectador que sueña con princesas hemofílicas e imposibles. No es mi amigo, no puede ponerme su asqueroso dedo índice en el cuello, nada me une a este reportero de nota roja, apreciado en las redacciones de los periódicos de provincia y en los vespertinos amarillistas a causa de sus relaciones y su experiencia en el mundo policíaco. Levanto la cara y centro mi atención en esas quijadas, largas, tan afiladas que podrían impresionar hasta a un cocodrilo.

—Estoy esperando a una persona, pero siéntate si gustas —le digo, desdeñoso. Me resisto a extraer el tenedor del plato hasta no encontrar de nuevo la calma.

—No me quedaré más de un segundo. Es la televisión, ¿verdad?, nos está quitando el trabajo. Ahora tenemos más tiempo para husmear, no me quejo, el problema es que los buenos tiempos se han largado, putísima madre, Henestrosa, ¿adónde va a parar nuestra experiencia? ¿Te digo adónde? A los burdeles. Sólo las putas saben apreciamos —ríe, por supuesto, *el Boomerang*—. Así están las cosas. La competencia no es leal, ¿sabes cuántos pendejos de 20 años creen que lo saben todo? Los jóvenes, me cago en ellos, Henestrosa. Bueno, paisano, no tenía intenciones de descubrirte. Sé muy bien lo que andas haciendo aquí. Es sencillo adivinarlo, ¿o no?

—Claro que es sencillo, intento desayunar.

Me gustaría darle un empujón, un codazo en las costillas, pero una vez más la experiencia me protege y miro al *Boomerang* Riaño con detenimiento, sus quijadas paleolíticas, su vejez prematura, ¿qué tribu del Amazonas lo reconocería como miembro permanente?

—Está bien, mi estimado *Artista* Henestrosa, me voy, pero no me refería al desayuno, ¿cómo crees? Espero el regreso del boomerang, ¿eh, hermano?, no estarías aquí hospedado si no supieras lo que sucede últimamente por estos rumbos. Vas a sacar tu propia tajada, ¿no? Para un cazador de tu talla es sencillo, un rinoceronte no puede esconderse de tu mirada. Aposté a que te habrías retirado a escribir novelas y a huir de la vida real, pero ahora me entero, no has perdido el olfato, cabrón. Devuélvemelo, dime que sí.

—¿Devolverte qué, *Boomerang*? No sé de qué carajos hablas.

—El boomerang, hermano, no te hagas.

—Por supuesto, pierde cuidado, en cuanto lo encuentre te lo devuelvo —le digo, le doy el avión, como se dice. Renuncio a especular sobre los motivos o ardides ocultos tras la perorata de Riaño. Mi desayuno se enfría, toda la mañana se precipita por la boca de Riaño, esa letrina maloliente.

—Espero que cuando andes de buen humor me aceptes un trago: quedan pocos como nosotros —dice Riaño. Y se marcha.

«Quedan pocos como nosotros», ninguna alusión me habría increpado tanto como ésta: «nosotros». ¿Cómo se atreve el jodido analfabeta, oreja, Rasputín de pacotilla, madrina de mierda, a decir «nosotros»?, ¿boomerang?, por favor, cáncer de ida y vuelta, gonorrea. Después de unos minutos el sosiego vuelve: «No permitas que el desorden se instale en tu cabeza, tienes varios miles en el bolsillo, y esa hermosa mujer a dos pasos, el café no es tan malo y el plato puede calentarse de nuevo», rezo en silencio.

En la sala de estar, *hall*, recibidor o como se llame esta especie de limbo con sillones, el muro más amplio soporta una antigua pintura de óleo, polvosa y cuarteada, que representa a la reina Isabel la Católica. Carece de firma, la obra, a no ser que ese garabato negro casi oculto por el marco sea la firma del pintor. Un experto no reconocería en este cuadro ningún valor, pero los huéspedes, el recepcionista y los trabajadores la observamos respetuosos, como si transitáramos por los pasillos de un museo y tuviéramos obligación de detenernos para hacer una reverencia a la santísima. Desde mi

asiento en la mesa del comedor y frente a mí un plato vacío observo a través de los amplios ventanales a quienes entran o abandonan el hotel. La Reina está ansiosa de nuevos vasallos y, tal como veo las cosas, nadie va a defraudarla.

16
Comandante Gaxiola

Es fuerte y de un puñetazo puede quebrar las ramas del árbol que crece en el jardín de su casa, el comandante Gaxiola, y prefiere el uniforme ajustado para lucir sus músculos e imponer más respeto a sus subordinados. ¿Para qué alardea si su nombre provoca terror en el sector policíaco que comanda? Cuarenta y cinco años y aún no lo matan. Allí se detienen sus aspiraciones. Ha urdido amplios negocios con *el Nairobi*, y la casa donde duermen sus hijos y su mujer es un palacete marmóreo y ostentoso. ¿Y a él quién va a secuestrarlo? Nadie, por supuesto, y es tan arrogante como el Dios Padre, el comandante Gaxiola. Su mujer es su única calamidad: una casa tan hermosa y estar habitada por ese horrendo ser. No va a divorciarse, los principios de Gaxiola son simples y uno de ellos dice: la familia va a sepultarte y sus lágrimas borrarán tus crímenes. Sus subordinados, en cambio, no llorarán, y si lo hacen es porque dejarán de llenarse los bolsillos con el dinero que *el Nairobi* pone en manos de Gaxiola, el comandante en jefe, «diamante rojo» su sobrenombre y clave para comunicarse directamente con él.

—Diamante rojo, agarramos a unos cabrones robando en una casa, en la calle Perú, el detalle es que son familia de nuestro amigo, ¿qué hacemos?

—Decídelo tú.

—Creen que son intocables y están drogados. ¿Los soltamos?

—Sí, pero antes ponies un susto. Yo hablo con el amigo, lo va a entender, somos policías y no protegemos ladrones —sentencia el

comandante a través de un celular que se empequeñece en sus manos.

—Ya que hablamos del amigo, sé que va mucho a un hotelito en el Centro, el Isabel. ¿Quiere que me acerque a ver qué chingados? A la mejor tienen guardado a alguien.

—No, saca las manos de allí, y te digo algo más, el que te dio el chisme ya se chingó. Si vuelve a joder con eso le meto un tiro, ¿oíste, pendejo? Avísale.

—Usted manda. El chismoso ya no tiene lengua. Hoy mismo se la cortamos.

El comandante va dentro de su camioneta blindada camino a su casa, en Las Águilas. Es casi media noche y los autos continúan rodando por millares en el periférico. El trato incluye sólo drogas, no robo. «Pinche *Nairobi*, te voy a aumentar la cuota», se queja Gaxiola entre dientes. En su casa la cena ha sido servida. «¿Por qué no se peina esta puta vieja?», se pregunta el comandante cuando observa a su mujer, «hasta las sirvientas se ven más buenas». Y la esposa, batón amarillo y pantuflas alfombradas, se queja:

—A ver qué cara pones, Gaxiola, cuando sepas la última noticia.

—Sólo tengo una cara, y me la ves todos los días. ¿Y ahora qué pasó?

—Tu hijo quiere ser Michael Jackson. Baila como él y no quiere comer —ella se refiere al pequeño Gaxiola, 12 años recién cumplidos.

—Michael Jackson, puta madre…

—Tu hijo tiene caca en la cabeza y dice que quiere ser güero. ¿Viste cómo terminó el negro ese? Ni blanco, ni negro ni nada. Lo enterraron en un ataúd de oro, ¿para qué le sirve ahora?

—Que se joda el escuincle, nosotros somos prietos y trompudos. Y así se va a quedar. Mañana lo pongo en paz.

—¿Lo viste antes de morir? Al Jackson, parecía un pito blando.

—No hables así en casa, no trabajas en un burdel, eres una señora. Un día te voy a dar un susto.

—¿Qué? ¿Me vas a matar? Hocicón, a ver de a cómo nos toca.

Gaxiola cierra tras de sí las puertas de su estudio; en éste no hay

libros, pero sí esculturas de bronce (una Diana cazadora y un fauno), bodegones y botellas de coñac, *brandy* y rompope Santa Clara. Va a aspirar cocaína y se arrepiente, se quita las botas, la camisola y se tira en un sofá, el sueño le corta la cabeza. «Pinche *Nairobi* y sus invenciones, *la Señora*, ¿quién es *la Señora*?, debe ser su puta mamá enferma, o una abuela ciega, ¿me va a engañar a mí, al comandante Gaxiola? Que se chinguen a los rateros, aunque tengan cinco años, *la Señora*, ¿Michael Jackson? Ahora sí me jodieron, Michael Jackson», y sus ronquidos comienzan a escucharse más allá de las paredes.

17
Gavrilo

Su nombre oficial, Gavrilo Sandler, le fue impuesto por su abuelo en honor a Gavrilo Princip, el serbio que disparó contra el heredero del Imperio de Austria y Hungría. El abuelo paterno, un priísta que de viejo descubrió virtudes desconocidas en el anarquismo y que se resistió a denominar reinas incluso a las mujeres más hermosas, ni siquiera llamaba reinas a las abejas. «Todas son obreras, aunque cumplan distintas funciones». Se había retirado de la política y carecía de poder excepto sobre sus hijos: un alcohólico especialista en coñac, un anarquista senil y trasnochado. El homenaje de un alcohólico hacia un paneslavista, cosa extraña en las Lomas de Chapultepec donde las clases sociales se perpetúan en su función: las sirvientas, los perros acicalados y los jardines amplios cuyos propietarios no cambiarán de apellido hasta cuando dentro de miles de millones de años el sol vuelva imposible la vida en los trópicos. Ya de viejo, al abuelo de Gabriel comenzó a despotricar contra los héroes. «Es una tarea agotadora, pero hay que echarlos a patadas de la historia, entre más héroes tengamos más jodidos estaremos, si nos ponemos a contar los asesinatos de Obregón o Carranza, no acabamos para diciembre». ¿Su postura era una obsesión o la consecuencia de un pensamiento radical macerado a lo largo de los años? Nadie lo sabe y a nadie le importa.

El Hotel Isabel se muestra tan modesto a sus ojos. Probablemente la cocaína, las pastas, el pubis lampiño de Sofía han influido para que guarde en su memoria la silueta de un palacio

vienes, la fastuosa residencia del archiduque Francisco Femando, ¿pero esto? «¡Es mucho mejor de lo que esperaba!». Ha sido depositado en un mundo real, con todo lo pedante que le parece siquiera pensarlo, y si la suerte se pone de su parte la habitación lucirá sucia como una letrina y escuchará a través de la pared a un borracho fornicar con dos prostitutas por el precio de una. Entra y se encamina hacia el mostrador detrás del cual otro joven, pocos años mayor que él, lo recibe sin más atenciones que la música de una boca clausurada. Gabriel no lleva equipaje, y su chaqueta es impropia para arroparse con ella a esas horas del día. Pregunta por una habitación: «No sé cuántos días me quedaré», dice secamente haciendo a un lado la retórica amable, no quiere que lo tomen por un idiota. Pablo Paolo le entrega una tarjeta de registro y sus manos pálidas llaman de inmediato la atención de Gabriel: «Es la mano de Marilyn Manson, este cabrón es Marilyn Manson sin maquillaje», piensa.

—Y si no quiero registrarme, ¿puedo rentar la habitación? —no tiene caso hacerse el misterioso, pero se rehúsa a dar la impresión de ser un burgués aliñado.

—Me temo que eso no podrá ser, si estuviera en mis manos no habría ningún problema, pero no soy el propietario y están las reglas, todos conocen las reglas.

—Y todos conocemos lo estúpidas que son.

—En eso estamos todos de acuerdo, ¿y qué le vamos a hacer?

Gabriel husmea el tarjetón como si fuera a provocarle vómito. Pablo Paolo es testigo mudo de los despóticos modales del nuevo huésped. Lo podría echar a la calle, informarle: «Todos los cuartos han sido ocupados, lo sentimos mucho, ¿por qué no intenta en el Hotel Principal, en Bolívar, a una cuadra de aquí? Estoy seguro de que en ese lugar lo atenderán como se merece». Y no obstante opta por lo contrario y decide ser más prudente, Gabriel se adapta bien a la imagen que el resto de los huéspedes esperan encontrar en el Hotel Isabel. Si se le antoja vomitar encima del tarjetón de registro, adelante, Pablo Paolo no pondrá ninguna objeción a ello. Se lo hace saber:

—Puede usted escribir un nombre falso si así lo quiere. No me obligan a pedir identificación a no ser que usted planee quedarse aquí mucho tiempo. Si su nombre es Pedro López puede escribir Pedro López, de todas maneras nadie va a creer que así se llama. ¿Sabe cuántos Pedros López duermen en hoteles? Un montón. La cosa es que en ninguna parte del mundo puede una persona entrar a un hotel sin poner aunque sea un garabato en la recepción.

—¿Ya terminó el sermón?

—Las reglas son idiotas, estoy de acuerdo con usted, pero me hacen las cosas más sencillas. Si no desea escribir la fecha de salida, no lo haga, estoy acostumbrado, los huéspedes de nuestro hotel saben cuándo entran pero no cuándo salen. Se sienten en casa.

—He cambiado de opinión —dice Gabriel—, escribiré mi nombre, pero el resto de los datos serán falsos. Y se acabó. ¿Es posible?

—Claro que es posible. Sólo dígame, si le ocurre un accidente, ¿a quién avisamos?

—Adelanto cinco días, en efectivo. No necesito factura.

—Lo voy a instalar en la sección más bonita del edificio, vista a la calle. Tiene derecho a un desayuno continental.

—¿Lo suben a la habitación? ¿O les da hueva? —la voz de Sandler, juvenil y grave, despierta la simpatía de Pablo Paolo. Y no sabe cuál es la razón.

—Se supone que no, pero he visto a los meseros subir platos a los cuartos, aquí hacen todos lo que les viene en gana. Finalmente a quien molestan es a mí, que debo mantener cierto orden en el hotel, los dueños ni se enteran, no viven en México; se pierden los platos, o se rompen, entonces digo: «Oye, no soy responsable», me llaman a la recepción, las recamareras, se quejan: «Han tirado café en las sábanas». «Tiran líquidos peores», les digo.

Gabriel observa los dientes de Pablo Paolo, tiene una dentadura de escualo, piensa, y también: «He tomado una de las mejores decisiones de mi vida. Va por ti, pinche abuelo».

18
Un Cristo moreno

Me resisto a considerar la súbita aparición del *Boomerang* en mi camino como un mal presagio. Carajo, no hay manera de ahorrar patetismo a mis días de descanso, ¿y de qué deseo descansar, si soy un zángano fuera de época, un monumento a la indolencia? Aspiro a vivir una aventura amorosa y sólo vengo a toparme con mequetrefes: nada menos que con el jodido *Boomerang* Riaño. «No estarías hospedado aquí si no supieras lo que ha estado ocurriendo últimamente», ¿eso me ha dicho?, ¿qué fatuo enigma ha construido el pantanoso cerebro de Riaño? Apenas me dispongo a trepar por las escalinatas de mármol rumbo a mi cuarto, mi mente se pone también en marcha. ¿Riaño ha dicho «en el hotel últimamente», o «por estos rumbos últimamente»? El olfato del *Boomerang* es adicto a la carroña y sus palabras me incomodan como un grano recién aparecido en el rostro. Estoy seguro de que el hotel ha sido infectado por criminales. ¿Y qué? Eso carece de importancia. Me haré el desentendido e iré a dar un paseo, es lo que necesito, deambular distraído en el Centro como si fuera yo también un extranjero.

A las afueras de Bellas Artes, esperando la orden de sus pastores y en tumo para entrar al palacio, descubro a una numerosa fila de niños recién apeados de un autobús escolar. Los repaso uno a uno, ¿qué busco?, no sé, mi propio rostro quizás, un símbolo, un pequeño *Artista* Henestrosa que en un futuro cercano le confesará a su padre: «Hice todo lo posible, fui a la secundaria, comí verduras, pasé

noches en vela estudiando las lecciones sólo porque no quería ser como tú». La plaga va tras de mí, no puedo escaparme, si hubiera pernoctado en el Hotel Bamer o en cualquier pensión en Belisario Domínguez también me habría encontrado con un tipo roñoso como *el Boomerang*, con cualquier sicario presto a hacerme la gran confesión. Y me pregunto, ¿qué puede suceder en el Hotel Isabel que no sea evidente? ¿Venta de drogas, secuestros? ¿Un prostíbulo clandestino? Se mueren por gritar sus secretos, todos los imbéciles creen guardar un secreto que los hará importantes. Y asunto terminado.

Al final opto por hacer lo que hubiera hecho de niño, sentarme en los escalones exteriores del palacio y esperar a que alguien deje caer una cartera, o pase una adolescente con la falda subida o un policía palpe cariñosamente los senos de una anciana. Ante mis ojos se impone la Torre Latinoamericana, esa vieja jeringa que ha servido para picarle el culo a Dios. Alrededor de la jeringa duermen los mastodontes de la Revolución en faldas de granito: La Nacional, el Guardiola, ¿en qué momento los nombres de estas edificaciones se atoraron en mi mente? Mi madre habría cambiado los edificios de sitio cada dos o tres meses como hacía con los muebles de la casa con tal de no aburrirse, eso significaba en opinión de ella «un cambio», colocar el sillón en el sitio en el que debía estar la mesita para el teléfono. Si en la muerte existen butacas, desde una de ellas mi madre contemplará avergonzada a su hijo de 45 años de edad sentado en las escalinatas de Bellas Artes: «Sigues siendo el niño inadaptado en la misma ciudad de porquería, hijo, por favor, ¡eres alto!, podrías haber sido más ambicioso».

Estoy aquí, desgarbado, en el óvulo del Centro verdadero, en el sitio en que hombres tan distintos a mí soñaron estos modestos rascacielos. Cerca de mí, dos hombres se repantingan también en la escalinata, siguen mi ejemplo (al menos puedo dar un ejemplo) y me sonríen como si el solo hecho de ser turistas los obligara a ser corteses. Son cubanos, a juzgar por su acento.

—No estamos en el malecón, pero se puede beber un trago —dictamina uno y aprieta el cuerpo de un ánfora plateada. El olor a

ron vuela ligero y provocador hasta mi nariz.

—No, las cosas que se ven, de verdad —comenta el más viejo, los vellos blancos en los antebrazos delatan su edad. El otro lo mira suspicaz en espera de la broma, cualquiera. Va deseoso de soltar una carcajada.

—Un documental, en la tele por cable, en la CNN, sobre Cuba, chico, ¿cuándo ponen algo de la isla? Nunca. Era un reportaje, tú sabes, de unas prostitutas que el gobierno regeneró y ahora tocan música clásica, chico, te imaginas, ¡música clásica! Interpretan a Chopin y a toda su tribu. Y allí salen, en la pantalla, tres negras tocando el oboe pero ¿qué clase de broma es ésta, chico? Si el oboe parece una verga de negro.

El hombre joven se va de espaldas catapultado por la risa. Y el otro aprovecha para continuar:

—Pero, chico, si éstas no han cambiado de oficio, siguen con el oboe de negro en la boca. A eso le llamo compromiso social, el triunfo de la Revolución, aceres.

Es suficiente. Antes de echarme a andar, ojeo de nuevo a la hilera de escolares que avanza entre clamores de emoción e incertidumbre. Un ejército de pequeños Henestrosas, valientes, dispuestos a pasar sus pupilas inocentes por los murales de Tamayo y aprender que su llegada al mundo debe ser celebrada por todos los adultos. No, no es éste el Centro verdadero, qué poco significan para los citadinos esos ridículos montículos de piedra e historia acumulada; lo nuevo, el Centro verdadero, se ubica ahora en la antigua periferia, en Sante Fe y Cuajimalpa. Mi madre, pese a sus ánimos, a su bondad, fue ella la que me empujó a compararme con los pobres en vez de hacerlo con los poderosos, ¿acaso soy un Cristo?, ¿un Cristo moreno hijo de puta? No ha sido tan trágico después de todo, madre, sólo que me hiciste un perdedor, sí, lo sé, un millón de campesinos desconocen los placeres de la vagancia, y los obreros no se imaginan lo frescos que se sirven los langostinos en el Danubio. ¿Pero eso a mí qué me importa? Y en mi hermana sembraste la misma semilla, sin ambiciones, comparándose con las ratas, dando gracias a Dios por su salud, por estar con vida aún

siendo pobres, ¿qué mierda hiciste de nosotros? La bondad, tu bondad sólo ha servido para hundimos.

Otra posibilidad: el Isabel funciona como un garito clandestino y a media noche se reúnen los jugadores y apuestan y beben sometidos a la vigilancia de sicarios comandados por *el Boomerang* Riaño. Es por eso que *el Boomerang* echa mano de los acertijos y las metáforas para invitarme a unirme con los rufianes y apostadores: ¡quieren que pierda mis cinco mil pesos en una sola noche! No lo permitiré. Camino de frente al edificio La Nacional, el zumbido de los cubanos retrocede, y los niños se manosean entre sí cuando el maestro se descuida explicando el proceso plástico y creativo de los murales. «El único lugar donde han triunfado los indios es en los murales», ¿dice esto el profesor a sus pupilos?, claro que no.

En mi deambular reconozco la figura de Laura Gibellini a casi treinta metros de distancia. Emerge de una librería y su gesto es el propio de quien ha cometido una buena acción. Su corazón se automutila. En la esquina de Juárez y Lázaro Cárdenas, sumada a la aglomeración que aguarda la señal del semáforo para avanzar, tengo la impresión de que ella es un perro galgo extraviado en medio de una manada de cabras. Aprieto el paso e intento colocarme a su lado, pero una fila de autos me lo impide. Movido por una voluntad idiota detengo el paso de un taxi y lo abordo con tal de atravesar la calle un poco más rápido que los peatones e ir a la búsqueda de Laura. ¿Qué me sucede? Apenas el auto ha avanzado veinte metros le exijo al conductor detenerse y le ofrezco una moneda de diez pesos. «Que la virgen me mande más Chentes como usted, señor», vocea el sonriente taxista, complacido de haber vivido una verdadera aventura, nada menos que el servicio más corto de su carrera, veinte benditos metros. Y entonces me doy cuenta de que Laura va acompañada por un joven que mueve dramáticamente las manos, como si tratara de hacerle comprender algo de por sí incomprensible. Mis planes se van por la coladera y la frase que había preparado para abordarla se desvanece: «Señorita, mi nombre es Frank y somos huéspedes del mismo hotel, justo camino en esa dirección, permítame ayudarla con sus libros». De nuevo alguien

más joven y temerario que yo me arroja a la cuneta del camino. Me he convertido en un perseguidor, maldita sea. Y lo peor de todo: ¡un perseguidor fracasado! La suma eterna de fracasos que lleva mi nombre dobla a la izquierda en Lázaro Cárdenas y avanza hasta Uruguay, donde un plato de langostinos rosáceos me espera, todos ellos recostados en un mantel blanco recién llegado de la lavandería.

19
Sofía Sandler

En palabras nada armónicas, las cosas, tal como están puestas en la Tierra, están mal puestas. Los ciervos procrean a unos kilómetros de donde una manada de felinos comienza a sentir vacío el estómago, los tiburones se acercan lo suficiente a las focas que juegan dentro del mar y les desgarran esa piel tan dura y lisa, y los autos pasan sobre el cuerpo de un perro despedazado en un carril del periférico. Perros y periféricos en el mismo sitio, eso sí que es una miseria.

En un restaurante de la pomposa avenida Presidente Mazaryk, en Polanco, Sofía Sandler desayuna acompañada por su madre, en apariencia tan lozana como ella; 19 años de diferencia se esconden entre el polvo cosmético y la sangre. Sofía termina su primera taza de café, hace a un lado el plato de frutas y husmea a través del amplio ventanal de cara a la avenida. Se pregunta: «¿Quién limpiará estos cristales? ¿A qué hora?». En seguida se imagina a un destacamento de limpiadores ocupándose de ello en la madrugada. Es un trabajo sencillo y da satisfacciones de inmediato: pules el cristal, desaparece, unes el afuera y el adentro, extiendes la mano y estarás a punto de tocar los pantalones Moschino exhibidos en la cristalería de otra acera.

—El café te hará mal tarde o temprano, come un poco de melón, está muy bueno —dice la madre, su cabello cenizo y rubio se mece sobre los hombros ondulados. Cuando tomala mermelada para untarla en un bollo lo hace cuidando de no manchar su vestido blanco ni las yemas de sus dedos perfumados.

—Me gusta tomar café porque me quita el hambre. Me da pereza masticar. Además se me ensucian las muelas…

—Sospecho, querida hija, que sufres fatiga crónica, es la enfermedad de moda entre los adolescentes. Y tú no vas a quedarte atrás, ¿o miento? Recapacita, una joven enferma es un caso muy triste. Yo, en lo personal, detesto la melancolía. No, las melancolías y los suspiros no son para mí. ¿Oyes? En 20 años nadie es capaz de vivir una decepción profunda…

—Vamos juntas a un médico, él te dirá que yo nunca he sido adolescente —replica Sofía. A su edad le permiten beber en los bares de Estados Unidos y en Berlín ni siquiera le preguntarían si ha tenido ya su primera menstruación: lo darían como un hecho psicológico.

—No importa, a mí me conviene que lo seas. Nos marchamos mañana a mediodía. Por favor, ve al aeropuerto a despedimos. A tu padre le conmoverá mucho, necesita de nosotras, señorita fatiga crónica. Él se inspira en nosotras. Tómalo como si fuera un trabajo.

—Es Gabriel, nadie sabe dónde está, llamé a sus amigos y todos salen con lo mismo: «Debe estar en Acapulco con una vieja». La envidia es su primera respuesta.

—¿Envidia? Yo no le tengo envidia y creo también que este chantajista toma el sol en Acapulco. He vivido rodeada de artistas muchos años, el primero de ellos es tu padre, y la vida para ellos es un desplante tras otro, nadie se salva. Y también los más tímidos sufren arrebatos inesperados; Gabriel volverá en unos días, se le ha educado bien, lástima que sea un guarro.

—No es un guarro. ¿Cómo va a ser un guarro? No lo conoces como yo.

—Come fruta, mi vida. Y olvida a la bestia de tu primo.

La mañana se aprieta como un puño, es martes, el verdadero primer día de la semana, y nadie bosteza. Los autos avanzan en ambos sentidos de la avenida, los únicos vehículos viejos son los microbuses y se detienen cada cincuenta metros, como si los choferes tuvieran la consigna de hacerse notar y mostrarse deprimentes frente a la mirada de los más ricos. En hacerse notar

todos coinciden. El padre de Sofía ingresa al restaurante que por las mañanas es una cafetería de manteles blancos y largos. Ubica a sus mujeres y otea a su alrededor para cerciorarse de que los extraños lo hayan reconocido. Tiene 60 años y el bigote escrupulosamente cuidado, como las veredas de un jardín japonés. Las canas ondulantes y su atildado traje de lino hablan entre sí. Mazaryk es para él una extensión de la costa francesa. Sofía adivina: «Mi madre se volverá otra». Cuando él no está su mujer prodiga frivolidades, es menos acartonada y no se pone la mano en la frente, impostada, como si fuera a pronunciar la palabra verdadera.

—Reunidas mis dos mujeres, esto es la felicidad. Qué guapas, y eligieron este lugar buscando que las admiren. ¿No es así? Un poco de exhibicionismo en las mañanas es una buena gimnasia, tonificante.

—Sofía sufre desde que Gabriel se fue…

—En Acapulco, allí lo encuentran —dice el arquitecto—. Y no se preocupen, cuando yo me disgustaba con mi padre abordaba un avión rumbo a cualquier parte del mundo. Sacaba dinero de su caja fuerte y me largaba. Yo no lo calificaría como un robo porque hasta las sirvientas sabían la combinación de la caja. Quisiera quedarme un buen rato con ustedes, pero la nave va. Aquí tienes las cartas de invitación de la embajada, no he preparado mi conferencia y vine sólo a despedirme de Sofía. Se ve bien esa fruta, come fruta, hija, y cuando seas vieja podrás comer piedras y más piedras… Planean dar un golpe de Estado en Honduras, me habló el presidente hoy en la mañana, tendré que mencionarlo mañana en París.

—En Acapulco no está, llamé seis veces ayer, nadie lo ha visto —Sofía insiste, está en lo suyo y no escuchará historias que no se refieran al destierro de Gabriel Sandler—. Expone en Nueva York y en Arabia. ¿En Arabia hay galerías? No sé si allá van a entender la obra de Gabriel. Planea poner unos refrigeradores llenos de Coca-Cola en medio del desierto, como si fueran oasis.

—Es en los Emiratos Arabes, en Dubái. He estado allí en dos ocasiones. Gabriel no se pierde de nada. Levantaron una ciudad entera en unos días, es la Disneylandia musulmana; contrataron a

los mejores arquitectos del mundo, no está mal, hombre, pero en derechos humanos son idiotas y primitivos. Le aconsejé a Gabriel que no aceptara la invitación y que firmara una carta contra el fundamentalismo, y no me hizo ningún caso —el arquitecto se golpea ligeramente los labios con un nudillo. Su esposa añade:

—A ese muchacho no le interesa nada más que espantar a la burguesía, y hacer guarradas, los dadaístas lo hicieron todo hace un siglo. ¿Otra vez Duchamp? No, sería un suplicio. ¿Por qué no firmar una carta que ayude a respetar los derechos de las personas?

—Dice Gabriel que quiere ir a Arabia porque allí las viejas están calladas —añade Sofía, no inventa, sólo repite lo que ha escuchado de boca de su primo.

—¿Lo ves? Y no obstante su misoginia las mujeres debemos preocupamos por él cuando hace rabietas.

—Es hora de marchar, no olvides las botellas de vino mexicano, lleva Monte Xanic y algún Casa de Piedra, para que sepan que en México también se hacen olas. Sofía, tú decidiste quedarte, me duele, pues me habría gustado presumirte con los amigos. Ni modo, te pido solamente que no nos des malas noticias, y no te atribules, antes de que volvamos Gabriel estará trabajando en sus refrigeradores para Dubái.

Desde su lugar, en el que se ha mantenido como un alfil y a través de un cristal invisible, Sofía observa entrar a su padre a un auto negro, estirado y con placas del servicio diplomático. El chofer pone en sus manos varios documentos y enciende el motor. El vehículo avanza y una furgoneta blindada que transporta dinero pasa a alta velocidad rozando con los neumáticos el camellón que divide ambos sentidos de Mazaryk. Las personas tienen miedo de estos tanques desbocados, tanto los pobres como los dueños del dinero que va dentro del vehículo. En pocas palabras, las cosas, tal como están puestas en la Tierra, están mal puestas.

20
El Nairobi guía a Stefan Wimer

«Tres cuerpos piensan mejor que uno», la frase resume la filosofía de un hombre a quien la filosofía no le hace ninguna falta. ¿Filosofía? Eso no lleva más que a nuevas complicaciones. A él le basta con el empuje del recién nacido. De cuerpo compacto y ojos de roedor, *el Nairobi* camina con porte altanero junto a Stefan Wimer. Justamente a él va dirigida la frase: «Tres cuerpos piensan mejor que uno, mi estimado alemán, ¿no se te hace que andas en un mundo nuevo? Las meseras del Dos Naciones no se van contigo si no es en pareja, no se acuestan con nadie si están en inferioridad numérica, una pandilla, las cabronas. Y tienen razón, mi estimado alemán, ya lo sabes, por si quieres dormir acompañado. Venir de tan lejos para dormir solo. Ésas son chingaderas».

Dos Naciones es el nombre de un galerón de dos pisos, un bar y salón de baile, asediado por policías y putas, a mitad de Bolívar, la calle más fea del Centro Histórico, áspera y echada a perder. ¿En qué momento *el Nairobi* se ha convertido en guía de Stefan? Es, como sospecha el propio Stefan, un demonio local sin máscara, un verdadero *führer, el Nairobi*.

—Es bueno conocer a fondo las cosas, güero, si has viajado hasta acá será para divertirte. ¿O vas a decirme que vienes a hacer negocios? La cagarías, los hombres que viajan para hacer negocios son unos pendejos, los negocios los haces en tu país y dejas el resto del mundo para divertirte, ¿o no?

Los negocios se hacen sentado, no moviendo el culo de un país a

otro y cargando portafolio y maletas, ¿no me crees? A huevo, güero, ¿pues con quién crees que hablas? —expone *el Nairobi*, un hombre que nunca en su vida ha puesto los pies fuera del país.

Las calles están más sucias que una rata y las estructuras metálicas de los comercios callejeros sobresalen del pavimento como una hilera de clavos herrumbrosos.

—Depende qué significa eso de conocer a fondo —responde Stefan, borracho y cauto—, no me gusta meterme en problemas. No quiero aparecer muerto mañana en los periódicos: «Muerto por conocer a fondo las cosas». En serio, *Nairobi*, ¿tú crees que si fuera un hombre de negocios vendría a la una de la mañana andando por estas calles como si nada? *Nein*, amigo, estaría en un hotel de lujo bebiendo ginebra y contratando a una puta por teléfono.

—Mañana vas a visitar monumentos, pero en esa vecindad consigues lo que sea, por si un día no me encuentras. ¿Me comprendes? Acompáñame, no dices nada, no sonrías como turista pendejo, además de pertrecharte voy a presentarte con *la Señora*, es así, se llama *la Señora*, pero es un hombre, un cabrón, *you know*, el más chinguetas de todos. Te vas a rayar, culero. *¡La Señora!* A nadie se lo había confesado, pero estoy súper pedo, alemán, y eres mi *brother* porque te vas a regresar a tu país, sólo por eso. Recuerda, cabrón, somos amigos y vas a conocer a *la Señora*. Le vas a caer bien, a ver si no nos mata a los dos por pinches borrachos.

De ese modo había comenzado la noche anterior para Stefan Wimer. Doce horas más tarde revuelca su cuerpo colosal en la cama de su habitación. Las sábanas chorrean agua y él se palpa las costillas y suspira sumiendo el abdomen; si fuera un gorila no se rascaría con tanta rudeza como lo hace ahora bajo los pectorales. Confía en su fortuna y en su escaso temor a las oscuridades del alma. No teme a la maldad y la busca como un remedio. Su espíritu romántico le dicta que la vida real hace su nido en la enfermedad, en el rostro miserable de la vida humana y en sus leyes sombrías que operan implacables. Cuánto bien le hace poseer conciencia de su finitud, un tesoro invaluable, a eso le llama él *estar sano*. Por eso ríe siempre, como lo habría hecho en el centro de una hoguera. «Tres cuerpos

piensan mejor que uno», es la oración con la que su *führer* personal, *el Nairobi*, inauguró la caminata nocturna, primeramente por las calles de Jesús Carranza y Tenochtitlán, en el barrio de Tepito, y después en el Dos Naciones, a sólo unas cuadras del Hotel Isabel. Ha sido dentro de una vecindad oscura donde le ha estrechado la mano de *la Señora*.

La Señora: desde el momento en que estrecha su mano huesuda y áspera, el maleante se convierte para Wimer en una turbada obsesión. ¿Ha sido real el encuentro con el anciano esquelético, de dedos tiesos e intenso aroma a miasmas? «*El Nairobi* tiene sus contactos por estos rumbos, cuando quieras te hacemos fuerte. Ahora está muy borracho, se arrepentirá el cabrón, pero si te trajo conmigo es porque te considera, ¿oíste?», fueron éstas las palabras distantes pronunciadas por el anciano, mayor de 60 años, *la Señora*.

Después, en el Dos Naciones, Wimer baila con las mujeres, esas que no salen a la calle con un hombre si no es en pareja.

La cocaína lo pone de inmediato fuera de combate, baila, bromea aleteando los brazos, bebe cerveza y entonces experimenta un mínimo arraigo a las catacumbas donde ha caído por propia elección: las mujeres sonrientes, sus faldas rojas y sus garras afiladas: «Son las alumnas de una escuela comunista, gorditas, morenitas», celebra Wimer y no soporta más: el ritmo impuesto por *el Nairobi* a sus pasos tiene la energía de las guerras sangrientas. Su condición física deja mucho qué desear, ¿a dónde se ha ido la raza superior? ¿Dónde quedó el desfile de los ejércitos marchando victoriosos y arrogantes en Unter den Linden? «La cocaína sirve para beber más vino y ponerse hasta la madre de alcohol», sermonea al *Nairobi* mientras lo escolta de vuelta a su hotel, a las cinco de la mañana.

El alcohol es ideal para hacer amigos en esta soledad que parece remontarse a los comienzos del mundo. Stefan experimenta dicha e inmutable soledad, pero renuncia a explicarla. Él prefiere avanzar hacia una frontera, atravesarla, tomar al enemigo y perdonarle la vida. Y su guía es *el Nairobi*, un hombre que está en el mundo antes de que los sabios se den a la tarea de explicar el porqué de su nacimiento. «Seguramente es un criminal o un vividor», sospecha

Wimer, pero los principios morales que gobiernan los actos del *Nairobi* no pueden ser pronunciados, sino sólo cumplidos, principios aterradores e inocentes al mismo tiempo. «Estás llevado por la mala vida, estimado alemán, por eso te juntas conmigo», no está seguro Wimer si ha sido la oración que, una cuba en mano, le ha esgrimido *el Nairobi* a sus oídos, o si sólo es un gesto que él mismo ha interpretado con estas palabras.

Una mesa para seis personas, cuatro mujeres, *el Nairobi* y su amigo «el alemán». La música que no cesa un solo instante como el aullido de una humanidad adolescente y furibunda. Ni siquiera se asusta cuando descubre que *el Nairobi* va armado, por el contrario, la visión de un arma escondida, sólo descubierta en el desinhibido movimiento de un paso de salsa, le ha causado un confort histórico; armas fabricadas con amor, astucia matemática y dedicación desde los primeros tiempos. Su padre, el de Wimer, amaba un rifle heredado a la vez de su padre, y los anarquistas pacíficos de Prenzlauer confiaban en la dentadura de los perros que conviven a su lado en las calles, el mismo Stefan no renunciaría a poseer un cañón en su habitación para disparar a la Catedral Metropolitana después de aspirar un gramo entero de su morenita.

Cae el telón:

Los nudillos de Flora golpean la puerta por cuarta ocasión en esa mañana que termina, lo malo es que Stefan no acumula la energía suficiente para incorporarse, saltar de la cama y despedirla de manera amable: necesita un Pernod. Flora, su delantal campirano, sus brazos delgaditos, se angustia por el comportamiento de los huéspedes, si pudiera educarlos transformaría el hotel en escuela, le mostraría a la caterva de extranjeros cómo comportarse en un país donde amanece tan temprano. Stefan se cubre el rostro con una sábana y se dice a sí mismo: «Dormiré hasta que el silencio sea insoportable».

21
Laura Gibellini

Como si el hecho mismo de que una mujer existiera fuera una prueba más de mi inutilidad. Es una impresión que conservo desde niño cuando en el colegio miraba a las mujeres y me agobiaba pensar que era mi obligación ir tras ellas. ¿Por qué tenía yo que hacerme el simpático a sus ojos o realizar burdas e incómodas tareas con el fin de obtener su aprobación y su sonrisa? No comprendía por qué sus cuerpos, que aún no eran cuerpos del todo, debían atraerme con la fuerza de un potente tractor. Hoy puede parecerme una situación ridícula, pero en ese entonces la sensación se antojaba distinta, no abulia ni pereza y sí una ansiedad que se expresaba primero en un miedo incontrolable —las piernas me temblaban como gelatina— y más tarde en cansancio y desesperación. Y hoy he experimentado la misma emoción de entonces, sólo que he dejado de temblar y mi férrea soledad ha bastado para ir en contra de mis añejos temores y lanzarme a la búsqueda de una mujer que ni siquiera conozco. Estúpido romanticismo el mío que nunca se transformará en arte. ¿Y si me he equivocado? Es probable que el hombre que caminaba junto a Laura no la acompañara en realidad, quizás era un vendedor, uno de esos conquistadores de turistas profesionales que además no pagan impuestos.

Durante dos horas Laura Gibellini husmeó, absorta, los estantes de la librería y se encontró con los mismos libros que habría hallado en Casa del Libro o en la FNAC de Madrid. Aun así compró dos obras de escritores mexicanos que desconocía, *Historias de caza*, de

Javier García Galiano, y un libro de relatos breves, además de una obra de Stephen Hawking. La inminencia del aburrimiento la mantenía en alerta y se preparaba para ello. Era un hábito personal tomar decisiones en el último momento y no planear los itinerarios. Así había llegado a México. «¿De qué deseo escapar? No he matado a nadie, mis amantes me recuerdan un par de horas en el verano para hacerse una paja y casi todos mis parientes están muertos». Apenas abandonó la librería cruzó la avenida Lázaro Cárdenas y enfiló por Madero hacia Gante, dejó atrás la Torre Latinoamericana y los restos del Convento de San Francisco. Allí fue justo donde yo descendí del taxi y al percatarme de que no estaba sola corrí en sentido contrario, como un ratón. «Camina bastante rápido, ¿acaba de asaltar la librería?». Se trataba de un hombre moreno, joven y enjuto, otro ratón, aunque a diferencia mía éste sí avanzaba en sentido correcto. Vestía pantalones de manta y una camisa blanca abotonada con piedras de obsidiana. Las turistas maduras formaban el blanco de sus jornadas, aunque a veces hacía excepciones y disparaba al azar, como en este caso.

—Lo siento, no hablo con desconocidos —cortó Laura. De uno como ése había que huir y ponerse a salvo: el don Juan de opereta, alguien que sin conocerla la consideraba, a simple vista, el ser más común de los comunes.

—No soy un extraño, vivo en esta ciudad. Si somos honestos usted es la desconocida.

El hombre insistía y no sería sencillo eludir su presencia, sí, era como la nube que arruina los días de campo o la mascota que muere en Navidad y entonces nadie logra acallar el llanto de los niños. Laura podía dar batalla en los terrenos más escabrosos, y si era necesario lanzar una patada no dudaría en hacerlo. Por un momento desistió a oponer resistencia, ¿para qué? Su seguridad no corría peligro en medio de la multitud y el hotel se hallaba a escasos metros.

—Para mí usted es un extraño, y con eso me basta.

«Te partiría en tres los cojones, mal parido, impertinente».

—No vengo a molestarla, son solamente unas palabras, ¿me

permite? Hace años trabajé como guía en esta ciudad y traté con muchos españoles. En verdad camina muy rápido.

—Digamos que me trato de alejar de usted. No soy una persona común y corriente, y no soy española y usted no me parece un guía, sino un gilipollas que conquista a extranjeras estúpidas.

—Demasiado joven para ser tan desconfiada y huraña. ¿Crees que quiero robarte? Mi camisa vale más de mil pesos, tócala si deseas —el hombre aquel comenzó a tutearla—. No te molestes, me marcho cuando me ordenes, me preguntaba si quieres conocer un poco de la historia de esta ciudad. Podríamos tomamos una cerveza…

—No me interesa, si quiero saber algo de una ciudad me pongo frente a un ordenador y basta. Cuando alguien te aborda en la calle sin conocerte puedes estar segura de que estás frente a una persona que no es interesante. La gente interesante se esconde debajo de las piedras.

—Está bien, no hay necesidad de insultos, sólo recuerda que no fuimos los mexicanos los que conquistamos España, precisamente.

«Pinche vieja arrogante, debería darle una patada en el culo, o ya de menos un mordisco».

—Para fortuna nuestra, hubiera sido algo mucho más sangriento —remató Laura y aceleró aún más las pisadas.

Libre del hostigamiento del seductor espontáneo, giró a la derecha en Bolívar. Se había comprometido consigo misma a ser amigable con los demás y sin embargo ocurría lo contrario, se había comportado hosca y amarga. Su corazón latía con fuerza, y su estómago se agitaba como si se hubiera tragado un par de ranas vivas que se resistían a morir. La sensación que se apoderaba de ella cada vez que se mostraba cortante o marcial resultaba una pócima afrodisíaca, una forma ideal de estar en el mundo y excitarse, y tender puentes eróticos que desembocaban comúnmente en la nada o en una masturbación de rutina. La confortaba el hecho de no amedrentarse ante nadie, ser independiente y no una víctima de los sueños ajenos.

Y una vez ante la recepción del hotel, las preguntas continuaron:

—Disculpe mi curiosidad, ese Hawking es el científico paralítico, ¿verdad? —señaló Pablo Paolo en dirección a la bolsa transparente que contenía los libros recién comprados.

—Sí, es físico, pero no conozco a fondo su biografía.

—Los paralíticos lo detestan porque todos se sienten más tontos que él. La gente ve a uno en silla de ruedas y piensa: «Este debe ser muy inteligente», como si bastara no caminar para ser matemático o físico, ¿no cree?

Laura enfila hacia su habitación. Las puertas poseen un poder simbólico inigualable y apenas se ha encerrado y sentado en el borde de la cama el color vuelve a su piel y sus manos caen en paz sobre su regazo, aspira una bocanada de aire y en seguida exclama: «¡Qué se jodan todos!».

22
La Señora

La Señora no ha sido nunca en su vida un hombre supersticioso; de serlo, el cielo amoratado de las tardes recientes le habría parecido una señal imposible de interpretar, tan torva que el miedo habría aparecido quizás por primera vez en su larga vida. La ciudad de su experiencia se halla cercada por límites precisos y él observa sus fronteras, impasible y lejano, a la manera del capitán que saborea su puro recargado en la baranda de una embarcación en medio del mar. De pie, en esa proa herrumbrosa, divisa el horizonte y se imagina el paisaje abierto más allá de la curvatura de las aguas: nada, vacío y negro como un culo de animal muerto. «¿Qué más puede haber en el más allá?». «Las mismas pendejadas». *La Señora* viaja en una embarcación de concreto a la que varias cuadras a la redonda sirven de casco, una barca encallada en el centro de Tepito y gobernada por leyes tan precisas que harían sentirse orgullosos a los científicos más pedantes: un polen azaroso ha colocado un rudimentario astrolabio en la intuición de este hombre de ojos casi cerrados, además de oídos de murciélago para escuchar a través de las paredes, y la debilidad suficiente en sus huesos y en sus músculos: así se piensa en el mal sin más estorbos encima que huesos y pellejos.

La Señora habita una pocilga en la calle Jesús Carranza, una cueva de paredes cuarteadas como la pátina de su rostro, en el estómago de una vecindad sin número, ni historia novelada, y a veces surtida por dos o tres gotas de agua en la tubería. Claro que se puede vivir sin agua. A los 60 años el cincel ha realizado un

esmerado trabajo en sus pómulos planos, en su frente cicatrizada y en la boca encima de cuyos labios se pasea un gusano negro y medio dormido. En su escueto departamento de habitaciones penumbrosas sobresalen tres lujos en apariencia innecesarios, aunque en realidad indispensables para fingir que los cuartos se encuentran habitados por un ser humano: la damajuana de cerámica blanca, el arpa de casi un metro de altura y la jaula esmaltada en oro, vacía, que le recuerda los canarios que una vez en su infancia tocó con sus manos. ¿Cómo puede tener pasado este criminal? ¿Unos canarios? ¿Unos jodidos pajaritos piando en la memoria? A la zaga de estos elegantes detalles una cama al ras del suelo, un par de sillones que emanan un prehistórico incienso de orines, una mesa redonda de patas arqueadas, el refrigerador enano y una televisión de pantalla plana, su único y merecido exceso, forman el mobiliario de la soterrada mansión.

La Señora no corre peligros de más porque las escasas personas a quienes se les permite conocer su identidad lo consideran un sabio o un dios oculto. En realidad es una comadreja que, cobijada por la espesura del Tepito más añejo, susurra órdenes a dos o tres lugartenientes que a su vez comandan un ejército de hombres más fuertes y malvados que un escarabajo. Posee *la Señora* una sabiduría extraña y breve, sabiduría que hasta los más idiotas comprenden. En esta cuestión es generoso. Los idiotas a su mando reconocen la lógica más pura en sus órdenes y también saben leer cuando en el rostro de lutita de su patrón brota una sombra capaz de recordarles a la muerte, a la Santa Muerte. Alrededor de su minúscula guarida cerca de Jesús Carranza un cúmulo de pasillos interminables conecta las vecindades entre sí. Cada puerta contiene un secreto y cada ventana es un ojo. Las vecindades se mantienen en pie, tambaleándose, borrachas y derrotadas, pero unidas por túneles estelares cuya geografía sólo las personas cercanas a *la Señora* conocen de memoria.

La Señora ama su embarcación y pocas veces se le descubre paseándose fuera del camarote donde recibe las rigurosas visitas de sus empleados. El alarde no va con su persona. A cuentagotas, pero

los malos asuntos se remedian de una vez y para siempre. Contrata sicarios a distancia, vende armas sin estar nunca presente, distribuye cocaína y no lleva consigo un solo gramo y en ocasiones especiales recibe a jefes de regiones lejanas con quienes pacta negocios para beneficio de su comunidad. Hubiera sido provechoso que algunos de sus empleados en Tepito pasaran un par de años en la preparatoria o estudiando al menos una carrera técnica, pero los rufianes que merodean sus rumbos carecen de títulos académicos y *la Señora* debe cargar, además, con el fárrago de su educación, conducir a los jóvenes por el sendero de los buenos negocios, mostrarles la diferencia entre los trucos basura y las habilidades reales, hacerles comprender que en ese negocio el límite de vida difícilmente va más allá de los 30 años. Y a pesar de la corta vida que les espera, los jóvenes aprendices tienen la obligación de considerarse afortunados por ser algo más que desecho mestizo y carne parlante. *La Señora* no recuerda haber procreado hijos, pero sí varios sobrinos que bajo las órdenes del *Nairobi* ostentan cargos administrativos, diplomáticos, sociales: una verdadera corte austríaca perdida en un tiempo remoto. Los sobrinos han sobrevivido a un respetable número de muertes seguras y su fama es discreta: sólo uno de ellos ejerce la máxima autoridad después de *la Señora*. Y ya sabemos quién es: *el Nairobi*. En cambio, los distribuidores callejeros, es decir las ancianas, acomodadores de autos, cargadores, meseros, taxistas, estudiantes y demás a cargo del *Nairobi* no tienen noticia de la existencia de un hombre apodado *la Señora*, a pesar de que dependen de su bendición para vender al menudeo o seguir rondando en las calles.

Las ratas van a estar aquí por siempre.

El olor a pinole.

Y los santos trabajadores, Marx, ¿le dedicaste acaso un capítulo a esta maldita tribu?

La Santa Muerte se ha dado el tiempo.

¿La historia de este barrio? Puta madre: dioses y cucarachas.

Y lo más moderno, lo último en tecnología.

Aquí la coca es peor que en Londres. Y cien veces más barata.

El supremo *Nairobi* muestra la flema ideal para merodear en las

calles y poner orden, aunque también desempeña una función retórica: usar las palabras para evitar las guerras. Lo hace tan bien que un día cercano tendrá que despedirse, disminuir: ser un rostro no es de ninguna manera conveniente en el barco de *la Señora*, un rostro moldeado con palabras, gestos y sobre todo con vicios. ¿Un alemán?, ¿en qué mente cabe presentarse acompañado de un alemán? El vicio más venenoso es «ese puto amor por los rubios», piensa *la Señora*, un vicio absurdo que ni siquiera posee dirección. Y recrimina a su lugarteniente:

—*Nairobi*, ¿te crees importante porque te paseas en Tepito con un europeo? ¿Alemania? ¿Dónde chingados está eso? Por aquí nadie sabe si eso es una isla, una panadería o el nombre de una guarra sin calzones —tiene razones para quejarse *la Señora*—: el pinche loco ese vino a visitarme a media noche, borracho, a recordarme que lo habías nombrado su amigo. Ya sabes a lo que venía, otro cabrón vicioso. Si no lo mataron es porque a medianoche aquí todos andan de buen humor. Se aprendió el camino y entró hasta mi recámara, si tuviera un pistola le habría dado un susto, tiene suerte de que sea yo un viejo. Anda faroleando que es amigo del *Nairobi*, y en los pasillos se prenden los focos para abrirle paso. Me lleva la chingada, ¿así que ahora tú das luz a los rubios, pinche *Nairobi*?

—Usted es *la Señora*, ¿verdad?, ¿se acuerda de mí? Nos presentó el *Nairobi* hace unos días —Stefan se notaba tan seguro de sí mismo. ¿Dónde se imaginaba estar?

—Ten cuidado, muchacho, el patio está lleno de orines y mierda. Los modales, ¿quién se va hacer cargo de enseñarle modales a estos puercos? Yo perdí la nariz cuando era niño.

—Está bien, de noche a mí también me duele la nariz.

Stefan ama a los mexicanos. A diferencia de los españoles o de los colombianos a quienes apenas logra comprender, los mexicanos entran en su oído sin pena. La cascada de nuevos descubrimientos satisface la ansiosa curiosidad alemana del barón Stefan Wimer: alimañas, plantas, especies nuevas renovaban las sospechas de

Friedrich Wilhelm Heinrich Alexander Freiherr Von Humboldt sobre la posibilidad de que África y América hubieran estado unidas en la prehistoria. De no ser probable la teoría, ¿entonces por qué este rostro de piedra etíope apodado *la Señora* se muestra tan ecuánime, como si la tierra fuera sólo una masa compacta e indivisible?

—Ni siquiera la familia me visita a estas horas. Hace unos meses vino un primo a pedirme trabajo, a mí, ¿te imaginas? Pendejo, le dije al idiota que una persona que vive como yo no puede darle trabajo a nadie. Ve nada más la jaula de pájaros que me encontré tirada, no creas que la compré, parece cara, ¿no? Lo bueno es que no tiene inquilinos: están todos muertos.

—En Berlín viví varios años en un departamento como el de usted, y tampoco me gustaba tener demasiados muebles en mi casa, sólo una estufa, y también la encontré tirada en la calle —¿a quién le contaba historias Stefan Wimer?

—Yo no sé dónde está Berlín, y si tiran estufas en la calle es porque deben tener dinero, ¿no? Hace rato oí unos disparos, pero creo que no pasó nada, ni sirenas ni nada, debió ser un borracho. ¿Nadie te pidió cuentas para entrar a la vecindad?

—Sí, pero les dije que soy conocido del *Nairobi*. Todo el mundo por estos rumbos conoce al *Nairobi*, ¿verdad?

—No sé, yo me la paso bien sin moverme, ojalá me enterraran en el patio. Cuando los hombres comienzan a caminar se vuelven hormigas. Y ya no quieren parar.

—Así es, *Señora*, yo soy una hormiga nocturna que anda buscando su alimento —dice Stefan, y sus córneas se toman más transparentes que nunca. Se imagina experto en estas cuestiones de por sí nada misteriosas; ha comprado tantas veces hachís a los turcos en Kottbusser Tor y sus propios amigos venden cocaína en los bares de Schliemannstrasse y Lychenerstrasse, donde se les encuentra después de medianoche, turbios y silenciosos, bebiendo una cerveza.

—¿Y qué carajos comen las hormigas? ¿Tierra?

—Polvo blanco.

—Mmmm, estos asuntos soluciónalos con *el Nairobi*. Mañana

está de regreso, no seas desesperado. Todas las cuestiones de vicio se tratan nada más entre ustedes. Si fuera comerciante de vicios no viviría en este muladar. Lo mejor es buscar esas cosas en otros barrios. ¿O me ves cara de drogadicto?

—Perdóneme si me equivoqué, pensé que podía darme un consejo —Stefan ha retrocedido un paso anunciando su retirada. Su cautela lo salvará.

—Bueno, no van a decirme que soy un culero con los gringos. Habla con la mujer del siete, es una señora respetable, una anciana, se llama Amanda, Amandita, respetable, sí, aunque a veces se orina en el patio. Si las abuelas se orinan en el patio, ¿qué puede esperarse de los nietos?, nada, lo malo es que los demonios se la pasan pariendo, no tienen vacaciones. Mientras sea menos de cinco grapas ella lo tiene. Y cuídate porque el cabrón del *Nairobi* no es ningún dios, tiene enemigos en todas partes. Imagínate venir desde tan lejos para pagarle tú a él sus cuentas. Hoy tocaste puertas de amigos. Mañana quién sabe. Mira este jarrón, ¿no es bonito?, desde que lo vi me dolió el estómago y supe que estaría en mi casa toda la jodida vida. Vas a decirme que son puterías, pero tú debes ser conocedor de arte. Si quieres te lo vendo.

—Es bonito, pero no me dejarían subirlo al avión y no tengo dinero para comprarle un boleto en primera clase.

—Lástima, cuando me muera vendrán las hienas y cualquiera se lo llevará. Debería estar en el museo.

La Señora no ha recibido jamás a un extranjero en su embarcación solitaria. Lo considera una mala señal, pero la edad comienza a volverlo tolerante. ¿Reconocer que el hombre rubio le ha sido simpático? De ninguna manera. Si uno viviera en la copa de los árboles hasta los topos le resultarían simpáticos, pero no si se habita una ergástula en Tepito. Cuando Stefan Wimer se marcha, *la Señora* vuelve a recostarse en su cómodo catre: «¿Estufas tiradas en las cabes? Eso sí que me gustaría verlo, pinche gringo mentiroso».

23
Los años de Díaz Mirón

Yo conocí al *Boomerang* Riaño hace muchos años, pero no sé quién es. En mi ciudad el verbo más ejercitado después de *robar*, es *olvidar*. Yo practico el olvido con cierta frecuencia y así me evito penas y remordimientos. *El Boomerang* mismo prefiere ahorrarse los mitos y deja que el tiempo se encargue de su supervivencia. No sé por qué se ha hecho a la idea de que somos amigos. Lo inventa porque le conviene. *El Boomerang* nació en Córdoba, Veracruz, y estudió hasta la preparatoria. Después vino al Distrito Federal a probar suerte en los periódicos. La pobreza no lo abandona y aún se ve forzado a contar las monedas en el bolsillo cada mañana. No todo es olvido y en su memoria se ve a sí mismo compartiendo un mismo cuarto con tres de sus hermanos. Para no despertar a los padres y al recién nacido que dormían en la otra habitación orinaba en una olla Presto que su madre colocaba al pie de su cama. La olla Presto, el invento más aplaudido por las amas de casa modernas en ese entonces. Cualquier movimiento, orinar en la madrugada, toser, acariciarse los testículos, todo se registraba de inmediato en las paredes, en los oídos paternos, en la memoria de los hermanos. «No quiero acordarme de esas pendejadas, ¿para qué?». ¿Y el diploma concedido en la preparatoria como premio por su detallado, esforzado, ditirámbico ensayo sobre Salvador Díaz Mirón? Los mejores tiempos, cuando sus maestros pensaban que de allí para las nubes sólo le faltaba un paso. «No me acuerdo un carajo, y el pinche Díaz Mirón me importa un pito. Que chingue su madre».

Riaño ha sido finalmente rebasado por el tiempo, arrollado por el tren donde subía y descendía a placer, lo han despojado de sus pocas pertenencias lanzándolo a un tiradero de cosas viejas. Nunca se acercó a las computadoras, *el Boomerang*, y eso es un suicidio en este tiempo: y saber sonetos de memoria es una pendejada tan cursi como hablar otras lenguas, «al carajo pues, mientras tenga una olla Presto cerca qué me importan los iPods, los idiomas y las agendas electrónicas, ¿y para tirar una leche también necesito tomar un curso?». El único suspiro que la humanidad podía obtener de Riaño venía cuando borracho, melancólico, lloraba entre los senos de una prostituta a quien le rogaba simular que era bailarina o enfermera nocturna. Si hubiera sabido la suerte que le depararía el ensayo sobre Díaz Mirón jamás lo habría escrito, «¿pagar a una puta trescientos pesos para que finja ser bailarina? Estás jodido, *Boomerang*».

Durante dos décadas, como una rata disciplinada, llevó a los diarios vespertinos las noticias más negras; sus relaciones en el ministerio público, en la policía judicial, en las ambulancias urbanas valían lo suficiente para intercambiarlos por hospedaje y comida; todos lo sabían, al *Boomerang* había sólo que lanzarle un poco de carne para que continuara rondando, y volviendo; su mandíbula de saurio adornaba las paredes de los rotativos y lucía bien sobre los escritorios astillados de las delegaciones. ¿Y Díaz Mirón? No quiere escuchar una palabra más acerca de esas tonterías mientras deambula descalzo en su habitación y otea desde una ventana la calle vuelta cementerio a las tres de la mañana, en Isabel la Católica, en un piso tercero, no en el Hotel Isabel sino en otro edificio a unos metros de distancia. Su departamento no le pertenece, está de paso, el periodista que no conoce la web, «¿la red?, en mi puta vida la he visto». ¿Tampoco recuerda que en la escuela se burlaban de él por llevar tortas de sopa de fideo? «Al carajo con eso», sacude Riaño el insomnio que lo lleva sin remedio a escuchar la voz de un extraño hablándole de un pasado también extraño, sumergido en los miasmas de un pavimento que de tan negro se toma blanco. «Pinche y puta ciudad, todo se lo traga, todo lo vuelve mierda, me hubiera quedado en Córdoba y sería presidente municipal».

Nunca pudo sobrellevar el insomnio ni las voces que el silencio de la calle transforma en lamentos, rumias asaltando su ventana desde la que *el Boomerang* vigila. A las ocho de la mañana desciende las escaleras que dan a la calle, haciendo malabares para no tropezar con los gatos que se le escabullen entre los pies. Ha debido caminar hasta Mesones en una de cuyas esquinas trabaja el único vendedor de periódicos que realiza bien su labor. Después, periódico en mano, vuelve sobre sus pasos y se sienta a tomar café en el restaurante del Hotel Isabel. Hace veinte años el periódico estaba en la mesa antes que el pan. Ahora «son una raza de jodidos huevones», masculla *el Boomerang* detrás de su dentadura hecha de túmulos amontonados. Pasa cinco minutos hojeando el periódico en una mesa arrinconada y haciendo parada sólo en los titulares escandalosos: odia la sección de finanzas, «sirve para que los ladrones se justifiquen haciendo números», así lo cree Riaño. Cinco minutos pasan antes de que un hombre de rostro desvelado y crenchas duras le solicite la sección de deportes, «perdón, présteme su periódico, hice una apuesta, mi estimado, se lo devuelvo de inmediato», dice, y le arrebata una parte del periódico. «Se lo alquilo», responde *el Boomerang*. El intruso se inclina sobre la sección deportiva y susurra: «Dizque los alemanes son unos tanques, pero se quedan sin gasolina a mitad de la guerra, puta madre, a eso nos mandó Dios, a cuidar a los rubios. Lo que necesites, *Boomerang*, ya sabes, ¿eh?, y vigila a los mocosos, hay uno nuevo, un bato medio pendejo, lo trajo Camila, le dicen *el Internet* al güey. Qué mamón, ¿no? A ti ni quien te aconseje, eres nuestro intelectual, cabrón», recita *el Nairobi*, deja la sección deportiva de nuevo en la mesa y se marcha en seguida, como una ráfaga borrosa y espesa.

La mañana no comienza todavía su limosneo callejero y se mantiene echada sobre los últimos escombros de una noche silenciosa y en vela. El insomnio es la eternidad, lo sabe *el Boomerang* y duda de la sabiduría de su cuerpo, el cual no da muestras de registrar agotamiento alguno: tres horas, cuatro si le va bien. No puede dormir más allá de ese tiempo. Dormirás en el catafalco sobre terciopelo rojo, ¿para qué quieres más? Desde su sitio

en el restaurante del Hotel Isabel, y a través de las cortinas que cubren un enorme cristal, escucha el ruido que hacen los tacones de una mujer al recorrer la acera. Tiene prisa, y si estuviera de mejor humor habría recordado a su madre cuando en las mañanas corría a abrir las cortinas del café Danzet en el centro de Córdoba, Veracruz. Y quizás hasta habría tenido deseos de liberar un par de lágrimas, pero no lo hará porque no es su costumbre mezclar los recuerdos con las obligaciones. Si lo hiciera, el final llegaría al día siguiente.

24
En busca de Demian Hearst

Me observo de perfil ante el espejo de una pared, en calzoncillos, descalzo, me veo como a un indio pacífico a orillas de un río y descubro que la curva de mi vientre se vuelve cada vez más cínica e inocultable. A esta edad es lo justo. No merezco ni un gramo menos de peso. Aquí están los tacos y las cervezas, el menudo, el pozole, los refrescos y las tortillas. El cuerpo es la justicia encamada y punto. Hago intentos por sumir el estómago aspirando varias bocanadas de aire y el experimento resulta: mientras pueda sumir esta puta barriga las cosas no van tan mal. Y ya me avergonzaré cuando sea imposible desinflar la panza o, al contrario, soltaré una buena carcajada y será como la risa de un demonio que se quema los glúteos. De pronto dos golpes cimbran la puerta de mi habitación. Abro y encuentro a un joven de aspecto corriente, ¿acaso trae un mensaje? Llevar un mensaje, qué extravagantes me parecen las personas que llevan consigo un mensaje.

—Disculpe, señor, no quiero molestarlo, lo siento, hago mal en estar aquí, de hecho está prohibido, pero me preguntaba si usted no desea un servicio en las noches, alguna compañía, sabe, una damita de lo más discreta y a buen precio.

—No, de hecho vine a descansar y usted me ha despertado —tengo sembrado un pie detrás de la puerta y doy la impresión de ser alguien bastante temeroso. La verdad es que no tengo miedo.

—Discúlpeme, no es mi intención, le voy a dar una tarjeta y cuando se le antoje nada más llame. Somos de confianza, trabajamos

en los hoteles de la zona —¿a quién cree engañar este sujeto?

—No me dé ninguna tarjeta. No voy a llamarle.

—Nunca se sabe, lo que usted quiera, se la dejo aquí, junto a la puerta, con permiso y disculpe otra vez —así termina su miope retahíla el mensajero y emprende la huida por el pasillo.

¿De dónde salió esta cucaracha?, me pregunto y obtengo un nombre como respuesta: Riaño, gente del *Boomerang*. Me equivoco.

Tres días más y volveré a mi estrecho departamento en la colonia Álamos, a una cuadra de la Calzada de Tlalpan, a espaldas de la estación Viaducto del metro y del cine que cuando yo era niño se llamaba Álamos. Qué burda es la gente, cambiar álamos por viaductos. ¿De dónde me llega este arrebatado e inesperado espíritu ecológico?

Lejos de ahí, una joven está a punto de iniciar su peregrinación hacia el Centro de la ciudad. Su destino es este mismo hotel y su nombre es Sofía Sandler. Los altos muros de su casa la protegen de las miradas ociosas y criminales. Los libreros colmados de volúmenes impecables, las pinturas que su padre ha coleccionado a lo largo de su vida, Felguérez, Castro Leñero, Rodolfo Nieto, hacen de las paredes un cementerio de objetos privilegiados, los modernos armarios están colmados de vestidos y la servidumbre obedece sin chistar. ¿Estará muerto Gabriel?, se pregunta Sofía y nadie le responde, los padres viajan por Europa, las sirvientas están sumidas en sus propias complicaciones, el chofer amodorrado que se ha jurado no poner demasiada atención en el cuerpo de su joven patrona duerme la mona.

—¿Sabes cómo llegar al Centro? —pregunta ella en vez de ordenar. Es tan delicada Sofía Sandler, sus brazos endebles y su cuello suave, la ropa ligera, ¿cómo logra moverse sin que la gravedad se lo impida?

—¿A qué centro, señorita? —se despereza el hombre. «¿Por qué carajos no se larga toda la familia junta tres meses y me dejan en paz?».

—Al mero Centro, donde está el Zócalo y la Catedral.

—Sí, por supuesto, es mi trabajo saber esas cosas, ¿quiere que la

lleve? —pregunta el chofer, de un momento a otro su rostro no podrá ocultar que es el de un viejo. Alguna vez pasó por su cabeza secuestrar a Sofía. Sería tan sencillo, pero no quiere terminar en la cárcel, o muerto. En su familia no hay registros de maleantes. Él sería el primero.

—Ahora no, ¿cuánto tiempo se hace en coche desde aquí?

—Cuarenta minutos, y si hay tráfico hasta una hora. ¿Tiene algún problema? —investiga el chofer. En ese momento se le antoja un par de huevos revueltos bajo una capa de salsa roja.

Sofía se mantiene lejos de los alimentos, de pronto se mete a la boca un puñado de hojuelas de maíz o mastica chicle de menta. Aspirar cocaína le resulta una acción insípida si su primo no está a su lado. Cuánta importancia reviste para ella la presencia de su primo: cuando lo ve hasta el hambre se le despierta, como si la sola presencia de Gabriel requiriera de un esfuerzo físico mayúsculo. No va a esperar el arribo de la madurez para tomar decisiones, las mujeres no son jóvenes nunca, nacen y mueren viejas, ¿cómo van a serlo si de ellas viene la vida? Y en Sofía esta ley animal se cumple al pie de la letra. Gabriel es su carne, su alimento y su muerte. Ella ha acudido a todas las exposiciones de Gabriel Sandler y con tal de halagarlo, de mostrar interés por su obra, gasta horas frente al ordenador y se aprende las biografías de artistas cuyos nombres no le dicen nada: Barceló, Koons, Demian Hearst, Gabriel Orozco, Miguel Calderón. Se empeña en aparentar sabiduría, en estar a la altura. Y lo más importante: sabe escuchar las palabras de Sandler, sus oídos son ideales para recibir sus sentencias, el oráculo despiadado que une la vida y el arte para toda la muerte: «Los artistas ya no existen, pinche Sofía, no te claves con eso, sólo quedan unos cuantos payasos y vamos a divertimos a su costa. No creas nada de lo que ves, son gestos, como las partes mutiladas de un cuerpo, ¿artistas?, comen zanahorias y hacen ruido como todos los animales que tienen dientes, prima, ¿escuchas? Si no me crees elige a uno y bájale los pantalones y hará lo que hacen los perros, y van a decirte a la oreja que eso es arte, que su asquerosa pinga es arte. No tienes por qué halagarlos, ¿para qué masturbas sapos? ¿Yo? Si me detestan es

que he hecho bien mi trabajo, y no soy poderoso, y si te detestan aunque no tengas poder es que en verdad eres odioso y eso sí está chingón».

Sofía sueña las palabras de su primo cuando duerme recostada en las sábanas nacaradas que las sirvientas cambian cada dos días. Y la voz de Gabriel: «Yo soy atómico, Sofía, eso es todo, soy atómico». Y despierta cuando la premonición se hace verdad. No desayuna, la finta que su madre la obliga a comer se pudrirá en la batea italiana y sólo tomará una Coca-Cola helada. «Es hora de ir tras Gabriel», se dice ante un espejo sin imagen, ¿o es imagen ese trazo abstracto y sutil en el que se ha convertido su cuerpo? Se toca los codos lisos, se pellizca los hombros y toma el mando de la situación. La mañana es áspera, pero en unas horas volverá el calor del trópico y el asfalto unidos.

—Llévame al Centro —le dice al chofer de la familia, pobre hombre, sus vacaciones nunca comienzan—, y tírame en el Zócalo. Ya lo decidí. Vámonos directo al Zócalo.

—Sí, Sofía, donde usted me diga —la curiosidad atosiga al chofer cariacontecido—, pero, ¿a la Catedral?

—Desde ahora soy católica y voy a confesarme, no me preguntes más. Quiero confesarme con el mero obispo, ya hice cita y todo. ¿Por qué me miras así? ¿Yo me meto en tus asuntos?

—Y o nada más decía, ¿quiere que le mande protección?

—¿Para qué?, ¿no te acuerdas que a los 10 años tomé clases de karate? Lo mejor es que no se metan conmigo.

Y la peregrinación comienza cuando dentro del automóvil Sofía se toma el pulso y éste es imperceptible, la sangre es como un estanque de agua quieta, y descubrirlo le despierta confianza, es una mujer madura, se palpa los tobillos y los percibe fríos, es buena suerte, los símbolos abren camino, y lo mejor: la avenida Reforma está despejada.

SEGUNDA PARTE

1
El hotel

Los hoteles cuentan con personas que se encargan de la seguridad de los huéspedes. El Hotel Isabel no. Un viejo desdentado sube y baja de los pisos cargando una caja de herramientas. Es el encargado de las reparaciones menores. No lleva uniforme y elude cualquier mirada que lo enfrenta. El hace su trabajo. Sube y baja como si viviera dentro de un desván abandonado. Las recamareras lo encuentran a menudo dormido en cualquier cama, dice que va a reparar el excusado y se duerme quince minutos sobre las cobijas. «Es un abusivo», ha dicho Flora. «Es un viejo, déjenlo descansar», ha ordenado Camila. Parece tan sencillo quebrantar el orden aquí. Es cierto que este hotel no es un monumento colonial, como el palacio de Jaral del Berrio o el de San Mateo de Valparaíso, pero no hay motivos para considerarlo una ruina o un edificio sin prosapia. De vez en cuando los dos recepcionistas que lo atienden se hacen de palabras:

—Escúchame, Samuel, sigo tus órdenes sin preguntar, y así va a ser, no te preocupes. Sólo quiero estar enterado. Aquí hay dos hoteles, uno donde sólo tú y Camila saben lo que pasa, y otro es el que atiendo yo —las quejas de Pablo Paolo no son nuevas.

—Si quieres saber no tienes más que preguntar —revira Samuel.

—¿Sólo preguntar?

—Es lo que he dicho. No te canses imaginando misterios, pregunta y ya. Si puedo responderte lo haré.

—¿Qué hay dentro de las habitaciones clausuradas y quiénes son

esos hombres que entran y salen del segundo piso? Es mi deber estar enterado.

—Gente del patrón, asesinos, me parece. Yo no los he visto matar a nadie, pero eso es lo que se dice de ellos.

—No bromees conmigo, ¿asesinos? ¿Eso es lo que has dicho?

—Creo que sí, asesinos o algo parecido. Un hotel sin asesinos no es un hotel. Vete acostumbrando, Pablo.

—¿Y viven en esos cuartos? ¿Cómo han podido involucrarse con…?

—No viven aquí, sólo trabajan. No paran de trabajar, día y noche.

—¿Y qué es lo que hacen?

—Ya te dije, trozan cadáveres, no hacen ruido, no despiertan ni molestan a nadie, cortan la carne en pedazos, pero los huesos no los cortan. Se dice que estudiaron medicina, es por eso que parecen doctores y no asesinos. Ya te estás largando, ¿no? Son ocho y media.

Pablo Paolo no se arredra si alguien le hace notar su nombre ridículo y no se arrepiente por haber consumido cinco años de su vida atendiendo un hotel que pasa por encima de las más elementales estrategias de mercadotecnia. En mi corta estancia en este lugar he descubierto que se actúa por inercia elemental y se practica la mímica en vez de las palabras. Nadie quiere perder su trabajo. Un gerente, es decir el apoderado de los propietarios (al que Samuel llama *el patrón*), hace su aparición una vez cada quince días para solicitar las cuentas y se sorprende del perfecto rumbo de la administración. «¿Cómo hace este montón de desgraciados para ser tan eficiente?», se extraña, pero al mismo tiempo no espera ninguna clase de explicaciones. Los huéspedes, si son extranjeros, pasan por alto el olor de las alfombras viejas, las tambaleantes tomas de electricidad o las cortinas zurcidas. Ellos viven su aventura y si son jóvenes la miseria incluso los emociona y les da qué contar.

Pablo Paolo no tiene consideraciones para mí y apenas si levanta la vista cuando le solicito mi llave. Es un joven conformista e ignora cuál es su verdadero papel en el hotel. A mí no me es desagradable y me digo que si todos se conformaran a tan temprana edad como

Pablo Paolo, el mundo no sería tan estúpido ni veríamos a tantos viejos presumiéndonos sus logros y preparando nuevos delincuentes para que hereden sus vicios y sus mañas. Una huelga mundial de recién nacidos vendría bien al caso. Imposible: los recién nacidos no son cosa nueva, son el vicio de la creación. ¿Qué estoy diciendo? Pablo Paolo cree haber llegado demasiado lejos y no va a jalar más de la cuerda. Él se ve a sí mismo como el líder o capitán de una aldea de Greenpeace. Y yo, mestizo, hombre maduro y perdedor, estoy fuera de sus planes.

Entre ocho y nueve de la noche se presenta la realidad: esto sucede porque la realidad tiene que llegar en algún momento. Su nombre es Samuel y la mujer de Samuel se llama Camila. Entonces se resuelve el cambio de tumo y Pablo Paolo vuelve a su casa en la colonia Marte donde su madre lo aguarda puesta la cena sobre la mesa. Entonces el hotel se transforma en un sitio más penumbroso y personas cuya costumbre no es dar la cara durante el día salen de sus propias sombras para merodear.

—Están registrados, pero nunca les he visto la cara: ¿dónde están? No salen de la habitación. Pagan meses por adelantado, Samuel, ¡veinte mil pesos!, es mucho dinero. No confío en personas así —las quejas de Pablo Paolo continúan—. Y el Riaño ese se pasea por aquí como si fuera el mismo dueño.

—Son estudiantes de medicina, ¿quieres ir a ver? Te arriesgas a que te hagan la autopsia, cabrón. Yo te aconsejo que te olvides del asunto. Camila hace su habitación, dice que son limpios y no dan problemas.

—Lo dice para no limpiar como se debe, según Camila en esos cuartos sólo duermen querubines y medusas. Con todo respeto, Samuel, no soy tan güey. Entre todos van a acabar con el prestigio del hotel.

—Este hotel no tiene prestigio.

—Lo tiene. ¿Por qué crees que viene tanto extranjero?

Una mueca amistosa suaviza el recio rostro de Samuel, el señor realidad.

—Velo de esta manera, Pablo, esta gente me mostró una tarjeta,

son invitados especiales, no te metas en líos, ellos pagan como se debe y son amigos de los patrones, como Riaño. Tú no eres extranjero, no te la creas, somos mexicanos y sabemos que aquí estamos de gatos y si el patrón nos envía a unos puercos tenemos la obligación de atenderlos y hasta de bañarlos. Somos gatos, métete eso en la cabeza: gatos.

Pablo Paolo observa lleno de suspicacia al hombre que le dobla la edad y lo reemplaza en su puesto de comandante de la aldea, su tupida cabellera se nota ajena a su rostro avinagrado.

—¿Cómo puedes tener tanto cabello a los 50 años, Samuel?

—No fue decisión mía, mi padre era indio oaxaqueño.

—Lo sé, tienes suerte. Yo cuando cumpla 50 años no tendré pelos ni en las axilas.

—No me preocupo por esas mariconadas, obedezco y ya está… Mi padre era greñudo y yo seré greñudo hasta que me muera.

—En la tarde se hospedó una pareja de actores, me parece que a él lo he visto aparecer en comerciales famosos —informa Pablo Paolo. Volviendo a sus asuntos y a escarbar papeles, Samuel da por terminada la charla:

—Para mí todos son iguales, mientras paguen y no hagan escándalo, ¿qué importa si son marcianos?, me importa un pito. Te digo que ya son las ocho y media, ¿qué no entiendes, cabrón?, ya lárgate.

2
El Nairobi

Tiene un nombre, pero no un acta de nacimiento, y sólo un apellido cuando lo normal es que sean dos. No va a investigar de más su genealogía, ¿para qué?, los apellidos pesan, se llama Jesús Reyes y su apodo es *Nairobi, el Nairobi*, el gandalla del *Nairobi*. En el mercado de Cartagena, en Tacubaya, su madre atendía un puesto, vendía verduras a gritos, y su padre una peluquería, también dentro del mercado. Ambos murieron envenenados porque su madre no desperdiciaba nada y cocinaba con lo que sobraba de la venta. La flor de calabaza se pudre en un día, las setas se ponen negras, los nopales se hacen pardos, el brócoli amarillento, los rábanos se ablandan. ¿Con cuál de toda esta mierda se envenenaron? En el hospital no se metieron en honduras, no son detectives, sólo: «Están muertos por comer porquerías», dijeron. Y el niño Jesús Reyes se mudó a vivir a casa de una tía que vendía drogas en Tepito, en una vecindad: el futuro abierto. ¿Qué música se escucha en estos casos? Una diana, tres dianas para *el Nairobi* que se ha salvado de barrer pelos muertos en el piso de la peluquería de su padre.

Vuelve a Tacubaya para recordar y no recuerda nada, quiere tejerse un pasado el cursilento delincuente, y el pasado no se asoma. Se ha comprado una casa antigua para restaurar, en la colonia Escandón, en la calle Salvador Alvarado, pero hubiera preferido hacerlo en Tacubaya, donde se encuentra ahora, en el Salón Ajusco. ¿Cuántos como este salón hay en toda la ciudad? Ninguno. Desde su silla de plástico, *el Nairobi* observa las tres enormes cubas de

metal dispuestas en un rincón en el extremo de la barra. En cada una de ellas la inscripción Cerveza Kloster revela su antigua función. *El Nairobi* hace el intento de imitar la austeridad de su patrón, *la Señora*, por eso frecuenta estos mingitorios. No tiene hijos a quienes servir de ejemplo y cientos de empleados no compensan un hijo, vamos, no valen siquiera el prepucio de un hijo. Su actual mujer lo auxilia en los negocios, no en aumentar la tribu del *Nairobi*, exclusivamente negocios. Es mediodía y se hace acompañar por dos jóvenes, armados, discretos, unos que tienen vena para recibir sus órdenes. Ellos se aburren y no comprenden por qué *el Nairobi* carga con ellos a ese bar andrajoso, «¿qué chingados venimos a hacer aquí?», piensan y conservan su silencio. La avenida Jalisco ha sido partida en dos para abrir una vía exclusiva al Metrobús. «Estamos esperando a una persona, en cuanto enseñe la cara salen y me esperan en la puerta», les recomienda *el Nairobi*. El edificio Ermita no se caerá, si lo hiciera la mitad de sus escombros sepultarían al Salón Ajusco. Le han dicho que los inquilinos de ese edificio son artistas y drogadictos, sí, nadie va a negarlo, un buen mercado, si fueran sus territorios *el Nairobi* se haría cargo del asunto.

El Boomerang Riaño asoma la cara al Salón Ajusco, la asoma porque no está seguro si la cita es en esta cervecería. En el acto reconoce el cuerpo de tortuga y las manos gruesas del *Nairobi* llevándose una caguama a la boca. Entra y se acomoda a un lado de su patrón. La tortuga continúa chupando de la botella. Los jóvenes sicarios se incorporan en silencio y en señal de respeto. Salen a la avenida Jalisco y esperan que el edificio Ermita no se les caiga encima. El Metrobús es rojo como un tomate, y ese color da mucho que pensar, circula de Tacubaya a Tepalcates y en su recorrido une a la Universidad La Salle con la colonia Obrera, el mercado de La Viga, Rojo Gómez y el CCH oriente. Los choferes, sin embargo, no se divierten; al contrario, se cansan y llevan corbata.

—Si no llegas me hubiera tomado una de ésas completa —señala *el Nairobi* hacia las cubas Kloster. Estas cubas le son bastante simpáticas.

—Venía distraído y entré a Los Abetos.

—¿Distraído? Pinche madre, ¿y tú eres el que cuidas a las niñas? Estamos jodidos, Riaño.

—Las cosas están en orden. No tengo historias que contarte, preocúpate por otros asuntos y disfruta la cerveza —dice Riaño.

—Tómate una caguama, como cuando eras pobre —*el Nairobi* extiende la botella, obesa y morena.

—Sigo siendo pobre, tan pobre como una rata.

—No llores, *Boomerang*. ¿Me vas a pedir más dinero?

—No puedo hablar de dinero, hace mucho tiempo que no lo veo.

El Nairobi busca en su chamarra de cuero y saca un sobre amarillo. Lo entrega a su invitado. Veinte mil pesos de dieta. Las zanahorias en vinagre puestas en un platito sobre la mesa no deben desperdiciarse. *El Nairobi* se lleva a un tiempo tres rebanadas de zanahoria a la boca. Justo por eso murió su madre. Muerta a causa de engullir vegetales podridos.

—¿Es cierto que alguien de la Empieza está embarazada? —pregunta *el Nairobi*. Va a escuchar otra versión, de hecho desea escuchar otra versión.

—¿Quién te dijo?

—Camila.

—Sí, pero la retiró Samuel hace una semana, no pasa nada, sirve más en su casa que en el hotel. Allí va a cuidar de su hijo como se debe. Me comentó Samuel que pidió dinero hasta para hacerse el ultrasonido.

—¿Ultrasonido? ¿Qué putas es eso?

—Es una foto que toman de la panza para saber si el feto es niño o niña. Es la época, *Nairobi*, hace treinta años mis tías tenían que esperar a que sus hijos cumplieran 15 años para saber si eran viejas o machos. Ahora lo saben antes de que cumplan tres meses de embarazo.

Fuera del Salón Ajusco los jóvenes se aburren más que nunca. Son enjutos y no despiertan ideas. No suelen conversar porque no saben, agotan sus temas después de unos segundos. En la esquina norte observan una fila de ocho personas y esto les da finalmente

pretexto para charlar:

—¿Qué espera esa gente, güey?

—Es una tortillería.

—No seas güey, es un cajero automático.

—Pues si es automático va muy pinche lento.

—No seas pendejo.

Vuelven al silencio. Y el Metrobús rojo que no deja de pasar.

3
Gloria Manson

Durante la tarde una pareja ha llamado poderosamente la atención de Pablo Paolo. La pareja expuso sus intenciones de alquilar la habitación por una noche, aunque sus planes eran reservados e inciertos; dos noches acaso, si no se solucionaba *su asunto*. De nuevo los misteriosos *asuntos* empujaban a las personas a reunirse en el Hotel Isabel. El semblante delataba el agobio del actor y pese a ello se portaba amable, fiel a su arraigada fantasía de dirigirse a los extraños como si éstos fueran sus admiradores; ella, sin embargo, ganaba para sí la atención de las miradas y si arqueaba una ceja y se tocaba los labios con el índice entonces nadie más volvía a poner atención en su marido.

—Cuando pasamos por aquí hace unas horas confundimos este hotel con un museo, un museo de historia o de cera, como el de Londres, el de la calle Londres, quiero decir.

Gloria Manson y su sonrisa en apariencia ingenua habrían hecho pensar en una cama a la humanidad entera. Y no obstante su simpatía, flotaba sobre esta pareja una sombra dramática que los mantenía unidos, una cuerda invisible que ataba sus movimientos a una piedra despeñada en caída libre. La cuerda alrededor de la piedra, la imagen más hermosa de cuantas ha creado el universo.

—Joven, se ve usted una buena persona, mire, si nos asigna una habitación que nos resguarde del ruido le pondremos un monumento. Nosotros vivimos en una zona apartada de Cuernavaca, no estamos acostumbrados al escándalo, no tenemos

hijos, ni perros. Usted debe comprenderme —Roberto Davison, el actor de comerciales, el príncipe de la ropa interior clamaba por un poco de calma.

—¿Y por qué debo yo comprenderlo? Soy sólo el recepcionista.

—Se ve a leguas que usted comprende a la mitad del mundo, su trabajo, qué sé yo, usted, joven, es como un psicoanalista.

Le habían hecho a la tarde a Pablo Paolo, nada menos lo ascendían al grado de psicoanalista, ¿o era un descenso? ¿Qué importa? El buen humor flotaba en el espacio.

—No debe preocuparse, después de las nueve el Centro se vuelve un cementerio; además, las paredes de los cuartos son gruesas, como si en verdad fueran de museo, si quieren enterarse de lo que pasa en la habitación vecina tendrán que tocar a su puerta y preguntarles. Es la única manera de enterarse.

—Eso es lo que necesitamos, una bóveda de banco. Cuando uno es más joven el ruido es excitante, pero ahora, a mi *avanzada* edad, aprecio el silencio. Mi hermana puede confirmar mis palabras, ¿verdad, Gloria? Dile a este joven cuánto significa la calma para nosotros. Oh, ya sé que me dirá: «Es obvio que usted no es un viejo y esta mujer no es su hermana», ¿y sabe qué? Habrá acertado. A los 40 años no se está tan mal, uno se niega a ver para atrás, hay mucho camino recorrido, uno se marea, curvas y más curvas, barrancos y baches de todos tamaños. Soy actor desde niño, ¿qué más puedo decirle?

La piel elástica y regordeta de Davison, sus cejas pobladas, su piel sonrojada formaban el rostro de un muñeco de ventrílocuo. Y también sus palabras:

—Usted me conoce, estoy seguro, debió verme en alguno de tantos comerciales en donde aparecí. Nada importante, no es mi costumbre presumir, también he hecho teatro. En el teatro, como usted se imaginará, no se puede engañar a nadie. Sobre el escenario se reconoce a un actor hasta cuando está dormido, ¿lo ve? Pero usted no va al teatro, ¿o me equivoco?

—No voy al teatro, ni al cine, me da claustrofobia y me pongo nervioso —Pablo Paolo encuentra la oportunidad de expresarse—;

en el teatro, sobre todo. Los actores alzan la voz para que los escuchen en la última fila. Y cuando mi madre me llevó por primera vez me aterroricé, fue en *El gato con botas*, sí, me acuerdo, lo malo es que el gato con botas hablaba tan alto que la mitad de los niños estábamos muertos de miedo. Algunos llorábamos.

—Ahora veo por qué la gente no va al teatro, se asusta a causa de los gritos. Sin embargo, la acústica ha mejorado, en fin, yo he hecho de todo, hasta anunciar ropa interior. Si la mitad de México usa calzones Rinbros es gracias a mí, ¿eh? ¿Qué le parece? No es verdad, estoy bromeando, no es para tanto. En cambio ella, esta hermosa mujer debería anunciar pantimedias, volvería a ponerlas de moda. Le apuesto a que usted está de acuerdo conmigo. No lo diga porque voy a ponerme celoso.

La Manson derrocha admiración por su marido, ¿y es a él, a este hombre simpático a quien un agente y empresario de pacotilla como Tomás Gómez se rehúsa a concederle un papel para solucionar ya no sus deudas inmediatas, sino el abrumante sentimiento de desempleo y olvido? Davison espera a que el asunto, su misterioso asunto, se resuelva, pero entre tanto tomará un descanso. La pareja, las manos entrelazadas, piedra y cuerda alrededor de su cuello, comienza el ascenso por las escaleras camino a su habitación, seguida por las pupilas encendidas de un Pablo Paolo que descubre en el inquilino un cierto aire a John Travolta.

4
Flora, la recamarera

No he vuelto a encontrarme con Laura Gibellini desde que perdí mi oportunidad de abordarla en la acera. Es probable que se haya marchado. ¿Y si continúa hospedada aquí? No importa, tengo la sospecha de que si vuelvo a verla no podré reconocer su rostro. Esta banal incertidumbre ocupa mi mente por la mañana. Aguardo unos minutos a que la regadera vierta agua caliente mientras lavo mis calcetines en el pequeño lavabo del baño. Es el lujo que me da la intimidad. Si alguien me observara tallando mis calcetines en el pequeño lavabo, la vergüenza me sepultaría. Entre mis hábitos más añejos está el de ponerme los calcetines y los calzones húmedos. Qué extraña sensación de libertad me proporciona hacer esto.

Tengo que reconocerlo, mi buen olfato para detectar la maldad se ha mal expresado en el periodismo y las artes me han sido vedadas. Si dibujara un perro en un papel nadie reconocería que es un perro, y sucedería lo mismo si tocara el pandero, hasta los osos bostezarían. Por eso mismo me avergüenza que me llamen Frank, *el Artista*, me avergüenza tanto como lavar mis calcetines en el lavabo de un baño de hotel. Al menos me consuela que mi olfato se conserve intacto y no se disipe en palabras o en otras tonterías. La visita del proxeneta me ha puesto en alerta, es así como comienza el cáncer, dando un remilgoso y delicado golpecito en la puerta. La ropa interior húmeda me estimula tanto como un café concentrado o las piernas de una rubia delgada. Cierta química fantástica conduce el agua hasta mi mente y las tuberías oxidadas comienzan a

funcionar. Dejo abierta la puerta que da al pasillo mientras termino de vestirme. Si la suerte estuviera de mi lado una mirada ajena, femenina, furtiva se entrometería en mi habitación y mejoraría mi semblante. Ser mirado por una mujer aunque sea por equivocación es excitante: ella sufrirá por la visión de mi cuerpo. Yo, en cambio, disfrutaré. ¿Y si en lugar del estúpido padrotillo hubiera sido Laura Gibellini quien llamara a mi puerta? Si una mujer pone atención en mí y me observa algunos instantes logro descubrir en sus pupilas un diagnóstico acerca de mi propia persona, un diagnóstico que hará de mí un bulto real y tangible: clavos para fijar manos y pies a las rocas, peso, remaches, soldadura, tomillos capaces de atorarme en el piso y evitar así que un ventarrón me destierre de una vez para siempre de las cosas reales. Es lo que necesito.

Cuando he terminado de calzarme los zapatos, Flora, la recamarera, me solicita permiso para entrar. Noto el color de su piel diferente y sus manos más delgadas, pero es Flora, sin ninguna duda.

—Si no tiene inconveniente es mejor comenzar a limpiar esto —es morena, menuda como la escoba, nerviosa y sus casi tres décadas de vida han endurecido un tanto su rostro inocente.

—Mujer, esta habitación te pertenece —le digo—, entra cuando quieras. Imagínate que no estoy aquí. Haz absolutamente lo que se te ocurra. Trátame como si fuera un bulto.

«¿Por qué se preocupa esta mujer? ¿La limpieza? Su rostro es el de Mariana, ¿o me estoy volviendo loco?». La lejanía mantiene inmóvil la imagen de Mariana Henestrosa, mi hermana, distancia necesaria ya que no me conviene estar rodeado de personas a quienes no puedo cuidar como se debe. Carezco de poder y sobre todo de convicción para hacerlo. Es culpa de mi absurdo desarraigo, de mi mediocre ascetismo, quiero perder grasa, cabello y no comprar zapatos hasta que los perros atraídos por el olor orinen sobre ellos. Extraigo de mi bolsillo cincuenta pesos y se los ofrezco a Flora.

—Te daría dólares, lo malo es que se me acabaron. He dejado el piso del baño inundado y tomará un tiempo limpiarlo. Vas a necesitar a más de un marinero.

Si no fuera porque soy un hipócrita la ayudaría a hacer la limpieza. Y si lo hiciera ella me perdería el respeto.

Flora hace a un lado el cabello de su frente y apunta en el acto:

—No necesito dólares, todas mis cuentas de banco están en pesos.

¿Las recamareras también tienen sentido del humor? Flora ha corrido con buena suerte, es un mexicano quien le ofrece la propina más abundante, está orgullosa y quisiera comunicarlo uno por uno a los huéspedes extranjeros, «¡para que aprendan, tacaños!». Al final sólo sonríe y aprieta los labios, pues no desea añadir más peras al olmo. El recuerdo de Mariana me ha perturbado y me ha echado a perder la mañana. Levanto la cabeza y me encuentro tan cerca con el cuerpo de Flora que debo retroceder unos centímetros y observar así la abierta sonrisa de la mucama:

—Es hora de cambiar sus sábanas, señor. Me debe otros cincuenta pesos.

Se divierte Flora, y yo, el huésped solitario, estoy a punto de tomarla de la cintura y narrarle mis infortunios, o contarle que somos hermanos imaginarios y que nada le pasará mientras yo esté junto a ella. No lo hago.

—Usted viene con ellos, ¿verdad? ¿Con la gente de Samuel y del señor Riaño? —pregunta Flora, pero no escucho la meliflua voz de la mucama porque desciendo ya las escaleras a paso apresurado. ¿Hacia dónde voy? Es evidente que no lo sé.

5
A la búsqueda de los patos

He conocido a Gabriel Sandler de forma incidental. El restaurante del hotel está colmado y el joven me ha invitado a sentarme. Así nada más. Ignoro que está huyendo de su familia y también de sí mismo, que es artista y que es heredero de una fortuna. Escrita con tiza oscura, ha dejado en una pared de la casa donde vivió desde niño la frase que dice: «Güevos, putos, me largué a vivir con los patos a Canadá». La letra manuscrita impresiona más cuando se vive en el apogeo de los ordenadores y de los satélites. Se cuidó Gabriel Sandler de que las letras fueran claras y que la *A* no se confundiera con la *R*, como se lo hicieron notar las pocas veces que se vio necesitado de escribir a mano. De todos los mensajes que se le ocurrieron éste fue el más sencillo, no quería hacerse el artista a costa de sus padres. Tampoco ser cursi. Se equivocó, porque dejar una nota de despedida entraña en sí la más pura de las cursilerías y porque su frase contiene el sello del artista verdadero: el nuevo exponente de la vanguardia plástica latinoamericana, buscado por las galerías más célebres desde Nueva York hasta Montevideo, el enfebrecido e impredecible Gabriel Sandler.

Y cuando el garabato en la pared fue interpretado por la familia como un signo de despedida, Gabriel logró obtener del cajero automático cerca de veinte mil pesos, cifra menor para él, calderilla. Por el contrario, de haber seguido sus instintos marchándose sin avisar, su padre, temeroso, habría cancelado al día siguiente sus cuentas para impedir a los posibles secuestradores retener a su hijo

más tiempo del necesario. La familia entera secuestrada, los hijos torturados, la esposa mutilada, los perros violados, cuánto miedo despiertan en su padre estas imágenes.

La noticia es que en el drama de los Sandler no hay secuestradores, ni patos, sino una pausa tomada por el hijo que busca responder a una pregunta aún no expresada de manera correcta. Gabriel alberga serias dudas acerca de sus habilidades en el arte: siete millones de pesos han sido invertidos en su educación y apenas si rebasa los 27 años de edad. ¿Siete millones equivalen al Arte? ¿Cuántos desayunos continentales podrían ser cubiertos con esos siete millones? Una suma semejante podría servir para invitar a tomar café y pan con mantequilla a toda la población de Chipre, incluidos los turcos, quienes no aceptarían un café de mala calidad. O a todos los colimenses que no cuentan con una sola librería respetable en su estado. ¿Y qué decir de las poblaciones más pobres en el sureste de México? Podrían comprar armas y perros exploradores. ¿Estas comunidades desearían café y pan con mantequilla a la cuenta del verdadero y único artista Sandler? Claro que sí, se responde a sí mismo. Quien desprecia a un artista es un cretino, un animal que defeca a campo abierto. «Siete millones gastados para hacerme artista: es para vomitarse».

Instalado en el comedor del Hotel Isabel, Gabriel nota que el volumen de voces murmurantes a su alrededor crece por momentos a causa de que un grupo de doce personas ha elegido precisamente este restaurante para parlotear de negocios durante el desayuno. ¿Cuánto habrá gastado cada una de esas personas en su educación?, se intriga Sandler, no más de cien mil pesos en 30 años de edad, acaso el que simula ser el jefe de todos ellos habrá doblado esa cantidad tomando cursos en una academia de idiomas o de relaciones públicas, una escuelita de inglés, qué verdadera y tierna candidez.

Le despierta un morbo recóndito a Gabriel imaginarse el modo en que cada una de las personas que desayuna en su presencia pronunciaría la palabra *available*. Desde su posición en la mesa tiene oportunidad de otear las dos alas del restaurante, ni una sola mesa

desocupada, y también descubre a ese hombre moreno, yo mismo, que busca en vano un lugar para ordenar su almuerzo.

—Nos han invadido, pero puedes sentarte aquí. Me voy en unos minutos —me comunica Sandler, jovial.

En realidad Sandler habría preferido preguntarme: «¿Cómo pronuncias en inglés la palabra *available*?». Si lo hubiera hecho no me habría inmutado. Sé poner cara de espectro. O le habría confesado: «Ni siquiera puedo pronunciar bien mi propio nombre. Es más sencillo pronunciar Paco que Frank». Los minutos se suceden, pesados para mí, indolentes para Gabriel, quien no tiene ningún empacho en descubrirse; una *verdad* cualquiera resulta ideal para comenzar una charla.

—Sólo una vez he estado en este hotel, fue hace dos años, pero debí estar somnoliento o crudo porque lo recordaba de otra manera. En las noches mis ojos se enfrían y miran distinto.

—¿Cómo lo recordabas? —pregunto. Mis ojos nadan sobre mi café de color hipnótico, pero mis oídos están atentos.

—Diferente. Vine con una vieja y no me dio tiempo de fijarme en los detalles —Gabriel murmura una sonrisa.

Es un hecho: hablar de mujeres tampoco tiene pierde, lo mismo si uno se dirige a un sacerdote que a un recolector de basura.

—Salimos del cuarto a la seis de la mañana, todavía estaba oscuro. Puede ser que me haya equivocado de hotel, pero no creo, hoy en la mañana me encontré con los calzones de la misma vieja debajo de la cama.

Alzo la vista y escruto el rostro afelpado de mi compañero de mesa. No conozco a mucha gente dispuesta a usar esta clase de patillas, unas manchas que podrían haber sido pintadas con betún. Es evidente que se espera de mí un gesto de complicidad (las bromas *acerca* de mujeres rebasan los límites de las clases sociales y exigen una pronta respuesta por parte de la comunidad masculina). Yo, el falso *Artista* Henestrosa, hago una mueca comprensiva, el *dandy*, el señor socarrón, el nuevo hombre de mundo, y suelto a destajo un comentario torpe y vulgar:

—Los calzones deben ser de la recamarera, nunca barre debajo

de la cama.

Para mi sorpresa, Gabriel Sandler acoge de buena gana el comentario y ríe francamente. Gabriel no esperaba menos de un hombre de cabellos carbonizados y aspecto pétreo que le recuerda al guardaespaldas de su padre. Y la broma sigue:

—Es bueno saberlo. Cuando quiera que la recamarera no me encuentre me escondo debajo de la cama.

—El hotel no se ha modificado, lo conozco hace treinta años, y también es la primera vez que me hospedo aquí. Es probable que te confundieras con el Hotel Gillow, aunque no lo creo porque es más caro y su fachada es *art decó* —carajo, ahora presumo mis anémicos conocimientos de arquitectura, ¿alguien duda acaso de mi cultura? Ni siquiera sé con quién estoy hablando. En el Hotel Isabel nadie sabe nada de nadie.

—No, éste es el hotel —insiste Sandler—, sólo que lo recuerdo distinto. Había más muebles y ceniceros por todas partes, pero en ese entonces no me sentía bien, se acababa de morir mi abuelo, y los funerales, todo eso, lo ponen a uno en un estado bastante raro. Yo decidí no ir al entierro, me tomé unos tequilas en la mañana, unas pastillas y me quedé dormido. Cuando me desperté le llamé a mi prima favorita, Sofía, y me pasé dos o tres días en la fiesta. Soy una mierda, ¿no?

Sospecho que este joven exagera la nota, pero no dudo de su sinceridad. Los mentirosos llevan alrededor de sí una aureola de moscas invisibles y no escucho por ahora ningún zumbido sospechoso. Gabriel Sandler es un gato de angora mostrando las uñas, un rico fingiendo conocer de la vida. ¿Y si fuera un artista real?, se me ocurre de pronto, su aspecto no es común, un artista del mundo flotante, no como yo, el falso *Artista* Henestrosa, el comemierda, falso y fracasado y apocado *Artista* Henestrosa.

—Y tu abuelo, ¿de qué murió? —le pregunto y estiro el cuello para escuchar así el sonido subrepticio de mis vértebras. Puede considerarse un tic.

—De viejo. A su edad no se muere de otra cosa, de viejo. Los médicos dicen que morimos de una sola enfermedad, murió de

cáncer, o de un infarto, lo dicen para ponemos en paz y que dejemos de estar chingando, pero uno se muere de veinte o treinta males a la vez. La vida no es tan simple. Las enfermedades son como un ejército que pasa sobre de ti y te deja embarrado en el piso, pero sólo el general es el que se lleva todos los aplausos.

—Bueno, al menos tu abuelo terminó de vivir —dije, y ensayé un aire distraído. En mi mente el guarismo «50» titila encendiendo todos los focos rojos: 50 años a la vista, detrás de la curva, debajo del plato.

Como si se hallara al tanto de mis repentinas tribulaciones, Gabriel añade:

—Un hombre bastante duro de roer, mi abuelo. Cuando cumplió 60 puso una pistola debajo de la almohada, allí tampoco la hubiera encontrado nuestra recamarera. Sus hijos, entre ellos mi padre, se cagaban de miedo y decían que el abuelo era sonámbulo y que un día tomaría el arma y les dispararía a todos dormido. «Al menos tienen algo de qué preocuparse, mantenidos», les reclamaba el viejo, te digo que era un cabrón, si lo hubieras conocido te caería poca madre. El abuelo, carajo, no me da vergüenza decir que me gustaría parecerme a él. En cambio, mi padre… Lo único bueno que hizo en su vida fue ligarse a mi mamá, pero el abuelo, carajo, el abuelo todo lo hizo bien.

Escucho las confesiones del verdadero artista. Yo me habría tomado dos meses para narrar a un desconocido lo que Sandler me recita en unos minutos sin pudor alguno. Un hombre como yo no tiene derecho a ser desinhibido en este país, me confundirían de inmediato con un cínico o un maleante. El joven prosigue:

—En pocas palabras, quería el arma para no olvidarse de lo que debe hacer la gente cuando se enferma de cáncer, palabras de él, pero se murió a los 90 mientras dormía. La pinche pistola le sirvió más bien para espantar las enfermedades. Ojalá me la hubiera heredado. Treinta años con un arma que nunca disparó. A mi papá no le hubiera caído mal una bala perdida, por lo menos una que lo dejara tullido. En fin, te estoy echando a perder tu desayuno, lo siento.

—No, de ninguna manera. Gracias por invitarme a sentar.

Estoy dispuesto a perdonar sus inocentes anécdotas, es temprano y los jóvenes pían más de lo necesario. El abuelo, un arma, el cáncer, cuántas tonterías roen la mente de las nuevas generaciones. En el último de los casos me correspondería narrar a mí esa clase de relatos, y no estoy dispuesto a dejarme intimidar por las mentiras de un niño. Pero ¿qué historias puedo yo poner sobre la mesa que se comparen a los relatos de Sandler? No se me ocurre nada en absoluto, mi mente vuelta un muro ha sido hecha para recibir pedradas, no para devolverlas. Como siempre cuando caigo en una encrucijada acudo a un sano autoconvencimiento: nada es tan placentero como mantenerme callado. Me arrepiento de haber mencionado a Flora durante la charla y hacer una broma a costa de ella, burlarme de una mujer que tiene más cosas en común conmigo mismo que con el joven de barba descuidada, con el criollo de facciones eslavas. Y a pesar de ello no me hallo a disgusto a su lado. Me siento más bien que nunca.

6
Tres muertos

Nacieron todos ellos, completos y sanos, a finales de los años ochenta; el siglo XX no ha sido más que la plataforma de lanzamiento hacia una tumba en el siglo XXI; en común tienen la edad y el miedo, se han nutrido y crecido en las vecindades ruinosas aledañas a Tepito, sus padres han comerciado a lo largo de diez generaciones, pero ellos van a modificar el curso de la tradición. Están en su derecho de hacerlo; y, a punto de morir acribillados, lo presienten, y no saben cómo reaccionar ante ese presentimiento.

El jefe de ellos no tiene más de 23 años, y al menos sabe que sobre sus hombros descansa la temeridad y el desprecio a la muerte que en su barrio es veneración: tantas décadas de hacerse los machos, los tepiteños. Sus dos compañeros rondan los 20 años y también sospechan que se han equivocado, secuestrar no es su hábito; ellos roban, golpean y venden drogas, pero en un secuestro la íntima proximidad con su víctima los hace titubear. No saben cómo hacer migas con uno que no es como ellos. Han secuestrado a un adolescente, lo han pescado a las puertas de un bar en la colonia Condesa, y atado y escrutado como se observa a un espécimen dentro de un frasco de botella. Sopesan y discuten la posibilidad de liberarlo o matarlo o navajearlo para que no olvide que sus padres son unos hijos de puta por no enseñarle a cuidarse, «tanto dinero, y los cabrones andan en la calle como si vendieran flores, pinches putos».

El Nairoboi se ha enterado del lugar exacto donde los

insubordinados esconden el paquete y le ha pasado los detalles a Gaxiola, «de todas maneras están echados a perder, nos van a dar más problemas que dinero». Qué bien administran la justicia Gaxiola y *el Nairobi*. Un error: ninguno de ellos contaba con que los criminales opondrían tanta resistencia, dispararían y quedarían muertos y regados en el piso. Y los jóvenes, aunque sean bandidos, duelen.

Los secuestradores han despojado a su víctima de la mordaza y conversan con él, la curiosidad animal, el morbo, ¿qué tan pendejos son los ricos, qué tan culeros a la hora de que se los chingan? La charla se desarrolla en calma, el joven atado no llora, tiene alrededor de 20 años, no se le ve asustado, es un primogénito y esa valentía impostada azuza y provoca a sus captores. Le preguntan si tiene «viejas» y si se van a la cama, si ha probado cocaína o chemo, «¿y cuánto dinero te da tu jefe para gastar?». «¿Te late el fútbol?». «Le voy a los Pumas». «¡Qué hueva, pinche equipo apestoso!». Las paredes metálicas de la bodega son sensibles como una piel, y en medio de su amena y edificante charla escuchan los murmullos provenientes de la calle. Los silbidos de los vecinos son más eficientes que la clave morse. Sus vecinos los alertan silbando, son efectivos y podrían describir con chiflidos los pormenores de una emergencia. Los policías van por ellos, ni duda cabe. El cabecilla recibe además una llamada, «se los chingaron, sálganse por la tarima que está en el patio».

—Te lo dije, güey, ¿y ahora qué hacemos? —berrea uno de ellos, el más niño.

—Vamos a matar a unos cuantos hijos de puta, agarra la fusca, y al que se raje yo me lo chingo.

—¿Y con este güey qué hacemos?

—Déjalo, me cae bien el güey. No tiene la culpa de que su familia esté llena de ojetes…

—Dame un trago, cabrón. Y métanse un jalón.

La calle de Peralvillo ha sido cerrada. Uno de los tres jóvenes hampones, medroso y aturdido, intenta salir por el patio trasero de la bodega, pero es justo allí donde varios policías, pasamontañas y

metralleta en mano, intentan colarse al lugar. Durante cinco minutos los disparos suenan y nadie sabe qué guión es el bueno. Las armas se detonan a la ligera y las balas son fotones de luz dispersos, abren un agujero en la lámina, rasgan una pared, quiebran un hueso. Dentro de la bodega el olor a alcohol, a pólvora, a cocaína y a cuero se tatúa en la memoria de quienes sobreviven. El comandante Gaxiola da órdenes desde la calle, cubierto tras una camioneta blindada, desconcertado, intercambia una mirada con su lugarteniente, «¿qué chingados está pasando?». Pasan dos minutos antes de que el silencio se postre dentro de la bodega. Y en cuanto las balas se agotan un policía corre y atraviesa la calle hasta la camioneta en cuyo interior Gaxiola aguarda ya las pésimas noticias:

—Comandante, el rehén ha sido liberado —dicen los labios amoratados y secos que sobresalen del pasamontañas—, está como nuevo.

—¿Y los demás?

—Los chamacos están muertos, comandante, se pusieron a disparar como locos. Hubo que tirarles o nos chingaban ellos. Pendejos animales.

7
Tomás Gómez

Roberto Davison no logra sumarse al ritmo de la mañana. Las bocinas de los autos y los motores recién puestos en marcha están en pleno concierto y se cuelan sin obstáculos por la ventana de su habitación. Es uno de esos días en que la mayoría de la gente coincide en que es necesario hacer «algo» para progresar. Ha dormido demasiado y, como todas las veces que esto sucede, despierta un tanto ofuscado, arrepentido de alguna acción cometida en el pasado pero de la que no recuerda nada. Es de suponerse que las personas maduras y ecuánimes observen sin asomo de drama cómo sus carnes se debilitan; en vez de quejumbres hacen ejercicio, y sollozan cuando beben vino en demasía. ¿Dónde ha quedado en el buen humor de Roberto? Tal vez un ambiente reseco de hombres maduros se cuela por los quicios de las puertas para echarle a perder el día, un olor denso y fétido: plasma más que olor.

Recién deja la cama, Davison presiente que el día no deparará novedades y el tedio le cae encima cuando se imagina la conversación que sostendrá en unas horas con Tomás Gómez, su agente. En el baño prefiere no fijar la mirada en el espejo y opta por encender una lámpara y peinarse mirando el contorno que forma la sombra de su cabellera. Vaya con el profeta de la ropa interior. Su experiencia le informa que la sombra del mal agüero durará sólo unos minutos, el precio justo a pagar, y podrá comportarse como un actor durante el resto del día. Le agrada ser simpático con las personas: él se encuentra a sí mismo simpático y eso lo pone aún de

mejor humor, ¿qué hay de malo en ello? Nada, Davison será el chiste malo en un mundo de amargura. Justo lo que necesitamos en el Hotel Isabel.

Una hora después, sentado frente a su humeante desayuno, examina curioso a un hombre joven que es él mismo veinte años atrás: Gabriel Sandler. Cabe la posibilidad de que invente las semejanzas movido sólo por la melancolía, ¿y cuál es el problema?, se pregunta. Cuando lo cubre una flema sombría se busca a sí mismo en rostros más lozanos y se encuentra en ellos: el demonio genético ha conseguido en barata una máscara para Davison. Ya se podía dar un paseo sobre la Tierra y hacerse el simpático: siempre se hallará a uno que salió, como él, de la máquina copiadora. De pronto lo aborda la sensación de que todas esas personas que hablan animadamente en el comedor no están separadas entre sí por ninguna clase de espacio: el espacio consiste en una respiración de la materia, unida por átomos elásticos, sin oquedades, y en ese espacio sin resquicios el hombre joven sentado en la mesa vecina es el mismo Roberto que toma forma en uno de los momentos de dicha respiración.

Y si saliera a la calle y se encaminara a la Zona Rosa se encontraría consigo mismo en el pasado, a los 20 años de edad, un cachorro hablando en la acera de la calle de Hamburgo con Tomás Gómez, el promotor de talentos salido de la nada e interesado en ofrecerle su tarjeta de representante.

Davison trae al presente, palabra por palabra, la antigua conversación sucedida nada menos que veinte años atrás.

—Así es, Roberto, me dedico desde hace buenos años a representar artistas, y no recuerdo bien cuándo fue la última ocasión en que me equivoqué. ¡Vamos, si tengo una buena memoria! Recuerdo hasta el nombre de mis vecinos en la incubadora del hospital, el número de vacuna de mi primer perro y el nombre de sus críos, los que se murieron y los que no.

Lo que no recuerdo es a uno de mis representados al que no se le hayan abierto las puertas.

—No decido todavía a qué voy a dedicarme, acabo de entrar a la

universidad… —Roberto no mentía, pero el futuro había llegado de manera inesperada y disfrazado con una pelambrera rojiza, la de Tomás Gómez, su futuro agente.

—Llámame, que no te tiemble el pulso, podemos comenzar esta misma semana si deseas, se puede obtener buen dinero, y si además de tu imagen le añades un poco de espíritu los productores se ablandan. Los milagros que hace el buen ánimo en esta época de pesimismo. Hay que aprovechar que vivimos en un país libre; jodido, pero libre.

—Lo llamo en la semana, a ver qué pasa. En la secundaria estuve en el grupo de teatro, no me fue mal, comencé a tener suerte con las mujeres.

—¿Lo ves? Un regimiento de lolitas te espera. Mira, éstas son fotografías de actores que ahora son famosos y se comprometieron desde un principio conmigo, no pasaba por su cabeza ser algo más que modelos y ahora los ves instalados en la fama. No te olvides de mí cuando estés en la cima, ¿eh, muchacho? Sería imperdonable en unos tiempos tan duros como los que nos ha echado Dios encima. El inicio no es sencillo, comerciales, papeles secundarios, fotografías para un cartel en el periférico. Sí, nadie va a mentirte, no comencemos con mentiras y llegaremos lejos. Lo importante viene después, como todo.

Se hallaba convencido, el pelirrojo Tomás Gómez, de haber descubierto a un futuro artista. ¿La verdad? Tomás no estaba en absoluto convencido —Roberto le parecía un pez muerto—, pero la vida en ese entonces era tan dura como ahora y había que trabajar en el aire.

Gloria ha retardado su aparición en el restaurante y Roberto, su marido, la imagina en la habitación paseando desnuda.

Qué desgracia no haber llevado consigo una maleta con por lo menos dos mudas dentro, se lamenta la Manson, lo bueno es que ella posee el talento suficiente para tornarse a sí misma en otra, una intuición innata para cambiar el centro de gravedad de su belleza y desplazarlo hacia regiones un tanto lejos de los lugares comunes. Roberto soporta sus propios fracasos profesionales por una razón de

peso: ha mostrado agallas para defender a Gloria de los depredadores y conservarla oculta en una cueva simbólica. Gloria, alimento suficiente para sobrevivir a un invierno sin sol. Defender a su mujer no lo hace cualquier persona; el primer paso de la cotidiana batalla es la exhibición, mostrar el tesoro y adivinar en los ojos extraños la codicia, eso es reconocer a los enemigos, después hay que detenerse en la reacción que despierta en su mujer ser admirada y es entonces cuando uno sabe si está a punto de perderlo todo. En fin, si Davison ocupara su talento en otras actividades la suerte cantaría de otra manera. Los jóvenes son el problema, la más odiosa competencia. Un colosal problema. Davison anhela que Gloria envejezca y así darse un descanso, cerrar los ojos, soñarse en un asilo para poner a reposar las pasiones inválidas. Gloria habita dentro del cuerpo de Davison y cada vibración de sus rodillas, cada paso de su vaivén sanguíneo encuentra inmediata respuesta en el cuerpo del otro. ¿Qué clase de enfermedad es ésta?

8
¿Perros o monos?

Se encuentran dentro de una fonda, un comedor humilde como los abren por miles en el Distrito Federal. El aroma que despide el comal toma la calle. *La Señora* ha sugerido que los negocios se realicen en ese lugar y nadie debe tomar sus comentarios a la ligera, sus sugerencias deben cumplirse sobre cadáveres, inclusive. «Se come rico y tú puedes entrar por el patio de atrás. Ni quien te vea. Y al comandante nada más dile que no necesita traer a todos sus gorilas. Es puro ruido y no sirve para nada. Así tendrá su conciencia. Que venga con su secretaria. Allí van a cuidarlos, ni en su tumba se le tendrían tantos pinches cuidados. Va a estar más protegido que el mierda del papa». Como es su costumbre, *el Nairobi* ha atendido las instrucciones sin hacer preguntas, y la única que se hace él mismo se la responde en silencio. Así le gusta a *la Señora*, que no lo molesten con estupideces: «¿Comandante? Pero si es un pinche gandalla con un poco de suerte», *el Nairobi* reprueba los secuestros, principalmente cuando se mutila al secuestrado en aras de presionar a su familia o cuando se le mata después de cobrar el rescate. ¿De dónde proviene su ética repentina? Nadie lo sabe y es más sabio no molestarlo con ese tema, nada de secuestros en la banda de *la Señora*. Y este hombre, el comandante Gaxiola, con quien *el Nairobi* comparte ahora la mesa, manda en una banda de secuestradores, todos policías, informantes, una red para pescar delfines. «Ése no es tu asunto», ha reprendido *la Señora* al *Nairobi*, «concéntrate en lo nuestro, que para eso ganas dinero. Y los secuestros son también

negocio, no el nuestro, pero sí el de ellos. Los negocios ajenos se respetan mientras no nos molesten. ¿Cuántos mataron en Peralvillo?». «Tres, pura basura, sus padres ya se lo esperaban», responde *el Nairobi*.

El encuentro entre Gaxiola y *el Nairobi* es breve; es una comida, pero no pasan de la sopa de coditos y el arroz. Fuera de la fonda dos policías uniformados conversan, aunque mantienen las manos cerca de las armas: son la escolta del comandante Gaxiola. A su vez, estos hombres se encuentran en el centro de un círculo conformado por varios jóvenes centinelas en apariencia dispersos: uno sentado en la banqueta, otro recostado en la rejilla de un puesto de periódicos, uno más revisando facturas, despatarrado encima de una motocicleta; son los acompañantes del *Nairobi* y tienen órdenes de cuidar a los cuidadores de Gaxiola. Pleonasmos de la delincuencia, ¿qué más? *El Nairobi* ha recorrido dos extensos patios y una especie de pasillo maloliente para entrar a la fonda por la puerta trasera. «Así debe ser en el teatro, sales de los camerinos y a decir estupideces», piensa.

—La bolsa ya está dentro de su camioneta —informa *el Nairobi*, después de saludar a sus huéspedes con un gesto silencioso.

—Dios te dé más. ¿Le aumentaron? —Gaxiola es alto, fornido y relamido. Sólo de verlo cae mal.

—Sí, viene más grande, dentro de poco va a tener que traer un camión de mudanzas.

—No seas mamón, lo que me das es una miseria. Apenas sirve para aplacar a la jauría. A mí no me queda ni para el cine.

—¿No le gusta ir al teatro, comandante?

—¿Al teatro? No, yo puro *table dance*, de los finos —el ajustado uniforme del comandante Gaxiola le permite lucir sus espaldas anchas y sus hombros poderosos.

—¿Para eso sí le alcanza?

—Sí, con mi sueldo, no con lo que ustedes me dan.

—Me va a hacer llorar —dice *el Nairobi*, juguetea con un salero sobre la mesa, no se intimida, posee control absoluto sobre su entorno. Un guiño de sus ojos y cuatro personas morirían en

cuestión de segundos.

—Tuvieron que chingarlos, *Nairobi*. Lo siento. Cuando algo así sucede tengo la impresión de que los jóvenes no quieren vivir.

—¿Los escuincles de Peralvillo? Estaban a prueba y ellos se lo buscaron. Querían que los ayudara, imagínese. Los ayudé, pero a morirse.

La joven secretaria es en realidad una sobrina de Gaxiola, muda, morena de la frente hasta las uñas. La cocinera los atiende como lo haría con cualquiera: cocina, sirve las mesas y hace tortillas en un comal. Cuando va *el Nairobi* prefiere que sus hijas adolescentes se tomen el día. Todavía no ha pasado nada, pero en Tepito el sosiego no es la costumbre. Los rumores se hacen piedras que caen en la acera y el ruido que hacen llega a todos los oídos: ella es la cocinera, la viuda que sale adelante, la dueña de una fonda que cobra más caro que un Sanborn's, ¿vende cocaína? Sus hijas hasta un coche tienen, y nadie se los roba. Es protegida de *la Señora*. Más vale darle la vuelta.

—Por aquí tenemos todo bajo control. De vez en cuando aparece un loco, pero no dura más de un día. Lo curamos de inmediato —no quiere, pero debe rendir ciertas cuentas *el Nairobi*.

—Curan a demasiados, ¿pues qué es Tepito, un hospital? —se queja Gaxiola, lo hace en su personal tono, vulgar e indiferente.

—Tepito es un hospital, así es, mi estimado jefe de jefes.

—No voy a enseñarte cómo dirigir tu negocio, el asunto es que tienen que elegir con más cuidado a su gente. Al rato hasta los perros van a ofrecerme un pase.

—Los más perros son los más jóvenes, no entienden la autoridad, y hacen pandillas, pinches monos.

—Por fin, ¿perros o monos?

—Puros pinches ojetes, pero ya le dije, comandante, aquí los educamos. ¿O tiene usted queja?

—No, al contrario. ¿Y ustedes?

—*La Señora* le envía saludos.

—A mí se me hace que esa pinche *Señora* es invención de ustedes, ¿creen que soy pendejo? —se atreve Gaxiola. *El Nairobi* se ríe. Los negocios marchan por buen camino.

—Está viejo, prefiere quedarse en casa. Yo no sabía que a los hombres también les salen varices.

—Me han chismeado que también te dedicas a pasear turistas.

—Amistades que uno tiene.

El Nairobi recuerda a Stefan Wimer, «ah, jodido alemán loco», y por un momento se imagina en Europa, en la nieve, caminando sobre una calle nevada y una bufanda anudada al cuello. ¿Una bufanda?, ¿nieve? Ahora sí nos jodiste, pinche *Nairobi*, ¿tú con una bufanda en el cuello? Pues qué, ¿eres puto o qué? Y sobre la nieve, ¡sobre la nieve! Te verías como una mierda de perro sobre el hielo. Esto acontece en la cabeza del ministro plenipotenciario de *la Señora*, voces que se contradicen, fantasmas. Una semana antes, borracho, sin perder el dominio, le había preguntado a Stefan cómo era el invierno en Alemania:

—¿El invierno? Nada, las mujeres van más al baño, eso es el invierno, todos los baños de mujeres están llenos.

—Jodido alemán loco, te pasas de lanza. No vayas a pensar que aquí no conocemos el frío, vete a la Marquesa una madrugada en enero, la madre que lo parió, te lo juro, cabrón Stefan, hace más frío que en toda Alemania —*el Nairobi* no está dispuesto a quedarse atrás. Juega su propio mundial, es superior a Klose y levantará la copa.

—¿Dónde está eso? —pregunta serio Stefan; ve una oportunidad para ampliar sus conocimientos.

—Cerca, por la carretera a Toluca. La gente va a comer truchas y a montar a caballo.

—¿Y también hay pingüinos?

—No te burles de mí, pinche güero, no te pases.

La conversación entre *el Nairobi* y Gaxiola ha concluido, apenas si han tocado el arroz; no hacen una nueva cita, no es así como estos hombres proceden. La cocinera se entretiene haciendo tortillas y levanta una ceja para despedir al policía, los tacones de la secretaria son los primeros en montarse en la acera, en la calle todos se mantienen alertas, los guardaespaldas, la gente del *Nairobi*, son las dos de la tarde y el último de los periódicos matutinos está por

venderse, el jefe entra a su camioneta, su sobrina lo hace siempre después, *el Nairobi* acaba de sortear nuevamente el pasillo que conduce al patio trasero de la fonda, *la Señora* no podrá quejarse, tendrán protección por dos meses más, recorre el patio de una vecindad *el Nairobi*, «¿cómo que pingüinos?, pinche Stefan, me haces reír, cabrón, ya me las pagarás».

9
Gloria Manson: encuentro con el artista verdadero

Gloria calcula media hora antes de seguir a su marido al comedor. Antes bolea sus botas untando crema para el cuerpo hasta que la piel de los tacones toma un color opaco respetable, dobla sus medias y las guarda en su bolso de correa. No aprueba que se haga escarnio de Roberto, maldad innecesaria, basta comunicarle que no hay espacio para él en la mente de Tomás Gómez en vez de obligarlo a formarse en la hilera como si fuera un novato: ¿la mente de Gómez? «Una mente cuajada de almorranas», maldice Gloria. La cita entre Roberto Davison y su agente ha sido concertada para las seis y, sin importar lo que pase, volverá a hacerse tarde para tomar el camino a Cuernavaca. Qué tremenda estupidez esto de las citas, reniega Manson, las personas hacen citas, los animales no, los pájaros no hacen citas y sin embargo sus nidos funcionan, y copulan y tienen críos y los depredadores no saben cómo subir hasta donde los retoños pían; el universo comenzó con una explosión, ¿qué cita hubo entonces? ¿Nos vemos a las 5.30 para comenzar el universo? «Idiotas, son todos unos idiotas, comenzando por Tomás Gómez».

Cuando ingresa al restaurante ve a su hombre sacudirse unas migajas en los muslos del pantalón: «Otro niño que se hace viejo», piensa, y desea de inmediato borrar ese pensamiento. En el comedor hay mesas, como es de esperarse, pero no las suficientes para un salón tan amplio, y los meseros caminan por entre ellas, libres de

obstáculos como en una alameda. Yo he terminado mi desayuno y mi conversación con Gabriel Sandler, y paso a un lado de Manson, acorto las zancadas para retener unos segundos más ese perfume inesperado, y después salgo a la calle, donde descubro que no tengo absolutamente nada que hacer. ¿Se le puede llamar a eso libertad? Gloria, en cambio, sabe perfectamente qué hacer. En vez de marchar a donde se encuentra Roberto, se aproxima hacia el espacio que recién yo he abandonado y pide a Gabriel Sandler permiso para ocupar un asiento. Sandler, despatarrado, un pulpo encaramado a su silla de madera, se ilumina con la aparición de una nueva compañía.

—Si me leyeran las cartas me dirían que éste es mi día de suerte —comenta él.

—¿Leer las cartas? ¿En verdad crees en eso? —dice ella. Sus palabras simulan desparpajo e intimidad, como siempre que van dirigidas a un joven.

—Si predicen que mi futuro será un fracaso, les creo. O que me moriré por no entender biología.

—Demasiado joven para ser tan agrio, cuando tengas el doble de años hablamos, ¿eh? Para entonces yo seré una anciana y podré aconsejarte.

—Bueno, usted es más fatalista que yo. Los consejos se dan a cualquier edad, de poco sirven.

A Sandler le atrae conversar con mujeres mayores. Es una manera de comprender a su madre y también a la sierra madre occidental: sumar experiencias.

—Me conmueve que me hables de usted, pero es mi merecido.

—A mí me da lo mismo, ustedes, nosotros, ellos…

—Lo mismo digo.

La cabeza inclinada en su plato recién terminado, Roberto observa a su mujer de reojo. La mañana se ha calentado de súbito y un fragmento del sol rueda por entre las mesas. El día se ha salvado, Gloria lo ha rescatado del desastre que se avecinaba, ahora incluso Roberto toma en serio la idea de no acudir a ninguna cita de mierda. Su coeficiente intelectual debe ser bastante elevado como para desear tanto a la Manson; los idiotas, los fracasados, no serían

capaces de poseer a una mujer de la manera como él la posee a ella, y esa posesión, aun cuando sea un espejismo, lo pone a la altura de un Prometeo, de un héroe griego que va de paseo a los infiernos y mete la nariz en un óvulo palpitante. En esta dirección se lanza Davison, quien en su escuela secundaria obtuvo un coeficiente intelectual respetable: al menos no fue uno de los peores. En nuestros tiempos es preciso, a la menor oportunidad, sacar la cinta métrica para medir los cerebelos, la cintura, todo lo que pueda nombrarse. ¿La cinta fue benévola con Davison? Eso jamás se sabrá.

—¿No va a ordenar nada? —pregunta Gabriel, intrigado por la presencia inesperada de la mujer.

Una vida como no imaginamos comienza en el acontecimiento más anodino y Gabriel Sandler advierte y sospecha que una mujer como la Manson encama el extremo opuesto a su madre, nerviosa e imperiosa, atormentada por los caldos podridos y las carnes sin vida. Gabriel se alejó unos días de su casa y desde entonces todo a su alrededor ha modificado su aspecto para brindársele. Volverá a casa, más temprano que tarde, pero entre tanto no se comportará como un egresado de la escuela de artes de California. Su instinto le sugiere que, al menos en esta única ocasión, tendrá que ser un observador. De pronto se le revela insustancial demostrar su condición de artista. ¿A quién? ¿Para qué? Una idea intrusa pasa en cuclillas por su mente: si lo deseara, podría comprar el hotel entero, con Gloria Manson, el maricón de Pablo Paolo, yo mismo y todos los huéspedes dentro. ¡Qué magnífica pieza para exponerla en el George Pompidou o en la Tate Gallery!

—No, en realidad estaré unos minutos nada más, y de entre todas estas personas me pareciste el más amable. Me recuerdas a un actor famoso, pero no puedo pronunciar su nombre, es un nombre lleno de consonantes.

—Es una estrategia para sobresalir. Son puros mamones, nada más —dice Sandler. Ignora que esa mujer se ha cambiado el nombre justo para sobresalir.

—Soy buena para recordar los rostros, no los nombres.

—Yo soy experto en recordar los cuerpos —¿qué pasa con este

joven? ¿Tantos estudios para soltar piropos vulgares y anticuados? Que deje eso para los falsos artistas como yo. Siete millones gastados en su educación y nada más no se ven por ningún lado.

—Eres escultor o un pervertido, ¿qué otra?

—Soy muy flaco y me cansaría picar piedra. La escultura es un trabajo para reos y no me gustan los grilletes. Mis tobillos, mira, son muy débiles.

—Es la moda, estar flaco como tú. Es una estrategia para sobresalir —Gloria acomoda parte de su cabello detrás de la oreja.

—Mi abuelo decía que si no fuera porque soy su nieto parecería maricón. Él podía dudar de todo, menos de sus genes.

—¿Gay, tú? No, qué absurdo, sospecho que nos veremos más adelante, cuando conoces a una persona sabes de inmediato si la volverás a ver, no hay remedio para eso, cuando era niña recordaba las cosas en sentido contrario. Recordaba mi vejez. Contaba historias de mi vejez y nadie me creía.

—A mí me sucede un poco lo mismo, recuerdo mi futuro y me entran ganas de vomitar. El vómito es una expresión muy seria, como una filosofía.

—El futuro siempre será mejor que el pasado, jovencito, métete eso en la cabeza y no digas tonterías. Cuando los jóvenes echan pestes del futuro ofenden a sus mayores, ¿no te das cuenta?

La memoria de Gabriel no registra a una mujer de la edad de Gloria que le hubiera despertado deseos, las asocia a un parque viejo o a un diploma rancio, o a una madre más en el mundo. Y carece de importancia que todo en ella sea insinuante: Sandler ubica la edad de oro de las mujeres en la adolescencia, se considera un buscador de pepitas de oro, un gambusino. Ajena a los placeres de su nuevo amigo, Gloria se incorpora risueña y se encamina a su habitación. Un viejo vendedor de billetes de lotería la intercepta en la recepción y le ofrece una serie terminada en cinco: «Este es el bueno y nadie lo quiere, ¿qué sucede con la gente?». Gloria habría comprado por lo menos un billete, pero en este momento no puede perder un solo minuto.

Una vez dentro del cuarto, Gloria no debe esperar demasiado:

reducido a una referencia cómica, Roberto Davison camina sobre la duela crujiente y se encarama en su mujer. «Puta de callejón, voy a darte lo que buscas, lo único que te importa, una verga, cualquiera, vas a comerte tus calzones hasta que te ahogues». Amenaza él, ¿pero quién puede creerle a este noble ser si todo en su aspecto derrama bondad e impostura? No importa, las cosas marchan sobre ruedas, los actores entran a escena puntualmente, y el hombre que ahora muerde el cuello de Gloria como un tejón, su hombre, vuelve a encontrar la vida sobre la cama. Podría haber sucedido lo contrario y, sin embargo, esa mañana casi todas las aves del mundo podrán respirar tranquilas: ningún gato subirá hasta sus nidos. «No vas a golpearme, ¿verdad? Sólo conversaba. ¿Acaso eso está prohibido? Tus celos amargan el aire», rezonga ella, sus palabras son expresadas sin ningún atisbo de pasión. Roberto no tiene intenciones de recitar argumentos y se deja llevar por el calor sólido de su sangre, quiere obligar a su mujer a palpar, besar, comer, apagar el núcleo de fuego que comenzó a encenderse en el comedor cuando la observara charlar con un desconocido. Y así lo hará hasta quedarse en huesos.

10
Susana Servin

Ya está. He bebido demasiado coñac y café en un bar de la calle Gante, un tugurio que en sus épocas galopantes fue visitado por periodistas y escritores. El coñac suele trasladarme fuera del mundo de las cosas reales, aunque nadie sabe qué significa eso, «el mundo», y aún es probable que uno abandone el mundo para entrar de nuevo al mismo sitio, no como un eterno retomo, pero sí como un aburrido retomo, un jodido y aburridísimo retomo. Después de media botella se me ha metido en la cabeza visitar a una mujer con quien estuve dos veces en la cama en un lapso de cinco años. La ocurrencia se ha hecho verdad y ahora merodeo alrededor de la estación del metro Salto del Agua tratando de recordar en qué edificio precisamente vive esta mujer.

Son las cuatro de la tarde y ella se encuentra en su departamento sin imaginarse lo cerca que está de recibir una visita insólita. La experiencia le dice lo siguiente: los hombres beben y comienzan a recordar a todas las mujeres que han amado, las sacan de bajo las piedras, las inventan, lo que sea, pero ellas deben existir porque si no entonces los borrachos se encuentran perdidos y son sólo unos idiotas mentirosos, unos idiotas desprovistos de un objeto de veneración. Ella se mantiene al tanto de que las cosas son así, lo que no adivina es cuándo llegará su tumo para ingresar en la mente del ebrio, y menos aún sospecha que la mente del ebrio está flotando en mi cabeza y que me aproximo por medio de pasos cortos y sosegados, curioso, a su departamento, a punto de pisar las escaleras.

Ha pasado mucho tiempo desde que entramos juntos a la cama, en aquellos tiempos hasta los gatos besaban a las ratas y nadie contaba más allá del número ocho. Nada como recordar y sufrir el pasado para que todo suceda de nuevo en mis vísceras, las explosiones solares y las mujeres, sucesos ambos acaecidos en tiempos remotos, se anuncian de pronto en mi memoria y nadie podrá detenerme. ¿Un ebrio enamorado repentinamente? La escoria absoluta. Si la mente contara con un mayordomo atento para abrir y cerrar puertas, un criado bien vestido y entrenado para cerrar el paso a las fantasías.

Cuántas personas con bultos en las manos, es en Lázaro Cárdenas, calzada, antes conocida como Sanjuan de Letrán, y que bien puede llamarse como sea porque las personas con bultos en las manos continúan de por vida en las aceras, se inclinan cuando descubren un águila encima del nopal y extienden su itacate en la banqueta: peinetas de plástico, discos, cacahuates japoneses, eso lo venden a peso, a veinte pesos; pantalones, celulares, agendas electrónicas, lo ofrecen con la mercancía puesta en el piso, esparcida encima de una manta, y yo me abro paso porque he bebido, me abro paso sin dar valor a esas manos en movimiento que no me pertenecen, brazos, cuellos cúbicos, dedos gordos y cortos como gusanos de maguey, torsos de seres animándose entre sí. ¿Por qué venden tanta pendejada?, ¿quién necesita tanto plástico? Miserables, bestias, exclamo de nuevo sin mover los labios, gonorrea callejera, su sufrimiento no tiene gracia, infelices, ninguno de ustedes sabe si el departamento de mi amante está en la calle de López o en Vizcaínas.

Mis blasfemias me llevan a recordar una esquina y el olor a pollos muertos, y plumas percudidas embarradas en el pavimento. En seguida el edificio de piedra comienza a tomar forma. ¡Allí está!, la entrada franca, los ventanales opacos y yo trepando las escaleras. Los boleros en mi cabeza; aúnen pleno siglo XXI, los boleros: «Como espuma que inerte lleva el caudaloso río, flor de azalea, la vida en su avalancha te arrastró, pero al salvarte, hallar pudiste protección y abrigo, donde curar tu corazón herido, por el dolor; tu sonrisa refleja el paso de las horas negras, tu mirada la más amarga

desesperación». Los escalones son breves, es un tercer piso, lo corrobora una anciana que desciende aferrada a los barandales de granito, «sí», dice temiendo perder el equilibrio, «Susana casi no sale, después de lo que sucedió, nos cuesta trabajo la calle, son tres pisos, deberíamos vivir nosotras en la planta baja, pero Dios dispone». Continúo mi ascenso y reconozco el tapete al pie de la puerta, el mismo hule colorido, consumido por pisadas inesperadas, y golpeo la puerta pese a que el botón blanco de un timbre está frente a mis narices: las puertas son para golpearse y después abrirse, así ha sido siempre.

Los años han transcurrido, ahora estamos frente a frente. Ella no sale de su asombro y torpemente me invita a entrar, es bajita, Susana Servín, como una planta de sombra, la casa es modesta, pero no huele mal y mi memoria dibuja de nuevo la recámara, la grabadora en el buró, unos carteles con fotografías de Robert Doisneau y Cartier Bresson, ¿había entonces un gato? Ella no camina como antes, arrastra ligeramente un pie, son notorias las muletas recargadas a un lado de la puerta, ¿el coñac es suficiente?, tiene una prótesis o quizás sólo es una calceta color de piel, me resisto a ver directamente, no deseo ser obvio e importunar a mi anfitriona, es una alucinación, no mirar es indispensable cuando ella me ofrece un ron, es Flor de Caña, debe tener años sin abrirse, aún no se repone de la sorpresa, ella, agradece la visita, se ha vuelto bastante amargada, se confiesa y sus ojos recuperan la coquetería de antaño, su padre la frecuenta los sábados en la mañana, «desayuna conmigo», dice ella, «y luego salimos a comprar despensa al mercado de Sanjuan. El lamenta mucho mi accidente». Los trolebuses que en Lázaro Cárdenas van en sentido contrario al resto de los vehículos, ¿a quién se le ocurrió esa pendejada? ¿Un trolebús en sentido contrario? Las personas no se acostumbran a que un carril no marche en el mismo sentido que los demás, dice ella que se queja su padre. «A mí me empujó el trolebús veinte metros, después me pasó encima», añade Susana, pero en verdad no quiere hablar de eso. Si lo relata es porque se debe aceptar la realidad y para ello hay que trabajar todos los días, hora por hora.

Es un desvarío, los boleros, la chica de la calle Vizcaínas, renuncio a observar su pierna con detenimiento, ¿es una prótesis? Yo no veo colores, soy alguien que lo ve todo en grises, incluso el ron no sabe mal, «¿quieres música?», me pregunta, «en la computadora tengo puesto el youtube, es como las sinfonolas de antes», se ríe, lo más probable es que sea una prótesis cubierta por una media color de piel, pienso, podría besarla pero no sé qué encontraré más adelante, el ron tibio, sin hielos, «el congelador no funciona, mi papá prometió solucionarlo», y entonces recuerdo que en el cuarto piso, justo encima del sillón en el que me siento ahora a un lado de mi viejo amor, están los salones donde ensaya el Ballet Independiente, fundado por Raúl Flores Canelo, y ella debe escuchar todas las mañanas y tardes los pasos, el *échappé*, el *pas de bourrée*, los *cabriolé* y demás brincos ahora que el trolebús la ha dejado coja. Y por fin me atrevo a mirar y encuentro que un zapato es distinto de otro, no es un zapato precisamente, pero no me da tiempo para seguir husmeando porque en el piso de arriba comienzan los *échapés* y debo marcharme, «pasé sólo un momento para saludarte», digo, y prometo ir un miércoles en la mañana, y no sé si en verdad he propuesto tamaña tontería, si en verdad he prometido volver. Y no nada más eso, prometo hacer lo posible para que el congelador vuelva a producir hielos para los invitados, ¡vivan los caballeros! «Ahora vivo en el Hotel Isabel», «¿por qué?», pregunta intrigada, «un poco de emoción en mi vida, para variar», respondo, «me canso de vivir en mi departamento, así que somos vecinos y en cualquier momento vuelvo a visitarte, si tienes tiempo, por supuesto».

Estoy de nuevo en la calle, unos kilos más de angustia a mi cuenta, camino por López hasta Ayuntamiento, dudo entre tomarme otro coñac por allí o comprar una botella y volver al hotel. Elijo lo segundo pese a considerar mi decisión de pésimo gusto, nunca saldré de la miseria psicológica, me reclamo como es costumbre y en seguida compro una botella de Hennesy en La Europea, hecho que me restará un día de vida en el Isabel, pero quiero beber y olvidar así el olor a los pollos muertos y las plumas

adosadas al pavimento, un olor pegajoso instalado en los pulmones, sí, un Hennesy es capaz de paliar esas sensaciones, y más aún. Me han entrado auténticos deseos de llorar y ningún bolero vuelve a mi cabeza, todo se ha ido, la imaginación, el deseo, la ciudad, sólo me queda una habitación que Flora habrá dejado impecable. Y hacia allá dirijo mis pasos.

11
Comer sardinas

Hasta oídos de *la Señora* llega el murmullo histérico de las sirenas y la batahola del gentío enfurecido enfrentándose a la policía. Las aspas de los helicópteros cortan el aire y dejan una miríada de surcos en el silencio del cielo. Desde esa altura los reporteros otean el abigarrado y desordenado paisaje de Tepito, una inmunda cartografía de azoteas color de rata y cajones de arena sucia. Los dioses chismosos ven, pero no ven porque lo evidente carece de sustancia; en cambio, los pasillos ocultos, las bodegas de mercancía ilegal, los fumaderos o las tabernas pestilentes no pueden rastrearse desde las alturas. A los helicópteros no sube el aroma a metales quemados, a sudor de perro, a sangre que huele a orines.

Un destacamento de noventa patrullas y quinientos policías armados entran por el Eje 2 y encuentran la resistencia de una población rabiosa pertrechada con palos, cadenas de hierro, botellas degolladas, piedras, puesta en guardia para defender su modo de vida, la rapiña, el comercio, las entrañas de una colonia que nadie sino sólo ella misma tiene derecho a violar. *La Señora* no acostumbra intimidarse, ¿tiene motivos para hacerlo un viejo desarrapado que habita una coladera? ¿Qué sofisticado teodolito podría ubicar su barraca? Nadie lo ha inventado todavía, en consecuencia él bosteza mientras camina entre las armaduras metálicas de los puestos que en el pasado fueron levantados para albergar negocios pasajeros y ahora han arraigado en el cemento y en la piedra. Sus pasos lo conducen, nada lejos de su vecindad, a una miscelánea donde se vende cerveza

y alcohol de forma clandestina. El escaso mobiliario del establecimiento podría hacer llorar al más obstinado de los optimistas: cuatro sillas de plástico en el exterior, un mostrador, anaqueles desdentados, un perro que se espanta las moscas girando su cuerpo perezosamente de un lado a otro. Los perros callejeros han sido sacrificados, eliminados por las autoridades sanitarias, y los sobrevivientes se reúnen en Tepito, como siglos atrás durante las inundaciones lo hacían en el Templo de Santa Teresa. Muchos de ellos muestran las heridas de las batallas urbanas, una convención, eso es, una convención de perros en el barrio de Tepito.

La tienda se oculta en el espeso andamiaje y a la sombra de las mantas que cubren los puestos: sólo se vende cerveza a los comerciantes conocidos. Y quienes están más enterados compran cocaína en bolsitas de cincuenta pesos. «Ya están jodiendo otra vez», masculla el tendero a manera de recibimiento, alude a las redadas que dos veces cada año impone la policía dentro de la zona. La justicia debe aparentar su existencia. «Les gusta salir en televisión», responde *la Señora*, antes de sentarse en una silla de plástico, «dame una lata de sardinas y galletas saladas», ordena como si hablara con la enfermera que lo cuidará por el resto de sus días. Unos minutos más tarde hacen su aparición tres hombres y se acomodan en las sillas restantes. El menor de ellos es un joven magro de aura pendenciera; su compañero carga cinco décadas sobre su espalda ahora forrada de cuero negro; el tercero es *el Nairobi*. A menos de cien metros el aullido de los lobos humanos se vuelve insoportable, pero nadie se acercará a donde estos hombres conversan. En más de un sentido son invisibles.

—Si nos permite, ruco. Tenemos asuntos que tratar —son palabras del joven, su cara demasiado estirada, como un balón de fútbol americano encima de los hombros. Le ofrece un billete de veinte pesos a *la Señora*.

—No —interviene *el Nairobi*—, el señor es gente del barrio, y es confiable. Por estos rumbos tratamos con mucho respeto a los vecinos.

La Señora no se da por aludido y sin mirarlos moja una galleta en

el caldo de sardinas. El olor del tomate y el pescado en conserva le recuerdan su infancia y una noche en que con una lata parecida le cortó el cuello a una comerciante apodada *la Tigresa*. Sucedió en ese mismo sitio, junto a La Tiendita.

La Tiendita es el nombre con el que conocen los vecinos el local donde ahora se produce la escueta conversación de negocios.

—Respeta a los ancianos, cabrón —añade secamente el hombre de cazadora negra y pantalón de mezclilla, uno de los abogados empleados por *el Nairobi* para defender a sus secuaces cuando son detenidos.

—Lo siento, ruco, yo le invito sus sardinas. No quería ofenderlo.

Periódico *El Universal*. Fecha: sábado 13 de septiembre.

Multiejecución en La Marquesa. Encuentran a veinticuatro. Tenían tiro de gracia. Ayer la jornada más violenta del año: cuarenta y un muertos por el crimen organizado. La PGR informó que los primeros indicios señalan que las veinticuatro personas son hombres, entre 25 y 35 años de edad. Todos vestidos con indumentaria ligera como para zonas cálidas, con cabello muy corto, y todos presentan tiro de gracia, sin haber sido decapitado ninguno de ellos.

El diario deshojado en el piso junto al perro que finalmente se ha quedado inmóvil. *La Señora* no recuerda una ejecución parecida. Para su fortuna, Tepito es un territorio demasiado accidentado para una guerra a cielo abierto.

—Ni un peso, no les des nada —dice de pronto *el Nairobi*, como si despertara a medianoche lleno de obsesiones en la cabeza—. Ellos sabían que nosotros no le entramos al secuestro.

—Los padres quieren dinero por sus hijos, dicen que es lo justo. Para educar a los que les quedan.

—¿Educar? Se van a gastar el dinero en vicios y en procrear más ojetes.

—Tú ordenas, *Nairobi*.

—¿Estás a favor de secuestrar personas? —pregunta *el Nairobi* plantando su mirada en las pupilas de su empleado.

—Me da lo mismo, pero está claro que tú lo has prohibido. Así

que…

—¿Y quién es este pinche escuincle? —interroga severo *el Nairobi* mirando de reojo al joven.

—Es mi sobrino, se quiere casar y le entra a todo. Estudia leyes, sabe usar armas, tiene buena mirada y buena mano.

—¿Casarse? Puta madre, cuánto amor. Escucha, niño, a tu edad uno debe concentrarse en no venirse, pero si te casas, después de cinco años tendrás que concentrarte para que se te ponga dura cinco minutos. No me van a decir que te he negado un consejo.

El joven sonríe nada convencido de una filosofía que va en contra de su intenso romance.

—Dale las gracias al señor —ordena el abogado.

—Gracias, lo tomaré en cuenta.

—En un mes cambiaremos de hotel, así que vamos preparando la mudanza —prosigue *el Nairobi* orientando sus palabras en dirección al abogado—. Ya le tengo echado el ojo a otro hotel en Belisario Domínguez. ¿Qué opinas? Ahora dame tú un consejo.

—Yo pienso que el Isabel es el más seguro. Todos en el Centro creen que es una pinche cueva de hipis. Es como guardar dinero en otro país.

—Sí, es otro país, pero tenemos demasiado tiempo en el mismo lugar. Ya hasta las putas recamareras se quieren también casar. No comentes nada. Lo que debemos hacer es ponemos duchos mientras sacamos los muebles. No pasa nada. Yo te aviso, porque aún lo estoy pensando.

—¿Quién más sabe de estos cambios? —la pregunta del abogado pesaba a todos, saber *eso* les colocaba a los involucrados una pistola en la oreja.

—Nosotros, nada más. Y este puto escuincle que viene contigo.

—Es de piedra. ¿Y tu abuelito? —dice el abogado, su barbilla casi metálica apunta a donde *la Señora* rasca la lata con el filo de una galleta.

—El señor es sordo. ¿Por qué crees que lo dejamos comer en paz?

—Y o estoy perdiendo este oído —el abogado se jala la oreja

izquierda—. ¿No te da miedo hacerte viejo?

—No me importaba cuando estaba joven, menos ahora —responde *el Nairobi*—. Y los que no tenemos hijos nunca nos hacemos viejos.

—¿No tienes hijos, *Nairobi*? Con razón estás en todos lados. Eres el padre y los hijos al mismo tiempo. Buen ejercicio.

—Estuve a punto de adoptar a un chino, pero están muy caros —remata *el Nairobi* antes de indicar a sus compañeros el momento de la despedida.

La redada en las calles centrales de Tepito ha culminado y un silencio sideral vuelve a colmar los pasillos del mercado callejero. Cuando los invitados se marchan, *la Señora* se incorpora lentamente de su silla, le da una palmada al *Nairobi* en la espalda y echa a andar de nuevo a su casa mientras se pregunta: «¿De qué bote de la basura sacará este cabrón a su gente?».

12
Breve recuerdo de Mariana

Creo que a ojos de Mariana, mi hermana, soy un hombre importante, sin necesidad de aspirar a los aplausos de ningún público; se puede ser importante y renunciar a la competencia. Debí suplicarle a Mariana que levantáramos juntos una casa, el incesto es un amor real y ella es una mujer que me conoce desde niño, ¿para qué escapar de la aldea e internarse en un bosque lleno de animales peligrosos? Muchos siglos detrás de malos hábitos humanos me han dejado solo, sin esos siglos de lastre ella habría sido mi mujer. ¿Dónde estará Mariana en los momentos en que no piensa en mí? El incesto, una oportunidad para salvarme de una ciudad que entre más puentes levanta más se hunde en el fondo del lago. Dentro de unos minutos habrá sol en las ventanas, pero no estoy preparado para ningún amanecer, debo encontrar en sueños a la mujer deseada, no la descubrí en la calle Vizcaínas, tampoco en el Hotel Isabel, mi hermana me ha abandonado y envejece la muy cretina dando la espalda a las razones.

El coñac corre aún por mi sangre, pero mi semen se mantiene quieto. Ninguna mujer es consciente de que yo podría ser bastante más de lo que soy o parezco un periodista que desprecia el periodismo, un apestado del mundo cibernético, un artista apodado *el Artista* en señal de burla, un hombre que… lo que sea, pero tendido en una cama, vestido, boca abajo, respirando con la tranquilidad de un camaleón duermo sin que una mujer se apiade y me aligere la ropa. No les pido más a las mujeres, sólo inclinarse una

vez cada día para despojarme de mis zapatos cuando estoy cansado. Hasta entonces será posible hablar de dignidad.

13
Los tiempos del faraón

Cuento los días transcurridos en el hotel, paso revista a mi dinero y me resisto a imaginar lo que sucederá después. Me baño esperanzado en que el agua me devolverá unas migajas de la memoria perdida, y también el ánimo. «No dejes que el desorden se instale dentro de ti», rezo otra vez, soy el director de orquesta, el metrónomo, la vara del director azotándome repetidamente el cráneo. ¡Una ingenuidad lamentable! ¡Creer en la libertad! Desciendo lentamente las escaleras, necesito una cerveza helada, donde sea, en el bar del hotel que abre justamente a las doce del día como si hubiera un horario real para estos menesteres: los hospitales, las cantinas, no es cuerdo que cierren sus puertas o impongan horarios, eso envenena la salud y permite el desorden que conduce a la locura. ¡Son las doce del día y necesito una cerveza! ¡Las doce! El recepcionista me pregunta cuántos días más permaneceré en el hotel y respondo: «Dos o tres más, no tengo planes», ¿quién se cree este remedo de hombre manoteando detrás de un mostrador? Soy Frank Henestrosa, un señor, y no daré cuenta de mis actos a nadie, murmuro sin ser escuchado y camino dueño del mundo por unos segundos hasta que lo inesperado acontece. Lo inesperado es ridículo, siempre, aunque acarree consigo buenas o malas noticias, ridículo porque hasta las miradas más idiotas centran su atención en el nuevo acontecimiento y esa observación desproporcionada deforma los objetos y los vuelve grotescos.

Como si una lámpara se desprendiera del techo y cayera de

pronto a mis pies, Laura Gibellini se interpone en mi camino hacia el bar. Se queja de mi ausencia en el desayuno. «Estuve esperándote para que repitieras lo que me dijiste anoche». Su reclamo es espetado en medio de la sala de estar, sin pausa, como un giro en el aire o un latigazo. ¿A qué se refiere? ¿Acaso esta mujer elige el mediodía para increpar a los huéspedes? He enmudecido e intento rehacer los hechos de la noche pasada, Bar Gante, Susana Servin, una botella de Hennessy. Y de pronto lo recuerdo todo. Lo había olvidado, el borracho infame. Anoche, después de visitar a Susana y volver al hotel como un bisonte alucinado, me topé de frente con Laura Gibellini, a media escalera, y sin mediar presentaciones ni preámbulos corteses le dije:

—¡Ey! ¿Adónde vas tan aprisa? Acabo de visitar a una mujer que no puede caminar tan rápido como tú, ¿te has imaginado sin una pierna? Es evidente que no. Bueno, ¿qué es después de todo una pierna? Nada, la mitad de algo que se mueve.

No es que hubiera preparado un discurso para ser pronunciado a mitad de las escaleras, pero la noche anterior el coñac hacía que las ternillas de mi quijada se movieran por sí solas. Gibellini me repelió entonces como un resorte:

—Si no estuvieras borracho como una jarra no te atreverías a decirme nada, y eso desde tiempos del faraón se llama cobardía. Maldita sea, ¿dónde he venido a meterme?

—Mañana, sobrio, te diré lo mismo. Todos los días de mi vida diré la misma cosa, estés o no estés, borracho o no, así que ve acostumbrándote. La mujer, Susana, se ha acostumbrado a vivir sin la mitad de algo, ¿y tú? Lo repetiré siempre, ¿qué importa?

—No lo creo, mañana no te acordarás de nada. ¿Hombres borrachos? No me hagas reír, son como sardinas, todos iguales —cerró ella y apresuró el paso para escapar de mí.

Tal fue el encuentro anoche y ahora, a mediodía, no muevo con tanta soberbia mis piezas. El solo hecho de traerla escena a mi memoria es suficiente para experimentar vergüenza y desaliento. Una noticia vieja: el coñac me transforma en un supermán, un dominador de los avatares humanos, un experto en los estados del

alma. Y después el desasosiego se hace presente, al encontrar en mí mismo a un ser reducido, un minimán que no cabe ni en sus propios zapatos.

—Lo siento mucho, me porté como un patán, sí, no recuerdo mis palabras, un insolente, espero no haber sido demasiado…

—No necesitas memoria, aquí me tienes para eso: me preguntaste si me había imaginado renga, cojitranca, una pregunta de lo más rara, ¿no? Reconozco que me ha sorprendido; después de tantas aberraciones que se escuchan a diario, ésta por lo menos es misteriosa. Me provocaste un mal sueño, en silla de ruedas, yo, ¿no te jode? A mí que no podría vivir sin ir de un lado a otro.

Por mi parte puedo reconocer cuando he despertado simpatía en otra persona y me aprovecho para tirar de la cuerda. Ha llegado el momento de jalar la maroma, tensar los músculos: el zángano se despereza. Ahora nos hallamos en el bar del hotel, como nunca imaginé que podría suceder. ¡Yo y Laura Gibellini en el bar! Malcolm Lowry y sus alucinaciones. No es un delirio, se tiene derecho a las mujeres, ¿no me lo decía a mí mismo por la mañana, bañado en sudor y frenético? Ni siquiera el derecho divino se acerca en importancia al derecho que los hombres tienen a una mujer, y si esta mujer es española su cuerpo de espárrago es la prueba de que ha sorteado los jamones con gracia para venir a encontrarse conmigo, ¿pero qué idea tan idiota tengo de las españolas? Rocío Dúrcal se ha transformado en Penélope Cruz, los jamones en espárragos, mi mente en un cacahuate.

—Visité a una amiga sin saber que había sufrido un accidente, supongo que eso me afectó; eso, más un poco de vino. Lo siento mucho, no acostumbro a molestar a nadie por nada.

—Déjalo, no me diste la impresión de ser una persona sufriente, te notabas más bien colocado o eufórico, pero con ustedes no es sencillo saber. Los mexicanos deberían traer consigo un instructivo o un manual para ser comprendidos. Bueno, lo primero es saber si existe una persona capaz de comprenderlos, y lo dudo mucho.

—No sufría, estaba desconcertado, ahora ella no camina bien y vive junto a una escuela de danza. Las bailarinas en el techo de su

departamento, a todas horas. Saber eso bastó para que el coñac…

Estamos de pie a un lado de la barra. El piso apesta aún a desinfectante y el cantinero va de un lado a otro calentando sus músculos.

—Yo estuve tomando clases de danza contemporánea hasta hace poco —sigue Laura—, sé que es una manera rimbombante de llamarle al baile, pero ¿qué le vamos a hacer? Si por mis padres hubiera sido yo me habría dedicado a bailar flamenco, pero eso es una cosa que abomino, hay demasiada alharaca alrededor, odio los tablaos, he crecido escuchando dar de zapatazos a media humanidad. Si por lo menos nos oyera el diablo. Y si me das confianza después te cuento por qué razones dejé de bailar para siempre, tío.

—¿Después?

—Dejo todo para después, es así. ¿O ya no quieres verme otra vez?

«El cuerpo aprovecha cualquier escenario para presentarse como lo que es, deseo sexual, exhibicionismo, necesidad de ser mirado, tocado, deseado, y yo prefiero el cuerpo que sufre al que se exhibe, el que se mantiene en silencio, en su naturaleza de piedra, agua, y en vez de bailar en un tablao preferiría acostarme con veinte marineros y morir desangrada, bueno, pero esto no puedo contárselo a un desconocido».

—Soy bastante tímida en los escenarios artificiales, en la calle no, en la calle se la monto a cualquier gilipollas que me acose, pero qué haces con los que se sientan en la butaca de un teatro para mirarte: allí están los peores.

14
Aparece *la Chica* Lomelí

Es mediodía y Stefan desconoce cuántas horas han pasado desde que su conciencia comenzara a tomar de nuevo el control de sus ideas. La posición horizontal es su favorita, si pudiera comería acostado, se rasuraría tirado en el piso y orinaría boca abajo. Sus orificios nasales vuelven a inflamarse y apenas si brota de ellos respiración, dos pequeños hipopótamos blancos duermen allí dentro, grumos pastosos de cocaína. La cruda es tan dolorosa como una autopsia practicada en un cuerpo vivo. Observa el bisturí separar sus pectorales, y aún recostado en la plancha Stefan no se arrepiente de los dos gramos de cocaína consumidos. Él sí que es consumado atleta y desempeñaría el mejor de los papeles en una Olimpiada. Hace esfuerzos por concentrarse y evitar que el dolor de la cruda no se le cuele a los huesos.

Las pocas ocasiones en que casualmente me he cruzado en el camino de Stefan una pregunta brota de la nada: ¿por qué viajan las personas y por qué están tan seguras de regresar al lugar de donde partieron? Yo no soy sedentario por una sólida convicción, sino por cobardía y también porque no creo que exista en ninguna parte del mundo una sola persona que me espere. Nadie aguarda la llegada de Frank Henestrosa. Y eso es un hecho. En mi opinión el Distrito Federal es ideal para construirse un pasado, todo lo que nace viene muerto y el tiempo se va en hurgar el origen de la tragedia, pero ¿qué pasado va a construirse Wimer en esta ciudad?, me pregunto. En varios días debe volver a su ciudad. Un avión de la línea

Lufthansa lo devolverá a Berlín, su tierra, y ya se ve a sí mismo sentado después de una jornada de trabajo en una tambaleante silla de madera tomando su tercera cerveza en el Morgen Rot, en Kastanienalle.

Stefan no viajó al Distrito Federal huyendo del clima inhóspito de su país. A él los inviernos lo estimulan y disfruta el semblante podrido de los viejos que ya no soportan una helada más. En invierno los Bier Garten están cerrados, las bicicletas inmóviles, los lagos cubiertos de una helada capa gris parecida en mucho al lomo de una nutria. ¿Cómo no va a disfrutar eso?

El siguiente hecho tuvo lugar dos noches atrás en un bar de la calle Medellín casi esquina con Zacatecas, en la colonia Roma. *La Chica* Lomelí sospechaba que Stefan fingía su acento con el único objeto de causarle una buena impresión.

—¿Tú eres extranjero? No me engañes, papito, he conocido a rubios como tú en el norte de Chihuahua. Los hay por montones. También en Chipilo viven un montón de rubios. Así, por montón…

El escenario: un antro ruidoso oscurecido por una nube de humo y húmedo por los sudores que se soportan en la madrugada bajo el efecto de tres o cuatro drogas. Este bar se deja definir como un nido de cucarachas, e incluso posee un nombre: Bull Pen. Yo estuve allí un par de veces y nunca regresé. En dicha ergástula se vive en un constante estado de exaltación, la música se esparce en la calle y los vendedores de droga simulan ser acomodadores de autos. No son terrenos dominados por *la Señora*, pero lo son de una banda que ocupa desde hace una década la colonia Roma. Stefan no necesita comprarles cocaína, anda bien pertrechado, es previsor y podría soportar más de dos desgracias sin pedir auxilio. Busca un sucedáneo del Morgen Rot y lo encuentra a orillas de la colonia Roma, en el Bull Pen. El Von Humboldt barriobajero explorador, sabio y buscador de nuevas especies, ha creído encontrar un antro del tamaño de su melancolía. *La Chica* Lomelí ha visitado dos veces el reclusorio oriente y aún con semejantes antecedentes su vida no se ha acabado, ha cumplido 35 años, no ha matado a nadie (bueno, una vez en defensa propia, pero eso no es matar, es defenderse) y no

tiene empacho en charlar con el rubio sentado a su lado. Stefan ni siquiera ha pedido permiso para acomodarse junto a la Lomelí. Lo ha hecho mostrando una sonrisa depredadora y lactante a un tiempo.

—Ja, ja, ja… Mujer, soy esquimal y vengo de los polos. Yo sí creo que tú eres muy hermosa. En eso sí vas a estar de acuerdo conmigo, ja, ja, ja.

—Qué amable eres, nene, deberías enseñarle modales a todos los guarros de este país. ¿Dónde das clases? —¿por qué preguntaba tal cosa *la Chica* Lomelí? A esas horas de la madrugada nada tenía dirección ni sentido.

—Doy clases particulares cuando estoy borracho. Sobrio me dedico a dormir… y a soñar que estoy despierto.

—Te dedicas a la mentira, y ya. ¿Alemán, tú? Que te lo crean tus abuelos, hombre, se te nota lo gringo, pero no importa, aquí te cuidamos entre todos y te cambiamos los pañales.

La Chica Lomelí curiosea detenidamente en las pupilas glaucas de Stefan. «Éste no me engaña, es un pinche gringo que habla bien español, puta madre, ¿cómo aprenden tan rápido?». Ella es morena y un fleco negro Umita su frente a la mitad, sus ojos filipinos son su presentación y luce una cicatriz en el cuello por donde cabría una moneda de diez pesos. Es una linda cicatriz, aprecia Stefan, como la vida. La barra es tan modesta que cabría en un departamento de pobres, y el anciano que la atiende no termina de creer que en ocasiones el bar sea visitado por personas de clase y educadas que llegan en auto y piden una cerveza, como si nada. *La Chica* Lomelí tampoco oculta su sorpresa por lo variopinto de la clientela que incluye edades y clases sociales diversas, aunque conoce los motivos: la cocaína, las piedras; el exilio de las tres de la mañana lleva animales de otras grutas a olisquear los alrededores. Y lo comprueba.

—Está bien, ¿quieres mi sinceridad? Vengo de Berlín, una ciudad alemana donde no nos gustan los alemanes. Y no nos parecemos en nada a los pendejos de tus vecinos gringos.

Le ha dolido a Wimer ser confundido con un Smith. La conversación continúa, entrecortada, ambos se ven forzados a juntar

sus rostros para lograr escucharse. Ella no huele mal, se ha bañado a las nueve de la noche y aún conserva en su cabello el aroma a durazno; la etiqueta del champú decía la verdad: «Bosque de duraznos». Y mientras la cocaína pasea en su estómago Stefan se imagina un puñado de campos floridos rodeados de espesos pantanos oscuros. Él cambiaría los duraznos por lilas negras.

—¿Has comprado vitaminas aquí? —pregunta ella y se roza la nariz con el índice de su mano derecha para ser mejor comprendida; no ha estado en el reclusorio en vano. Lomelí jura estar retirada de los malos asuntos y conserva a un amante que le ha puesto un departamento a donde la visita lunes y jueves.

—No, tengo lo mío. ¿Quieres un poco?

—Cuidado con ésos —*la Chica* Lomelí señala a los acomodadores de autos que husmean desde la entrada del bar—, te venden piedra y de inmediato van a chismear a los patrulleros. Y después los policías te siguen a tu casa. Y cuando apenas abres la puerta se te van encima y encuentran la carga. Te joden y, como estás asustado y no quieres ir al bote, les das hasta los sillones, son unos cabrones, los más cínicos hasta llevan un camión de mudanza para desplumarte. Hijos de su puta madre.

—Y o vivo en un hotel, lo más que puedo darles es una tercera noche gratuita o un desayuno continental —Stefan suelta una sonora carcajada: interpreta a un vikingo en una película sin presupuesto. La maldad anida en todas partes, piensa Stefan, y no le causan sorpresa sus manifestaciones superficiales, robar, asesinar, si la maldad humana se concentrara sólo en estas acciones. Y entonces, cuando *la Chica* Lomelí pone una mano sobre la pierna de Wimer y la cicatriz de su cuello abre y cierra como una vagina nerviosa, se escucha un disparo seguido de una ráfaga de silencio.

—¿Fue un disparo? —pregunta Wimer.

—No pasa nada, de vez en cuando un cabrón se vuelve loco. ¿En qué hotel estás? ¿En el Radisson o el Marriott?

—En el Hotel Isabel, el hotel más elegante del mundo.

—Te creo, hombre, eres de Berlín, de Alemania, en Europa, vives al otro lado del charco.

—Así es, mi sirenita.
—Un día de éstos voy a visitarte. Espérame.

15
Aparición de la virgen

Desde mi posición en la barra del bar, la silueta de un colibrí llama mi atención, carajo, es una aparición, una verdadera aparición. El tiempo ha confirmado que mi decisión de gastar cinco mil pesos y pernoctar unos días en el Hotel Isabel ha sido afortunada en más de un sentido. Si uno va a la selva, espera ver leones o monos enredados en una liana, pero si uno se hospeda en el Hotel Isabel espera encontrarse con extranjeras hermosas. Algo se modifica en mi humor sombrío, una seguridad pasajera viene a instalarse de pronto en mi ánimo. Cuando se han acumulado más de cuarenta años de vida es una obligación moral permanecer de pésimo humor, ¡que los mentecatos se enteren de mi humor negro! ¡Y la cosa va en serio!

La aparición tiene un nombre: Sofía Sandler, y la he descubierto pasar frente a la puerta del bar y encaminarse a la recepción. Charla en voz alta con Pablo Paolo. ¿Por qué razón emana esa voz adolescente de una mujer de 20 años? ¿Siempre ha sido así? Las abuelas no hablaban en ese tono melifluo cuando cumplían su segunda década de edad. Quién sabe cuántas suspicacias habría causado una voz como ésta en 1910 cuando comenzó la Revolución mexicana: las adelitas parloteando como barbis mientras cargaban el arma de su marido: impensable. ¿Qué ha pasado desde entonces? Sofía busca informarse, saber si su primo Gabriel Sandler se encuentra recluido en el Hotel Isabel.

—Es un artista muy importante, alto, de barba. Estoy segura de que ha venido por aquí. Es mi primo.

—Tenemos registrado a un Gavrilo. Salió hace dos horas, no nos informa adonde va, sólo nos deja la llave, no preguntamos a nadie por su itinerario, en ocasiones nos avisan, pero son casos raros, o personas que se sienten solas.

Pablo Paolo libera las primeras ocurrencias que pasan por su mente. Gana tiempo mientras se repone del impacto que le ha causado esa belleza inesperada y porque quiere mantenerla unos segundos más frente a sí.

—¿Un artista importante? No lo sabíamos, viene mucho artista por aquí, músicos sobre todo, argentinos, españoles. Si las cosas siguen así nosotros entregaremos el próximo Grammy. En la tarjeta de registro Gavrilo escribió que era bombero, yo me di cuenta de su broma, pero si eso lo hace sentirse satisfecho, adelante. No hay restricciones para los artistas en el Hotel Isabel. Es bueno contar con un bombero en estas épocas del año.

—Soy su prima y estuve en este hotel una vez hace tiempo —en el rostro ovalado de Sofía asoma una preocupación que Pablo Paolo no logra descifrar. Es tan bella que el recepcionista tiene deseos de llorar—. ¿Cuándo llegó Gabriel? ¿Sabes si viene acompañado?

—Va a cumplir su tercera noche. Está solo y se le nota bastante ecuánime. Dame tu nombre para avisarle que has venido a buscarlo. Si gustas puedes dejarle un mensaje, que no sea largo porque la memoria de un recepcionista está en sus ojos. O escríbelo aquí, no puedes tener peor letra que la mía. Tan mala es mi caligrafía que me han dicho que escribo en hebreo.

—¿En hebreo? Yo puedo escribir varias palabras en hebreo.

—Pues ya somos dos.

—Lo esperaré en el restaurante, o mejor en ese sillón que se antoja bastante cómodo, de allí no me muevo —Sofía se balancea, un viento imaginario empuja su cuerpo espigado y su cabellera color de trigo.

—Puede tardar, en el Centro cualquiera se distrae.

—No importa. El sillón se ve cómodo. No me puedo marchar si antes no encuentro a mi primo. Si se hace de noche, me paso a su cuarto y lo espero dentro. ¿Hay algún problema? Puedo pagar un

suplemento si hace falta.

—Lo siento de veras, pero será imposible abrir su habitación hasta que él no regrese. ¿Quieres un café mientras esperas? Ahora mismo ordeno uno. ¿O prefieres una Coca-Cola?

Por qué nadie le informa a Paolo lo siguiente: entre las responsabilidades de la recepción no está ofrecer café a las visitas de los huéspedes.

Apenas si logro escuchar su conversación desde el bar. No importa: «Las colinas se pierden en lontananza, y cuando miras volar a un pájaro parece como si sus alas tocaran la línea del horizonte. Las montañas no se saben montañas, y su contorno es ondulado y paciente, como si esperaran el retomo del agua que se ha consumido con el tiempo. En las mañanas me siento en una banca que los árboles han construido con sus raíces en una de las veredas que te llevan lejos del pueblo. Allí imagino a las personas que nunca conoceré. Me toco las rodillas y me pregunto si soportarían una caminata de varios días. Deseo visitar el lago y mojarme los pies, y olvidar que están cubiertos por agua». Son éstas las palabras que imagino brotan de labios de Sofía, pero soy un cursi, ella no se expresaría de esta manera. Cuando vuelvo del trance Sofía ha salido de mi horizonte visual y está recostada en un sillón de madera. El sillón se encuentra detrás de un muro que la oculta de mi vista. Y en seguida, la escoria. ¿Qué puede ser más desagradable después de contemplar la aparición de Sofía que encontrarme ante el rostro reptilíneo del *Boomerang* Riaño? Tragedia insólita, retomo a los albañales: uno de mi misma calaña me invita una cerveza. Es natural, cuando una belleza se hace presente la bestias comienzan a merodear, y será así hasta el último día de vida sobre la Tierra. La bestia Riaño respira a mi lado:

—No me digas, ¿vas a vivir en este hotel hasta que te mueras? —me pregunta. Y elijo decir la verdad.

—Me marcho en dos días. Mis vacaciones han terminado, Riaño.

—No es una mala idea vivir en un hotel. Para empezar, no le ves la cara a los mismos pinches vecinos de siempre. Les cortaría el

cuello a todos. En mi edificio vivimos como esclavos, a principios del siglo pasado todos tenían casas o propiedades, hasta los más jodidos. Ahora tus asesinos duermen en el departamento de al lado. Tengo un vecino que cada vez que me encuentra en las escaleras baja la cabeza, nunca le he visto los ojos. El día en que se los vea es que ya me encajó una navaja en el vientre.

—¿Por qué no vives aquí, en el hotel, si tanto te gusta?

—No quiero decepcionarme. A nuestra edad nos quedan pocas ilusiones. ¿Checaste a ese primor? No podría dormir en el mismo hotel donde duerme ella. Demasiadas tentaciones.

—Y o me voy. Se me acabó el dinero, si no, me quedaba más tiempo.

En otra circunstancia, me habría arrepentido de confesar a los cuatro vientos mi pobreza, sin embargo en esta ocasión me ha sido sencillo. Tener dinero, no tenerlo, ¿qué carajos? Ahora me hallo de un lado y mañana estaré en el otro.

—Quédate unos días más, te presto ese dinero sin ningún compromiso, a nuestra edad, mi estimadísimo Henestrosa, uno se vuelve solidario sin pensarlo, a huevo, quiero decir. No me desprecies, si lo haces me ofenderé.

No es una mala idea, sólo necesito conocer el verdadero precio del préstamo. El boomerang volverá siempre a las manos de su dueño. El costo no debe ser alto, Riaño siempre ha sido un poquitero y su dinero me ofrece la oportunidad de mantenerme cerca de Laura un tiempo más, ¿me humillaré frente a este mequetrefe? Permanecer en el hotel durante unos días más, ¿qué son, después de todo, esas minúsculas pausas de la eternidad conocidas como *días*? Un estar en espera de no estar, la puta noche de nuevo, la luz bobalicona del amanecer, un perro que aúlla su hambre y se levanta a olfatear el cubo de basura, tres, cuatro días más, veamos lo que nos ofrece *el Boomerang*…

—Te los pagaría en veinte años —le digo—, si es que no me muero antes. Una deuda es una enfermedad, la dejas crecer y se hace cáncer.

—No me pagues nada, sólo hazme un favor —aquí la voz de

Riaño se desvanece en el olor de su lavanda barata—. Ya sé que te hubiera gustado ser un hombre de letras, un periodista chingón, reniegas de tu cuna, cabrón Henestrosa, pero tienes talento a la hora de reconocer a todos los hampones de esta ciudad, los hampones uniformados, los de altos vuelos, los chismosos.

—Los conozco tanto como tú e incluso menos. La buena noticia es que me he alejado de esos mingitorios.

—Dos halcones vigilamos más que uno. Y tu imaginación es suficiente para descubrir a los personajes frisos. Yo confío en ti.

—¿Vigilamos? No te comprendo, Riaño. El otro día me enviaste un padrote al cuarto para enseñarme el menú.

—No, estás equivocado. Mis negocios van por otro camino. Yo no te he enviado a ningún padrote, aunque empiezo a sospechar de dónde salió. Ya lo pondremos en su lugar, más tarde que pronto.

—¿Entonces? ¿A quién vigilaremos?

—Algo sucede en este hotel, te habla el olfato de periodista. Si te das cuenta de un suceso fuera de lo normal, me avisas, trabajas como un informante, y después tú haces la novela y yo publico la nota en el periódico, ¿cómo ves? A la salida vas a ganar más dinero que yo. Tu novela se cuece en este hotel, Henestrosa, no la dejes escapar.

—No veo más que a extranjeros y a uno que otro despistado. El único extraño aquí eres tú.

—No chingues, *Artista*. Te presto tres mil pesos.

—Que sean cinco.

—¿Cinco? ¿Vas a poner un negocio de pieles? Ya sé, quieres comprarte un Hugo Boss.

—Tengo el mismo traje hace una década, lo único que me compro son calzones. Si me da un infarto no quiero que nadie me vea los calzones rotos. Y no soy un hombre de letras, *Boomerang*, no vas a halagarme con eso. Deberías contarme la verdad, ¿qué putas está sucediendo aquí? ¿Drogas, prostitución? Créeme, yo entré a este edificio casualmente. Tuve unos pesos en la bolsa y vine a pasarme unos días al Isabel, es todo. Necesito descansar. Si fuera más joven buscaría una historia, me intrigaría conocer el motivo de

tus preocupaciones, pero ahora no me importa. ¿Viene un político a comerciar con vírgenes? ¿Eso es lo que esperas que yo descubra? Te dejo la noticia.

—Cabrón Henestrosa. Te presto el dinero y cuando puedas me lo devuelves. Y ya está. Tengo el presentimiento de que va a ser un buen negocio para mí. A cierta edad, hagas lo que hagas, todos son buenos negocios. Si notas cosas fuera de lo común me lo dices, nada más. Es el precio.

—Cuenta con eso.

Doy mi mano a torcer. Efectivamente, se trata de un buen negocio.

Sofía se incorpora del sillón y va a husmear en el bar, cabe la posibilidad de que Gabriel se encuentre rondando la barra: «Sofía, el amor es peor que un secuestro», le había espetado Gabriel meses atrás, y según Sofía la razón comía de su plato, esas abruptas y sabihondas frases del artista Sandler, el verdadero, el vanguardista, la joven celebridad, su primo. Echó una escueta mirada al bar, Sofía, la divina aparición, y sólo vio al cantinero de pie hojeando una revista y a dos hombres también de pie junto a la barra; uno de ellos, Riaño, la miró plantando en su boca su mirada negra, efímera, y después volvió a lo suyo. La tarde no será larga para Sofía.

16
Los asnos de las praderas

He aceptado el dinero de manos del *Boomerang* y viviré una semana más en el hotel. ¡Qué bien le sientan a un mediocre como yo los negocios inesperados! La serenidad que a veces se instala en mi ánimo y que tan cerca está de la resignación revela mi estigma más profundo: sentir nostalgia por un mundo no conocido. Es ésta una enfermedad todavía más cursi y penosa que el cáncer, ya que ocupa en su totalidad la conciencia y puede durar toda la vida. Querer ser lo que nunca se será, tales son mis achaques. Ya no me preocuparé por eso, seré como un asno de las praderas, esos animales que no saben adonde van y a los que todo les parece lo mismo. Conozco el comportamiento de los asnos de las praderas porque lo observé en un documental, uno de tantos que veo cuando estoy tirado en la cama frente a la pantalla, ¿en qué momento cambié los libros por los documentales? Difícil saberlo. Los asnos vagan en enormes manadas en busca de un oasis, cuando finalmente encuentran el agua abrevan durante unos minutos y en seguida se marchan, ¿a dónde? Carecen de itinerario y lo más probable es que se marchen en busca de otro oasis, ¿y por qué no permanecen cerca del lago si de todos modos no tienen motivo para partir a otros territorios? Misteriosa vida la de los asnos de las praderas.

Gabriel Sandler me dirige una mueca en señal de cortesía y sigue de largo para ocupar la mesa más arrinconada del bar.

Lo mismo hace su acompañante, Sofía, sin sospechar que su sonrisa abrirá un surco en mi corazón, como una meada sobre un

campo nevado. *El Boomerang* finge concentrarse en su periódico: «Rescatan a hijo de empresario», reza el titular de *El Universal*. Que la princesa adolescente me salude ha sorprendido a Riaño y en otros tiempos habría sentido envidia. Ahora sólo cumple el papel de centinela, uno de los múltiples ojos que *la Señora* posee para vigilar su embarcación. *¿La Señora?*, cuentos del *Nairobi* para controlar sus negocios, sospecha *el Boomerang*, «soy demasiado viejo para tragarme esas historias, ¡y qué me importa!, mientras me paguen pueden continuar adorando a su Santa Muerte, me vale madres». El cantinero, un ser invisible, viejo como un sabino, pregunta si los jóvenes recién llegados desean beber cerveza. «Dos Negras», responde Gabriel haciendo con los dedos la *V* de la victoria.

Gabriel observa a su prima, curioso y desconcertado, no desprecia el tesón con que ha emprendido su búsqueda hasta ubicarlo atrincherado en este hotel, pero le inquieta el estúpido embeleso que brota de su mirada, vive en carne propia el acoso de la prima adolescente. Sandler, el artista de la actualidad, la nueva cefeida de las artes visuales representa un abismo irresistible para Sofía, un héroe en todos los sentidos, un ser que de un arrogante manotazo hace tabula rasa de su vida cuando le viene en gana. Sofía lo pone al tanto de las últimas noticias y Gabriel menosprecia el hecho de que sus padres clausuren sus cuentas bancarias; sabe que su madre golpeará con denuedo a sus perros a raíz de la inesperada ausencia de su hijo, ¿la exposición de Sandler en Nueva York? ¿Su presencia en los Emiratos Arabes? «Al carajo con todas estas pendejadas».

—Sofía, escúchame con atención —le coloca una mano sobre el hombro—, sé que no dirás a nadie que me encontraste, no lo harás porque yo te lo pido, ¿verdad? Somos primos y nos queremos, nos metemos a la cama cuando quieras, te trataré bien, lo que sea, pero no me mires con esos ojos amorosos porque me pones de un humor de la chingada.

—Es mi forma de mirar, Gabriel, pero si quieres cierro los ojos. Todos andan locos, creen que te secuestraron. Ya se enteraron de que no estás en Acapulco. Tu padre no sabe si, llamar a la policía.

Te cancelaron las tarjetas y mi tía no hace más que meterse pastillas para dormir. Le robé una caja de Valiums y la traje por si tú las necesitas también.

—Pinche Sofía, deja de meterte pastillas —el artista verdadero se ha alterado de pronto, mas de inmediato recupera la postura—. En fin, si piensas quedarte conmigo, como me temo, nada de celulares o llamadas clandestinas. Y si vas a tomar pastillas me avisas primero.

—Mis tarjetas funcionan, y mis papas vuelven en dos semanas de Europa. Te conviene que haya venido a buscarte. ¿O estás enojado?

—Me conviene porque me gustas, nada más.

—Tú también a mí.

—Te me antojas mucho, Sofía.

—Tú también a mí.

—Voy a confesarte algo, tengo un plan para quitamos a Dios de encima. ¿No estás cansada de ser judía? A mí me tiene hasta la madre. El otro día un anciano me preguntó que si para convertirse al judaismo era forzoso hacerse la circuncisión, a su edad, ¿te imaginas? El pito del viejo debe ser puro prepucio. Olvida eso, escucha mi argumento: si te mueres no puedes saber que estás muerto, no hay manera, estás muerto y por lo tanto no puedes decir «estoy muerto», ¿me entiendes?

—Sí, Gavrilo.

—Si pudieras saber que estás muerto es que de alguna manera estarías vivo, ¿me sigues?

—Sí, Gavrilo —Sofía hace sanos esfuerzos por hilar el argumento de su primo.

—Los demás se dan cuenta de que ya no estás, pero eso es problema de ellos y no nos importa, la cosa es que cuando tú mueres no sabes que estás muerto porque has dejado de existir. ¿No es obvio?

—Sí, Gavrilo, es obvio.

—Mi conclusión es que somos eternos, nunca sabremos si estamos muertos, en cambio si estamos vivos es imposible no saber

que estamos vivos, ¿y entonces para qué necesitamos a Dios? Para nada.

—Esto último no lo entiendo, ¿en qué momento sacaste a Dios? Nunca hablas de eso.

—No lo necesitamos para que nos explique la eternidad, a la chingada, ¿eh?, de eso tratará mi próxima pieza. En este hotel hay algo… se me ocurren ideas extrañas. Qué chingón.

Sofía mira en dirección a las rodillas de Gabriel y repasa los argumentos teológicos de su primo, aunque principalmente inclina la cabeza con tal de no mirarlo a los ojos. Nunca nada, nadie, alejará a Gavrilo de su lado, a su querido Sócrates vanguardista, el héroe que incluso ha resuelto en un dos por tres los misterios de la eternidad y la muerte. La ansiedad, un roedor enloquecido recorre la piel de Gabriel Sandler, «vamos a mi cuarto», propone, «no me van a dejar entrar», dice ella, «no te preocupes, la habitación es doble y puedo hacer lo que me dé mi puta gana, pinche hotel de cagada». Ambos se incorporan dejando la cerveza a medias. Sandler da dos pasos, deja un billete sobre la barra y me propina una palmadita amistosa en la espalda. Sofía me dice adiós y ambos salen del bar rumbo a las escaleras. Pablo Paolo los ve pasar sin acuñar palabras, pero su mirada los persigue hasta que sus pasos dejan de escucharse. Y nadie se entera de lo que está pensando.

17
El robo

Le han robado a Laura Gibellini. El granuja no tendría más de 11 años y antes de que la sonrisa de la española desapareciera le ha arrancado del cuello su medalla de plata. Con el botín en las manos el asaltante escapa por una estrecha calle en dirección al Palacio de las Vizcaínas. Laura palpa su cuello desnudo y otea a su alrededor, nadie se ha percatado del robo, los transeúntes carecen de ojos, las dos enfermeras sentadas en la banca frente a la iglesia de Regina Coelli se miran entre sí como si observaran su propio reflejo y la vendedora de periódicos hunde resignadamente la cuchara en un plato de sopa. Segundos después de la repentina experiencia la idea de la muerte sacude la cabeza de Laura; ha tenido suerte, pero la muerte ha dejado el ambiente impregnado de su aroma profundo. Y entonces el miedo se despierta. La muerte sucederá con la misma ridícula celeridad de una comedia interpretada por Harold Lloyd: y, al contrario, no existe un solo robo sobre la Tierra que no sea llevado a cabo en cámara lenta. Después de los hechos la mente barre el escenario, recoge todos los detalles, rehace la película y la exhibe cuadro por cuadro. A eso se le llama tortura.

Agobiada, Laura decide volver al hotel, no ha perdido nada, una cadena comprada por aburrimiento, sin valor simbólico y, no obstante, cómo le habría complacido vengarse robándole el bolso a una anciana o el sombrero a un paralítico, escupir en la sopa de la vendedora de periódicos, embarrar a las enfermeras con excremento de perro, todo al mismo tiempo; no, ¿a su edad todavía le satisface la

venganza?, debe calmarse, un hecho nada más, uno, el siguiente en esa larga cadena que la conducirá a un cementerio en Cádiz. Se abstiene de mirar al cielo teñido de una disimulada coloración parda: no tiene intención de permitirle a Dios ufanarse de que una turista solitaria le suplique misericordia, es gaditana y en su sangre circula un virus fenicio habituado a sortear las peores tormentas: si Dios existe entonces que tome una butaca y no se arrogue ínfulas de protector. El robo se reduce a un hecho inesperado y sin consecuencias. «No te tengo miedo», murmura Laura a su Dios. Las cosas habrían sido distintas de estar un hombre a su lado, uno de esos orangutanes capaces de imponer respeto a otros orangutanes.

De pronto sucede y mi rostro se precipita en su mente, como si procediera de una gotera. ¡Soy el orangután anhelado! Es un hecho: me buscará e intentará acercarse a mí, una amistad ocasional, una tregua a su vanidad es lo que necesita. Su cuello desnudo ha sido mordido por un murciélago de 11 años: el miedo, la orfandad la han puesto de nuevo a merced de la selva. Y con los colmillos enterrados en su cuello se aproxima a la recepción y pregunta a Pablo Paolo si el señor Frank Hinojosa se halla todavía hospedado en el hotel.

—Sí, pero me imagino que se irá de un día a otro. No trae demasiado equipaje y se le nota aburrido. No es de mi incumbencia, pero apostaría a que aguarda una noticia. Puedo reconocer a quienes esperan una noticia y más si es una mala. Aquí somos especialistas en reconocerlos, en serio. ¿Necesitas ayuda?

—No, eres en verdad muy amable —Laura no suele proferir frases tales como «eres en verdad muy amable» y su actitud comienza a parecerle a ella misma estúpida; de todas maneras continúa—: Te agradecería si me comunicas a su cuarto. No creo ser la mala noticia que está esperando, pero se conformará conmigo.

—En este momento te comunico, sólo déjame informarte que el señor no se apellida Hinojosa, sino Henestrosa.

—Perdón, tío, de todos modos pásame al tal Henestrosa o como carajos se llame.

Pablo Paolo toma el auricular de manera solemne. Podría haberle permitido a la huésped que se comunicara con *el Artista*

personalmente, pero tiene curiosidades difíciles de sepultar.

—¿Te aprendes los apellidos de todos los huéspedes? —pregunta Laura.

—Sí, es como tomar clases de otros idiomas, hemos hospedado a Thompsons, Milliers y Sandlers. La pronunciación es lo más complicado, al principio me equivoco y ellos mismos me corrigen, a otros no les importa o se ríen. Es una de las ventajas de trabajar en esto, la desgracia es cuando vienen chinos: no puedo evitar la risa cuando pronuncio sus apellidos. ¿Señor Henestrosa? Le paso una llamada de Laura Gibellini, permítame un momento.

Sentado en mi cama soy un signo de interrogación a punto de desplomarse, tengo el auricular en la mano y oigo la voz de Laura sin comprender bien a bien el sentido de la llamada. «Estaré en el bar unos minutos y si no tienes compromiso me gustaría pedirte opinión para ciertos asuntos», me dice. Vuelve a sentirse estúpida, pero como siempre que eso sucede extrae fuerzas de la reserva femenina, es decir del centro de la Tierra aún en llamas. Me calzo de nuevo los zapatos y reparto cinco mil pesos en los bolsillos de mi pantalón y mi saco. A donde sea que meta la mano encontraré billetes nuevos. ¡Vaya treta más vergonzosa!

Dentro del bar me aguarda Laura. Me imagino que es una delgada figura de mármol y la contemplo varios segundos, medroso. En cuanto ella me divisa se levanta, viene hacia mí y me sugiere salir a caminar, «vamos a otro sitio», ordena, mandona. Cinco mil pesos en mis bolsillos me han hecho real. Flora ha lavado y planchado mis pantalones y mi camisa, lo ha hecho tan rápido, sólo veinte minutos, y eso me ha despertado un agradecimiento canino, si tuviera una larga cola la movería de un lado a otro para demostrarle mi aprecio: ¡cuántos discursos idiotas se evitarían con la cola dando vueltas como rehilete!

—Es un problema que me persigue desde niña —la conversación se lleva a cabo en un apartado de madera añeja en La Puerta del Sol, una vieja cantina a seis cuadras del hotel—. Tengo la mala costumbre de explicarme. Si me quedara callada serían los otros los que explicarían las cosas por mí —Laura empieza a

recuperarse de la impresión causada por el robo. Sus manos son hermosas, como todo en ella.

—No es bueno aprovecharse del silencio de los demás —le digo, acaso sin pensar que yo justamente me dedico a eso, a guardar silencio y a esperar que sean los otros quienes tomen las riendas.

—Te he buscado no para otra cosa, para conversar y que me cuentes otra de esas historias donde aparecen mujeres sin piernas —me dice Laura. En seguida se convence de que hacerle bromas pesadas a un desconocido es poco cauto—. No es verdad, te contaré lo que pasa, Frank, es que me han robado esta tarde y me he sentido desconsolada. Un poco de compañía me viene bien, espero no haberte parecido muy brusca o pesada. A veces tengo un morro que me lo piso.

—¿Te hicieron daño?

—Nada, qué va.

—En el Centro hay mucha rapiña, sobre todo durante el día. A los turistas se les respeta un poco. Tuviste mala suerte.

—Mira, tío, si un niño me roba después de sonreírme, el piso se hunde sin remedio. Hace años me sucedió en Milán una cosa parecida, pero el sentimiento después del atraco fue bastante distinto, no me importó. Varios niños me rodearon, me llenaron de caricias, como si fuera el papa, y se llevaron mi cartera antes de esfumarse. En cambio aquí no perdí casi nada, ¿en qué clase de mundo imagino vivir? Y mi vida es también así, sin cimientos de principio a fin.

¿Qué debo añadir a todo esto? Nada, un hombre tímido no debe arriesgarse demasiado cuando no es estrictamente necesario. Podría parecer un ser incompleto o peor que eso: un tipo sin experiencia que se atreve a compartir la mesa con una mujer mundana. El hombre tímido debe esperar la ocasión para dejar ver que su interior es una mina de virtudes y en su momento también de crueldades, un hormiguero donde se vive en paz hasta que llega un intruso a poner el desorden. Pero vamos, ¿yo un ser tímido? No lo sé, escucho a Laura e intento ser un compañero cabal, resulto un tanto impostado, actúo en demasía mientras mi cabeza teje una urdimbre de

exabruptos, la ciudad es para mí un cuarto demasiado estrecho y la respiración de los policías que secuestran y asesinan se pasea en el ambiente como una nube que no se disipará nunca. Yo mismo me considero un muerto con demasiados años de vida encima. Y el niño que corre con la medalla de Laura en su puño aprenderá el crimen de la mano de un Dios calculador, ¿no sería más honroso vivir bajo el temor de una enfermedad como la peste o la malaria? Me respondo que sí.

—Esta ciudad tampoco tiene cimientos, se vive entre las ruinas —farfullo.

—Probablemente tienes razón, Frank, pero los socialistas lo hacen mucho mejor. Si en un país pobre aceptas la democracia no puedes dejar que gobierne la derecha. Es una estupidez de lo más grande. La democracia es de izquierda o no sirve. ¿Te sueno cursi?

—Este país es distinto, los pobres odian el socialismo, quisieran tener un rey.

—Te estás burlando de mí. Cuando yo nací la monarquía estaba más que desmontada.

Comienzo a acostumbrarme a los rispidos ademanes de Laura, a sus codos en la mesa mientras mueve las manos. Cuando ella nació alguien debió estirarle la nariz hasta dejarla como un ala de pájaro.

—No bromeo, aquí hay muchos que desearían ser el rey de las cucarachas. Las personas no entienden la democracia, no saben qué es eso. Los aztecas no se han marchado, siguen bebiendo sangre, comiendo tortillas, deseando el regreso de su emperador —digo.

Si comienzo con el *brandy* no acabaré hasta meterme como un bicho en las honduras de la cocina. Si ordeno una primera copa vendrá de inmediato la segunda, y la tercera, y después los vodkas, y la lengua saldrá de su celda y me estrangulará. Impensable, sería una pésima decisión, Laura se daría cuenta de que nunca he viajado y que el destino no ha preparado nada interesante para mí. El destino mantiene en la banca a los mejores jugadores, me consuelo en pos de darme fuerzas y no caer. Y en seguida me lamento de mis ideas: «La autocompasión otra vez, artista, jodido, cucaracha súbdita, ¿cuándo acumularás un poco de dignidad? Haces compañía a esta bella mujer

porque ella lo ha decidido, no por tu impostada y anacrónica galanura. Fueron los españoles, no los mexicanos, quienes partieron de Cádiz hacia tu tierra para desplumar ánades, levantar iglesias y comer chapulines. No tienes derecho a tomar la iniciativa. Debes esperar su siguiente movimiento. Y rogar para que no decida lanzarte a un pozo».

—Las estadísticas dicen que entre los europeos son españoles los que más viajan, como en el siglo XVI, ¿ves? Soy una vulgar y común viajera. ¿Qué quiere decir esa estadística? Que odiamos el lugar donde nacimos, ¿o qué? —aclara Laura.

—No me fío en estadísticas, aquí las usan para esconder crímenes.

—No me extraña, ¿conoces España? —Gibellini encuentra en mí un cuello fornido y unos dedos largos. Además de eso, mi parquedad parece agradarle. Y me doy cuenta de eso. Qué equivocado estoy.

—Si me subo a un avión se cae.

Es cierto, no podría atravesar un océano o lavarme los dientes en el lavabo de un hotel en Turquía, sólo de pensarlo mi estómago se reduce al tamaño de una nuez. ¿Qué clase de hombre puedo considerarme? Es una pregunta poco seria y no vale la pena detenerse en ella. ¿Pero se puede ser *algo* en el Distrito Federal? No, en mi caso sólo un rencoroso y acomplejado gusano que en aras de sobrevivir se come la mitad de su cuerpo sin vomitarla, de modo que siempre estoy completo, una especie de metáfora sin consecuencias. ¿Entonces? ¿Por qué ocupo un espacio? Antes de despedirme de Laura pactamos una cita para cenar la noche siguiente, una cita, ¡cuánta repentina cursilería provoca esta palabra en mi ánimo! Lo primero que imagino es una cama y el cuerpo desnudo de Laura, y a mí mismo encima de ese cuerpo. Y mis dedos dentro de ella, y los testículos como brasas y… efectivamente, soy un gusano.

18
Profesor de matemáticas

De vuelta al hotel me encuentro con ellos. Por alguna razón me despiertan una pasajera tristeza: tengo la impresión de que ambos, agotados, se han despojado de la máscara antes de que el carnaval termine. El hombre es un tanto sobrado y currutaco. Ella es la Vía Láctea. Me han saludado al descubrir que soy más que una sombra, ya está, es la cercanía de Laura, es la inminencia de una cita lo que me ha vuelto a un hombre concreto, un señor, un caballero que camina al bar para tomarse un coñac y relajarse y desembarazarse un momento de sus importantes compromisos. Les devuelvo el saludo mientras observo salir por la entrada principal a dos hombres a paso apresurado, provienen de las habitaciones contrarias al ala donde me hospedo, son maleantes, deduzco, estoy seguro de ello, lo sabe mi instinto, como suponía Riaño, una gallina de ese tamaño no puede pasearse frente a mis narices sin que yo lo note. Desde su guarida en la recepción Samuel examina a los huéspedes con pupilas de piedra y por primera vez intercambia una mirada conmigo. Ambos descubrimos en el otro a un probable sospechoso. Él sabe que yo sé. Cuánto cambia el hotel por las noches, la madera del pasamano oscurece, la luz demacrada es la de un museo de cera.

Roberto Davison me sonríe ya que puede caber la posibilidad de que yo sea un admirador. Haber sido la estrella de cientos de comerciales supone cierta responsabilidad, sobre todo en una época donde vender y comprar son verbos divinos. Podría soportar su malestar, pero la vergüenza que le causa no estar a la altura de su

mujer lo hunde en el desasosiego. Es la enorme desventaja de considerarse un optimista, un hombre que sonríe a las personas de un modo absolutamente sincero. Está seguro de que su relación es permitida por las religiones que valoran la vida, pero desconoce cuáles son los sentimientos de Gloria cuando lo ve irse en picada. Unas horas atrás, Davison acudió finalmente a la postergada entrevista con Tomás Gómez, su descubridor y representante.

—Te ves en buenas condiciones, a diferencia de las fotografías que nos has enviado. Lo confieso, no son precisamente las más convenientes —así se expresa Tomás Gómez antes de pronunciar las malas noticias.

—Olvida esas imágenes, tú me conoces desde hace muchos años y también sabes cómo envejeceré. Ahora estoy bien porque me he echado encima un poco más de ejercicio, puedo hacer hasta cien lagartijas en un día. ¿Qué te parece? La verdad no sirve de nada, es una terapia. El ejercicio a esta edad es necesario, lo sé, pero ayuda más a la mente que al cuerpo.

Roberto da vueltas sentado en un sillón giratorio, ¿se divierte? Gloria ha preferido esperarlo en el hotel. La realidad es que ella no soporta a Gómez y ocultar sus odios hacia el representante no le es nada sencillo: «¿Representante? Es un enterrador que usa su lengua como pala», sentencia la Manson.

—Excelente, muchacho. Con soldados como tú se puede ganar cualquier guerra. Durante mucho tiempo estuve tentado a proponerte como socio de la agencia, conoces el negocio, te es sencillo animar a los principiantes, creerían en todo lo que les dices porque eres un ser noble.

—Yo prefiero modelar o seguir con los comerciales, Tomás, lo pude hacer en la vanguardia y lo haré en la retaguardia. ¿Cómo están las cosas?

—Seré sincero contigo, como siempre. No hay uniforme para ti en este momento. Te he propuesto para la campaña de héroes dentales, mucho dinero, pero buscan a un joven. Ya sabes lo importante que es la dentadura en este país de obesos. La fealdad no se cubre pero puede atenuarse si enseñas unos buenos dientes. Les

dije: «El señor Davison tiene mucho colmillo», y ni siquiera captaron la broma. Ya sabes, ahora nos rodean niños pedantes que atrofiaron su sentido del humor mirando series de televisión. Te propuse para anunciar Viagra, encajas bien en el modelo, lo cabrón es la competencia.

—¿Viagra? Nunca he necesitado de esas tonterías.

—Nuestro país ocupa el segundo sitio mundial en el número de impotentes, ¿lo sabías? Son cifras serias, Roberto. Hay millones de cuarentones y cincuentones jugando con la pastillita. ¿Has escuchado hablar sobre los chicles que te provocan una erección? Espera uno o dos años y oirás acerca de eso.

—¿Mascar chicle al mismo tiempo que coges? Otra babosada, te ocupas de una cosa u otra.

—Hay un *casting* dentro de dos semanas para una telenovela de adolescentes problemáticos. He pensado en ti para interpretar el profesor de matemáticas.

—Tomás, ¿un *casting*? Yo no necesito el dinero —Roberto carece de talento para mentir—. Mi especialidad son los comerciales, un par de días de grabación y a otra cosa.

—¿No se te antojan las escuinclas? Serías el profesor, Roberto, nada menos que el profesor de una manada de escuinclas bien buenas.

—No, a mí me gustan las mujeres adultas, y si tienen celulitis o varices me gustan más —Roberto sospecha que Tomás lo engaña. No hay ningún papel ni telenovela para él.

—Respeto tus placeres, muchacho. En fin… no es una mala oportunidad.

—Siempre que me formo en una fila me envían hasta atrás. Me pasaba desde niño, pero no me quejo porque estar hasta atrás tiene sus ventajas. Ves el paisaje con más claridad, creo…

—Oh, ahora eres un filósofo, me parece bien, Roberto. Así me entenderás. Yo hice tu carrera, bueno, la hicimos ambos, aunque yo estoy también un poco pasado de moda. Mis artistas son como boxeadores retirados y no quiero enviarlos a acomodar sillas, dignidad ante todo —los rulos dorados caen sobre una parte de su

cara, y su saco Armani le queda un tanto holgado.

Tomás sujeta un lápiz que blande como si fuera a clavarlo en el ojo de su víctima. Se hallan en una oficina estrecha y de escaso mobiliario en la calle de Tíber. Cada vez que uno se sienta en la silla giratoria es para recibir malas noticias. Con aquella escenografía desangelada Tomás intenta decirle a Roberto: «No te has perdido de nada, todos somos unos pobres desgraciados».

—¿Qué voy a decirle a Gloria? Dame un consejo. Le aseguré que obtendría un papel. De hecho nos hospedamos en un hotel mientras venían las noticias… No sé, no creo merecer esto. Sobre todo no lo merece Gloria, ¿la has visto? Se ha puesto más bella que nunca.

—Gloria es una diosa, pero cuando tú no estás a su lado resurge su mal carácter. Lo que hace esa chica por ti es impagable. Voy a darte un cheque de doce mil pesos, acéptalo por favor. Dile que es un adelanto. Dile lo que quieras. Y nos vemos en un mes. Presiento que habrá algo grande, muchacho. ¿Sabes qué edad tengo? Cincuenta y dos años. Cuando aprendí a disfrutar el vino mi hígado ha comenzado a refunfuñar, ¿lo ves? Yo también me he puesto filósofo. Me costó mucho tiempo poder diferenciar entre una cepa Cabernet Sauvignon y una Pinot Noir, y ahora me hace mal el vino. ¿Y qué hago? Nada, me dedico a beber té, me adapto, sufro, sí, pero me adapto. Ve con esa hermosa mujer y dile que en un mes comienza una nueva vida, muéstrale el cheque, ella te quiere, te creerá.

Cuando Roberto vuelve al hotel encuentra a su mujer hojeando una revista en la sala de espera del hotel. Vuelven en silencio a la habitación siete. Gloria no se quita las botas, pues él no lo soportaría. Sería el más claro signo de cansancio y derrota. Lleva consigo un cheque de doce mil pesos y la urgencia de volver cuanto antes a Cuernavaca. ¿Para qué? En todo caso es más saludable quedarse varios días más en el Isabel, reponerse de las malas noticias, fornicar, hacer planes que nunca se cumplirán.

19
Dios muerde la cola

Un ejército de seres consumidores de alimentos ha tomado aquella mañana el restaurante del Hotel Isabel. No se encuentra una sola mesa desocupada e incluso se suman al espacio más sillas que han sido tomadas de la recepción con tal de no dejar a nadie de pie. Los meseros, dos chaparros ágiles y reservados, a veces son displicentes, pero irradian buen corazón y en cuanto descubren a una persona de pie no descansan hasta verla sentada. Ellos consideran que estar sentado es infinitamente superior a estar de pie, por lo menos a la hora de tomar el almuerzo. Y nadie los convencerá de lo contrario.

El desfile de las sillas y el murmullo de los clientes contagian el ambiente de un humor de pueblo: sólo faltan los pájaros. He llegado más temprano que de costumbre porque una vez más las pesadillas me han pateado y echado fuera de la cama desde el amanecer. Esas pesadillas consisten en un solo argumento: una mujer desnuda se transforma en un calamar gigante al que le sobresalen unos labios pintados de rojo. Este calamar me acosa y no cesa de hacerlo hasta bañarme en su tinta renegrida. Por lo demás, el restaurante ha sido ocupado en buena parte por un grupo de vendedores de billetes de lotería. ¿Qué carajos hacen aquí? Desayunan y celebran algo antes de irse a ofrecer billetes hasta en las cañerías. Cuando uno de ellos levanta la voz el silencio se adueña del comedero y los vendedores, hombres y mujeres de distintas edades, hacen esfuerzos por escuchar de qué va la historia en turno. Las voces van y vienen. Yo también paro el oído.

—Mi obligación es hacer millonarios a los demás, pero yo, mírenme, no tengo dinero ni para un sombrero nuevo.

—Eso te pasa por ser generoso. Yo lo heredé de mi padre, la generosidad… bebo una copa y no importa cuánto dinero tenga, una sola copa basta para que se me vacíen los bolsillos. La culpa es mía, apenas me emborracho me da por invitar los tragos, «pago esta ronda», «pidan lo que quieran, chingá, va por mi cuenta», eso digo y ahora mis parientes creen que es mi obligación. Ya ni me preguntan, beben alcohol a expensas mías. Así somos los humanos, si eres generoso una vez te exigen que lo seas siempre. Si no lo haces te crucifican.

—Mándalos a la chingada, si no pueden pagar sus tragos que no salgan de su casa.

—Mi úlcera no me deja tomar alcohol, tengo una rata muerta en el estómago.

—Hace una semana me invitaron a comer a un restaurante de medio pelo, hacía calor y se me ocurrió pedirle al mesero un poco de agua, ¿acaso eso es malo?, no se imaginan la respuesta del mal nacido, «¿dónde está su perro para servírsela?». Se hacía el gracioso y ni me conoce el desgraciado. Y o prohibiría las pinches propinas. Les das una propina y dejan de hacer su trabajo, se creen indispensables, si quieren yo mismo voy a la cocina y me sirvo. Ah, chingaos, ¿cómo que no?

—Ni se te ocurra, si entras a la cocina vas a terminar vomitando. Una vez, por despistado, entré a la cocina de un restaurante y me encontré a un perro cagando. Podría jurarlo.

Las voces se multiplican como los panes y, a pesar de su amargura, ronda el buen humor. Una voz dentro de mí me dice: «No vayas a comprarles nada a estos cabrones». Esa mañana el calamar me ha dejado traumas, vaya si no. La suma del dinero repartido por todos estos vendedores a lo largo de su vida podría pagar la deuda pública del país.

—Si ganas más de un millón te pones en la mira de los secuestradores. Es una lista selecta. ¿Quieren entrar?

—Por menos de un millón te cortan una mano.

—Si me tocara el gordo me lo gasto en una semana, antes de que me secuestren, y después a seguir sufriendo.

Esta última frase es atrapada en el aire por Gloria Manson cuando alza la vista frente a la figura esmirriada de un mesero enloquecido. «Por favor, sírvame un poco más de café». ¿Estaría en ese lugar si hubiera tenido un hijo? ¿Por qué dibuja la imagen de un niño en la servilleta? Las decisiones que se toman durante toda una vida son las únicas posibles: uno vende billetes de lotería o se convierte en un actor fuera de moda no a raíz de tomar decisiones correctas o incorrectas, sino porque el tiempo va poniendo las cosas en su lugar. Así lo cree Gloria Manson. Ella se imagina el tiempo como una capa de humo blanco que al desvanecerse hace resaltar lo que se encuentra allí desde siempre. Sólo hay que esperar a que el espeso muro blanco se disipe y entonces podrá distinguir hasta su propio entierro. Roberto Davison dormita dentro de su vientre, como un feto con olor a lavanda, y a veces cuando este feto despierta le besa el ombligo o le acaricia el culo como un niño que no se conforma con tocar y quiere probar y entrar en la oscuridad donde se le dice que viven fantasmas. No hay un solo poro de la piel donde el niño no se hubiera detenido a husmear, a llorar o a dormir enroscado como un idiota que reposa en medio de una guerra que en cualquier momento puede volver a comenzar. Pues así están las cosas, y nada se puede remediar porque nada en absoluto ha estado equivocado. Y junto al dibujo del niño en la misma servilleta, Gloria escribe un nombre que borra de inmediato manchándolo con unas densas gotas de café.

Gloria suele imaginarse en brazos de hombres jóvenes, pero no es necesario hacerlo, le basta cerrar los ojos y sentir entre sus piernas todos los penes del universo, incluso los penes de los simios, los bisontes, los hipopótamos, los zorros y los toros almizcleros. Ella ha decidido pertenecerle a Roberto y es la decisión lo que cuenta, creer que uno domina la voluntad. Además él no es borracho. Y si un hombre no se emborracha es una bendición. Y así será para siempre. El mesero retorna por milésima vez sobre sus pasos llevando consigo la cafetera y es hasta ese momento cuando Manson descubre en una

mesa apartada al joven apuesto con quien ha intercambiado palabras dos días atrás. Parece tan absorto en sí mismo, pese a la compañía de una pálida jovencita empeñada en partir un trozo de jamón con el canto de un tenedor.

—Desde que compré la silla de ruedas vendo el doble de billetes, no me avergüenza y no engaño a nadie. Sentarse en una silla de ruedas no significa ser paralítica, me agoto porque soy una anciana, es todo, la silla de ruedas es más cómoda que un banco de madera.

—Un hombre comía en el Salón Luz, me dijo «yo no acostumbro a jugar». «No se trata de un juego», le dije, «señor, el azar es lo más serio que existe en la vida, yo conocí a mi esposo por azar y he sido feliz». Terminó comprándome la serie entera y me confesó que su esposa lo engañaba, que era una puta. Se había bebido él solo una botella de *whisky*.

—Y seguramente no ganó nada, así son las cosas, suerte de perros.

—Sí, algunos tenemos suerte de perros, somos perros y Dios nos muerde la cola.

—¿Quieres vender el premio mayor? Véndele el billete a un rico.

Y en una mesa distinta:

—¿Te aburres conmigo, Gabriel? —Sofía forma estas palabras y no levanta la vista de su plato. Ya conoce la respuesta.

—Claro que sí. Eres como una papa, un pinche vegetal. Y además me preguntas lo mismo todos los días.

Cuántas ideas vagan en la mente de Sandler en ese momento, caballos, ciudades, conejos fornicando, un río detenido, un manantial desembocando en una piscina. Y de todas esas imágenes perdidas sólo rescatará una e intentará comunicarla a los seres humanos. Y si intentara describir sus ideas, de su boca sólo saldrían oraciones estúpidas y comunes. El arte no se explica, se realiza, y cuando Sandler pone en palabras uno de sus proyectos, éste se hace menos interesante, pierde sentido y sorpresa. He allí la teoría de Gabriel Sandler. La gracia está en imaginar su pieza sin describirla usando palabras. Cerrar los ojos, saltar al vacío, la caída es el olvido, y en el olvido de las palabras nace la obra. ¿Es eso lo que quiere? No,

en definitiva, «¿acaso soy un pinche budista?».

—Al menos te gusto, ¿no? —insiste Sofía. Está en su derecho. Es una mujer espigada, de cuello delicado y bonita desde la primera vez que respiró.

—Somos primos, Sofía, cada vez que empieces a joderme te lo voy a recordar. Cuando vamos a un reventón es distinto, pero no somos un matrimonio.

—Eso no importa, eres Gabriel Sandler y puedes hacer lo que se te antoje. Di que tu próxima pieza de arte en Nueva York es un incesto con tu prima Sofía Sandler encima de una cama de celofán. Y hasta van a pagarte por eso —Sofía hace esfuerzos por parecer amena. No quiere ser un vegetal en el plato de su primo.

—Si vuelves a mencionar las palabras Nueva York o arte te mando de vuelta a tu casa. No sólo perdí mi exposición en Judea York, también en Dubái. Los árabes tenían planeado crear un pabellón entero para mí.

—Aún estás a tiempo. No necesitas más que llamar por teléfono.

—Claro que no.

—No me has dicho si te gusto.

—¿Tú? Eres mi prima, Sofía, y tengo la obligación de que todas las primas me gusten. Y no hablemos, todavía traigo cocaína en el cabello. Me siento de la chingada —la piel de Gabriel se ha tomado verde como una acelga. La noche anterior bebieron una botella de ginebra entera en un bar de Filomeno Mata y consumieron cocaína hasta el amanecer. Y además charlaron.

—Si te molesta que hable con otras personas, dime y me corto la lengua.

—Haz lo que quieras, no soy celoso, pero preferiría que hablaras sólo con las paredes. ¿Qué tanto hablabas anoche con ese pendejo?

—Nada, rollos sobre aviones, dijo que fue piloto y me reveló los lugares más seguros dentro del avión.

—Puta madre, te venden cocaína y tienes que escuchar sus idioteces. No hay lugar seguro en un avión, si se desploma te mueres y se acabó.

—Si necesita desahogarse conmigo no me importa, mientras la coca sea buena. Según él tienes más probabilidad de salvarte si viajas en los asientos de la cola, los que dan al pasillo o los que están cerca de las puertas de emergencia. Me dio datos, estaba de hueva, ni modo.

—¿Ves a aquella señora? —Gabriel señala discretamente a la Manson—. Tú serás así dentro de veinte años. ¿No te da miedo? Mírala, eres tú en veinte años o menos.

—¿Gorda?

—No digas sandeces, Sofía, ella no está gorda. Las chicas con cuerpo de ejote pasarán pronto de moda, vas a ver. En mi próxima exposición no invitaré a ninguna flaca, voy a poner una báscula en la entrada y si eres mujer tienes que pesar más de sesenta kilos para entrar. ¡Y a la verga!

Gabriel se imagina a ambas, Sofía y Gloria en la cama, desnudas, él haciendo fotos, y alrededor de la cama cinco árabes mirando. Sabe que en las palabras de su prima hay mucho de verdad, en el mundo del arte tendrían que aceptarse todas sus propuestas, pasarse de listo en un país acostumbrado a las canalladas es ideal para un artista como Sandler, nada de remilgos, ni pedir permiso, ni poner atención en la obra del resto de los artistas, el talento es en su opinión como una estructura ósea, un hueso para golpear a las ovejas que se hacen de un currículum juntando sus migajas. «Vamos a dormir un rato», le sugiere a Sofía, y ambos, como dos espectros unidos por una cadena invisible, abandonan el comedor. En la recepción un cúmulo de maletas amontonadas sirve de barricada a cinco jóvenes argentinos, los nuevos huéspedes. En silencio, sus melenas rubias serenas, aguardan a que Pablo Paolo concluya sus cálculos y les asigne dos habitaciones. «Lo que nos faltaba», dice Gabriel Sandler al oído de Sofía, «un jodido grupo de *rock*».

TERCERA PARTE

1
Camila Salinas

Ningún hotel en la ciudad cuenta con una habitación similar a la número 14 del Hotel Isabel. Yo nací un 14 de noviembre y a mis 14 años abracé por primera vez el cuerpo de una mujer desnuda. Ella no tenía 14, sino 28. El 14 es un número serio, desde mi perspectiva. En este cuarto dos maleantes pagados por *el Nairobi* hacen guardia permanente tras la puerta. Esta puerta se abre en escasas ocasiones y una mujer se dedica a vigilar que todo marche bien en las cuestiones de aseo. No es Flora, pues ella desempeña su trabajo limpiando pisos en el ala norte del hotel. Es Camila Salinas, mujer de esqueleto compacto y carne maciza que sabe mantenerse callada en la sala de torturas, en la cama o en donde se solicite el peso de su carácter. En el mismo rango se ubica Samuel, su marido, recepcionista nocturno, matón y buen padre. Cuánta divina escoria reunida para velar por la virginidad de la habitación 14. Así es, los rufianes han construido aquí su sede financiera, digamos, una bóveda con dos camas matrimoniales, agua caliente, televisión y robustas pacas de billetes que sobrepasan los cincuenta millones de pesos. En dos habitaciones contiguas reposan los veladores de la fortuna, las nanas, los sicarios alertas, fieles a su instinto y a sus oídos. De la habitación 14 sale el dinero para las compras a gran escala, los sobornos, la nómina de los asesinos y las ganancias de una empresa compuesta por cerca de doscientas personas. Un robo despertaría las sospechas de *la Señora* y varias personas morirían de inmediato.

Uno se aburre de contar las muertes en México. Una tarea adormecedora, similar a la de un ascensorista que ve rostros que suben, bajan, se marchan. El anciano cuidador de obras de arte en la sala del museo se aburre menos que nosotros, los testigos de tanta muerte. En cambio, los ojos del *Boomerang* Riaño son capaces de presentir hasta el suspiro de un ratón, conoce el método para anticiparse a los movimientos inesperados y su olfato hace hoyos en las paredes mientras los demás dormitan. Las balbuceantes leyes de la probabilidad me dicen que un día los infalibles habrán de equivocarse y una grieta se abrirá en el piso, la primera, la única importante porque anuncia el final. No pasará mucho tiempo antes de que esto suceda. Sólo hay que esperar una distracción del *Nairobi, el Boomerang* e incluso de Samuel y Camila Salinas. La bendición de *la Señora* no podrá abrigarlos ni cuidarlos de sus estupideces. La sangre no va a cambiar de color ni mucho menos. El camión recolector de basura se detendrá en una esquina durante más de dos horas y costales enteros, llenos de carne podrida y plástico, serán lanzados a su interior, de las cocinas subterráneas saldrán botes supurantes y de los hoteles toallas manchadas y de las tiendas bolsas de plástico, cucarachas muertas a causa de una sobredosis de insecticida y moscas a las que nuestra pedante humanidad no termina de acostumbrarse. Y en cien años volverá la joven morena que ha heredado el rostro de su madre y un empleado le mirará las nalgas mostrando una lascivia fuera de toda duda. Esto, por supuesto, no reviste ninguna importancia para mí, pues me he citado con una mujer de mundo y he vuelto a beber coñac y de paso a reflexionar sobre varios aspectos de mi propia vida.

Riaño ha pasado a formar parte de un bando criminal y lo comprendo. No lo desprecio, por el contrario: convertirse en delincuente es un paso real, sustancia y no un mero accidente. ¿Cuál será exactamente el papel de Riaño?, me pregunto, y antes de responderme y entrar por la puerta principal la descubro desde la calle recargada en el mostrador de la recepción. ¡Es ella! No la mujer de mundo que tanta excitación me causa, no exactamente ella. Temeroso sigo de largo hacia la esquina. Huyo aterrado, víctima de

un desconcierto mayúsculo. ¿Cómo ha podido presentarse en el hotel? Mi antigua amante, Susana Servín. Así que uno puede marchar con una pata de palo de un lado a otro de la Tierra. Doblo hacia mi izquierda en República de El Salvador, husmeo en mis sentimientos de pacotilla y aprovecho una vez más para preguntarme si después de todo lo vivido soy un hombre en quien se puede confiar. Susana posee el absoluto derecho de devolverme la visita, también inesperada, también ridícula. Imagino la mirada reprobatoria de Laura Gibellini, la mujer de mundo, mi amor trasatlántico, «así sois todos los hombres, unos capullos, vuelve y entérate de qué es lo que busca esa mujer, ¿te avergüenzas de ella? Hijo de puta». Titubeo, debo regresar y aceptar que eso ocurre porque un idiota sobreterrenal se divierte a nuestras costillas. Y una vez más vuelvo sobre mis pasos.

—El señor Henestrosa no está en su habitación. Y no lo culpo, ha hecho uno de los mejores días del mes. ¿Ha visto? Ahora sí los extranjeros pueden imaginarse cómo sería nuestra ciudad de tener un poco más de suerte —dice Pablo Paolo. Susana se resigna y aún así añade:

—¿No sabe si volverá pronto?

—No lo sé. Aquí todos los huéspedes son impredecibles, no es un hotel cualquiera.

—Me imagino que tardará, y más si hace este día tan bello.

—¿Sabe lo que debería usted hacer? —Pablo Paolo no se ha percatado todavía de que Susana sostiene por lo bajo un discreto bastón—. Pasear en Chapultepec, rentar un bote e irse a mitad del lago a tomar el sol. Yo lo hacía cuando estudiaba en la secundaria.

—No puedo, en mi estado me es imposible —para dar más énfasis a sus palabras, Susana coloca el bastón en el mostrador ante el rostro de Pablo Paolo. Justo en un día soleado como ése el trolebús pasó encima de la torneada pierna de Susana Servin.

—Lo siento, señorita, ¿por qué no espera al señor Henestrosa en el sillón? —sugiere el recepcionista y señala el sofá de madera y cojines mullidos cerca de la entrada al restaurante—. El tiempo se va volando.

—Creo que para mí ya se fue —dice ella, y en sus palabras no se advierte ningún asomo de dramatismo, incluso sonríe y miente—. Dígale al señor Henestrosa que vino a buscarlo Susana Servín y que he tardado una hora en caminar desde mi casa a su hotel. No es un reproche, quiero que se entere de qué grandes son mis ganas de verlo otra vez. Además, tengo un objeto que le pertenece y sólo puedo entregárselo personalmente.

2
Los argentinos: no estamos para nadie

Pablo Paolo observa alejarse a Susana Servín. Su bastón toca el piso suavemente, como si temiera quedar enterrado en una grieta. En ese momento ve descender por la escalera a tres de los seis integrantes del grupo de *rock* que se han acomodado en dos habitaciones. Pablo Paolo se nota un tanto emocionado a causa de la presencia de los músicos; si bien no ha escuchado sus discos, sí reconoce la canción que los convirtió en artistas medianamente famosos: «No estamos para nadie», es el nombre de la canción. Y la letra dice más o menos así: «No estamos para nadie, hemos decidido partir, la más triste mañana de este siglo, nos encontramos de pronto vacíos, y hemos decidido partir, no estamos para nadie, oh, oh, oh». No podría distinguirlos, todos ellos son delgados como escobas, pelos lacios, overoles, barba incipiente, ojillos tímidos. Dos admiradoras que han aguardado en la puerta su salida se aproximan para reclamarles una firma. Pablo Paolo es testigo de la escena, embelesado.

Susana Servín avanza a pasos breves y toma aliento antes de comenzar el peregrinar a su departamento. A unos metros de ella y a punto de sortear la calle, he vuelto sobre mis pasos. Volver sobre mis pasos es en mi caso una gimnasia y un destino. Volver a donde he vuelto sobre mis pasos es lo que hago siempre. Y así se me va el tiempo. Descubro por segunda ocasión a Susana, dudo, no sé si correr a presentarme o andar en sentido contrario, mi estómago no cesa de convulsionarse. Es mi estómago el que recibe todas las cargas eléctricas del día, un pararrayos. Susana, concentrada en

salvar los obstáculos propios de una calle transitada, no se percata de mi proximidad. Es la muerte, Susana Servín se hace visible portando el rostro de la muerte y sosteniendo un sombrío báculo de película de Hitchcock. Me siento tentado a seguirla, como una rata discreta que husmea la prótesis buscando alimento y después de hincarle el diente se decepciona. Es la visita de un cuervo negro, deduzco obnubilado por la visión de la desgracia. Si fuera posible me sumaría al grupo de músicos argentinos, nuevos huéspedes del hotel. Les informaría: «Yo también soy un artista y ustedes tienen la obligación de aceptarme en sus filas». Me sería sencillo añadir una estrofa a «No estamos para nadie», algo sugerente como: «Hemos decidido partir, arrastrando un bastón negro, sobre el polvo de la ciudad, la muerte llamada Susana, ha venido a visitarnos, llorará nuestra caída, no estamos para nadie, oh, oh, oh». Elijo dejar el coñac para más tarde, esconderme en mi habitación, llorar como cuando era un niño tímido y medroso. Entro al hotel rozando con mi hombro la espalda de un joven de pelos lacios que, poseído de una imponente seriedad, firma la portada de su disco. Al aproximarme al bar tengo la impresión de ver a Laura Gibellini charlando con Stefan Wimer. No quiero comprobarlo. «¡Tienes una cita, animal, vuelve y cumple tu palabra!», me reclamo. Hago lo contrario, acelero el paso y cuando subo los escalones reconozco gotas de sangre seca en un filón del barandal. «¡Huye, *Artista*! No permitas que el desorden se instale en tu ánimo», dice la voz paranoica que me ha acosado desde que abrí los ojos en el pequeño sanatorio de Calzada de Tlalpan.

En la puerta de mi habitación un hombre me espera, ¿es *el Boomerang* Riaño? No, me he equivocado, no es mi puerta ni es a mí a quien espera. Abordo finalmente mi habitación y vomito en el minúsculo excusado del baño, me recuesto sobre la cama y medito en el caso Susana, qué hermoso día para una visita inesperada. Intento conducir mi mente hacia la nada, dormir, buscar en mis sueños el color blanco, el blanco de las nutrias, de las panteras, el blanco de la oscuridad.

3
Deseos de ladrar

Los franceses hacen ronronear a las mujeres, pero son los alemanes quienes ponen el pan sobre su mesa: complicada elección para las señoras que desearían tenerlo todo al mismo tiempo. Y no es el ocio o la pulsión sexual lo que empuja a los alemanes a pensar en mujeres, sino el inevitable impulso de poner pan en su mesa. ¿De dónde obtengo yo estas conclusiones? De alguna mala novela, sin duda.

Stefan se ha acercado a Laura. Charla con ella en el bar del hotel y le sonríe mostrando su dentadura cerrada y uniformada. Se hallan frente a la barra. Laura se mantiene serena, gobernadora, habituada a consumir la mitad de su tiempo hablando de melindres y maldiciendo frente a la barra de un bar. En las tabernas los asuntos importantes se tratan de pie, pero «los mexicanos quieren sentarse siempre, como si estuvieran cansados». Se lo dice a Stefan, sin más.

—No comparto la misma opinión, mujer —replica Stefan, el docto—, no has comprendido bien a esta gente. Se sientan porque no saben cuánto tiempo van a quedarse en la mesa. Se toman las cosas con calma. Cuando beben pueden pasarse siete horas hablando sobre cualquier asunto. Hace unos días me senté a comer con varios mexicanos y me levanté hasta la madrugada del día siguiente, eso no se puede hacer de pie. Bueno, algunos españoles sí, pero…

—Yo no sé qué hacen los españoles —interrumpe Laura—, y me tiene sin cuidado. Yo, si me preguntas, prefiero estar de pie. No estoy enferma para pasarme todo el día sentada, sentarse es una

posición poco humana, los hombres acaban enfermándose de cáncer en la próstata por eso.

—¿Eso es cierto?

—Claro, ¿en qué pensabas?

—Bien, añade por favor una enfermedad más a mi costal —dice Stefan y ríe. ¿Del culo de qué animal puede emanar sonrisa tan tremendista?, piensa Laura.

Stefan abusa de su buen humor. Respira profundamente, saborea su cerveza y deja que sus pupilas descansen en los muslos de Laura. Quisiera detener por unos días la cascada, el ritmo de una noche que no puede controlarse, ¿hasta dónde es posible vislumbrar un final? Sospecha que la aventura culminará cuando su rostro sea idéntico al de su padre y vuelve a repetirse que él, Stefan Wimer, no vivirá un día más que su progenitor: «Sería una vileza. Vivir más tiempo que nuestros padres, ¿es eso progreso? Es justo lo contrario».

—¿Sabes una cosa? —dice Stefan, serio de repente, como si se dispusiera a revelar una verdad cósmica—, a veces me dan ganas de ladrar, ¿tú crees que es un deseo normal?

Laura permanece a su lado a unos centímetros de distancia, gira la cabeza y escruta ese rostro sonrojado y solar por primera vez.

—¿Pero tú estás loco o qué, tío?, no jodas, ¿cómo que te dan ganas de ladrar?

—Sí, ladrar, ponerme en cuatro patas y ladrar, pero no lo he hecho nunca. Si lo hiciera viviría más tranquilo, sería como un anacoreta.

Stefan hace esfuerzos por contener su acostumbrada carcajada. El azoro de Laura ha durado largos segundos. Ahora ella vuelve a su postura original y dice:

—Te creo, casi todos los hombres ladran, aunque crean que están hablando. Si no lo sabré yo.

El desconcierto de Laura no proviene solamente de que ese enorme bulto amarillo le confiese sus deseos de ladrar. Hace unos minutos me ha visto seguir de largo sin entrar albar y cumplir con nuestra cita. Me han descubierto en pleno robo de base. «El tipo ha salido corriendo en cuanto me ha visto acompañada. No va a volver.

Lo que me faltaba, un cobarde». Ella tiene la certeza de que no regresaré, pero no aguardará hasta que la sopa hierva. No va a quedarse esperando a ser prodigada, me buscará y me exigirá cumplir mi palabra. Pide la cuenta al cantinero y una sonrisa enciende su rostro, la primera del día.

—¿Te gusta la cocaína? —pregunta Stefan en voz baja, acercando su rostro al oído de Laura.

—Sí, claro, ¿pues qué te piensas?, ¿qué me vas a impresionar con eso?, no, pero en este viaje no la necesito. Para nada. Esta ciudad me basta y sobra para estar colocada.

—Yo sé lo que sucede, es el retrato de Isabel que está en el *hall*, tienes miedo de la vieja reina de España. A mí no me engañas. Temes que la reina te castigue por probar cocaína.

—Buena idea, es justo eso, la reina…

A Laura no le irritan las bromas de Stefan, ha bebido varias cervezas y el buen humor de ese hombre inofensivo le cae como lluvia fresca. «Ya nos veremos, alemán vicioso», dice antes de abandonar el bar y enfilarse hacia mi habitación. Su aspecto es el de una joven elástica que no tiene empacho en subir a las ramas de un árbol. El vestido negro y ajustado no rebasa sus rodillas y el cabello cae libre sobre los hombros. Usa botines sin demasiado tacón. En cambio, yo sigo tirado en la cama como si agonizara mientras mi cuerpo flota en una ciénaga, mis pantalones no esconden las arrugas, lo mismo que mi camisa y el saco en el suelo. Mi pantalón arrugado me deprime, me recuerda el rostro, la sonrisa de Mick Jagger. Dos copas de *brandy* es sin duda un número funesto. Es un comienzo que es comienzo de nada, tres o cuatro copas me ponen del otro lado del muro y entonces sí, a correr, pero no dos: un número fatídico, principio de la creación, la soga en el tobillo que impide a uno moverse. Escucho los discretos golpes. Abro la puerta y balbuceo una frase suelta. Me encuentro en una situación en la que cualquier idiotez podría suceder. Y sucede.

—No me he sentido bien, estaba a punto de bajar a encontrarte, perdóname —le digo a Laura.

—¿Te gusta que las mujeres vengan a buscarte? Pues ya está. ¿Y

ahora qué?

4
El Internet

Esa noche el Hotel Isabel estuvo pleno de acontecimientos, en apariencia insulsos, pero atados en una red que al tensarse corre el peligro de romperse. La habitación 14 es vigilada más que nunca y el bar recibe a las visitas menos solemnes. Los bares poseen un imán cuya intensidad es variable: una semana lucen vacíos y un lunes a media tarde quince personas coinciden para beber una copa a la misma hora; se ven entre sí azoradas y piensan: «¿No se suponía que este bar se hallaba siempre vacío?». Se observan desconfiadas hasta que después de un trago sobreviene de súbito una felicidad pasajera, la coincidencia, el destino que las ha puesto de pronto en el mismo barco: ¡otra vez esta maldita felicidad! Se es hermano por coincidencia y esa sensación espontánea hace a los hombres beber uno o dos tragos en calma. Después brotan los tumores.

—Estoy viejo, lo sé, pero envejecer trae consigo sus ventajas, ¿sabes de dónde han provenido la mayor parte de mis problemas? De hablar con la verdad y decir a la gente lo que no quiere escuchar. Aquí no te lo perdonan, todos parecen tan callados. La honradez es un valor, estamos de acuerdo en eso, ¿no es así?, bueno, qué más honradez que decir las cosas recién salidas del alma. Es un buen método para ganar en el hipódromo, le miras los muslos a la bestia y dices, me llenará de dinero, correrá para mí, es obvio, no te vas a poner a mirar su historial, eso lo hacen los idiotas, la historia comienza el día de la carrera, el alma de los caballos ganadores se pasea por la pista y puede encarnar de pronto en un rocinante por el

que nadie da un quinto. Y a llenarse de dinero los bolsillos. Me cago en Dios si no es así.

El que habla es Miguel Llorente, el propietario de la tienda de mazapanes y dulces en la calle República de Uruguay. Llorente charla con un empleado de confianza que ha accedido a tomarse una copa en su compañía. Es emprendedor, el empleado, y joven, e intenta hacer méritos para promoverse. No es aficionado a la bebida y en ocasiones se toma unos tragos con tal de no dar la impresión de ser un pesado o un hombre prematuramente amargado. Su jefe, Miguel Llorente, soltero, cincuentón, le exige beber una copa, para eso están los jodidos empleados, para acompañarlo y escuchar sus sermones. *El Boomerang* Riaño entra al bar, busca moros desde sus ojos centinelas y se marcha. «¿De dónde carajos ha salido tanta gente?», se pregunta, y no le interesan las respuestas posibles. De pie en la banqueta hace una llamada por celular. Vuelve a entrar al bar y se acomoda en un lugar que parece sólo reservado para su beneplácito. Se ha ganado su asiento, Riaño.

Mientras lo anterior acontece una conversación tiene lugar dentro de la habitación 14. Son cuatro personas, ninguna de ellas grita o hace aspavientos, pero el ambiente es de gran tensión. Por lo demás las desgracias están siempre avecinándose, de modo que la escueta charla no sorprenderá a nadie, mucho menos a Dios que acostumbra dormir encima de un montón de cadáveres: la comodidad ante todo. Esa noche, el centro de la ciudad, antiguo islote en el lago de Texcoco, permanece tranquilo y el sudor de los rostros se ha secado. Sólo un poco de agua en la cara, jabón en el cuerpo y los recuerdos de un día más serán olvidados.

—Cuando nos pediste trabajar con nosotros, ¿qué pasó?

—Nada, aquí estamos, ¿no? —balbucea el joven.

—Sí, pero tú has venido a cuidar dinero, no a vender droga ni a ofrecer putas a nadie —la voz opaca de Camila se mantiene seria y en un mismo registro.

Camila se lamenta de lo que habrá de suceder, pero el camino se abre en el horizonte sin mirar atrás: el cabello atado por una cola de caballo le da a su rostro redondo un tono masculino, sin embargo

sus piernas torneadas por el buen gusto del azar no dejan lugar a dudas. Recostado en la cama, sin dar señas de desear entrometerse, otro hombre cruza los brazos sobre el pecho y espera la sentencia de su compañero. De pie, recargado en las cortinas, el más viejo de los cuatro inquilinos de esa habitación se frota el mentón e intenta comprender. Sabe de memoria lo que se aproxima y siendo el más viejo se encuentra en la obligación de comprender y predecir ampliamente los acontecimientos. ¿No pensaban así los griegos, mientras se pellizcaban el mentón? En cambio, el joven acusado, un hombre moreno apodado *el Internet*, no logra contener el desasosiego que le causa el interrogatorio: no lo esperaba.

—No, pinche *Internet*, no se te paga para vender perico ni para traficar putas, sino para cuidar dinero, que no se pierda un solo peso. Te debe parecer poca cosa este trabajo, cuidar dinero que no es tuyo, pero aceptaste y yo personalmente te numeré las responsabilidades y lo que sucedería si nos traicionabas. A ver, ¿cuánto te pagamos?

—Tú sabes, para qué me preguntas.

—Dime, ¿cuánto se te paga, cabrón?

—Cincuenta.

—¿Entonces? Ganas diez veces más que cualquier ojete de tu edad. ¿Para qué vas a vender perico a una pinche escuincla? Se hace ruido, al rato va a venir a tocar la puerta. ¿Qué te pasa, pendejo?

—Me la quería ligar, no pasa nada. Se acabó. Ya estamos, ¿no?

—Voy a tratar de que no te maten, ve a tu casa y enciérrate porque ya se corrió la voz. ¿No sabes que *el Nairobi* tiene orejas hasta en los urinarios? Cuida a tu familia. Tus hijos están primero. A volar, pues, camina hasta el metro Salto del Agua y allí haces como quieras. Ten cuidado, ahora yo no puedo protegerte. Te llamo en unos días, no le respondas a nadie más que a mí.

Las voces se acumulan y emergen más allá de la puerta del bar, los tres jóvenes músicos argentinos se alegran de no ser reconocidos, ¡se han librado de las grupis!, una mujer da gracias a Dios por no cumplir todavía 40 años y el propietario de la dulcería continúa aleccionando a su empleado. Lo hace en voz alta porque no le importa que sus opiniones sean escuchadas por otros. Dice Miguel

Llorente:

—Las mujeres tienen hijos, los hombres teorías, las teorías son la casa de nuestros hijos. ¿O qué crees? Los hombres hacemos teorías para que los muros de la casa resistan, para que las máquinas funcionen, sobre todo las máquinas que dan calor, teorías para hacer crecer el negocio, para tener amantes, teorías y más teorías. ¿Has estado en Europa? El frío tiene algo que contamos, y nosotros también. Las mujeres pueden parir como liebres, ya veremos nosotros cómo inventamos teorías para justificar a la manada.

—Muchas mujeres no tienen hijos, prefieren estudiar —se atreve tímidamente a responder el empleado.

—Sí, pero no tiene que ver, eso es una moda. Mi padre creía que el mundo es simple y actuaba así, como si todo fuera blanco o negro. La mitad de las veces se equivocaba. Y o creo que las cosas no son tan sencillas y nunca me fío. Y si digo frases sin pensarlas es porque las he pensado demasiado. ¿Me comprendes? Mi sinceridad tiene fundamentos, mi alma piensa y gana dinero. Escúchame bien porque pronto habrá un par de cambios en la dulcería, joder, me das la impresión de ser un buen hombre, pero no se sabe. ¿Ves a esos chicos? —se refiere a los músicos argentinos, artistas *pop* que han bebido una buena cantidad de cerveza sin que el efecto se les note demasiado en la sonrisa—, ¿qué te parecen? Idiotas por lo menos, pero no, debemos esperar antes de enjuiciarlos, conocerlos. Así se triunfa en la vida, teorías, mi amigo.

El Internet camina apresurado sobre las baldosas que desembocan en el Palacio de las Vizcaínas. Desea ver a su hijo, cenar, volver a poner una película en la pantalla plana de su nuevo televisor Sony. Camila pondrá de nuevo las cosas en su sitio. Posee una certeza, *el Internet*: por lo menos tuvo los arrestos suficientes para abandonar la oscuridad de la miseria, y guarda dinero en el banco, no mucho, no como los jefes, pero su juventud promete, mañana irá al gimnasio mientras Camila se da a la tarea de proteger sus espaldas. No es ladrón, al contrario, «si vendo perico es por eso, porque no soy ladrón, soy comerciante. Podría robarles y ni cuenta se dan, el pinche viejo siempre está dormido. Ellos lo saben. Y

también quiero tener otro hijo, qué chingados, les voy a llenar la puta ciudad de semen». Camina *el Internet* como una sombra adosada a la piedra de tezontle, la oscuridad en sus espaldas, y también un hombre que lo somete por el cuello mientras le abre el costado con una navaja. Y luego otro hombre, pequeño, ¿es un enano?, culmina la sentencia atacando el vientre. Es noche y una pistola haría mucho escándalo, sobre todo en Vizcaínas, cerca de la plaza Meave, y los novios que se besan en las bancas de la plaza suspenderían su idilio y eso sí sería una vergüenza para todos los habitantes de la ciudad.

Camila da una patada en una pared de la habitación 14, la huella de su zapato queda marcada en la superficie blanca; el muro no se inmuta. «Ya vendrá otro», dice. «No es necesario, ¿para qué?», cuestiona el más viejo, y añade: «Esto no es una guardería». Camila abandona el cuarto, desciende las escaleras y su mirada se encuentra con las radiantes pupilas de Pablo Paolo.

—¿Todavía no te largas? —interroga Camila, malhumorada, buscando quien se las pague. En sus ojos la ira contenida busca un camino para manifestarse.

—No me puedo ir, Samuel no ha venido.

—¿Y ahora por qué hay tanto escándalo en el bar? —se sorprende Camila.

—Siempre pasa lo mismo, cuando menos lo esperas. Creo que mañana vamos a tener un eclipse.

—Me importa lo que pase en la Tierra, no en el cielo.

—En el cielo también hay planetas —se atreve a rebatir Pablo Paolo. Mal momento para hacerlo—. Si hay vida en Marte, nosotros somos el cielo para ellos.

—En el cielo hay puro pinche pendejo culero —dice Camila, y da unos pasos dejando atrás la recepción.

La imagen de la reina Isabel la Católica se vislumbra tras las capas de polvo que cubren la tela de su retrato. Camila planta su mirada en los ojos de Isabel. Suspira, una reina, ¿las reinas también ordenaban muertes? Camila la Católica tiene deseos de persignarse, pero no lo hace: el dinero de *la Señora* se encuentra en paz.

5
¡Viva Sex Pistols!

La estancia en el hotel se ha hecho un tanto incómoda. Es justo de las responsabilidades embarazosas de las que trata de escapar el intrépido Gabriel Sandler. De pronto una corriente de aire helado se entromete en su cuerpo orientando su ánimo en otra dirección. Le preocupa no haber tomado las decisiones acertadas. Sobre todo le afecta el hecho de orinar tantas veces al día. A su edad no se deben aceptar las enfermedades, imposible, a su edad se es rebelde o melancólico o suicida, pero no enfermo, sopesa la posibilidad de llamar a su doctor y rogarle que mantenga la cita en secreto. Hipocondriaco, imagina el balbuceo de unos riñones cansados, un páncreas en estado de extinción, una vejiga delirante, todas piezas sangrientas del arte moderno, intestinos que adornan las paredes de su museo.

—Está chida, pero no entiendo por qué compras droga en el puto hotel, Sofía. Los mismos que te venden te echan a la policía. No somos tan fresas como para no saber dónde estamos.

—Pensé que te pondrías contento, nunca sé cómo complacerte, no sé lo que quieres. Me rindo, la verdad, y no te vaya a encabronar, pero no tienes por qué ser artista todo el tiempo.

—Si tocan a la puerta considérate violada —Sandler oprime con la palma de su mano el coño de Sofía.

—No me asustes, Gabriel.

—Entonces no seas idiota, a ver, hagamos una línea antes de abrir la puerta y que te violen cuatro pinches narcos, o policías. Es lo

mismo, vas a sentir lo mismo.

—Cállate, güey. Te odio.

La certeza de que la juventud no lo abandonará, un joven decrépito y eterno, claro está, es decir la inmortalidad creada en el egoísmo y la demencia calculada hacen de Gabriel un dios caído en tierra de gusanos, y los dioses en picada poseen vestales, mujeres que se aproximan a ellos para brindarles consuelo. Pero el dios joven y en caída no se consuela y le importa un pito el consuelo femenino, aunque lo necesita; es la única prueba real y fidedigna de su reinado. Lo demás carece de sangre, tierra, forma. Sofía no es estúpida, sólo un ciego o un imbécil podría deducir algo así, pero es urgente decírselo: «Sofía, eres una porquería orgánica sin sesos, y conseguir cocaína para tu dios caído a cambio de desordenar el mundo es testarudo e inútil». Sandler, el artista verdadero, no necesita más pruebas de la bella miopía de su prima, una vez es suficiente, cien veces es suficiente, mil veces es suficiente, ¿pero una más? El asesinato a cuchilladas del efímero proveedor de Sofía, de su casual pretendiente, no es motivo para compungirse. *El Internet* se formó en la fila de los muertos, se sumó a un ejército destinado a la muerte prematura y es lógico que su tumo haya llegado, pero el dios caído Sandler no requiere por ahora de aventuras de cañería y se pregunta si sus rebeliones son infantiles y si la madurez es un estado verdadero, un estado que se alcanza en cierto momento de la vida.

Abrirse paso y mostrar el genio, imponer sus propias risotadas, ser considerado el renovador, la rata más sensible y visionaria, ¿qué puede tener todo ello de virtuoso? Nada, en esencia nada. Una saeta de cocaína, un helado de vainilla y una cerveza fría lo han puesto alerta. La nada, Gabriel encama la nada en el negocio del arte, la nada real, irrepresentable en ninguna clase de lenguaje, él asume la nada y su obra es una escalera de escape, una escalera en espiral que no termina jamás, infinita, y sus tenis Converse son suficientes para ascender millones de peldaños, pero ¿escapar? No, de ningún modo, creer que uno encama la nada es vanidoso, el asunto para el artista Sandler es sencillo de describir, su oficio consiste en crear un nuevo lugar común, uno que desplace a los lugares comunes más célebres o

más visitados, ¿eso es el arte? Sí, en definitiva, un nuevo lugar común debe titilar en el cielo y estimular el peregrinaje. Y le preocupa algo más, ¿debe ocuparse de lo que sucede en la mente de otros artistas de su generación o sólo de lo que sucede en su propia mente? Le aterra que otros posean mejores ideas que las suyas, no tiene caso esforzarse si en otro país un artista trabaja en un lugar común mejor que el suyo. Esto lo desanima por completo.

—Si decidí encerrarme en esta mazmorra fue para pasar unos días tranquilo, en el anonimato. ¿También debo escapar de ti, pinche vieja?

—Te seguiré de todas maneras, y siempre que lo quiera voy a encontrarte. No es una amenaza, Gabriel, es un presentimiento. ¿No se te eriza la piel? Vamos a drogamos y a dejarnos de ideas chafas, güey. Nadie va a entrar por esa puerta, nada va a pasarnos… por los siglos de los siglos. La coca está poca su madre.

—Cuando la puerta se abra los malos pensamientos se irán por un tubo, ya verás. Los judíos somos capaces de oler la muerte, ¿acaso no eres judía? Vamos a tener nuestro particular holocausto.

—El que me vendió la cois tiene la misma edad que tú, y se portó más amable que tu chofer o el mío juntos. Es un güey poca madre. Trató de hacerse el conquistador, pero eso es normal, siempre habrá un estúpido neceando para llevarte a la cama, son más numerosos que las ratas —Sofía ríe de su propio comentario—, ¿no está buena la coca? Deja de quejarte. Me dio un número celular por si queremos más, sólo así me vende, tengo que llamarlo por celular. Y me dijo que si lo encuentro en la calle o en el hotel no lo salude. Conozco a varios *dealers* y ninguno me ha dado problemas, me ven como a una fresa buena onda.

Sofía se halla sentada en la cama. Las piernas desnudas cruzadas, y mientras su voz meliflua se abre camino a los oídos de su primo, sobre las rodillas sostiene la caja de un disco que sirve de picadero, un disco de Motorhead que lleva consigo en la bolsa. Gabriel recarga su espalda de sardina en la cabecera de la cama y sostiene en la mano una cerveza. Los postigos se mantienen abiertos y una cortina vaporosa cubre la ventana.

Fuera, el ingenuo tráfico de la calle murmura como en un pueblo que ha crecido demasiado. Si en un punto de la ciudad pudiera concentrarse el lamento de las personas secuestradas, vejadas, asesinadas se abriría un cráter tan grande como para contener un océano.

—Ayer te vi hablando con alguien. ¿También estás buscando problemas? —dice Sofía, y arrebata de las manos de su primo la cerveza.

—Me lo encuentro a cada rato, ayer me pidió un cigarro y hablamos unas palabras. Es un tipo raro y no es peligroso. No vende cocaína en hoteles como tus pinches «cuates». Se llama Frank, ya sabes, entre más moreno y negro estás más buscas un nombre pedante para hacerte el europeo. Está hospedado aquí mismo y es muy buena onda. En cambio, mi adorada y puta Sofía, nunca me verás cruzar una palabra con esos argentinos, los rockeros, veo su cara y de inmediato me imagino qué clase de banda forman, tocan garage buena onda. Y los detesto porque son de mi edad. Ya lo sabes. Si estoy contigo en la cama es porque comienzo a sentirme viejo. ¡Viva Sex Pistols!

—Y estás conmigo también porque me quieres, no te hagas güey. A ver cuándo vas a reconocerlo, pinche vanidoso.

—Sí, eso es siempre importante para las mujeres. Yo te quiero, nena, te quiero rasurar el pubis.

—Al menos para mí es importante, el resto de las viejas me vale madres, ¿te hago otra línea?

—Sí, y hay que salir de este agujero. Vamos a beber ginebra y a ponemos hasta el culo.

—Vamos a donde quieras, Sandler.

6
Educar a los topos

La Señora no aprueba las muertes de los jóvenes. Si van a matarlos, ¿para qué los contratan? A los jóvenes se les mantiene apartados y cuando hacen pandillas se compra a los líderes o se les tortura un poco para que aprendan. El pasado de *la Señora* es garantía de su sabiduría: no siempre ha comido galletas saladas y sardinas en una tienda desolada. Fue un jefe que dio la cara en el campo de batalla hasta el día en que envejeció y se convirtió al ascetismo. ¿Se puede ser asceta después de engullir tamaña inmundicia y prodigar tantos crímenes? Sí, lo prueba *la Señora*. Vive enquistado en Tepito, no lo considera su barrio, ni una patria de coladera o un territorio mítico. Tepito es su fortaleza, un laberinto que se expande en su mente y en la geografía de cemento y ladrillos a un mismo tiempo.

«Cómo son pendejos, a los niños no se les mata, se les educa», insiste a sus colegas, a su escueta familia, pero los jóvenes quieren dinero demasiado aprisa y no tienen cabeza, ni escrúpulos. Desean engordar cuanto antes, comer en buenos restaurantes, pasearse con artistas de televisión, conducir potentes camionetas blindadas: la historia no termina porque así comenzó. A *la Señora* lo decepciona la riqueza y esta decepción alarga su vida. No alberga sueños redentores ni fama y el dinero depositado en el banco del Hotel Isabel es plasma para que el mundo continúe su labor destructora e infame, suero para las máquinas humanas, no para *la Señora*, quien hundido en el sillón de su departamento parece un tentáculo de calamar muerto. Delante de él, sentado encima de un almohadón

mullido, *el Nairobi* fuma un puro de capa oscura. Está preocupado.

—Lo veo así, todo lo que hacemos es para juntar dinero, y si no cuidamos ese dinero lo que hacemos no vale nada, es como si respirara un muerto, ¿de qué sirve? Se le advirtió desde un principio, pero el cabrón no tenía orejas. Y se murió —argumenta *el Nairobi*. El azar ha logrado que, sin elegirla, toda la ropa que viste sea negra.

—Era un niño. Si no los puedes educar no los contrates.

—A su edad muchos se mueren de cáncer o atropellados. Yo pienso en la bola de hijos de la chingada que no nacieron, tuvieron mala suerte, pero al menos *el Internet* se dio un paseo por aquí, comió tacos, se tomó sus tragos, tuvo lana, se cogió viejas.

—¿Quién era?

—Gente de Camila y Samuel. Ellos lo cuidaban.

—Hay que cuidar el dinero, no a babosos. ¿Para qué los llevan tan jóvenes? Para luego matarlos —*la Señora* no pierde el hilo de su reproche. *El Nairobi* comienza a sentirse incómodo y, en él, ese malestar es anuncio del miedo. Tiene miedo de *la Señora* e intenta ocultarlo.

—Se le atravesó una güerita y perdió la cabeza.

—No es el único —añade *la Señora*.

—Las güeritas nos descomponen a la gente, eso es lo único malo del pinche hotel.

—Lo malo y lo bueno.

—Sí, por eso seguimos, pero ahora no sé. Veo la muerte del *Internet* como una señal.

—¿*El Internet*? ¿Qué carajos dices?

—Así se llamaba el muerto, bueno, ése era su apodo.

—Dejen de ponerse apodos, parecen escuincles.

El Nairobi se protege en el intenso aroma de su puro, se protege de la imagen de *la Señora*, ¿cuándo morirá el viejo? ¿Y su apodo, quién se lo puso? Detesta sus manías, pero no podría matarlo. De hacerlo comenzaría una guerra que no está seguro de ganar. Y tiene miedo de que el mínimo antojo de asesinar a *la Señora* asome por sus pupilas. *La Señora* ha recibido misteriosas visitas de su familia últimamente. Y *el Nairobi* no está al tanto. Nadie puede preguntarle

a *la Señora*. Hay que esperar.

—¿Y guardas tu propio dinero en el banco? —interroga *la Señora*. Alude a los bancos comerciales, no a su bóveda privada. Cada pregunta de *la Señora* equivale a un manotazo en la nuca de sus subordinados.

—Sí, para despistar. Y las cuentas están a nombre de mi esposa.

—No quiero conocerla —dice *la Señora*, y mira con pasajero desdén a su sobrino.

—Lo sé, ni fotografías le tomo. Compré varios camiones, para trabajar en la construcción. Los rento. Mi mujer es la dueña del negocio.

—Matar niños, eso es peor que secuestrar. ¿O no? —dice *la Señora* en tono burlón.

—No era un niño. *El Internet ya* tenía veintitantos. Usted ya era jefe a esa edad, ¿recuerda? Y no hizo tonterías, por eso es jefe. Por cierto, el jefe Gaxiola quiere conocerlo, ¿cómo ve?

—No, no quiero tratar con policías. Que te maten a ti y luego yo me los chingo. ¿Desde cuándo fumas puro?

—Un vicio más. Eso se llama progreso —dice *el Nairobi*, que sonríe por primera vez.

—Y tu nueva esposa, ¿cuánto va a durar? ¿Ya le fueron con el chisme de que te gustan los rubios? —*la Señora* alude así, de manera socarrona, a Stefan Wimer.

—Es serio, vamos a cumplir dos años de juntados. Es lista y prudente. No puedo pedir más.

Es entonces que *la Señora*, de manera inusual, piensa en sí mismo, son apenas unos segundos los que consume en auscultarse a distancia y volver de inmediato a encamar en esa unidad imperturbable que se desvanece como un fantasma o golpea y mata como una guadaña. Fuera de su casa, en el patio, una niña de escasos tres años deshoja una revista que su madre puso en sus manos para entretenerla. A los pies de la niña el papel desprendido muestra una sonrisa que llama su atención, olvida el resto de las páginas y se detiene en el rostro de dentadura nívea. Después de contemplar la imagen comienza a despedazarla, frenética, como si su

labor consistiera en extraer cada diente de las encías ocultas bajo los delgados labios de la modelo. En el cielo no hay aves, y las nubes chocan entre sí. En ese instante de autocomprensión *la Señora* se dice a sí mismo: «La vejez no me hará cobarde».

7
Laura Gibellini y el falso artista

«¿Y ahora qué?», es la pregunta de Laura. Y no obtiene respuesta. En realidad se ha anticipado a cualquier posible respuesta actuando como si fuera su obligación tomar la iniciativa y no permitir que nadie la conquiste o seduzca. Se ha entrometido en mi habitación cuando yo menos lo esperaba y se ha instalado allí hasta que, dos horas después, dejamos atrás la historia y decidimos ir en busca de un bar. Ella, para reponerse del desasosiego (o del asco repentino) que provoca en una mujer haberse acostado con un tipo desconocido. Y yo, porque deseaba desdoblarme, largarme y dejar al otro Henestrosa, al idiota idealista, por siempre hundido en ese cuerpo quebradizo y delgado.

Una estupenda decisión la de haberme mudado al Hotel Isabel, no he estado más de una semana y ya me siento recién apeado de una cruz, depositado en tierra, abierto. Debo ser sensato y esperar. Laura se marchará también y esta noche sólo me ha dado un empujón más hacia la fosa, a eso se reduce el acontecer de la vida en cuanto todo él se vierte en una sola palabra, *vida, felicidad, muerte, enfermedad*, un paso hacia la fosa oscura donde encontraré un hervidero de sustancias químicas rehaciendo de nuevo el mundo. El dinero escaseará pronto y deberé retomar con la cola entre las piernas a mi departamento de doble cerradura en la colonia Álamos, volveré a merodear por mis tres únicos cuartos y a cocinarme huevos revueltos en la cocinita que más bien es un clóset oloroso a aceite y humedad de paredes. A nadar de nuevo en el pantano.

Llevo la mano izquierda hundida en el bolso del saco y tiento el dinero, como si el pulgar duplicara el número de billetes: no escatimaré, lo consumiré por completo en las próximas horas. A Laura no se le escapan las sumas que elaboro en mi cabeza y de inmediato pone las cosas en claro: «Cada quien paga su cuenta, ¿eh?, nada de caballeros andantes y demás cachonderías». Y en seguida su voz interior se reprocha: «Quien debería invitarlo soy yo, si casi lo he violado, aún no me desvestía y ya me había montado sobre él». Y yo, retraído a causa de la sorpresa, desconcertado como nunca, azorado, me aproximo por un momento a la impotencia, al mástil caído, azote de todos los piratas. ¿Cómo hace un esqueleto grande como el mío para aparearse con los pequeños huesos de la Gibellini? Aerodinámica, leyes que han tardado milenios en madurar y funcionan hasta en una cama de hotel.

Laura no permitirá invitaciones de mi parte, se sentiría decadente, hay que fornicar con los oriundos y colocarles billetes en el resorte del calzón, para eso está ella.

—Hace un tiempo estupendo —hace notar Laura, la tensión se desvanece, las delgadas nubes cálidas suplantan al sol y yo comienzo a sentirme bien—, pero no debemos fiamos, el clima ha enloquecido en el mundo por culpa de los políticos y sus lacayos científicos. En cualquier momento comenzará a nevar en Somalia y los negros tendrán que llevar albornoz.

—¿Siempre culpas a los políticos por todo? —pregunto en tono jovial. Mi curiosidad es real.

—No siempre, pero es un buen ejercicio. Me mantiene en forma, que sirvan para algo los asquerosos capullos de mierda.

Recorremos Venustiano Carranza en dirección al poniente. En Bolívar nos detenemos a esperar que cese el flujo de automóviles. Las tiendas deportivas han cerrado o están a punto de hacerlo, un hombre canoso, de pie a nuestro lado, nos dice de modo espontáneo: «Deberían cerrar las calles del Centro, ya nadie quiere caminar, por eso somos el país con más gordos en el mundo». Vaya sorpresa, otro quejumbroso, más estadísticas idiotas, me sorprendo, ¿por qué desean arruinarme esta efímera felicidad? Todos alrededor

hablan del mundo como si fuera un estercolero. En otro momento estaría de acuerdo, pero ahora he cambiado de opinión. Cuántos viejos no van por las calles a la caza de una ocasión apropiada para conversar. Las parejas de amantes se toman sus objetivos ideales, pues están urgidas de contar su amor a los otros y sueltan la lengua a la menor provocación; sin embargo, esta vez no ha habido oportunidad, el tráfico se ha detenido y el conversador se ha quedado sin respuesta ni comentario a sus palabras. La amplia sonrisa de Laura me dice que ella está de acuerdo con el viejo intruso. Cuánto placer le provoca escuchar a un carcamán despotricar contra lo que sea, sus quejas son legítimas, piensa, y además: «¿Por qué los obligan a marcharse de mal humor a la otra vida?».

Elegimos una mesa en la terraza del Salón Luz, un restaurante estrecho con aspecto de taberna alemana. En el interior otros dos viejos mondan con sus metacarpos un salterio electrónico y yo reconozco de inmediato la melodía. En mi mente saltan las palabras: «Voy, por la vereda tropical, la noche plena de quietud, con su perfume de humedad / en la brisa que viene del mar, se oye el rumor de una canción, canción de amor y de piedad / con ella fui noche tras noche hasta el mar, para besar su boca fresca de amor, y me juró quererme más y más, sin olvidar jamás aquella noche junto al mar/ hoy sólo me queda recordar, mis ojos mueren de llorar, y el alma muere de esperar/¿por qué se fue?, tú la dejaste ir, vereda tropical, hazla volver a mí, quiero besar su boca otra vez junto al mar». Qué lejos nos encontramos de una vereda tropical y qué cerca de un desagüe rebosante de porquería, pero no quiero amargarme, la música está fundida en mi memoria y con ella el recuerdo de una madre que, en ocasiones, hacía una tregua y cantaba.

Sobre el hábito de fray Pedro de Gante cae una luz amarilla y artificial que ilumina, además de la escultura de bronce, la terraza cuyas mesas están en plena calle, protegidas apenas por una barandilla endeble.

—El anciano no andaba nada perdido, harían bien en cerrar las calles del Centro, mira qué bien se está así —opina Laura, su vestido

oscuro untado como aceite en la piel me lleva a concentrarme en su cuerpo y, por un instante, vuelvo a sentir sus muslos atléticos y su respiración agitada—. Y o iría más allá, le prohibiría a la gente salir de sus casas, si pudiera hasta les prohibiría respirar.

—Aquí nadie prohíbe, Laura, todo se negocia. Mi opinión es que en México los radicales fracasan, no encuentran en la gente materia prima para fabricar sus bombas.

—Los radicales siempre consiguen algo, por lo menos que los odien.

—He comido varias veces en este lugar, espero que no te decepcione —digo sin sonreír, aún estoy aturdido y jamás me recuperaré. Entre tanto intento ser amable. Detrás de la amabilidad es posible esconder hasta una montaña.

—Está bien, si dices que es bueno lo es, y ya está. La mitad de una buena comida es el agua fría. Eso no pasa en México, debes rogar por un poco de agua y además te la cobran, aborrezco esas jodidas botellitas de plástico, las encuentras en todas partes. Pides agua y te sientes una delincuente, te miran los meseros y piensan: «Esta no trae dinero, sólo viene a ocupar un asiento, que se vuelva a su país». Estoy exagerando, en todos lados es lo mismo, pero bueno, el peor lugar es donde te encuentras.

Las mesas aledañas se ocupan segundos después de que ordenamos al mesero una botella de vino y agua, sobre todo mucha agua. Echo un vistazo a la clientela. Hay de todo, pero llaman mi atención tres jóvenes que beben cerveza y se pelean el pan oscuro untado de mostaza, estudiantes de la Universidad Iberoamericana o del Tecnológico de Monterrey, la barba descuidada y los vaqueros rotos, pero uno solo de sus calcetines vale más que mi saco, carajo, cada moda me cae encima y me sepulta un poco más, pero si Laura está junto a mí me haré el desentendido. Se notan un poco borrachos los estudiantes, las futuras sanguijuelas, sobre todo el pelirrojo de patillas que se solaza husmeando con ojos de hormiga en las mesas contiguas; si yo hubiera podido estudiar en el extranjero, aprender idiomas, ser joven durante mi juventud. Los estudiantes están allí para hacerme sentir como parte de la

servidumbre, si se organizara un partido de fútbol entre los meseros y los clientes yo jugaría del lado de los meseros, y además perderíamos tres a uno. Laura ni siquiera les pone atención. Uno de ellos la observa de manera descarada, ¿así que también son conquistadores? Claro, y sus pantalones rotos valen tres sacos como el mío, tres goles a uno. Sin embargo, la fortuna corre esa noche de mi lado y la mesa que nos separa de los jóvenes halcones se ocupa e impide más contacto visual. La paz.

Palpo de nuevo los billetes en mi bolsillo. Le pediré más dinero al *Boomerang* Riaño, no importa a cambio de qué, le inventaré una historia, me humillaré. He descubierto a un par de delincuentes paseándose por el recibidor del hotel, sé que en las noches se dan movimientos fuera de lo común y que Samuel es un mafioso de poca monta; como si yo no hubiera vivido en medio de esta basura toda mi vida, qué patética me parece la ausencia de clase en los malhechores, pero no se trata de una novela, sino de una realidad que no deja lugar a dudas, los criminales son hienas, no actores italianos, son roedores, no ancianos románticos respetuosos de códigos inventados por guionistas, escritores y demás. Mal hacen los escritores en hacerlos personajes y crearles un aura de misterio. De los criminales sólo deben esperarse vejaciones, gruñidos y violencia, lo otro sería ingrato, exigirles una estética o una causa bella. Y en lo que respecta a Camila, esa mujer no es una mucama, como sí lo es Flora, no trabaja en el hotel nada más para tender camas o lavar escalones: fue policía o madrina. La cuestión es: ¿tiene caso comentar mis descubrimientos con Riaño?

Mis ojos no ven tan lejos como los del *Boomerang*. Sospecho que detrás de Riaño se oculta más de un jefe. Un hombre como Riaño necesita una sombra para volverse real. ¿Drogas?, puede ser; ¿comercio de prostitutas?, es algo secundario; lavado de dinero en un hotel pequeño es una hipótesis absurda, ¿qué más? ¿Secuestros? No, es escandaloso y poco común encerrar a la víctima en un edificio tan céntrico, sin embargo no hay que descartarlo; guardan drogas, es eso, unas pacas de cocaína debajo de la cama, es todo, o pacas de dinero, ¿y para esa nimiedad tanto misterio?

Laura se resiste a mostrarse interesada por mí, ¿para qué? ¿Cuántas horas le durará la sensación de la carne morena entrando en su cuerpo? Si yo durmiera con el pene erecto ella sería más feliz que una princesa, evitaría los movimientos bruscos, el estúpido ir y venir de las caderas, las miradas extasiadas, el tráfico de salivas: el primitivo «mete saca» sería desterrado y en su lugar quedaría la espada enterrada a una piedra de ámbar. Yo permanezco adusto. Si uno habla es porque no sabe lo que dice, no es de otra manera, se habla porque se es un idiota y el lenguaje es la prueba de que nada es lo mismo que nada.

8
Miguel Llorente, el conservador

Wimer ha encontrado un momento de reposo y por primera vez desde su llegada al Distrito Federal ha dormido quince horas seguidas. Su humor es proclive al entusiasmo y el cansancio ha sido desterrado a otra vida. A veces, cuando la fatiga lo vuelve melancólico recuerda los anocheceres de noviembre en Berlín a las cuatro de la tarde, las sádicas heladas de enero, el mal humor de los berlineses en marzo después de siete meses sin sol. «Prefiero el Distrito Federal aunque muera más joven». El vientre de la madre es una gruta gélida y por eso Wimer ríe con tanto furor. Todo le es simpático. Incluso el vendedor de turrones, Miguel Llorente, quien nuevamente se toma su tiempo para hacerse el sabihondo frente al cantinero, su empleado y dos músicos argentinos. Estos músicos han dispuesto en el bar su refugio para descansar de la promoción de su disco; su agente ha acertado, el Isabel es un hotel adecuado para su tranquilidad. Los músicos se acercan al señor de los dulces y lo escuchan atraídos y desencantados a un tiempo. *La Chica* Lomelí no tardará en llegar en busca de Wimer. Qué excitante es cuando una mujer viene a buscarte a tu hotel, no se puede pedir nada más elegante que eso. Stefan ha invertido parte de su tiempo en recorrer la ciudad guiado por su instinto, se ha montado en el metro a horas en que hasta los animales protestarían. Se resiste a tomar fotografías porque el paso de los años vuelve esas imágenes objetos amargos. De su familia conserva un par de imágenes, el resto las vendió a un mercader en el pequeño mercado de pulgas en el Rathaus

Schöneberg: un paquete de sesenta fotografías a cambio de cinco euros. Cuando el comprador le preguntó por qué creía que las imágenes contenían un valor más allá del subjetivo, Wimer respondió que había asesinado a todas esas personas y tarde o temprano la policía ofrecería mucho dinero por ellas. Al mercader no le pareció una historia graciosa, pero de todos modos pagó cinco euros porque tarde o temprano aparecería otro idiota dispuesto a pagar tres veces más y hacerse de una nueva familia.

Wimer se ha cansado de husmear en Santa María la Ribera, Polanco, Tacuba, Roma y demás alrededores. Sabe que no aumentará nada más a su cultura: las pirámides le aterran tanto como la puerta de Brandenburgo o el Reichstag, santuarios de locos, monumentos levantados a costa de millones de columnas vertebrales. Si de elegir se trata, Wimer se inclina por las tabernas donde beben las personas comunes. Lo aborda la nostalgia de un mundo simple: el mundo antes de la dispersión. Las voces en el bar se levantan, no precisamente ávidas de cantar himnos; los oídos abren las puertas a cualquiera y las miradas se enredan entre sí: sucede lo que sucede y nada parece nuevo.

—Lo siento, jóvenes, pero soy un conservador —habla el señor empresario, Miguel Llorente, propietario de varias tiendas de dulces —. Ser un conservador a estas alturas tiene más sentido del que se imaginan. *Conservar* es un verbo que ustedes seguramente aprecian: conservar su apariencia, conservar a las personas amadas, su salud, su dinero. ¿O estoy mintiendo? No, señores, la verdad de mis palabras es evidente.

—Conservar las injusticias y las religiones, esa palabra puede usarse con cualquier intención. Vos militas en la derecha, es otra cosa —habla el bajista de cabellera rubia, porteño. La cerveza en mano, y la voz suave, despojada de ánimos gruñones.

—No, de ninguna manera. No me conoces y me consideras de derecha. Soy conservador, que es diferente a ser de derecha. A mí las vanguardias, el progreso y demás apodos que usa la gente para pasarte por encima no me convencen, muchacho. Si conservar la vida no es el asunto más urgente de los seres humanos, entonces no

he entendido nada.

El señor Llorente porta un saco de tonos ocres, una camisa blanca. Su corbata es como la soga a punto de ser ajustada por un verdugo somnoliento. El cantinero no se preocupa en preguntarle si desea un nuevo trago y cada media hora, aproximadamente, coloca una porción de *whisky* en la barra. Conoce las manías de su cliente y no yerra cuando predice que el empresario sacará su cartera para, orgulloso, mostrar a los jóvenes una imagen de san Judas Tadeo y tres diminutos escapularios.

—Aquí están, miren, no oculto mis creencias, ni mucho menos. Este santo es el más milagroso de todos. ¿En qué estábamos? Conservar no quiere decir mantenemos como estamos, ustedes son artistas, ¿no?, entonces podemos hablar a cierta altura. Se nota su buena educación. Y no me inventen que son del barrio de Boca, apuesto a que estudiaron con jesuitas.

—Soy músico y no sé a qué me dedicaré mañana —apunta el bajista—, yo respeto vírgenes, santos y putas. Lo que me enerva es que en medio de tanta pobreza uno se obstine en conservar las cosas como están. Y con todo respeto, che, si uno viene al mundo no es para soportar injusticias y demás güevadas. Y no importa si vos nacés en Boca o en un árbol en la Recoleta, conservar las injusticias es cosa de boludos.

—¡Yo estoy de acuerdo con eso! —exclama el más joven de todos ellos, apenas rebasa los 20 y viste un overol negro cubierto de pegatinas.

—Y yo también —se suma el empresario—. Si uno lanza frases como la que acabas de pronunciar es para que todos estemos de acuerdo. ¿A quién le alegra la pobreza? Yo me dedico a hacer turrones, dulces que compran pocas personas, no son dulces baratos pues los ingredientes son de buena calidad, pago bien a mis empleados, soy católico y quiero continuar así por el resto de mi vida. Soy un conservador, repito. Y además les invito una ronda de ese líquido que están tomando. Lo primero que debemos hacer es revolucionar nuestros gustos. Lo demás cambiará solo.

—Yo diría lo mismo —responde, no sin soma, el bajista,

echando una ojeada criminal al saco del empresario—. Tengo un tío que hace alfajores, buena persona, che, pero se vio obligado a cerrar su negocio cuando la crisis, el banco no le regresó su plata, sabés, la plata que había ahorrado toda la vida.

—Dame los datos de tu tío, me gustaría exportar mis turrones a Buenos Aires.

—¿Mi tío? Muerto. Ahora vende dulces en el más allá.

—Lo siento. Seguramente se ha ido con una mala impresión del mundo. Y tenía razón. Los bancos antes eran más confiables.

—Unos pelotudos, eso es lo que son.

—Banqueros y dictadores, me los llevaba al infierno a todos —añade el más joven, los dientes apretados como si cavilara para sí mismo. De inmediato vuelve a la calma.

—Los dictadores no son tan malos —espeta de pronto Llorente, sus deseos de discutir crecen, no sólo para consumir el tiempo; ansia mostrar a los jóvenes progresistas que pueden ser tan retrógradas como un católico—. Si respetan las libertades y combaten a los asesinos, ¿qué puede importarme si una persona gobierna cincuenta años? Lo importante es que haga bien su trabajo.

—¿No se lo decía? Usted es más fascista que Mussolini. ¿A qué saben sus turrones? A muerte.

—En México tenemos democracia hace quince años y estamos más jodidos que ningún otro país. ¡Vivan los idiotas! Ese es el grito de batalla de nuestros tiempos, chicos, y no me exalto, es más fácil que los criminales gobiernen en las democracias que en una monarquía. ¿Quieren ejemplos?

—¿Monarquía? Usted se va descarando cada vez más. Ahora va a mostramos la foto del rey.

—¿De san Ignacio de Loyola? No, ésa la tengo en casa.

Conversaciones tan comunes como la anterior se disparan esa noche en el bar del Hotel Isabel. Algo flota en el ambiente, en el aire tibio estacionado en el Centro Histórico, los efectos de una química letal se hacen sentir en el ánimo. Hasta *la Chica* Lomelí alardea ante Wimer de sus épocas de adolescente.

—¿Me ves joven? Ni siquiera en la cárcel envejecí.

—No me importa tu edad, los hombres preocupados por la edad de las mujeres —revira Wimer— son idiotas o son médicos.

—No había entrado antes en este bar, pero conozco al recepcionista, ése ha matado a más de uno. Y aquí está muy calladito, el hipócrita fingió no conocerme cuando lo saludé —susurra *la Chica* Lomelí a los oídos de Wimer.

Sin saberlo, *la Chica* Lomelí ha sentenciado al extranjero. No se hacen esta clase de comentarios a la ligera. ¿De qué le ha servido estar en la cárcel, Lomelí? Ella se arrepiente, pero no a tiempo. Aún así cambia de tema. Yo me dispongo a tomar una última copa antes de arrellanarme en mi habitación y convencerme de que algo parecido a un destino se ha asomado por el cráter maloliente de mi vida actual. Laura ha preferido dormir en su propio cuarto. Tiene miedo de provocar a la noche de esta ciudad, continuar la historia y quedar preñada de esta maldad que se respira desde las piedras más profundas de las pirámides sepultadas: ella no va a abonar con su sangre los escalones del Templo Mayor. La Gibellini comienza sus días a las siete de la mañana y la botella de vino que bebimos en el Salón Luz ha mermado sus fuerzas. En su vagina se concentra una sensación de vacío que asciende a sus axilas y mutila sus brazos.

¿Y *el Boomerang* Riaño? No podía ausentarse de la tertulia, menos ahora, cuando una nube negra viaja desde los reinos del norte para posarse sobre el hotel que él debe vigilar con mirada de coyote. Me hace un guiño. Quiere que lo acompañe en medio de tanto desconocido. No tolera el sonsonete del vendedor de turrones, «¿es español o es maricón?», se pregunta.

—Siéntate, *Artista*, dominas bien los alrededores, ¿eh? —pregunta Riaño cuando me acomodo y hace una seña con el pulgar para que le pongan un último trago bajo su barbilla.

—Pronto me marcharé de este hotel, *Boomerang*, se me acaban las vacaciones.

—¿Cómo has visto a la fauna?

—No puedo ver más de lo que tú mismo ves y sabes.

—Puede ser, la verdad no me interesa tanto lo que ves, sino lo que puedes imaginarte. Tú en realidad eras un escritor, Henestrosa,

por eso no te adaptaste a los periódicos, deben parecerte letrinas.

—¿No tuvimos ya antes esta conversación?

—Y o, en cambio, me la paso bien siendo un segundón, a mí no me importa si el director del periódico me habla a las tres de la mañana y me ordena entrevistar a la puta de tumo con la que se acuesta. Se corren historias sobre tu arrogancia, pero yo respeto el talento, *Artista*. Chingados si no. Ahora, tener huevos y talento, sólo Díaz Mirón.

—No he visto nada conciso. Es evidente que suceden cosas en este hotel, pero lo he estado pensando y mejor no te cuento nada. Sólo hipótesis. En cuanto reúna las piezas te aviso de inmediato, jefe.

—¿Conoces a la mujer que está con el güero? —pregunta Riaño, y yo observo discreto a *la Chica* Lomelí. Sus zapatos rojos son un punto de cruce entre las miradas de los hombres.

—¿Cuántas como ésa? Nunca la había visto. Se parece a lo que hemos sido siempre. Ha estado parada frente a esa barra desde hace cien años. Esa es cómplice o amante de un policía.

—¿Narcos?

—Es lo mismo. Paisanos, ¿quién hace diferencias hoy en día? Pero veo todo bajo control. Cada quien hace su trabajo.

Es mi oportunidad para impresionar al *Boomerang*. Si no lo hago deberé volver a casa y comenzar a planear mis próximos meses de vida. Tengo ciertas ofertas, nada dramático, sólo redactar, escribir los discursos de un funcionario, eso es lo que más me agrada, escribir discursos para que los políticos se muestren y engañen y avancen cubriendo con su labia los pisos. Y nada de remordimientos. El dinero recibido a cambio de un buen discurso me llevará a conocer a otra Laura Gibellini: cada vez que un marrano de éstos suba a la tribuna a leer sus cuartillas, Frank Henestrosa se encontrará de nuevo con una Gibellini.

Y no he calculado mal, *el Boomerang* Riaño se encuentra ahora un tanto desconcertado. Debe tomar el control de nuevo y no permitir que me adueñe de un terreno que no me pertenece.

—No hay nada, los propietarios del hotel son amigos míos y

sospechan de uno que otro malhechor, eso es todo. Si quieres comenzar a sospechar de todos, compra un hotel o un bar. ¿Por qué no te quedas unos días más? No te preocupes por el hospedaje, está cubierto. Y cuando reúnas las piezas de las que hablas me avisas, me cuentas tu historia. Y estamos a mano.

9
Stefan Wimer y *el Nairobi*

Wimer sabe, no en vano ama esta ciudad, que sus tentáculos muy pronto le rodearán el cuello. ¿Acaso es lo que busca el forastero borracho? La aventura no es la eutanasia ni meter la cabeza en una boca de perro, es sobrevivir en la orilla hasta morirse de viejo. Ahora, ¿quién va a explicarle al germano de cabellera dorada y carne blanda, a esta salchicha aventurera, que en el Distrito Federal no va a encontrar el fondo, que la caída es perpetua y que su corazón es necesario para el avance del Sol y para que una horda de alucinados haga las paces con sus sanguinarios dioses? Nadie mejor que *la Chica* Lomelí para mostrarle que no se puede llegar a la otra orilla. La maldad de Wimer es más racional que subterránea y es probable que organice un ejército para dominar el mundo, pero no conoce la malicia que inspira la sangre.

El Nairobi será el primero en saber que su camarada alemán se hace acompañar de escoria y tomará sus previsiones. Y a rezar. Por lo pronto, su negocio de camiones de carga lo hace parecer un hombre dentro de la legalidad, un hombre de negocios honrado y laborioso. Los criminales son los más aptos para levantar empresas en México porque conocen a fondo la corrupción y los funcionarios los respetan, ellos son los únicos verdaderos ciudadanos de nuestro país. En pos de la apariencia, *el Nairobi* ha comprado desde hace meses una casa en la colonia Escandón, un caserón de arquitectura original, ventanales de elegantes postigos, remates coloniales, portón de madera y sótanos. Ha tenido además un detalle que lo pone por

un momento del lado de los buenos: ha respetado la arquitectura de principios del siglo XX. *El Nairobi* se imagina reencarnar en un ministro de don Porfirio, pero este hombre no conoce la historia, más que la hecha por él mismo. A diferencia de *la Señora, el Nairobi* tiene la obligación de equivocarse un par de veces en su vida. Su casa en la colonia Escandón da la impresión de ser, sí, la mansión de un señor. La mancha son esos autos importados que entran y salen del ancho portón de entrada, las camionetas blindadas de sus subordinados, todas las madrinas y lameculos que creen hacerle un servicio al patrón y que merodean la casa con astucia de cernícalos. Demasiado espectáculo el del *Nairobi*. No aprende y se rehúsa a comer sardinas y galletas saladas en una silla de plástico, como su mismo patrón. Los vecinos de la calle Salvador Alvarado sospechan que los narcos han tomado plaza y se resignan, no se puede hacer nada, ¿denunciar? Eso es ridículo, por favor, las patrullas, la policía, se reportan a esta casa de vez en cuando para rendir pleitesía, un par de diputados visitan la casa para cobrar un cheque, ¿denunciar a quién? ¿Al país entero? ¿Cuál país? Todo se pudrió en 1910 cuando comenzó la Revolución. *El Nairobi* visita de vez en cuando su casona de la colonia Escandón, reparte instrucciones y sale caminando por una puerta que desemboca en Patriotismo. ¿Cómo hacen estos ladrones para abrirse camino? Si los frailes construían conventos en las montañas de Guerrero, qué no van a lograr estos hombres en suelo pavimentado, servicios urbanos y la policía a su disposición, una suerte de agustinos en Tierra Caliente. Las analogías pueden seguir y todas son aceptables. ¿El caballero propietario de una casa porfiriana? Alguna película de más ha visto *el Nairobi*. Ya lo pagará: todo a su tiempo.

Un día después *el Boomerang* hace el relato de los acontecimientos recientes. *La Chica* Lomelí ha reconocido plenamente a Samuel y al *Boomerang* Riaño, ha hecho un abstracto y perfecto dibujo de la situación. Es hora de buscar una nueva bóveda.

—Y esa Lomelí, ¿quién es? —se interesa *el Nairobi*.

—Fue traficante, ha estado en la cárcel unos años. Es probable que trabaje para los primos de la Roma, no cambia de rumbo. Se

cree la gran señora, pero es poca cosa. La reconocerás cuando la veas por su cicatriz en el cuello —dice Riaño, satisfecho de servir a su jefe.

—Pinche güero, ¿y de dónde carajos fue a sacar a esa loba?

—Samuel dice que la Lomelí estuvo cinco años en la cárcel por asesinato. Conoció a Camila en la cárcel.

—Si se vuelve a parar por allí, que se la chingue Samuel. Y vete buscando otro hotelito. Ya comienzo a contar los muertos.

—¿Qué zona le gusta, patrón?

—No quería salirme del Centro, la protección, ya sabes… para lo que nos sirve la puta protección de Gaxiola. Me había gustado un lugar en Belisario Domínguez, lo malo es que allí duerme mucha prostituta, no es conveniente. Búscate uno cerca de la embajada americana. Para ver a los gringos desde la ventana.

—A tus órdenes, *Nairobi*. ¿Y el pinche alemán?

—Nada, ¿cómo crees?, a ése yo lo pongo en paz. Es buena persona y es extranjero. Debemos tratarlo bien, ¿o qué? Lo matas y los periódicos comienzan a joder.

10
Gloria Manson: comprar el futuro

Gloria Manson está sentada hojeando un periódico mientras le lustran sus botas de tacón. El bolero no se ofende porque esas piernas desnudas se postren cínicas, así, nada más, a unos centímetros de su rostro. El gana dinero para dar de comer a sus hijos y procura que su mirada no se escape más allá de las rodillas que rozan el borde de las botas. Pero la presencia es en sí perturbadora. La silla cubierta con un alero en la que se sientan sus clientes reposa en Isabel la Católica cerca del hotel del mismo nombre: todo por esos rumbos lleva el nombre de la antigua monarca de Castilla. Gabriel Sandler pasa junto a Gloria y sonríe, él está un tanto aturdido a causa de las sustancias que ha consumido y se dirige a la vinatería con el fin de comprar una botella de vino. Gloria le devuelve la sonrisa y añade a ésta un guiño de ojos. La fidelidad, qué absurdo enredo, la Manson intenta comprobar que todavía atrae a un joven hermoso como le parece que es el artista Sandler. Ella venera a Davison pese a dar su cuerpo a otro hombre que, haciendo sumas honestas, podría ser su hijo. Son sólo quince años de diferencia, pero ir a la cama con un hijo reviste cierta incontrolable obligación psicológica para algunas mujeres maduras. Sandler recibe el mensaje y ofrece abiertamente: «Voy a la vinatería, ¿deseas un encargo?». «¿Qué vas a comprar?». «Vino blanco, es sólo un antojo, hace calor».

Es el momento preciso para una aventura: su prima Sofía se ha marchado a conseguir más provisiones. Davison no sale de su cuarto

ni permite que la recamarera haga el aseo. Los hombres tienen derecho a un colofón, a un epitafio redentor, a un papel extraordinario cuando la vida parece rodar cuesta abajo. Es posible, ¿pero existe un estúpido que crea en estas palabras?

Cuando Davison más compungido se muestra, Gloria Manson se complace en poner señales luminosas que invitan a su entrepierna. Es como si ciertas mujeres olfatearan la cobardía, la detestaran e hicieran lo necesario para pasar encima de los hombres a quienes aman sólo porque ellos han demostrado su cobardía. Y Davison no va a aprender la lección ni va a enterarse de nada, a unos metros de su habitación, a unos cuantos muros de distancia, su mujer va a fornicar con el joven Sandler. Si se enterara lo agradecería, él es un hombre bueno y generoso. «Un hombre no puede serlo todo para una mujer, ¿desde cuándo ha sido así?», se pregunta la Manson sin ponerlo en palabras: lo acepta y desea encamar el todo más la diferencia, y la diferencia es acariciar un nuevo pene antes de hacerse vieja, dejarse montar y rogar que no acabe nunca: nada más. La misma estúpida cantaleta: ¡el tiempo, viene el tiempo y las ovejas corren a esconderse! Ella misma se desconoce, la Manson, quisiera detenerse, pensar y volver a su habitación. Davison ha extraviado la sonrisa después de la cita con su agente Tomás Gómez. Está triste el rey de la ropa interior, el simpático héroe de los cien comerciales. Gloria va a castigarlo, su maestra de primaria va a propinarle duras palmadas en la nuca por distraerse en clase.

—¿Quieres champaña? A mí no me molesta, mi prima se fue de compras y volverá en la noche —la pregunta la hace Sandler, él sabe cómo poner las cosas en su lugar, ¿no?, pueden preguntárselo a todos los curadores y coleccionistas del mundo.

El bolero ansia volver el rostro y echar un vistazo al dueño de esa voz delgada y arrogante, pero debe mantenerse postrado. «¿A quién pertenecerán estas botas?», se pregunta, «a una actriz, ¿o a una modelo?, yo he visto esa cara antes en la televisión».

—No me gusta la champaña, sino un *whisky* llamado «la discreción», ¿lo conoces? En una hora puedo equivocarme de

habitación, soy distraída, claro, sólo si la puerta está abierta.

El bolero no escucha, prefiere subir un poco más la mirada y descubrir la cenefa de las pantaletas blancas, un instante nada más y la memoria dormirá satisfecha. Gabriel sigue hacia la vinatería ubicada en Uruguay y Bolívar. Frente al mostrador pide dos botellas de vino blanco y un *whisky* Etiqueta Negra. Y de la nada aparecen los brazos de su prima y rodean su cintura. Sofía lo ha seguido y su palidez resalta en la penumbra del local que carece de buena luz. Han acumulado varios días de encierro y ella le comunica que va a comprarse ropa y un poco más de «futuro». No va a narrarle a su primo que una de las recamareras del hotel le ha recomendado a un nuevo proveedor. No tiene caso hacerlo rabiar. Todo en secreto. *El Internet* dejó instrucciones antes de marcharse a vivir fuera de la ciudad. Le pidió a Camila que se hiciera cargo de los asuntos relacionados con *eso*. Buen tipo, *el Internet*. Hoy en día nadie puede desconfiar de un tipo al que apodan *el Internet*, deduce Sofía. Hoy se le antoja fumar piedra a la compañera del artista Gavrilo. Desea un poco más de acción y Camila le ha sugerido en qué lugar comprarla, ¿de dónde ha salido esta tal Camila, amiga del *Internet*? ¿Por qué es tan amable y parece conocer a la perfección sus deseos?, se pregunta Sofía. Al diablo con las respuestas, las mujeres se entienden entre sí, se cuidan, como en el baño, como cuando una mancha de menstruación moja su falda o pantalón y de inmediato son alertadas por otras mujeres a quienes les aterraría vivir la misma experiencia. «Pregunta por *el Conejo*, en esta dirección. Te van a tratar como a la reina que eres», eso le ha dicho Camila.

—¿Comprar ropa? —se extraña Gabriel—. Si esperas a mañana yo la escogeré por ti. Tú no tienes idea de cómo vestirte.

—¿Vestida por Gabriel Sandler? ¿En cuál museo vas a exponerme? Está bien, tú te encargarás de mi ropa y yo de lo demás, ¿entendiste, primo? —le dice Sofía al oído, juguetona. Nadie la detendrá en su camino hacia Tepito donde volverá, se imagina, pertrechada con dos buenas piedras y quizás algo más.

—¿Cuánto tiempo tardarás? —pregunta Sandler, el artista a quien todo le cae del cielo—. Pensé que habías ido a tu casa a traer

un poco de ropa.

—Vuelvo en dos o tres horas, guárdame un poco de *whisky*, y yo traeré un obsequio para ti, mi vida.

—¿Mi vida? De dónde sacas esas pinches expresiones, puta escuincla. Hablas como señora.

—Ya lo veremos.

11
La huida

Los propietarios del hotel no viven en Mexico y las cuentas se las hace llegar un despacho de administración dirigido por un abogado que ve al Hotel Isabel como una cosa curiosa, ¿cómo puede funcionar así de bien con tan poca gente a su servicio?, se pregunta este abogado. Dos recepcionistas, tres recamareras, un plomero haciendo las veces de botones, empleados ocasionales. Cuando se nombró a un gerente éste no hizo más que complicar el asunto, e incluso desapareció de manera misteriosa. Buena parte de las habitaciones se halla cerrada, pero abrirlas supondría una inversión, más empleados, más mucamas y nada de esto es garantía de buen negocio. El restaurante y el bar se alquilan a particulares, Pablo Paolo rinde cuentas a Samuel, Samuel rinde cuentas al señor apoderado, el señor apoderado rinde cuentas a los señores propietarios de quienes se sabe son una pareja de ancianos catalanes que nadie conoce personalmente.

Cuando los huéspedes no son suficientes, Samuel aumenta un poco las ganancias reales con el propósito de no despertar resquemores. En una época de consorcios transnacionales, de cadenas hoteleras y sucursales inteligentes, el modesto Hotel Isabel da cien veces más de lo que se invierte en su mantenimiento. Carece de ese aire decadente que induce a la melancolía, pero al menos sus piedras han nacido del suelo y su estilo colonial revela que no es un intruso en el centro de la ciudad. Y, sin embargo, vive una de sus peores épocas, pues *el Nairobi*, Riaño y demás huestes han cerrado

un piso para almacenar dinero y un número discreto de armas. Nadie sospecharía que el hotel funciona como un banco vigilado por una decena de ojos experimentados y escoltado por tres pistoleros obedientes. Esta situación provoca una turbia atmósfera que conforme pasan los días se vuelve más opresiva. Es algo que he descubierto sin esforzarme. Está todo a la vista de la imaginación. Los extranjeros duermen en sus habitaciones y no perciben la maldad porque, supongo, no han viajado a esta ciudad a sufrir, sino a vivir aventuras y a ser más felices y sabios que antes. Por lo tanto sus sentidos se orientan hacia el placer y restan atención a la fealdad que supura desde lo subterráneo.

Y a mí qué me importa cómo funciona este montón de piedras. Lo que intento ocultar es el hecho de que me he quedado solo una vez más. No se puede ir contra lo que uno es y si Laura ha decidido marcharse es porque no ha encontrado en mí nada atractivo. Quiero decir, nada que le despierte dudas o misterio. Lo que yo soy es justamente lo que ella no desea. Y todas las elucubraciones eróticas que he fabricado en mi soledad después de que Laura se marchara de mi habitación se han desvanecido en un instante. Me he convertido en el cerdo de siempre. Ni siquiera puedo alegrarme de ser materia vacía, una oquedad, porque mi barriga crece y la conciencia del *no haber sido* también, y cuando veo a una mujer no puedo dejar de inventar malas historias y aún me gusta comer y beber coñac.

Gibellini se ha levantado muy temprano. Ordenó su equipaje y pagó la cuenta a un azorado Pablo Paolo que se atrevió a preguntarle el motivo de su repentina partida.

—He tenido suficiente, buscaré ahora un lugar más retirado —dice Laura. Las palabras del recepcionista retrasan la partida de Gibellini.

—Volverás. Los huéspedes extranjeros vuelven siempre, o vienen sus amigos y me dicen: «Hola, soy amigo de Wolfang, él nos aconsejó venir a este hotel», detesto fingir y no puedo decirles: «No sé quién es Wolfang», no puedo, entonces les digo: «Claro, Wolfang ha sido uno de nuestros huéspedes más queridos, se la pasó bien

aquí, cuando lo vean denle un abrazo de nuestra parte». Y ellos se ponen felices porque se sienten en casa. Llegar de un país lejano y sentirse en casa, poca cosa no es. Y las mentiras valen oro si hacen sentir bien a las personas.

—Es bueno saberlo, ya enviaré a alguna amiga para que le mientas diciéndole que te acuerdas bien de mí.

—Son mentiras piadosas, y además me acuerdo casi de todos, cuando viene una mujer sola y habla español como tú no tiene pierde. Pueden decir: «Vengo de parte de Laura Gibellini», y sabré de quién se trata. Cada persona es única y el cerebro está hecho para reconocer a miles de millones de personas únicas. Sólo hay que ejercitarlo.

—¿Les harás un descuento a mis amigos? Si no, ¿qué caso tiene sugerirles este hotel?

—El hotel es muy barato, la cuestión no es económica. Es sentirse como en familia.

—¿En familia? Lo mismo te dicen las grandes cadenas de hoteles, ¿no te jode?

—Tienes razón, pero aquí es verdad.

—¿Y dejarías que fumaran hachís en el cuarto?

—Sí, mientras no hagan escándalo. ¿Puedo hacerte una pregunta? Es un poco íntima.

El rostro de Laura se contrae. Se toma un gato dispuesto a repeler un ataque, pero reconsidera de súbito, ¿qué más le espera? Cualquier cosa carece de importancia. Se encuentra a unos metros de la puerta y nadie la detendrá.

—Sí, pero no quiero una conversación. Debo irme.

—¿No vas a despedirte del señor Henestrosa?

—Despídeme por favor de todos los huéspedes, incluido el señor Henestrosa.

—Estoy seguro de que él ha alargado su estancia en el hotel sólo por tu causa. Conozco bien el síndrome de simpatía entre huéspedes. Está relacionado con el número de habitación y el mes del año, pero no me he puesto a investigar eso a profundidad. ¿Quieres dejarme un teléfono o una dirección a donde puedan

encontrarte?

—Si deseara comunicarme con Frank te llamaré, pero no dejaré ningún dato. Mi correo electrónico se me ha olvidado. Mi celular no funciona en México. Quiero decir, todo lo he olvidado a propósito. Despídeme, bueno, te dejaré mi dirección en Cádiz y en Madrid, aunque dudo que este hombre quiera salir más allá del Centro. ¿Puedes hacerme el favor de entregársela?

—Cuenta con eso.

—Y te devuelvo la pregunta íntima, ¿puedo hacerlo? —dijo la Gibellini ajustando las correas de su mochila de espalda y tomando su bolsa con la mano izquierda.

—Por supuesto, señorita Gibellini.

—¿Desde hace cuánto tiempo eres maricón?

12
Muerte de Sofía Sandler

—Si te portas mal, cabrón escuincle, los Santos Reyes no van a traerte nada.

—¡Ñaaa! ¡Ñaaa!

Sofía camina por las calles de Jesús Carranza, en el barrio de Tepito, su belleza no pasa inadvertida y su aura de víctima rodea su andar seguro y precavido. Lleva consigo un nombre y una dirección. La tarjeta se la ha entregado la propia Camila, un pase a una de las más exclusivas tiendas de narcóticos de la zona, un picadero donde encontrará amigos que la comprendan y le ofrezcan mercancía adecuada. La tienda es una casa medio derruida de dos pisos que aún conserva costras de pintura color pistache, el resto son ladrillos y un par de ventanales con varios cristales rotos. A Sofía le parece cruel que una madre amenace a su hija con la ausencia de los Reyes Magos y por un momento se halla tentada a intervenir en plena calle.

—Y si no me ayudas tampoco a ti van a traerte nada, pendeja —vuelve a amenazar la madre, pero esta vez a una niña de siete años que jala de la mano al crío dos años menor que ella. Ambos intentan seguir el paso apresurado de la madre. Harta de su vida, de sus hijos, de los olores a solvente, la madre simula echarse a correr y abandonarlos.

—¡Ñaaa! ¡Ñaaa!

—Tú ni siquiera conoces a los Reyes, ellos sólo hablan con niños —se atreve a decir la hija mayor, acostumbrada a los desplantes de la

madre.

—¿Quieres apostar a que si yo quiero no van a traerte ni madres?

—¡Ñaaa! ¡Ñaaa!

A unos metros de la casa buscada se detiene una camioneta de buen tamaño. En ambos costados luce un anuncio colosal: «Porque tú lo mereces hemos decidido regalarte un auto. Hay un Chevy para ti y una oportunidad para todos». A Sofía le repugna ese tipo de publicidad. Se pregunta si no existen leyes que obliguen a estos idiotas a cumplir su palabra. No engañan a nadie, sólo hacen más triste la pobreza. Esta idea le viene de su padre, un arquitecto e intelectual de cultivada reputación, un hombre de izquierda, famoso, laureado por todas las universidades importantes en el mundo, casado varias veces, una de ellas con la madre de Sofía, judía millonaria, hermosa, tía del artista Gabriel Sandler.

Sofía es recibida por un tipo de omóplatos caídos que bien podía ser un adolescente, es mudo y sus ojos se encienden cuando abre la puerta y se encuentra con la espigada figura de Sofía. Anda, cabrón mudo, a ver si no recobras las palabras después de esta aparición. Ella sonríe y le entrega la tarjeta que el mudo husmea como si fuera un mendrugo de pan y él un perro hambriento, la mira, la acerca a su nariz para oler en la tarjeta de presentación el perfume de Sofía. Después de la inspección hace una reverencia y abre la puerta más de lo necesario para que la traspase ese cuerpo menudo, unos huesos que podrían caber por las grietas de una ventana. Sofía avanza sorteando algunas botellas y bolsas de papas fritas, atraviesa un angosto solar y pasa a un cuarto más amplio donde duermen abrazadas dos mujeres. No desea hacer mido pero sus tacones, aunque cortos, no cesan de anunciarse a cada paso. Otra puerta se abre y dentro una pareja mira la televisión; ella tiene cerca de 40 años, pero da la impresión de ser una anciana compungida; él es más joven, moreno y viste bermudas y sandalias de cuero bastante maltratadas.

El mudo entrega la tarjeta a la vieja prematura, pero ellos ya la están esperando, saben quién es, una recomendada de Camila, un muerto, más problemas, basura que comienza a acumularse quién

sabe dónde y que ellos deben desaparecer. La invitan a sentarse, son amables, vaya, no se ve basura blanca todos los días por esos lares, basura blanca precipitándose por los albañales mestizos, ¿qué es lo que quiere la reina? ¿Qué va a querer la princesa? ¿Qué es lo que quiere la niña fresa? Piedras, ¿piedras?, bueno, eso es una sorpresa. La mujer que se dice a sí misma Silvia, «soy Silvia, para servirte, *el Conejo* no está, pero yo te atiendo, mijita», se ausenta unos segundos y vuelve con una caja de zapatos Diésel, es bonita la caja, y dentro hay un montón de sobres transparentes, toma uno y extrae una piedra amarillenta, la cual coloca sobre una pipa corta. Todos los aperos ya sobre la mesa y pregunta, «¿quieres un trago?», «no», dice Sofía, pero en realidad sí quiere, «¿qué me ofreces?», añade, no vayan a pensar que tiene miedo, que está impresionada, va colocada y sus ojos no son tan quisquillosos, «tequila para que no duela», dice el hombre joven que ha dejado de mirar la televisión para concentrarse en la invitada, el mudo se ha sentado en un rincón y también mira a Sofía. Para calentar la piedra, Silvia usa una varilla en cuya extremidad arde una estopa. Cuando la estopa languidece la sumerge de nuevo en un frasco de alcohol. Fuman mientras pasa el tiempo que ya no se mide en horas, Sofía camina dentro de sí misma hacia una meseta de arena tibia, Gabriel Sandler, su primo, está montado en una tanqueta militar en uno de cuyos costados dice: «Te regalo un Chevy si me mamas el pito». Después sobrevienen los famosos diálogos entrecortados, consecuencia de volver a la vida varias veces.

—Mi papá es un chingón.

—Los judíos van a comprar Tepito. A comprarte pito.

—¿Qué le hiciste a la Camila?

—¿Por qué los pobres creen que cogen mejor que los ricos?

—Están pero bien pendejos.

—¡Ñaaa! ¡Ñaaa!

—Esas viejas, en el otro cuarto, están allí hace tres días, sólo se levantan por más piedras.

—El tequila, prende el mechero con tequila.

—Vamos a picamos, al fin que ya somos amigos.

—¡Despierten a esas putas viejas, si aquí no es hotel!

—Pinche mudo, ¿qué miras?

—Si no habla por lo menos deja que mire.

—Pinche mudo, quién sabe qué habrás visto para cerrar el hocico para siempre. ¿A tu mamá cogiendo? Ya me la sé. —¿Cómo puedo irme a mi casa?

—¿Tú primo es artista? ¿En que canal sale?

—¡Naaa! ¡Naaa!

—Si te portas mal, cabrón escuincle, los Reyes no van a traerte nada.

—¡Ñaaa! ¡Ñaaa!

Gabriel Sandler abre los ojos en la madrugada, desde su habitación se escucha una especie de rumor hambriento. Su prima no ha vuelto a su lado. El hotel es un cementerio, lo comprueba cuando va a la recepción en busca de una señal y no encuentra a un solo ser vivo. Son las cinco de la mañana. Vuelve a su cuarto, meditabundo. El ridículo exilio ha terminado, es hora de volver a la vida del arte, a la sombra de su genealogía. Está decidido. Dormirá unas horas más antes de tomar de nuevo las riendas de su futuro. Su piel tiene el color de una papa recién pelada. El dinero se ha esfumado y la cruda lo hace sentirse un tanto humilde. La humildad no es asunto de Sandler porque un artista humilde es un hipócrita, una escoria política, un moco, de hecho Sandler es capaz de arrojar una cascada de improperios a quienes osan molestarlo, sin parar, como una ametralladora; es una habilidad que le viene de su madre y cuando comienza no logra detenerse, a una bala sigue la cascada de plomo, y así, hasta sepultar a «los imbéciles». No puede quejarse: el patán de su dios lo ha bendecido otorgándole el estimulante don del insulto.

Sofía ha abandonado el barco, especula Sandler, no importa, lo ha soportado demasiado, simplemente ella se ha hartado de vivir en un hotelito sin clase, ausente de las comodidades a las que se halla acostumbrada. Se ha marchado, pero no importa porque de todas maneras se harán viejos juntos, piensa él por primera vez, «quiero ser

viejo y mantener a Sofía a mi lado, y no quiero ser sabio, ¿qué se espera de los viejos? Que sean sabios, como de las mujeres se espera que abran las piernas. Un viejo sabio es peor que un artista humilde, peor que una almorrana, vómito de cerdo, diarrea amarilla, culo desecado». Sí, los insultos no logran atisbar un límite, pero lo harán pronto cuando varios días después Gabriel Sandler se entere de que su prima ha sido encontrada muerta sobre una acera de la calle Jesús Carranza, muerta, amoratada, tendida en el tradicional barrio de Tepito. Mientras la noticia va en camino, el artista Sandler intenta conciliar el sueño, a su edad aún es posible, la eternidad disfrazada de insomnio tardará unos años en hacerse presente. Lejos está de imaginarse que un día después a la misma hora estará velando un cadáver. Cierra los ojos, se recuesta en la cama de madera tantas veces barnizada, y duerme.

13
Adiós a Stefan Wimer

La Señora ha dispuesto del mundo tal como si fuera a morirse de un día a otro. Ha decidido restar al *Nairobi* una buena parte del poder absoluto que ostenta desde hace más de una década. Para ello no debe hacer nada sino acudir a su familia, al criadero de cerdos, ¿cuántos delincuentes en Tepito poseen lazos sanguíneos con *la Señora*? Decenas. Él sólo debe escucharlos, sopesarlos, ponerlos a prueba y siempre habrá uno que tome el mando de modo natural, así ha sido y será siempre en estas cuestiones de la guerra y los negocios. Entre los familiares uno o dos poseen estudios y han comido bellotas, pero eso no los hará elegibles. *El Nairobi* continúa al mando mientras tres personas más se fortalecen en la incubadora a la espera de tomar su sitio, y entonces *el Nairobi* sabrá que nunca se marcha solo hacia la muerte. El Hotel Isabel dejará de ser la caja de valores, vendrán nuevos métodos de acumulación y en breve todo será parte del pasado.

—Vas a necesitar de los jóvenes —dice *la Señora*—, muchos jóvenes para que se mueran antes que tú.

—Así estamos bien, empezamos a crecer y nos jodimos. Creo que lo sabes, pero llegaron un par de cabrones que quieren mandar aquí. Son del norte. Tienen buenas armas y padrinos. Nos van a tratar de chingar, nada nuevo.

—Se habían tardado en llegar.

—Gaxiola los mantiene bajo control, pero cada vez me 262 — pide más dinero. Hay que matar a unos cuantos para que las cosas

marchen como debe ser. Gaxiola me da los nombres y nosotros los ponemos en paz.

—No, es mejor que ellos ataquen primero. Déjalos, a quien debes cuidar es a nuestra gente, al primer traidor báñalo en ácido.

—Sí, claro, el puto Gaxiola cree que somos sus matones. En una de ésas lo enterramos a él primero.

Están ambos en la vecindad, *la Señora* en su sillón destartalado, *el Nairobi* caminando de un lado a otro de la estancia. No está nervioso, pero cree que así se piensa más nítidamente. Las ideas deben moverse, no de manera abstracta, sino concreta, pasear la cabeza de un lugar a otro. Por un momento piensa en Stefan Werner, con quien ha conversado el día anterior. Lo envidia. Stefan tomará un avión dentro de unas cuantas horas. La policía no va tras sus pasos. Conocerá nuevas ciudades, se casará con una alemana hermosa, de piernas largas y torneadas, y el día que se le antoje volverá a México para presumir a sus amigos y hacerse el macho. «Qué suerte tiene este jodido güero». A su cabeza en movimiento vienen fragmentos de la conversación sostenida con Wimer en el León de Oro, una cantina a dos cuadras de sus oficinas en la colonia Escandón.

El Nairobi marcó desde temprano a la habitación de Wimer en el Hotel Isabel y lo citó en el León de Oro, «la despedida, güero, un par de tragos y nada más, pasa a mi oficina y caminamos hasta la cantina, yo invito». No quería dejar pasar la oportunidad de demostrarle al forastero que había tratado con un «señor», un hombre con propiedades y empleados, un poderoso. Los lacayos del *Nairobi* se mostraron bastante sorprendidos al atisbar a ese hombre rubio, Stefan, cuerpo de grúa, buscando al tlatoani y preguntando: «¿Alguien por aquí conoce al señor *Nairobi*?». Así se han puesto las cosas. Y ya en la cantina *el Nairobi* no cesó un minuto de mostrar su actitud de superior, de presumir que él no sólo domina en sus alrededores, sino que recibe embajadores de todas partes del planeta. Y ya acomodados en una mesa de buena madera y patas equilibradas le preguntó:

—Wimer, ¿cómo andas con viejas tan mugres? *La Chica* Lomelí,

¿de dónde fuiste a sacar a esa bestia?

—En el Bull Penn. Tienes razón, es un poco oscura, lo sé, pero no le ha ido bien. Se parece a una hermana de mi padre. La familia me persigue, eso está pasando —bromeaba Wimer luego de advertir el reproche en las palabras de su compañero de mesa—, ¿es tu enemiga?

—Yo no tengo enemigos, si los tuviera no podría vivir tranquilo. Mi padre decía la misma cosa hasta que un día lo mataron. Si pudiera elegir preferiría no conocer a quienes quieren eliminarte, difícil, lo sé, pero sería bueno. Que hagan su trabajo sin avisarte, ¿no?

—La única manera de no tener enemigos es no tener amigos —dijo Wimer, recitando su moraleja—. Qué cantina tan grande, podría ser un Bier Garten. ¿Por qué nadie usa bicicleta en México?

—Es peligroso. Habría muchos accidentes. Deberíamos movemos en camiones de carga. ¿Tú usas bicicleta en tu ciudad?

—Sí, me siento más Ubre que subiéndome en tranvía o conduciendo un automóvil.

—¿Y entonces por qué estás tan gordo? —*el Nairobi* celebró su propia broma descargando una risotada en el aire y propinando una palmada en la mesa.

—Es para darle estabilidad a la bicicleta. *La Chica* dice que el Hotel Isabel es una cueva de ladrones. A mí no me lo parece, ¿tú sabes algo? —preguntó Wimer en su afán de continuar conversando.

—Aparte de ti no conozco a otro delincuente.

—Es paranoia de la Lomelí. Presume haber estado en la cárcel, más bien está loca.

—Allí se debió quedar. Si una persona puede pasarse encerrada un año o más sin suicidarse no tiene para qué salir, ¿para qué, si ya encontró su lugar? Nadie los quiere chingando acá afuera. Si a mí me encierran, me escapo o me suicido —afirmó *el Nairobi* de modo contundente. Sus palabras son sorprendentes, pero nadie debe fiarse, lo único que desea este asqueroso e inmundo ser es no sufrir a la competencia. ¿Cuántas horas más va a seguir con vida *la Chica* Lomelí? «Hay que devolverla a un espacio cerrado, ¿qué tal a un

cajón de muertos?», pensó *el Nairobi*. Mientras tanto siguió haciéndose el moralista:

—Hay varios tipos de cárceles, la más confortable es donde te dan de comer tres veces al día y nadie te quiere fuera de las rejas. Es una manera de ser importante, estar vivo y ser odiado. Aquí afuera es más peligroso. Así como están las cosas, si quieres progresar tienes que chingar a los otros, no hay manera. No sé cómo será en Alemania, pero debe ser lo mismo —*el Nairobi* hablaba mientras miraba a una pareja de ancianos beber ron en una mesa a varios metros de distancia. Deseaba que Wimer lo escuchara y se llevara lejos sus palabras, sus confesiones, ¿desde cuándo especula *el Nairobi*? Se liberó poniendo sus palabras en el vagón de ese tren alemán a punto de partir.

Stefan se marcha porque su amado Distrito Federal comienza a volverse real. Si permaneciera unas semanas más en la ciudad las nubes se disiparían y sus ojos descubrirían la primera mancha. Y después el cáncer y el sufrimiento, la decepción como una sombra detrás de todos los símbolos. Así sucede con el cuerpo humano y es así con el cuerpo de las ciudades, la gravedad afecta piedras y huesos; la sangre y el agua corren buscando una salida. Lo sabemos, ¿y qué?, saberlo no impide el movimiento, y para Stefan las explicaciones son invenciones, él vive en una taberna donde las prostitutas beben a la par de los soldados y los artistas, y los colores son también personas, y el piso carece de alfombras mullidas; bajo las pisadas de un hombre siempre habrá un insecto, un animal que muere, ¿qué no escuchan el llanto de los sapos? A Stefan le produce placer caminar y cree que la libertad se expresa cuando mueve los pies a su propio antojo. La libertad no está en subir tonterías a la red o tener una página virtual para que miles de idiotas vean sus pómulos rojos como cerezas hinchadas: ¡la cara de Stefan! Lo que él intenta es desnudarse en medio de una plaza pública y enfrentarse a la policía. Es un romántico que ama la enfermedad mientras no sea estúpida, es decir real. Y en cuanto todo se contamina de imbecilidad lo más

cuerdo es partir, ¿adónde? ¡Eso no importa! El movimiento es el vehículo de una sana enfermedad: en un segundo la vida entera se precipita, una alucinación, y el sufrimiento que viene después, la cruda, es la estela del cometa, la sangre que deja un cuerpo vivo cuando no quiere morir.

—¿Y qué más te cuenta la Lomelí?

—Nada, dice que a ella lo que verdaderamente le gusta es la pintura. En su juventud quiso ser artista. Me dice: «Así como me ves yo también soy artista». Déjame decirte una cosa, *Nairobi*, no todos los rubios somos artistas, yo soy un borracho que poda jardines en Berlín como un esclavo para después tomarse unas buenas vacaciones en México. Eso le dije: «Soy un jardinero, ¿no han conocido un jardinero alemán? Bueno, pues aquí tienes uno». La mujer no me creía: «Tú lo que eres es un morboso», me dijo.

—Qué va a saber de jardines esa pinche gata. Si conoce uno es porque la fueron a tirar entre las plantas.

—No la quieres, ¿qué te hizo?

—Nada, ni siquiera la conozco. Es una más…

—A mí me pasa al revés, cuando bebo mucho comienzo a creer que todas las caras me son conocidas. Los muertos se aprovechan y vienen a saludarme. Se llenan las butacas.

—Pinche alemán, baboso, eso aquí se llama «alucinar».

El Nairobi escucha aún la voz de Wimer mientras contempla el rostro avinagrado de *la Señora*, el jefe máximo, el oráculo. Pronto *el Nairobi* compartirá el cetro con los más jóvenes, ¿qué le importa? Si *la Señora* ha decidido que reparta poderes, lo hará. Sabe obedecer, sobre todo sabe a quién obedecer y eso lo lleva a sentirse ligero y aliviado.

—¿Te acuerdas del alemán que vino una vez a visitarte sin mi permiso? —pregunta *el Nairobi*. Está cansado de hablar de negocios.

—Tú lo trajiste —responde la voz seca de *la Señora*.

—Olvídalo.

—¿Qué pasa? ¿Te lo cogiste o qué?

—Estuve a punto de matarlo, pero me arrepentí, después se fue de viaje, como si sospechara. Ahora somos amigos y me espera en

Berlín.

—¿En Berlín?, ¿qué putas es eso?

—Una ciudad, en Alemania.

—Pinches maricones —dice *la Señora*, juguetón. Le despierta ternura la inocencia del *Nairobi*.

—Un día mando a la verga todos los negocios y me voy de viaje a Alemania. ¿Cómo crees que no?

—Marica.

14
Un puerco en el funeral

El funeral se nota concurrido y el silencio que prevalece en la sala aterraría hasta a un conejo. El padre de Sofía es acompañado por un conjunto de personajes famosos, políticos, artistas y la familia, ¡ah, la puta e inoportuna familia! No se sabe cuándo comenzará a arder y a arrasar con todo lo que los hombres logran acumular por sí mismos como individuos. La hija muerta, no lo esperaba el arquitecto, compositor, un artista del Renacimiento, en suma. Sus diseños no fueron lo suficientemente perspicaces para adelantarse a la desgracia, ¿y entonces para qué sirve la imaginación? ¿No tendría que ser el arte el encargado de anunciar los cautelosos movimientos de la muerte? Gabriel Sandler observa a su tío desde un rincón: los artistas y escritores han sido superados, ni duda cabe, el arte no los hace superiores, y la tristeza que acosa a Sandler no encuentra desembocadura, nadie se acerca a consolarlo, se rumora que él ha sido en buena medida culpable de lo sucedido, sus excentricidades condujeron a Sofía por un camino extraviado; hasta su propia madre lo trata con recelo. Si su abuelo viviera lo comprendería, sabría que las almas nobles e inocentes como la de Sofía no tienen cabida en un mundo inmoral. Sandler sufre tanto que se ha enredado la lengua y fija sus ojos anémicos en la caja mortuoria; no se aproximará al costoso féretro. El velorio, en un principio discreto, va colmándose gradualmente de personas que insisten en ofrecer sus condolencias al padre de Sofía Sandler.

Lo que más sorprende a los visitantes de la sala cinco de los

Funerales Gayosso es que Gavrilo se haga acompañar por un pequeño cerdo rosado, un animalito de movimientos tímidos que permanece quieto a los pies de su propietario, un cerdo dócil, bello hasta donde puede serlo un puerco. La bestia porta alrededor del culo un pañal, una manta blanca, sin mácula, propia para una reunión entre humanos. Los empleados de la funeraria se negaron en un principio a permitirle la entrada, pero a petición del padre de Sofía han reculado en sus exigencias, no comprenden cómo alguien puede presentarse así en unas pompas fúnebres; nunca había sucedido; el reglamento no dice nada preciso al respecto de los cerdos, aunque ha habido casos de perros, gatos e incluso estolas de astracán.

El joven artista se mantiene estático en un rincón al lado de su acompañante, un fauno y su jabalí, una escultura pálida, absorta en sus propias sinrazones, la secretaria de Educación lo observa discreta. La madre de Gabriel no cruza una mirada con él, su padre respira cómodo, después de todo el hijo ha vuelto y su ausencia ha servido para comprenderlo; qué orgullosa habría estado Sofía de asistir a su propio funeral, su admirado primo, el artista Sandler, ha hecho una de las suyas y se ha presentado con un cerdo a la ceremonia, «todo lo que tú tocas es arte, Gabriel», le habría dicho su prima, pero él no desea acercarse al ataúd en el que Sofía yace hermosa y rígida como una tea de madera que jamás será encendida, el mundo entero sufre porque mueren quienes a toda costa deben vivir, y la escoria sobrevive, feliz, satisfecha de su impunidad. La madre de Sofía ha sufrido un colapso, no ha asistido al funeral y permanece en casa rodeada de médicos y enfermeras. El padre de Sofía es el único que se acerca a su sobrino Sandler, harto de las palmadas en la espalda, de los abrazos, de las frases de conmiseración y morbo escondido, ¿el cerdo?, no le importa, en los años sesenta los hipis hacían cosas parecidas, ¿de qué se espanta la gente de este jodido país? «Un cerdo, debería espantarse por el pinche país de mierda que han creado».

—Demasiadas personas —dice—, ¿cómo puede uno acostumbrarse a eso? —el arquitecto tiene casi 70 años. Sus gestos

no reflejan el peso de la tragedia y actúa solícito y amable, como si estuviera en un coctel más, en la develación de una placa. Y, sin embargo, su amargura crece conforme pasan los minutos.

—Se enteran y vienen, es automático —dice Gavrilo. El cerdo se mantiene estático, ¿acaso tiene miedo de los seres humanos?

—Siempre es de esa manera, lo saben todo, ¿por qué se fueron a ese hotel? Me ha sorprendido mucho que vivieran juntos estos últimos días.

—No lo sé, quiso acompañarme. Soy culpable, no supe cuidarla. Así se dieron las cosas…

—¿Culpable? No, olvídate de esas tonterías.

Dentro de la pequeña multitud, una persona observa con ojos azorados los acontecimientos. Los deudos la toman por una empleada más de la funeraria, o una de esas personas que suelen acudir a funerales de famosos para aparecer en televisión e incluso para pedir autógrafos. Una verdadera tradición la que han creado estas personas. Si Gabriel no se encontrara tan concentrado en desaparecer junto a su simpático puerquito, sólo de una ojeada la habría reconocido: es Camila Salinas, la recamarera, sicaria y administradora del modesto cártel de *la Señora*. Escucha rumores y leyendas acerca de *la Señora*, como todo el mundo, pero Camila recibe órdenes directamente de Samuel y del *Nairobi*. ¿Por qué carajos se presenta esta mujer en la ceremonia mortuoria? Se ha enterado por medio del periódico vespertino, pues la noticia se ha hecho de pronto popular. Si Camila hubiera sabido que se trataba de la hija de una celebridad le habría dado un susto, nada más. Se pregunta Camila: «¿Qué clase de persona exactamente es un artista? ¿Por qué es tan importante ser arquitecto?».

Camila se halla tentada a acercarse al ataúd y echar una ojeada a la joven muerta, pero ello implicaría arriesgarse de más, ha descubierto en un rincón, junto a una escupidera de latón, al joven con el que la difunta compartió una habitación en el hotel; ¿por qué lo acompaña un cerdo?, ¿es su mascota?, «malditos ricos hijos de puta, creen que pueden burlarse de todo»: el Cristo de madera, las cruces de plata, los retablos religiosos, ¿no son suficientes para

despertar un poco de respeto? Camila teme la reprimenda del *Nairobi*, el escándalo innecesario, gratuito, pero sobre todo anhela ver el cuerpo de Sofía; ser rubia no le ha impedido morir, le gustaría tocar su carne, pasar sus dedos sobre las cejas color cebada. Pero debe exhibirse y ha llegado la hora de marcharse. Camila es un rostro más en este abigarrado cuadro de Rivera, ella y la muerte, y las altas clases sociales, y los mirones, y el artista acompañado de un cerdo.

—Dentro de un mes Sofía se habría ido a estudiar a Chicago. Quiso pasar las vacaciones en México, te quería mucho —dice el tío de Sandler. En verdad no alimenta rencores para con su sobrino. Al contrario, le despierta complicidad, conoce la vida y sabe que probablemente en cincuenta años Gabriel estará en una posición similar a la suya, famoso, rodeado de gente cuya presencia convierte las desgracias en un motivo para repartir canapés, hacer citas y administrar el negocio de los vivos.

La secretaria de Educación se marcha y eso causa cierto revuelo entre los presentes, se acerca al arquitecto para despedirse, «es una desgracia que vamos a lamentar por siempre», dice ella, se abrazan, y en seguida, «cuando todo esto pase intentaré buscarte, el presidente quiere hacerte un homenaje nacional y quiere encargarte un proyecto para renovar el Zócalo, pero no hablemos de eso ahora, cuídate, Rafael». El arquitecto calla, está acostumbrado a los honores, pero en este momento quisiera ser un desconocido más y que las incoloras partículas de su cuerpo lo transmutaran en un zorrillo que ni tardo ni perezoso correría a hacerle compañía al cerdo.

Camila se ha marchado y los ojos del marrano se reducen a un hueso negro adherido a su piel rosada. Gabriel se echa en brazos a la mascota y se encamina hacia la puerta de la sala cinco de Funerales Gayosso. La ciudad continúa con vida. *La Señora* se ha enterado de todo, pero no moverá un dedo para escarmentar a Camila, «comienzas a castigar a la gente y nunca terminas», la cadena debe ser cortada antes de que se enrolle donde no debe.

Las voces tiemblan en los más apartados rincones de la sala

mortuoria. El cuadro de Rivera se parece cada vez más a uno de Bacon. La muerte concentra la atención de los fanáticos, el fútbol es más divertido, y la gimnasia es buena para el cuerpo, pero en estos casos los velorios superan todas las expectativas. Y las voces que no se escuchan, pero se escuchan:

—Zzzzzz

—Nos despedimos y nos vamos.

—¿Ves esas flores? Traen avispas dentro. Las envía gente mala.

—Son descarados, dicen que la crisis económica viene de fuera, es lo mismo que decir: «Perdonen a los criminales de casa que ellos no son culpables».

—Mira, hija, ¿reconoces a ese hombre?

—En el aeropuerto cualquier pelagatos puede decidir si viajas o no. Desde la entrada eres sospechoso y tienes que demostrar tu inocencia.

—Zzzzzz

—¿Sabes cuántas veces estuvo sentada en mis piernas?

—La cara, ve esa cara, es un mustio.

—Si tarde o temprano te mueres… ¿y cuándo nos reímos?

—Mis verdaderos enemigos son los pollos, ¿por qué? ¿Sabes cuántos pinches pollos me he comido en la vida?

—Hay más pollos que estrellas.

—Y este mes va a Londres a recibir un *honoris causa*.

—Ve preparando todo para enviar a Jesús con sus abuelos a Barcelona. Y no importa lo que él opine.

—¿Te digo una cosa? La cama era lo suyo.

—Zzzzzz

—¿Permiten la entrada a un cerdo y no a un sacerdote?

—Qué bueno, por lo menos el puerco no dice tonterías.

La ciudad permanece intacta a esa hora, casi medianoche, en las piedras el dolor no existe, ¿y en el concreto armado? Tampoco. ¿Y en el plástico? Menos. Dentro de un auto, camino a casa va Gabriel Sandler, demacrado y exhausto. A causa de un semáforo el vehículo se detiene frente al Museo de Arte Moderno, en Reforma, Gabriel acaricia al cerdo y observa con detenimiento la camisa que viste su

chofer, ¿es negra o azul marino? «Andas muy elegante, cabrón, ¿dónde compraste la camisa?». «Es un regalo de tu papá». «Ten cuidado, seguro se la robó». El artista Sandler desea llorar, pero no le es posible. Debe soportar el dolor, a fin de cuentas se va creando un mito, ése es justo el asunto más importante. Y entonces, como si friera un ruso en camino hacia las Lomas de Chapultepec, dice sin decirlo: «Si Sofía ha muerto, todo está permitido».

15
Desalojo del Hotel Isabel

La fisonomía del Hotel Isabel ha cambiado en muy poco tiempo. Me he enterado de que los músicos argentinos han decidido alargar unos días más su estancia e incluso van a rentar otra habitación. No me interesa saber por qué. Soy un observador que no pregunta, sólo escucha y después se lamenta de lo que escucha. ¿Pero qué puedo hacer? La mitad del personal que labora aquí se ha marchado de la noche a la mañana: Camila, Samuel, el resto de los delincuentes y un plomero que hacía las veces de un mil usos no están por ninguna parte. Durante la noche se han mudado a una nueva morada llevando consigo sesenta millones de pesos en billetes, armas y la pintura de Isabel la Católica como recuerdo de su estancia en este maravilloso lugar. Esto sí es una tragedia. Si bien he estado escaso tiempo en el hotel soy susceptible a encariñarme con los objetos que cuelgan de los muros. ¿Por qué? Tampoco lo sé. Era una pintura sin valor artístico, pero sí un rostro que durante décadas hizo las veces de símbolo del hotel, ¡un detalle monárquico!, nadie puede negarle su importancia. Pablo Paolo se muestra desesperado y no lo oculta, ha pedido a Flora que mantenga la calma (Flora en realidad está más tranquila que nunca) y se ha comunicado con el apoderado y administrador del hotel, pero éste, sin inmutarse en absoluto, le ha prometido que a la brevedad contratarán nuevos empleados, le ha solicitado que se encargue él mismo de las cuestiones de administración y le ha prometido mandar a un velador para que resguarde las puertas en la noche. «¿Y la pintura?», preguntó Pablo

Paolo. El apoderado se desentiende, «¿la pintura? ¿Cuál pintura? A nadie le interesa. Si tuviera valor estaría en la pinacoteca, no en un jodido hotel».

En realidad no ha sucedido nada trascendente dentro del hotel, sólo el tiempo que corre de manera burocrática y va cumpliendo con su rutina que es su guadaña más precisa. Los maleantes huyeron aun antes de que el comandante Gaxiola los pusiera sobre aviso. Como era su deber, el policía realizó una llamada al *Nairobi* para alertarlo de ciertos sucesos que podrían darse en caso de no tomarse algunas mínimas previsiones.

—Se cuenta que tu grupo tiene secuestrado a un empresario en ese hotel, yo sé que no es así, pero los rumores siempre hacen daño, equivocados o no. La familia del empresario es poderosa, y van a buscarlo hasta en las orejas de las mucamas.

—Ya le dije, comandante, nosotros no le entramos a eso de los secuestros. Si no hablamos claro con usted, ¿entonces con quién? Gracias por avisarme, de todas formas esperamos más de su parte.

—No pasa nada, pero sea lo que sea esconde a tu gente.

—Me le adelanté, comandante, pueden catear el pinche hotel ese si les da emoción. Van a encontrarse con un puto en la recepción, puros gringos despistados y unas viejas fodongas que ni barrer saben.

16
Roberto Davison, un santo

El siguiente menú por ochenta y cinco pesos:

> Crema de espinacas o sopa de fideos.
> Arroz a la mexicana o ejotes en vinagre.
> Chile relleno o albóndigas en chipotle.
> Capirotada o macedonia de frutas.
> Café.
> Agua de horchata.

Gloria Manson y Roberto Davison han elegido de esta carta sus alimentos poco antes de abandonar el hotel y volver a su residencia en Cuernavaca. Lo sé porque yo me hallaba a su lado revisando también el menú, aunque en una mesa distinta. El mantel de ellos lucía un poco más limpio que el mío, pero debido a la partida de Laura es posible que haya comenzado a ver manchas en todos lados. Me siento sucio, no abandonado. Una pareja de perros, así es como veo a Roberto y a Gloria: él es un perro con papada; ella, una perra de piel lisa y nariz alerta y respingada. Tengo la costumbre de imaginarme a las personas como animales. Animales viejos, nunca jóvenes. A veces las jaulas se hallan tan desvencijadas que los animales podrían escapar sin esfuerzos de más y no lo hacen. Esperan a que una mano tan vieja como sus garras abra la jaula y les deposite un poco de comida. ¿Y acaso yo no hago lo mismo? Esperar dentro de mi jaula.

Se supone que si una pareja y un individuo comienzan a comer al mismo tiempo, la pareja debe terminar después que el individuo, ¿no es ésa la lógica? En algún momento detendrán su ímpetu glotón para conversar o al menos para hacer una observación mientras el solitario individuo continúa atacando el plato. Pues en este caso sucedió al contrario, y antes de que el mesero me sirviera el postre ellos habían finiquitado el asunto. ¿Qué pasa conmigo? Quizás me he vuelto un ser contemplativo y mientras ellos comían arroz yo andaba papando moscas.

Pocos gramos de malicia bastarían para construir paso a paso la siguiente escena: después de sorber los últimos tragos de café la pareja sube a su habitación y suspira, cada uno de ellos a su manera. Roberto se imagina dentro de un auto, divisa una recta interminable, y suelta el aire de sus pulmones lentamente. Gloria cierra los ojos y se acaricia las rodillas. El cavila en la posibilidad de asesinarla no sin antes golpearla y hacerle confesar sus secretos, enviar su alma a viajar a otros mundos, masticar la carne de sus muslos y, si aún le restan fuerzas, lloriquear un poco y lamer sus huesos. La agotadora recta de la carretera lo hace delirar. Cualquiera que sopese la figura de Davison sabrá que no es un asesino, no tiene madera para eso, pero tantos años amando a esa mujer lo convierten en un experto del caso Manson. Tratándose de ella, Roberto no aspira a un conocimiento superficial. Y es entonces cuando comienzan a surgir en su mente ideas extravagantes, como la relatividad del tiempo en la cabeza de Einstein, el cálculo diferencial en la de Leibnitz o la refundación de la metafísica en la de Heidegger. A esas alturas ha llegado Roberto, y Gloria jamás se negaría a participar en el modesto laboratorio mental que su marido ha construido en su honor; al contrario, se toma las cosas bastante en serio, sobre todo cuando se encuentra enferma y él decide montarla haciendo a un lado los pequeños obstáculos: altas temperaturas, mareos, vómitos, luxaciones. Con tal de que la función continúe ella ha tenido que tragar el semen amarillento cuando su estómago está enfermo inclusive, o permanecer toda la noche calzadas las medias porque él insiste en dormir abrazado a sus

piernas como un pulpo. Beber un litro de agua cristalina a medianoche con el único fin de orinar en el rostro de Davison es parte de una obra aprendida de memoria, como lo es apresar con los dientes sus propias bragas y no gritar aun cuando su ano tan estrecho como un ojo de insecto lucha para resistir el dolor: ¿de dónde proviene Un dolor semejante? No es un dolor, es como el río que encuentra las rocas, rompe en ellas violentamente, las rodea y sigue su curso. Gloria Manson no va a negarse a los deseos de su marido. ¿Para qué? «Si me quiere partir en dos, la mesa está puesta, el pan ha sido creado con amor y nada sobre esta mesa se ofrece de manera mezquina». Es probable que así piense esta mujer.

Un día antes Roberto jugueteaba en las manos con un rastrillo mientras sopesaba qué tan buena elección sería rasurarse. Los hombres saben que después de rasurarse se ven inmediatamente más jóvenes, lo decepcionante es que esa visión sólo dura unas horas, hasta que la piel misma se da cuenta de que ha sido timada una vez más. En ello estaba Davison cuando desde el baño de su habitación escuchó y reconoció esas inconfundibles pisadas. Entonces se asomó discretamente al pasillo y descubrió a Gloria entrar a otra habitación, a los dominios de ese artista de vanguardia que tanto se le parece. En seguida dio unos pasos sigilosos y se mantuvo quieto más de diez minutos a un lado de la puerta vecina. Ella, por supuesto, hizo todo lo posible para que él se enterara.

Roberto se ha tardado un día para reclamar. Y hoy, después de comer tranquilamente del menú que ofrece el Hotel Isabel, concluye que el momento de mover sus piezas en el pálido tablero ha llegado.

—Gloria, estoy muy decepcionado y no sé si haber venido a este hotel ha sido conveniente. Es más, creo que es una de las elecciones más estúpidas que hemos hecho en nuestra vida —dice de pronto Davison, solemne, como el director de una escuela primaria durante el homenaje a la bandera—. Volveremos a casa, le haré una llamada a mi padre, me firmará un cheque y allí seguiré esperando la llamada de Tomás.

—La mitad del mundo está esperando una llamada que lo devolverá al pasado, no te obsesiones con eso, mi cielo —dice

Gloria, histriónica. Ella está sentada en el borde de la cama. El edredón sobre el que Roberto reposa tiene un color que le hace recordar los tejocotes que ponía su madre en la olla del ponche, en Navidad.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Tú también has estado esperando una llamada?

—Tengo el teléfono apagado.

—No te he perdido de vista un segundo, te he seguido…

—Roberto, no tenemos edad para esta clase de diálogos, ¿por qué me insultas de esa forma? ¿Qué quieres hacer?

El Hotel Isabel ha sido para Gloria un estupendo salón de rejuvenecimiento fecial y hasta los lánguidos moretones, comunes en sus piernas, han comenzado a desaparecer. En cambio ni mil finos rastrillos podrían poner orden en el rostro de Davison.

Hasta la habitación llega el estruendo de los taladros que abren en canal la calle Mesones. El gobierno inicia por centésima vez la remodelación del Centro Histórico. Se busca, sobre todo, maquillar la boca del lobo, pulir sus colmillos, aceitar su piel hirsuta.

—Me he propuesto cambiar, pero ya es tarde —suspira Roberto, y mira de reojo a su mujer. Aguarda su reacción como el niño que hace una travesura y espera recibir una reprimenda de su madre.

—Si tienes desconfianza intercambiemos celulares.

—Hace unos minutos, cuando me di cuenta de que la sopa de espinacas era de lata, me entraron ganas de llorar, fue sólo un momento. Y entonces quise decirte: «No quiero que me vuelvas a ver deprimido, Gloria, a partir de ahora será diferente, intentaré ser optimista cuando estés a mi lado». Si piensan que el optimista es un hombre inseguro se equivocan; yo podría matar, ¿eh?, pero no lo haré jamás. ¿Eso es inseguridad? Al contrario. ¿Pusiste atención en la música?

Las palabras de Roberto se abren paso lejos de la partitura, como cien perdigones en busca de un objetivo inexistente. Cuando un hombre suelta la lengua no se encontrará a un ser más banal en el mundo.

—¿La música? No, ¿cuál música?

—En el restaurante sonaban canciones que oía en la adolescencia, Emmanuel, Napoleón, José Luis Perales, Sandro de América. No sabes cómo llevo dentro de mí esa época. Las escucho ahora y comprendo mis sentimientos de aquel entonces, lo sensible que era. ¿En qué momento me convertí en un museo de esos sentimientos?

—Siempre has sido sensible, Roberto. El hombre más sensible que ha pisado esta Tierra.

—Sí, claro, sé reconocer cuando la sopa de espinacas es de lata —el recuerdo de su mujer entrando a la habitación vecina lo torna nuevamente agresivo. Gloria Manson penetrada por la pintoresca y vanguardista verga del artista Sandler. No lo soporta, aunque sabe que se trata de un juego.

—No te burles, Davison.

—No me burlo, sé que eres una puta y me gusta —dice. ¿Qué habría hecho en su lugar Sandro de América?, se pregunta Roberto.

—Es hora de irnos. Un día más en esta ciudad y vomito —propone Gloria y extiende la mano para husmear en la entrepierna de su marido—. ¿Quieres que te chupe?

—No, ¿quieres que te escupa a la cara?

—Sí, escúpeme la cara y las piernas, y también aquí…

—No lo haré, yo no soy como tú.

—Vamos a casa y organizamos una cena con nuestros amigos, los Martínez. Es bueno estar entre personas de tu edad, ellas están enteradas de lo que te pasa porque les sucede la misma cosa que a nosotros: se hacen viejas.

—Yo no estoy viejo, sino decepcionado. Es muy distinto. No es lo mismo podrido que amargo.

Los taladros insisten en romper la piedra, decenas de obreros hacen su trabajo sin conocer el nombre de la calle que sus manos transformarán, los podrían poner en una calle en Tailandia y seguirían laborando con la misma parsimonia. Reciben órdenes de un hombre que come pistaches mientras se pasea de un lado a otro de la obra. Es el señor residente de obra, el importante. Un polvo

ardiente se esparce en los alrededores como ceniza de volcán y desde el balcón de una deteriorada casa de dos pisos un perro ladra cada vez que el taladro se hunde en el pavimento. Los perros se hacen enemigos de los objetos más extraños. El taxi se detiene a las puertas del Hotel Isabel no más de un minuto antes de que la Manson y su marido entren a la parte posterior del auto. Hasta la acera llega Pablo Paolo, sofocándose, y le extiende a Roberto un cuaderno maltratado que el actor de comerciales recibe haciendo emanar de sí la mejor de sus sonrisas.

—No se vaya sin darme su autógrafo —dice Pablo Paolo mientras se cubre los oídos con las manos y hace un gesto de repugnancia—. No sé por qué siguen usando taladros, deberían probar con dinamita.

17
La enfermedad

Le han prohibido beber al señor dueño de la fabrica de turrones y mazapanes, si se lo prohibiera su madre no pondría ninguna objeción, ¿pero un médico?, eso le pesa tanto como si cargara un ascensor en la espalda. Entregarse a las manos de un médico, eso es ausencia de juicio, es menos letal subirse a un *ring* e intercambiar golpes con un boxeador. Sólo encuentra un sólido obstáculo para oponerse al funesto diagnóstico: los médicos son la autoridad y él, ciudadano mexicano, descendiente de toledanos católicos, respeta la autoridad, sí, la cuestiona, hace bromas a sus costillas, practica el escarnio y la ironía, pero la autoridad se respeta porque es la autoridad, y mientras no pase nada los santos deben tener sus nichos limpios y sus peanas impecables. Esto lo sabían sus padres, lo saben sus empleados y lo sabe sobre todo él mismo, don Miguel Llorente.

—Cirrosis, si vuelve a beber se muere —lo sentenció el médico, un eminente anciano que atiende por las tardes en el Hospital Español.

—¿Y usted cómo sabe que voy a morirme si vuelvo a beber? No diga tonterías. Le concedo, voy a creerle que tengo cirrosis, pero ¿morirme?, eso no lo sabe usted ni nadie.

—Los milagros existen, no lo dudemos, por desgracia le suceden a otras personas, no a nosotros —argumenta el señor médico. Desde las ventanas de su consultorio mira aun montón de seres vivos avanzar en ambos sentidos de la avenida.

—Es evidente que no conoce la naturaleza de los milagros, si la

conociera no abriría a las personas a la menor oportunidad. Usted, mi amigo, usa el bisturí, en cambio yo prefiero los escapularios y me pongo al cuidado de san Judas Tadeo. Si mi santo me da malas señales entonces me pongo a temblar, pero los médicos, joder, no me haga usted reír…

—Son sus creencias y las respeto, don Miguel, mi diagnóstico es que debe usted abandonar los licores y someterse a un proceso de curación bastante riguroso, además de tomar vitaminas y llevar una dieta que exiliará para siempre la morcilla de Burgos y los riñones de Madrid. ¿Qué le parece? Si sigue mis indicaciones tendrá su milagro.

—Usted ordéneme, a ver si le hago caso.

Don Miguel Llorente recuerda ahora las nihilistas oraciones de su médico, sentado en una banca de su parque preferido, el Parque México, en la colonia Condesa. El parque ha sido remozado y han esparcido arcilla cárdena sobre los angostos senderos que lo atraviesan, las fuentes son jóvenes de nuevo, y los patos se zambullen en las aguas del estanque como no lo hicieron sus antepasados recientes. En cambio, no se puede pasear más por las calles de la colonia, «si viviera Borges tropezaría cada cinco metros con un idiota que come espaguetis a media calle», si al menos la numerosa clientela que atiborra los restaurantes de la Condesa comiera mazapanes a la hora del postre, Miguel Llorente perdonaría la patanería de la que hace gala este nuevo siglo. No es así, y se lamenta. Y además deberá soportar su vía crucis sin beber una sola copa. Es entonces que la ve venir a paso discreto y remilgoso, no conoce su nombre y no obstante su rostro le es ya tan familiar. Se decide a cortarle el paso y saludarla, quitarse el sombrero Tardan, Stetson 100, hecho con pelambre de castor, y mostrarle su respeto. Después de todo es un inofensivo enfermo de cirrosis que apenas si comienza a asimilar su derrota. Ella no parece en ningún aspecto sorprendida. Levanta las cejas, sonríe y dice:

—Te conozco muy bien, en el bar del Hotel Isabel, discutiendo con la mitad del mundo, por supuesto, ¿qué haces por rumbos tan ajenos? —pregunta Gibellini.

—Estos también son mis rumbos, mujer, a mi edad hasta el panteón forma parte de «mis rumbos». Vivo a unas cuadras de aquí, en Cosalá. Una calle tranquila, los asaltantes pueden tomarse su tiempo para robar. Hasta la siesta toman, malvivientes.

—Yo me cambié de hotel y vuelvo en unos días a Madrid, a descansar de mis vacaciones y de las emociones no solicitadas. Estoy un poco muerta. Me pesa reconocerlo, pero la próxima ocasión vendré acompañada. Una mujer sola en el Distrito Federal es un martirio. Al menos una mujer como yo.

—Tampoco volveré al Isabel, va contra mi salud, lo entierro antes de que me sepulte a mí.

—Vamos con el pesimismo, entierros, panteones, te ves muy sano para ese vocabulario. Oye, dime una cosa, ¿no te parece ese hotel un poco sórdido?

—Últimamente ha cambiado un poco, delincuentes, mujer, podríamos exportarlos a China y haríamos una nueva revolución cultural. Tú vuelve a Madrid, pero si te quedaras en esta ciudad te daría un consejo: tómate dos o tres copas de alcohol todos los días y sigue de largo. No te sorprendas por lo que ves, somos animales e intentamos sobrevivir.

—Si estuvieras en España dirías las mismas cosas. «Somos animales e intentamos sobrevivir».

—A mí me han prohibido beber y no sé que voy a hacer para soportar esta ciudad estando sobrio. ¿Sobrio en el Distrito Federal? Sólo los héroes o los idiotas. Al Centro voy sólo una o dos veces a la semana para cerciorarme de que el negocio camine, ni modo, cambiaré la barra de la cantina por la banca de un parque. ¿No te apiadas de mí?

—No, de ninguna manera, te hará bien dejar esos ambientes.

—¿Dónde te alojas ahora?

—En La Casona, está en la calle Durango.

—¿Un hotel calvinista? Eres una extremista, lo sospechaba. Te invitaría un trago, pero me he convertido en un hombre recatado y pusilánime.

Se despiden y Miguel Llorente vuelve a su banca en el lado

oriente del Parque México. Su único hijo se hará cargo de los turrones, el fin se aproxima y es tiempo de rumiar el pasado. Dejará de acudir a la tumba de su mujer en el Panteón Español, ¿para qué visitarla si en unos meses o pocos años lo enterrarán a su lado? No logra ubicar el sentimiento que le produce una joven hermosa como la Gibellini, treinta años menor que él. La última vez que estuvo con una mujer en la cama se le ha perdido en la memoria. Lo acepta: los dulces le han amargado el alma. Se levanta y comienza a caminar en dirección a ningún lado, unos niños lanzan un bolillo entero al estanque y provocan que un pato se atragante con el voluminoso bocado. Quieren alimentarlo y casi lo matan. Un perro está a punto de saltar al estanque para engullirse al pato de una bocanada, pero sus dueños lo descubren a tiempo y lo disuaden pateándole las costillas. Ante esta escena, el señor Llorente sonríe y sigue de largo.

18
La mujer verdadera

Levantarse de buen humor es una bendición: haber soñado con mujeres hermosas mesando mi cabello y riendo de mis malas bromas, verme a mí mismo lleno de alegría, de vida, eso es una bendición. Por lo pronto soy sólo una continuación de mi propio sueño. Y horas después llegará lo grotesco de la vida ordinaria, la marcha cotidiana que, en opinión de muchos, es la sal de la vida, y en mi opinión es la tortura por definición. Me he enterado por boca de Pablo Paolo sobre la partida de mi mujer. Sí, *mi mujer*.

—Ella ha dejado para usted su dirección en España. Se ha marchado muy temprano —el recepcionista no oculta su curiosidad y toma nota de cada uno de mis efímeros parpadeos. No dejará pasar una sola página de esta novelilla vulgar.

—Quizás recibió una noticia inesperada. Cuando las personas están de viaje los parientes comienzan a morirse y no sería extraño que lo hicieran sólo por envidia —digo. ¿Qué no me apenan mis elementales conclusiones?

—¿Una noticia trágica? Lo dudo mucho. Se le notaba de muy buen semblante. Según escuché buscaba mudarse a un lugar más apartado del Centro. ¿Ha escuchado los taladros? Son los políticos que quieren dejar huella y nada más acarrean destrozos. Que abran agujeros en sus jardines y no en las calles.

—Los políticos, a veces hablamos de ellos como si fueran de otro planeta.

—Son de otro planeta, señor Henestrosa, y ojalá un día vuelvan

al planeta de donde vinieron.

La culpa y su asqueroso ejército de eunucos comienzan a filtrarse en mis sentimientos. Sí, me declaro el único responsable de la partida inesperada de Laura. En tanto para mí comenzaba una historia extraordinaria, para ella terminaba una historia corriente. Los amores espontáneos son construcciones ridículas, nada en ellos es nuevo, por el contrario, es lo viejo que insiste en hacerse de un rostro joven con el fin de seguir engañando a ingenuos. Y yo el primero. Y también está la lógica: Laura no aprecia mi compañía, ella se sintió atraída por el borracho y violento Henestrosa, no por el hombre cortés y apocado que domina en la sobriedad. La he decepcionado y ni siquiera me ha dado oportunidad de demostrarle que soy aún más apocado e insípido de lo que ella cree. Se ha marchado y yo no he logrado culminar mi tarea.

—Aquí está la dirección escrita de su puño y letra —dice Pablo Paolo, orgulloso, como si fuera el guardián de un tesoro invaluable —. Es para usted, me pidió que se la entregara. En realidad son dos direcciones, aunque no me explicó…

—No me interesa, si se fue sin ponerme al tanto es porque ya no quiere verme —añado, y mis palabras no logran ocultar mi despecho —. Y yo también me iré, ésta es la última noche que dormiré aquí. He tenido suficiente.

—¡Todo el mundo se marcha! —exclama escandalizado Pablo Paolo. ¿Acaso ha sucedido algo de lo que él no se ha enterado? ¿Influenza de nuevo? No, siempre ha sido así en el Hotel Isabel, un desgajarse de cerros para formar otros pequeños, un paisaje absurdo y en movimiento.

—Es un hotel, todos tienen obligación de marcharse, tarde o temprano. Y entre más temprano lo hagan se llevarán una imagen más romántica de su estancia en el hotel. Eso es lo que yo haré.

—Lo sé, señor Henestrosa, pero resulta algo muy extraño en el caso de este hotel, muchos clientes nos abandonan de repente, el día menos pensado pagan la cuenta y se van. No quiero llamar histéricos a los huéspedes, pero no sería una palabra tan mal usada, le digo, hasta la señorita Gibellini antes de irse me ha preguntado por mi

vida íntima. Yo le perdono su indiscreción porque estoy acostumbrado, ¿usted cree que el recepcionista de un hotel de cinco estrellas sería tan prudente como yo? No. Aquí las estrellas no cuentan.

—Discúlpala, ha estado nerviosa —digo, como si hablara de mi esposa, de mi vieja amante. ¡Qué manera de hacerme el baladrón, de presumir mi conocimiento del mundo femenino!

—Por cierto, señor Henestrosa, lo ha venido a buscar dos veces una mujer y no ha querido dejar recado.

—¿Una mujer? No sé de quién se trata.

—No se preocupe, si voltea sabrá de quien se trata. La tiene justo a sus espaldas.

Tardo unos segundos en volver la vista, pero ninguna imagen o respuesta aparece en mi cabeza. Aún considero la posibilidad de encontrarme en un futuro con Laura Gibellini. Si el océano es inmenso no lo será tanto como para que un día me vuelva loco y comience una expedición idiota, como lo son casi todas las expediciones. Entonces, cuando me he conformado, giro mi cuerpo, y no son necesarias horas de reflexión o meditación, acaso tres segundos para comprender el sentido de una broma que viene del principio de los tiempos. El juego posee bastante gracia. Justo lo merecido, ni más ni menos: Susana Servín, a unos metros de la recepción, me examina sin ocultar su curiosidad. Le he dado una buena excusa para mover la prótesis trescientos metros, ponerla a pasear, retomar un amor pasado, encontrar en la melancolía de sus buenas épocas una fuerza motriz. «Bienvenido a la broma, *Artista*, ¿no querías un amor inusitado? ¿Un estímulo? He aquí el obsequio del Hotel Isabel: la mujer verdadera», me digo en silencio.

Susana sonríe indecisa de avanzar hacia mí. Me ha encontrado, finalmente. Camino hacia ella y ninguna expresión asoma en mi rostro. Una pintura sin autor, eso soy en este momento.

—Susana, me acaban de avisar que has venido a buscarme. He estado ocupado y no esperaba visitas

—¿Ocupado? Sí, en mirar cómo los días se van por el excusado, ¿pero qué otra razón puedo darle?

—No pienso quedarme en casa y esperar a que pongas a funcionar el congelador, ¿recuerdas? Lo prometiste. He venido por ti.

—Es cierto, lo había olvidado, el refrigerador, alguien debe poner a funcionar esa cosa, debes extrañar los hielos, no se puede vivir sin ellos, ¿quieres subir a mi habitación? No me respondas, antes tomemos un trago.

Esta no es una propuesta sensata, y por eso invito a Susana a acostarse conmigo, la urgencia de cerrar el telón me consume, no poseo nada más que ofrecer y me he convertido en un humilde apóstol de santa Susana la Cojitranca. Y ella no se muestra para nada desconcertada, al contrario, acepta tomar unos tragos antes de subir a mi habitación. Pablo Paolo mira discretamente la pierna falsa disimulada dentro de unos pantalones negros. No la compadece, a fin de cuentas la mitad de la población en esta ciudad está gorda o tullida. Entramos al bar, el artista falso, la mujer de la pierna falsa. El bar solitario nos recibe y el viejo cantinero se aviva al escuchar mis órdenes. *El Boomerang* Riaño ha desaparecido, no se le verá rondar el hotel durante meses, en cambio el dueño de los turrones volverá incluso el día de su muerte: ahora está enfermo, principios de cirrosis, diabetes por vivir en medio de tanto dulce, nadie extraña al señor de los turrones, cabrones desmemoriados.

En el Distrito Federal nadie extraña a nadie, todos desean la ausencia del otro, su desaparición repentina, se sueltan algunas lágrimas a causa de las pérdidas y después viene la felicidad. Susana y yo bebemos en silencio, conversar nos llevaría al desánimo, y el paso de los minutos va transformando mi semblante. Después de un par de horas dejamos el bar y caminamos lentamente hacia mi habitación, como si lo hubiéramos ensayado, el baile en palacio, el ascenso nupcial. La ausencia de la pintura de Isabel la Católica es evidente y en el restaurante los meseros descansan y cotillean sentados en la mesa más cercana a la calle. Abro la puerta y cedo el paso a mi acompañante; es extraño, he bebido lo bastante como para sentirme exaltado, pero me mantengo ecuánime, no he aprendido nada. A mi edad, ¿qué puede aprenderse? Soy un hombre maduro y

en el cielo las piedras continuarán ardiendo durante millones de años.

GUILLERMO FADANELLI (Ciudad de México, 1963). Algunas de sus obras son: *En busca de un lugar habitable; Elogio de la vagancia* (Debolsillo, 2009); *Insolencia, lenguaje y mundo*: ensayos; *Dios siempre se equivoca*: aforismos; *Plegarias de un inquilino*: crónica; *¿Te veré en el desayuno?; La otra cara de Rock Hudson; Malacara; Educar a los topos; Lodo; Hotel DF* (Literatura Mondadori, 2010); *Mis mujeres muertas* (Grijalbo, 2012): novelas. Entre sus libros de relatos se encuentran: *Compraré un rifle; Terlenka; El día que la vea la voy a matar; Mariana Constrictor*. Fundador de la revista y editorial Moho (1988), la cual dirige en la actualidad. Animador de la cultura underground. Colaborador de fanzines y revistas de literatura, crítica y cultura en varios países. En 1998 *La otra cara de Rock Hudson* recibe el Premio Impac-Conarte-ITESM. En 2002, obtuvo el Premio Nacional Colima por su novela *Lodo*, y en 2012, el Premio Grijalbo de Novela por *Mis mujeres muertas*.